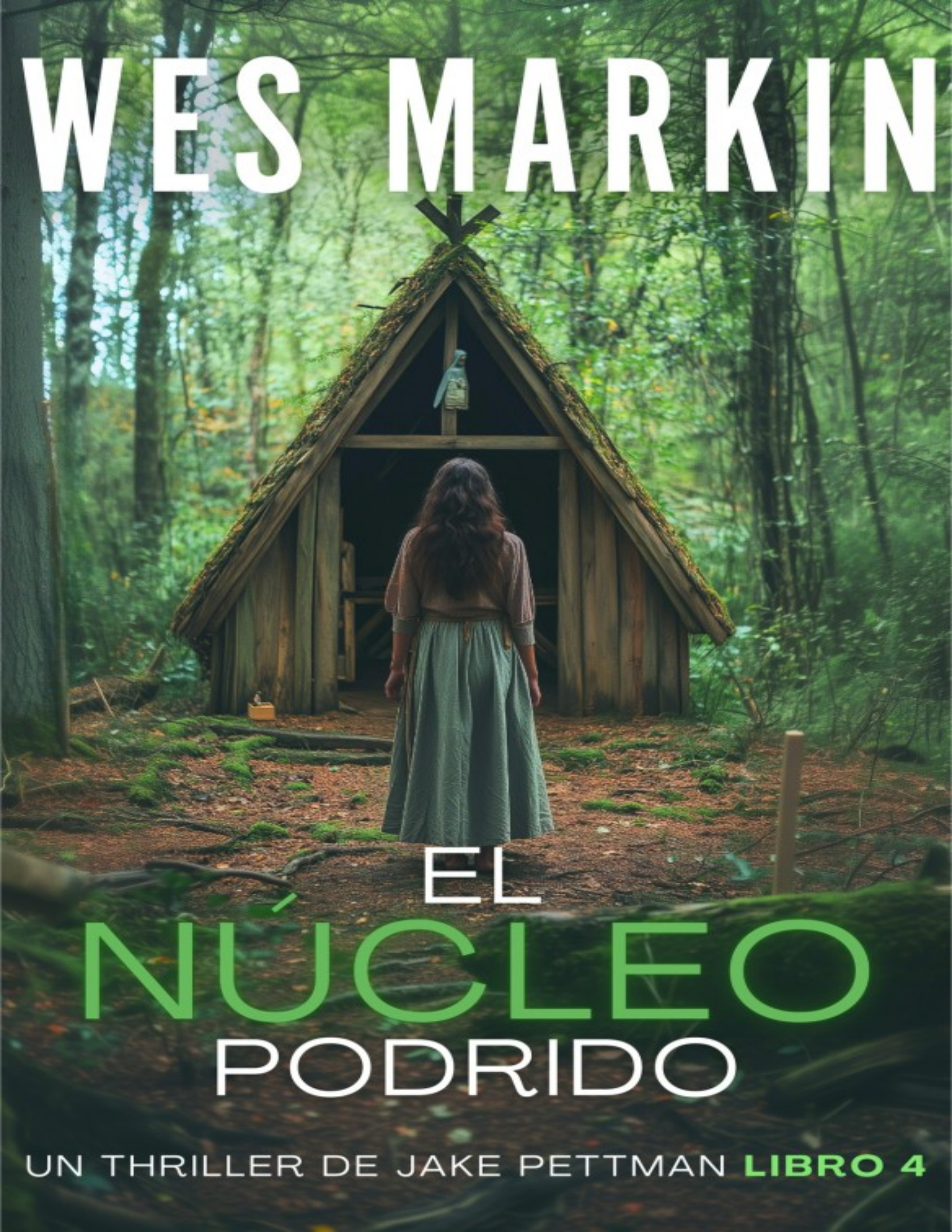

WES MARKIN
EL
NÚCLEO
PODRIDO
UN THRILLER DE JAKE PETTMAN LIBRO 4

El Núcleo Podrido

Un thrillers de Jake Pettman

Libro 4

Wes Markin

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o lugares, es puramente coincidencial

Derechos de autor © 2025 Wes Markin

Primera publicación 2025

ISBN :

Editado por: Candida Bradford

Publicado por: WFM Publishing Ltd

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida de ninguna manera sin el permiso expreso del autor

Índice

Acerca del Autor
Otras Obras de Wes Markin
Principios Del Siglo Xix

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Después
Agradecimientos

Acerca del Autor

Wes Markin es el autor superventas de "Whitby's Forgotten Victims" (Las Víctimas Olvidadas de Whitby), protagonizada por el implacable Inspector Jefe Frank Black y su ingenioso compañero, la Inspectora Gerry Carver. También es autor de los thrillers del Inspector Jefe Michael Yorke ambientados en Salisbury, y los thrillers de Jake Pettman ambientados en Nueva Inglaterra. Wes vive en North Yorkshire con su esposa, sus dos hijos y su travieso cockapoo, Rosie, cerca de las escenas del crimen de las Víctimas Olvidadas de Whitby.

Puedes encontrar más información en:
www.wesmarkinauthor.com
Facebook.com/wesmarkinauthor

Otras Obras de Wes Markin

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Huesos Olvidados

Vidas Olvidadas

Almas Olvidadas

Tumbas Olvidadas

Sombras Olvidadas

Profundidades Olvidadas

Los Crímenes de Yorkshire

Los Asesinatos del Viaducto

Los Asesinatos del Lago Solitario

Los Asesinatos de la Cueva que Llora

Los Asesinatos del Cementerio

Los Asesinatos de Invierno

Los Asesinatos de la Roca Negra

Las Investigaciones del Inspector Jefe Yorke

Una Última Oración

La Serpiente Arrepentida

El Silencio de Severance

El Resurgimiento de los Ray

Danza con la Muerte

Navidad con el Conduit

Más Vale el Diablo

El Diario Secreto de Lacey Ray

Un thrillers de Jake Pettman

El Foso de la Matanza

Fuego en los Huesos

Blue Falls

El Núcleo Podrido

Entre la Espada y la Pared

Principios Del Siglo Xix

LA LUNA HABÍA estado menguando últimamente, y esta noche era más oscura que la anterior. Hamlin Smith lo agradeció; hacía que rebuscar fuera mucho más fácil. Estaba de espaldas a la mina en la que su abuelo había malgastado sus años, su salud y, finalmente, su vida, y contemplaba su mundo roto: Brady Crossing.

El *puto* Brady Crossing.

Hamlin tosió. En la saliva, saboreó la inmundicia de la mina en la que acababa de empezar a trabajar a la tierna edad de catorce años. Escupió en el suelo, contento de que la oscuridad le impidiera ver la mierda que ya estaba invadiendo su cuerpo.

Oyó aullidos y sonrió. Lobos, perros salvajes y otros por el estilo corrían en libertad. Él *también* correría en libertad algún día, en cuanto tuviera suficiente dinero para hacerlo. No, señor. Hamlin Abraham Smith no iba a matarse a trabajar en una vieja mina. Eso era tan seguro como los sonidos de libertad que llegaban de lo alto de las colinas a su espalda; sonidos que ahora le resultaban ajenos pero que un día serían los auténticos sonidos de su existencia.

Buscarse la vida le había ido bien en los últimos meses. Lo que había empezado como simples hurtos en la calle Mayor había progresado a robos cautelosos en los almacenes generales de los tres pueblos del condado de Mossbark. Los precios que luego cobraba por sus mercancías robadas a algunos de los mineros más

viejos y desencantados le garantizaban la ausencia de preguntas y, como resultado, una cierta complicidad.

A medida que su confianza había crecido, también lo había hecho su descaro, y se escabullía de su casa a altas horas de la noche para merodear por las calles más tranquilas de los tres pueblos. Muchos de los mineros más jóvenes y solteros estarían fuera, bebiéndose la noche, y aunque los hombres de esa edad tenían poco, a menudo podía encontrar algo en sus polvorientas alacenas, desde productos enlatados hasta una camisa elegante y, si la cosa iba realmente bien, una reliquia familiar. ¡Una vez había levantado un anillo de boda de plata! Un minero que llevaba casi dos años desesperado por ponerle una alianza en el dedo a su amada se lo había agenciado rápidamente. Por supuesto, Hamlin *nunca* robaba a sus clientes habituales. Hamlin era un chico listo, aunque lo dijera él mismo, y no pensaba cagar donde comía.

Se alejó de la mina y bajó por el camino. Se obligó a no pensar en la montaña de monedas que se acumulaba bajo una tabla del suelo de su cama, porque eso le daría bríos, y ahora lo que tocaba era moverse con sigilo.

Oyó una tos áspera más adelante, no muy distinta de la que le había vaciado los pulmones minutos antes, y se metió de un salto en las sombras del escaparate de Lewin. La tienda estaba separada de la de al lado, así que podía deslizarse en la oscuridad entre ellas sin dejar de ver el camino.

A pesar de la falta de luz de luna, Hamlin reconoció inmediatamente al hombre por su silueta, y se le cortó la respiración.

Miles Libby pasó a hurtadillas, arrastrando su pie derecho lisiado.

Hamlin tragó saliva, y no por recordar la historia de cómo a Miles se le había aplastado el pie bajo un carro de mina descarrilado antes de negarse a la amputación, a pesar de las abrumadoras probabilidades de morir. Sí, eso hablaba de un hombre bastante desquiciado, pero no era esa la razón por la que tragaba saliva ahora. Tragaba saliva por el rumor que lo rodeaba.

Al parecer, hacía muchas lunas, una joven se había interesado por el entonces más joven y solitario hombre y se había presentado

en su puerta con una ofrenda casera. Como él no la recibió, ella había entrado para ver si se encontraba bien. Lo había descubierto desnudo, con una herida abierta en la parte superior del brazo. Después de verlo echar un fino trozo de su propia carne en una jaula llena de ratas voraces, ella había huido del lugar y —según el rumor— había huido del condado, temiendo por su vida.

El rumor se había avivado aún más cuando los hombres se quitaban las camisas en los días más agotadores en la mina. Miles se dejaba la suya *siempre* puesta.

—Ahí están las cicatrices, Smithy —le susurraba Alvin, uno de los mineros más viejos—. Las cicatrices de la carne que se arranca para sus alimañas.

Hamlin se estremeció.

De perfil, Hamlin vio la joroba en la espalda de Miles y su larga cabeza ligeramente inclinada hacia delante. Eso, y el arañazo que producía su pie al rozar el suelo, realmente pintaban un cuadro decrépito.

¿Era ese de verdad un hombre al que temer?

¿*De verdad*?

Hamlin sonrió.

Y fue entonces cuando se le ocurrió la idea de robar en casa de Miles Libby.

AHORA

EL PASTOR FREDERICK DEERING contempló a su congregación de cien fieles, aunque todavía no eran suficientes. Se pasó una mano por el espeso pelo, que aún resistía a pesar de sus cincuenta y cinco años, golpeó con el dedo el púlpito, se inclinó hacia el micrófono y luego enarcó una ceja mientras hablaba para aquellos a los que amaba y que le correspondían. —Y ahora terminamos esta sesión, Brady Crossing del condado de Mossbark, como siempre terminamos, en nuestro valor *fundamental*.

Todos aplaudieron. Algunos de los clientes más bulliciosos vitorearon.

—El valor fundamental está muy cerca de mi corazón. —Hizo una pausa, respiró hondo y alzó la voz—. ¡De hecho, está en mi corazón! ¡Rezo para que esté también en los vuestros!

Otro aplauso. Otro vítores.

Alzó las manos y entrelazó los dedos de forma ostensible. —Adhesión comunitaria.

Esta vez, además de los aplausos y vítores, también se oyeron pisotones en el suelo.

—Juntos —dijo el pastor—. ¡Que se oiga, *juntos*!

La congregación coreó: —La Hermandad Bíblica de Mossbark une a las comunidades a través del culto. Para compartir nuestros valores, para hacer crecer a nuestras familias, para romper con las necesidades del dinero, del poder, de la carne.

Frederick dio un paso atrás, sonrió e hizo una reverencia a su rebaño.

PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

MILES LIBBY HABÍA construido una casa que era el reflejo de cómo vivía cuando estaba en compañía de otros: en la penumbra, al margen. Aquello convertía su hogar en un blanco fácil para Hamlin.

Cuando el chico de catorce años estuvo seguro de que Miles seguía alejándose con su andar furtivo y desgarbado en dirección opuesta a su casa, abandonó su puesto junto a la fachada de la tienda y volvió al camino. Tras dejar atrás varias de las casas de madera más convencionales y algunas más nuevas de piedra, en las que estaba más acostumbrado a robar, recorrió un sendero estrecho que llegaba hasta una pequeña construcción de madera que Miles había levantado. Y, al igual que su creador, la vivienda era peculiar, pues se había construido alrededor de la base de un árbol.

Aquello dejó a Hamlin sin aliento porque solo había contemplado aquella extraña casa una vez. La mayoría de la gente, él incluido,

solía evitar esta casa y el estrecho sendero que conducía a ella.

Examinó las ramas retorcidas que se enroscaban por encima y *dentro* del tejado, formando parte de su estructura, preguntándose cómo un lugar así podía siquiera concebirse como idea, y mucho menos llegar a materializarse.

Un caballo atado a un poste junto a la construcción relinchó. A pesar de la adrenalina que se acumulaba en su interior, el chico le hizo un gesto con la cabeza y le guiñó un ojo al animal. Le gustaban los animales y encontraba que los caballos tenían un carácter agradable.

Sabiendo que el lugar estaba desocupado, Hamlin probó primero la puerta y no le sorprendió encontrarla abierta. Un hombre con un historial tan grotesco no tenía motivos para preocuparse por la seguridad. Al fin y al cabo, ¿quién en su sano juicio entraría en la propiedad de este monstruo? A pesar de la adrenalina, Hamlin sonrió. *Yo*. Un hombre desesperado por abandonar Brady Crossing, del condado de Mossbark, debe ser capaz de cualquier cosa.

Cuando entró en la propiedad, se sintió abrumado por una mezcla de asombro —el tronco y las ramas inferiores formaban el grueso de la pared del fondo, convirtiendo al árbol en un residente vivo de la propiedad— y decepción: la habitación estaba casi completamente vacía. Aparte de un montón de paja en una esquina que Hamlin supuso que era donde dormía Miles, y unas cuantas latas de comida, algunas de las cuales estaban abiertas e hinchadas de moscas, Hamlin podía saquear muy poco, si es que había algo, allí.

Algo junto al árbol llamó la atención de Hamlin y se le heló la sangre: una estructura rectangular, del tamaño aproximado de un ataúd, con una manta echada por encima. Y desde dentro, el sonido de *algo que se movía*.

¿Ratas?

Hamlin respiró hondo y miró a sus espaldas, hacia la puerta abierta. No tenía mucho sentido que siguiera allí. Nada de lo que había en aquel lugar podía aumentar su incipiente fortuna. *Y, sin embargo…* Se volvió hacia la estructura con forma de ataúd. *Y, sin embargo…*

Dio unos pasos lentos y vacilantes hacia ella, guiado ahora por la curiosidad más que por la codicia. Pensó en el hombre alto que arrastraba un pie y se vestía con exceso de ropa en los días más feroces del verano. ¿Sería cierto el rumor? ¿De verdad aquella joven de la cazuela lo había visto dar de comer trozos de sí mismo a las ratas?

A pesar del ruido y de la cubierta sobre la misteriosa estructura, a una gran parte de Hamlin todavía le costaba creerlo. Era un chico racional y se había propuesto desarrollar tanto la astucia como el cinismo para escapar del infierno de su vida.

Llegó a la estructura, quitó la cubierta y miró dentro de la amplia jaula. Al principio, pareció ser un único organismo palpitante, pero luego sus ojos distinguieron los múltiples cuerpos peludos, retorcidos y serpenteantes del conjunto.

Había demasiadas para contarlas.

Molestas, las ratas se lanzaron contra el lateral de la jaula. La mayoría cayó hacia atrás, con sus diminutas patas arañando el aire y sus largas y espinosas colas azotando de un lado a otro. Algunas ratas se aferraron al lateral de la jaula con garras afiladas como cuchillas, haciendo que Hamlin se estremeciera. Tropezó hacia atrás y golpeó algo que parecía una pared, solo que sabía que no lo era, porque se había adentrado demasiado en la vivienda para que fuera eso.

Entonces lo empujaron por la espalda y cayó hacia delante. A centímetros de la jaula, miró fijamente los ojos negros de una rata que metía el hocico desesperadamente por un hueco entre los barrotes. Chasqueó sus dientes irregulares en el aire. —¡No! —Hamlin se puso boca arriba y alzó la vista hacia la figura alta y encorvada de Miles Libby—. ¡Lo siento! —dijo—. Siento *muchísimo* haber venido.

Miles inspiró hondo por la nariz. No dijo nada. No era de extrañar. Ni Hamlin ni nadie, si le preguntaran, sería capaz de recordar un momento en que lo hubiera hecho.

Detrás de él se oía el golpeteo constante de las ratas al chocar contra la pared de la jaula, salpicado de gruñidos y siseos.

—Estaba paseando. He bajado por el sendero. He visto su casa. No lo he pensado. Parecía interesante… el árbol… era tan *diferente*.

Miles ladeó la cabeza, examinándolo. ¿Midiéndolo para sus ratas? *Por Dios, no…*

—Lo olí —dijo Miles.

Los ojos de Hamlin se abrieron de par en par al darse cuenta de que, durante todo este tiempo, él y los demás mineros habían sido bendecidos por el silencio de este monstruo. La voz de Miles era profunda, chirriante, casi de otro mundo, y pareció abrirse paso a través de todo el cuerpo y el alma de Hamlin antes de asentarse como lava caliente en su estómago.

—Lo olí observándome desde el lado de la tienda —Miles se arrodilló.

Más ratas se estrellaron contra los barrotes de la prisión a sus espaldas.

Hamlin negó con la cabeza y empezó a llorar. Se orinó encima.

Miles le miró la entrepierna a Hamlin y negó con la cabeza, sin duda al darse cuenta del percance de Hamlin. —Huelo lo que ha hecho. —Volvió a alzar la vista hacia el rostro de Hamlin y se inclinó hacia delante—. Y ahora huelo *lo que* es.

AHORA

CON ALGUNOS, el pastor Frederick Deering reía y bromeaba; con otros, los tranquilizaba y se compadecía. Despedirse de cada miembro de su rebaño después del servicio siempre lo hacía sentir en su salsa. Ser emocionalmente sensible a su prójimo era, y siempre sería, una de sus mayores virtudes, como también lo era su capacidad para hacer que la gente se sintiera a gusto y segura con su presencia física.

A menudo recordaba con cariño en sus conversaciones con los feligreses —y también era sabido que abría algún que otro servicio con ella— que en el colegio los profesores a veces le habían reñido por invadir el espacio personal de sus compañeros. —*¡Pues ya les*

digo! —decía siempre para rematar la historia—. *Si querer estar lo bastante cerca para sentir el calor de los demás y que ellos sientan el tuyo es un pecado, entonces no sé qué más puedo decir.* —La pregunta era bastante tendenciosa, pues siempre suscitaba un cumplido por parte de quien estuviera escuchando sobre cómo eso era parte de lo que le hacía tan agradable y, simplemente, el mejor y más afectuoso pastor con el que habían tenido la suerte de rezar.

Ahora, de pie en la puerta de su modesta iglesia y con vistas a un pequeño parterre rodeado de árboles jóvenes que se habían plantado para conmemorar el fallecimiento de varios miembros de la congregación, estrechó la nonagésimo quinta mano. *Siempre* las contaba. Ciento dos feligreses en la iglesia de Brady Crossing de la Hermandad Bíblica de Mossbark. A las otras dos iglesias de Lewis y Sharp Point asistían más, por supuesto, pero esta era la congregación más grande con diferencia. Aunque no era suficiente. Para Frederick, no lo era ni de lejos.

Así que siempre contaba; en parte por la esperanza de notar un aumento, en parte por el miedo a notar una disminución.

Al acercarse al final de su rebaño, se dio cuenta de que hoy le faltaba un miembro, pero se lo esperaba, así que pudo sobrellevar la decepción.

Un hombre pálido estaba ante él, ofreciéndole una mano temblorosa.

—Ven aquí, Parker. —En lugar de cogerle la mano a Parker, Frederick rodeó al anciano con los brazos y lo atrajo hacia sí. Le susurró al oído—: ¿Evelyn?

—Está descansando, pastor. Lo más cómoda posible.

Frederick retrocedió y sujetó a Parker con los brazos extendidos. Le dedicó una sonrisa compasiva. —Iré a verla esta semana, Parker, para pasar un rato con ella. ¿Si me da su bendición?

—Sí, pastor, por supuesto. Nada la haría más feliz.

—Bien —dijo Frederick, frotándole el hombro al anciano. Se dio cuenta de que los ojos de Parker se posaban en los árboles recién plantados. Hubo un suspiro; un reconocimiento, quizás, de que pronto llegaría el momento de volver a plantar.

Mientras Parker se marchaba discretamente, Frederick se agachó para ponerse a la altura de dos niños de siete años. Estrechó la mano de cada uno por turno. Ningún miembro de su parroquia salía de la iglesia sin un apretón de manos, sin importar su edad o condición. —¿Y bien, mis dos gemelos favoritos, James y Anna, cómo estamos en este espléndido día? —sonrió, sabiendo que podía permitirse el lujo de llamarlos sus favoritos porque no conocía a ningún otro gemelo.

—Vamos a un pícnic —dijo Anna.

—¡Y tenemos Dr Pepper! —dijo James.

Frederick sonrió a sus jóvenes padres, Laurie y Charlie, que siempre asistían a la iglesia con ropa de trabajo debido a su cargo en el ayuntamiento del condado de Mossbark.

—Una pequeña cantidad de Dr Pepper —dijo Laurie, reforzándolo juntando el pulgar y el índice.

—Y mucha fruta —dijo Charlie, alborotándole el pelo a su hijo.

Después de que Frederick estrechara la centésimo primera mano, por primera vez en todo el día, no se acercó demasiado. La mujer que tenía delante, Nora Ouellette, compartía tanto su edad como su pasión por la religión y, a todas luces, lo adoraba. El problema era que, en algún momento, esa adoración se había transformado en un enamoramiento. Combinado con el hecho de que era viuda, y por lo tanto *disponible*, la convertía más en una carga que en un estímulo para la confianza.

—Gracias, Nora, por esa lasaña que dejó el otro día. No creo haber probado nunca una tan buena.

—De nada, pastor.

Se dio cuenta de que ahora ella se estaba acercando a él. Le hizo sentirse incómodo y se preguntó, no por primera vez, si alguien se sentía como él en ese momento cuando se acercaba. Ciertamente esperaba que no.

—Tengo un estofado que a Eric le encantaba. ¿Le gustaría venir esta noche o, si está demasiado ocupado, como sé que siempre lo está, en algún momento de esta semana?

—Han sido tiempos difíciles, Nora. —Frederick negó con la cabeza—. Tiempos muy difíciles. Y no parece que vayan a mejorar

en las próximas semanas. Me gustaría poder aceptar, pero sé que podría estar haciendo promesas vacías.

—Lo entiendo —dijo Nora con una sonrisa.

Supo de inmediato que ella no había pillado la indirecta, de la misma manera que no la había pillado la última vez, ni la anterior.

—Debe de ser un trabajo muy ajetreado —dijo ella—, fomentar las relaciones comunitarias...

—Aglutinar a las comunidades —la interrumpió Frederick con una sonrisa.

—Sí..., aglutinar a las comunidades. Debe de ser agotador. Le dejaré el estofado en la puerta de su casa más tarde, como hice la semana pasada.

Frederick se llevó ambas manos al corazón. —Me mima usted, Nora. Gracias.

Ella se sonrojó. —Había otra cosa, pastor...

El fuerte tono de llamada de Frederick la interrumpió. Él sonrió. —Lo siento, el volumen está al máximo. —Se señaló las orejas—. Estos ya no son lo que eran.

—A mí me lo va a decir, pastor.

Sacó el móvil y miró la pantalla. —Lo siento, Nora, de verdad que tengo que cogerla. —Volvió a estrecharle la mano—. Estoy deseando probar el estofado.

—Por supuesto, pastor. —Sonrió, se sonrojó de nuevo, se dio la vuelta y salió.

Frederick entró en su iglesia con el teléfono pegado a la oreja. —¿Sí?

Jadeos. Ninguna respuesta.

—¿Sí? —repitió Frederick.

—Ha llegado el momento, Frederick.

PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

EMMA SMITH no quería creer lo que Amelia Sachs le estaba diciendo. Se apartó de su visita y entró corriendo en la casa para

comprobar el dormitorio de Hamlin. Al confirmar la ausencia de su hijo, se mordió el labio inferior con tanta fuerza que notó el sabor de la sangre.

Volvió a la puerta principal y alzó la vista hacia el rostro canoso de su marido, Devin. —No está.

—Lo siento muchísimo —dijo Amelia Sachs desde el umbral de la puerta. Agarraba con fuerza las riendas de su caballo mientras la bestia se movía inquieta de un lado a otro, claramente nerviosa después de que la hubieran sacado en mitad de la noche—. Lo vi todo desde mi ventana. No ha vuelto a bajar por el sendero.

—¿Estás segura? —preguntó Devin.

—Sí... Lo lamento. En cuanto Miles regresó, vine corriendo…

—¿Qué *coño* hace Hamlin en casa de ese cabrón desquiciado? —Devin se dio la vuelta y entró en su casa.

—La verdad es que no lo sé —dijo Amelia.

Como quería estar lista para ayudar a su hijo, Emma contuvo las lágrimas, pero, a juzgar por la preocupación en el rostro de Amelia, debía de tener un aspecto desesperado.

—Estoy segura de que todo irá bien, querida —dijo Amelia—. Tiene que haber una muy buena razón para que su hijo...

—¿Son ciertos los rumores? —preguntó Emma—. ¿Es peligroso?

—¿Extraño? Desde luego. Pero no hay pruebas de que sea peligroso.

—Si lo es —dijo Devin, poniéndose al lado de su esposa mientras cargaba la boca de su rifle largo—, no lo será por mucho tiempo. —Se acercó a su propio caballo, atado a la valla.

—Yo también voy —dijo Emma.

—No vas vestida para ello. —Devin señaló el largo camisón blanco de ella. Él tampoco lo estaba, en realidad, pero llevaba ropa interior larga de algodón, por lo que su dignidad estaba a salvo.

—Solo necesito un momento —dijo Emma.

Su marido hizo girar a su caballo y le dio una palmada en uno de los flancos. El rifle rebotó en la espalda de Devin mientras salía disparado.

—¡Maldita sea! —dijo Emma y miró a Amelia, pero su visita desvió la mirada—. Por favor...

Amelia suspiró y volvió a mirarla. —Póngase algo de ropa y la llevaré.

Frente a la casa de Amelia, Devin se detuvo justo antes del desvío hacia la de Miles. Ató su inquieto caballo a un poste y, preparando su rifle largo, giró rápidamente para tomar el sendero. Vio una silueta más adelante y oyó el golpeteo de unos cascos.

El golpeteo se hizo más fuerte.

Devin consideró levantar el arma y abatir al jinete que se acercaba, pero le asaltó una duda. ¿Y si su hijo, Hamlin, había robado el caballo para huir del loco?

Se apretó contra la valla para no caer bajo los cascos del caballo que se aproximaba y observó cómo se acercaban las oscuras patas de un bayo. Miró hacia arriba y reconoció al malnacido cojo y encorvado que nunca hablaba ni miraba a nadie, sino que simplemente compartía el poco aire que les permitían bajo tierra en la mina.

Miles parecía decidido a seguir adelante y aún no se había percatado de la presencia de Devin.

Devin vio un saco atado a la parte trasera del caballo de Miles. Parecía moverse, como si alguien luchara por liberarse. Podría haber sido la vibración a través de los flancos del caballo, pero Devin prefirió aferrarse a la esperanza de que su hijo estuviera vivo en una de esas bolsas. Siendo esa una posibilidad, usar su rifle largo no era una opción.

—¡Devuélveme a mi hijo! —gritó Devin a pleno pulmón, pero sospechó que Miles no lo había oído por encima del golpeteo de los cascos. Corrió hacia el camino principal y lo intentó de nuevo. Vio cómo el hombre deforme, su caballo y, potencialmente, su primer y único hijo desaparecían calle abajo.

ACTUALIDAD

EL PASTOR FREDERICK DEERING fue a coger el pomo de la puerta de la vivienda, pero esta se abrió hacia dentro antes de que pudiera tocarlo.

Un hombre grande y corpulento salió de la estructura de madera y se adentró en el charco de luz que se filtraba a través del espeso dosel.

Frederick no recordaba haber visto nunca a Merithew sin el ceño fruncido, y parecía que hoy no iba a ser una excepción.

—Se ha tomado su tiempo —dijo Merithew.

—¿Está hecho? —preguntó Frederick.

Merithew mostró sus grandes palmas ensangrentadas. —Sí.

Frederick asintió. —Parece que tiene talento para ello.

—Es algo que siempre hemos hecho. No solo yo.

—Es bueno saberlo. ¿Están mis colegas dentro?

—Sí, lo están. ¿No es usted su líder? ¿No sería mejor que llegara usted aquí primero?

—Son capaces; no hay por qué preocuparse.

—Aun así, quizá debería darse más prisa.

—¿Por qué razón?

Merithew suspiró y examinó los árboles, los grandes campos vacíos y las chozas negras dispersas. —El sufrimiento, Frederick. En su oficio, seguro que es algo que le gustaría mantener al mínimo. —Se marchó.

Ahí va uno de los pocos hombres, pensó Frederick, *que nunca me ofrecerá su mano, a pesar de todo lo que he hecho aquí.*

Entró en la cabaña, y sus dos colegas se le acercaron desde cada lado de la puerta, como si hubieran estado emboscados. Se fijó en el hombre demacrado y pálido que tenía a su derecha, cuyo labio superior estaba siempre a merced de un nervio que no dejaba de contraerse. Frederick asintió a modo de saludo. —Pastor Alton Banks.

Se encaró con el hombre rechoncho que estaba al otro lado, cuyas sonrosadas y regordetas mejillas y nariz delataban su afición por el vino y las trasnochadas. —Pastor Norman Flagg.

Frederick dirigió su atención hacia un gemido.

Sophia Stevens yacía en la cama, en el centro de la habitación. Tenía las rodillas en alto y dobladas, y las piernas aún separadas. Había toallas ensangrentadas esparcidas por la cama.

Frederick caminó hasta el lado de la cama y le lanzó una mirada compasiva a Sophia. Le apartó el pelo húmedo de la frente pálida con una caricia.

—¿Está bien? —preguntó Sophia—. ¿Puedo verla?

—Está bien —respondió Frederick, contestando a la primera pregunta, pero no a la segunda.

—Ha sido tan rápido..., lo cual es bueno, supongo..., pero apenas he tenido tiempo de verla..., de tocarla. La he oído llorar y he alargado la mano. Quería sentir su piel..., pero entonces se la han llevado. —El torrente de palabras brotó en una caótica mezcla de volumen, tono y ritmo, salpicada de jadeos entrecortados.

Sospechaba que las hierbas que Merithew le había dado habían resultado ser fuertes y que todavía sentía sus efectos con intensidad. Volvió a acariciarle el pelo. —No tiene que preocuparse, Sophia.

—Parecía preciosa..., ¡pero ha sido tan rápido! ¿Es preciosa?

—Sí, lo es. Como le he dicho, no hay nada de lo que preocuparse.

Una expresión de pánico cruzó su rostro pálido y exhausto. Su mente racional, sin duda, pensó Frederick, abriéndose paso entre las lianas medicinales que, hasta entonces, la habían protegido de la lucidez. —¿Quién es usted? —Apartó la cabeza de un respingo de los dedos de Frederick.

Él dejó la mano allí, suspendida en el aire. —Soy el pastor Frederick Deering.

—¿Un pastor?

—Sí. Dirijo la Hermandad Bíblica de Mossbark. Mis colegas aquí detrás, el pastor Norman Flagg y el pastor Alton Banks, dirigen dos de nuestras iglesias.

La rigidez de su expresión se suavizó, sus labios se entreabrieron y respiró hondo. —¿Están aquí para ayudarme?

La mano de Frederick seguía cerca de ella; el calor de su rostro le calentaba la punta de los dedos. Asintió. —Sí. —Giró la cabeza

para asentir a cada uno de sus colegas antes de volver a centrarse en ella—. Le he dicho que no tiene que preocuparse por nada.

Oyó a sus dos pastores acercarse a la cama y vio cómo los ojos de ella se abrían de par en par cuando Norman, tal y como estaba planeado, le agarró los tobillos y le estiró las piernas. —Absolutamente por nada.

Ella soltó un grito ahogado cuando Alton se inclinó y le sujetó los brazos contra la cama.

Frederick le tapó la nariz con los dedos, le tapó la boca con la palma de la mano y se inclinó, usando el peso de su cuerpo para hundirle la cabeza en la almohada. Les había advertido a sus colegas que ella lucharía. No importaría lo débil que estuviera tras el parto; encontraría fuerzas por puro instinto de supervivencia. Así es la naturaleza de todas las bestias.

Inmovilizada por tres hombres, apenas tenía posibilidades, pero sus sacudidas y arqueos eran admirables. Frederick sintió que le perlaba el sudor en la frente y oyó los gruñidos de Norman mientras forcejeaba con las piernas de ella. Le sorprendió lo mucho que estaba tardando. Ver a su hija, aunque solo fuera por un instante, debió de haberla inspirado a hacer algo extraordinario.

Entonces llegó otra sorpresa: las lágrimas de Alton.

Frederick fulminó con la mirada al hombre que lloraba. Intentó establecer contacto visual, pero el pastor, desesperado, negó con la cabeza mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas. —¡*Alton*! —siseó Frederick.

No funcionó. Su colega siguió perdiendo el control y entonces hizo lo que Frederick más temía. Soltó las muñecas de Sophia y retrocedió.

Frederick volvió a centrarse en Sophia, presionándole la cara con toda la fuerza que pudo. Ella agitaba los brazos sin control, y él se dio cuenta de que tenía suerte, porque le estaba arañando la chaqueta del traje y quizá no le quedaba mucho tiempo para encontrar la carne expuesta que ansiaba rasgar.

—Lo siento..., lo siento... —masculló Alton desde la esquina de la habitación.

Lo estarás, pensó Frederick. *Lo lamentarás mucho...*

Las uñas de Sophia se le clavaron en el cuello, justo debajo de la barbilla, en el lado derecho.

Apretó los dientes para soportar la agonía. «Seguro que ya casi está. ¿Verdad que sí?», pensó.

Ella arrastró los dedos, llenándose las uñas de su carne, y a él le aterraba pensar en el estado en que quedaría después de aquello.

Cerró los ojos con fuerza, reprimió el dolor del cuello y presionó con toda la fuerza que le quedaba una última vez.

Sus manos se desplomaron.

Continuó aplicando presión unos instantes más, asegurándose de que todo hubiera acabado, antes de apartarse de la cama, sudando y recuperando el aliento. Observó a Alton en la esquina, encorvado, abrazándose las rodillas, repitiendo: «Lo siento...».

Principios de 1800

AMELIA LE DIO su caballo a Emma para que ella y su marido, cabalgando en paralelo, pudieran perseguir al peculiar hombre que podría haberse llevado a su hijo.

Los cascos repiqueteaban y retumbaban contra la piedra. A pesar de que era algo extraño de sentir en un momento tan aterrador, Emma sintió alivio por haber mandado herrar de nuevo el caballo de su marido el día anterior; habían descuidado a la yegua demasiado tiempo y últimamente se tambaleaba al caminar.

Aquella noche, sin embargo, el caballo de su marido, y el de Amelia, se movían como el viento. Aunque era una noche bastante cálida, la corriente de aire heló a Emma, sobre todo la cara, que tenía húmeda por las lágrimas.

Al final de Main Street, llegaron a un camino de tierra que se bifurcaba. Se detuvieron.

—Joder..., joder —decía Devin una y otra vez.

Sintió una opresión fría y tensa en el pecho. Habían perdido a Miles Libby. Soltó las riendas y se llevó una mano a la boca para ahogar un grito ahogado. Se volvió hacia su marido y apartó la

mano de la boca a la fuerza. —Devin, ¿y si Hamlin sigue en casa de Miles? ¿Y si está herido? ¿Y si nos necesita?

—*No* —dijo Devin sin mirarla. Escrutaba el paisaje con los ojos entornados; una tarea difícil, sin duda, con tan poca luz—. Tiene a nuestro hijo. Lo ha metido en un maldito saco.

Esta vez, Emma no pudo reprimir un grito ahogado, pero cuando se le escapó, fue poco más que un gemido.

—*¡Ahí!* —señaló Devin hacia la ladera al otro lado del campo—. ¿Ves?

Ella miró.

—Está demasiado oscuro...

—No, algo se mueve. Está subiendo la colina a caballo. Quédate aquí y busca ayuda. —Espoleó a su caballo y salió disparado por el oscuro sendero hacia el campo.

Emma se volvió y miró hacia Main Street. Seguro que Amelia ya estaría dando la voz de alarma, aunque no tenía ni idea de que el monstruo se estaba llevando a su hijo colina arriba, en el centro del pueblo. Devin había tomado una decisión sensata. Debía volver ahora y decirles a todos adónde se dirigía Miles, solo que...

Volvió a mirar en la dirección por la que se había marchado Devin. Ya había desaparecido en la oscuridad. Su hijo era vulnerable y, en una situación así, necesitaría a su madre. Espoleó al caballo de Amelia y azuzó a la bestia hacia la colina.

No vio ni a su marido ni al secuestrador de su hijo en el trayecto de subida a la colina. Desesperada, siguió adelante, rezando por encontrarlos. Tras llegar a la cima, se adentró en el bosque, lo que la obligó a reducir la marcha del caballo de Amelia. La bóveda de árboles era densa en esa época del año y en el bosque estaba más oscuro que fuera. Contuvo las lágrimas, pues quería mantener el oído atento a lo que la rodeaba. Al final, reprimir la emoción dio sus frutos y oyó los gritos de su marido más adelante.

Siguió los gritos de su marido hasta un pequeño claro en el bosque. Ya veía que la luz de la luna, aunque escasa, había encontrado una entrada al claro. Se deslizó del caballo, lo ató a un árbol, avanzó sigilosamente y se asomó.

Miles Libby estaba de rodillas. Devin se inclinaba sobre él con la boca del rifle a centímetros de la frente de Miles mientras gritaba:

—¡Abra el saco, maldito animal!

Miles no respondió.

—Entonces haré lo que tenga que hacer y lo abriré yo mismo.

Emma se fijó en un caballo que estaba a apenas un metro de Miles. Un saco colgaba de la parte trasera del ante. Incluso a esa distancia y con esa luz, pudo ver que estaba cubierto de sangre.

También se retorcía.

Gritó a pleno pulmón:

—*¡Hamlin!*

Salió de detrás del árbol y se adentró en el claro, tropezando con una rama suelta, pero consiguió no caerse. Se encontró con la mirada desorbitada de su marido.

—¡Emma! ¡Te dije que te quedaras!

—Hamlin —repitió ella, avanzando a trompicones, y agarró el saco ensangrentado.

—*¡No!* —gritó Miles, volviéndose. Su voz sonaba inhumana.

Emma se apartó bruscamente del saco, boqueando y agarrándose el pecho, no por la advertencia de Miles, sino por lo que había *sentido* en aquella tela caliente y pegajosa. Bultos. Bultos grandes que se retorcían. —¿Qué hay ahí dentro? ¡Dígamelo!

El saco palpitaba; los bultos se hinchaban y se deslizaban arriba y abajo por la tela.

—Es un ladrón. —La voz de Miles sonaba lejana, como si fuera el eco de otro mundo mucho más oscuro.

—¡Embustero! —siseó Emma—. ¡Maldito embustero! ¿Qué le ha hecho a mi hijo?

—Un ladrón —dijo Miles—. Todo el mundo lo sabe.

Miles giró la cabeza para mirar a Devin.

—Usted lo sabe, ¿verdad, papá?

Devin apretó el gatillo. El rifle relampagueó, un fuerte estallido estranguló el silencio del bosque y la mitad superior de la cabeza de Miles saltó por los aires.

Emma sintió la sangre caliente del monstruo en los ojos y se los frotó, pero eso empeoró su visión, porque ya tenía las manos cubiertas de la sangre del saco. Optó, en cambio, por frotarse los ojos con la manga y al final consiguió ver. Vio a Devin de pie junto al cadáver de Miles, recargando su largo rifle.

—¡Hamlin! —Se abalanzó de nuevo sobre el saco. Tiró con fuerza y este se soltó de la silla y cayó al suelo con un golpe sordo.

El saco palpitaba con tanta fuerza que se preguntó si podría empezar a huir de ella. Lo que fuera que había allí dentro no era humano... o, al menos, lo que fuera que había allí dentro *con* Hamlin no lo era.

Cayó de rodillas y empezó a desatar la cuerda anudada que cerraba el saco.

—¡No, Emma, *espera*!

Pero ella no esperó, y sus manos ágiles y desesperadas trabajaron con rapidez. Cuando lo abrió y las criaturas peludas empezaron a derramarse, se apartó como un cangrejo, pero las ratas eran rápidas y vinieron en su dirección. Gritó, esperando que las bestias, con su pelaje apelmazado de sangre, empezaran a devorarla, pero el torrente de ratas se dividió al llegar a sus piernas y corrió a su lado para alejarse, claramente saciadas con lo que fuera que hubieran estado en el saco.

—No, Hamlin... *¡no!*

Uno de los pequeños monstruos se detuvo a sus pies y la observó. Sus cuartos traseros se contrajeron, todo su cuerpo se tensó y se estremeció.

Intentó darle una patada, pero falló.

Saltó sobre ella y le clavó sus afilados incisivos en la rodilla.

Gritó a la bestia voraz que se retorcía de placer. Con la espalda arqueada, agarró a la bestia peluda y se la arrancó de la rodilla. Vio cómo un trozo de piel se estiraba entre la rata y su pierna; cuando al fin se rompió, lanzó al roedor tan lejos como pudo.

Oyó a Devin gritar a sus espaldas. Se giró a tiempo de ver a uno de aquellos viles cabrones trepándole por la pierna.

Tras soltar el rifle, intentó quitarse la criatura de encima a manotazos, pero era fuerte. Soltó un alarido cuando la rata le mordió profundamente la ingle a través de los calzones largos. La sangre floreció sobre el algodón blanco. Golpeó a la rata hasta que esta perdió el agarre y quedó simplemente colgando de Devin, aferrada con fuerza con los dientes.

—¡Ayúdame!

A cuatro patas, Emma se arrastró lo bastante cerca de Devin como para arrancarle la rata de encima. Oyó cómo se desgarraba la carne de su marido. Sosteniendo al animal, que se retorcía, por el pescuezo, se levantó con dificultad y arremetió hasta llegar a un árbol. Estrelló a la bestia contra la corteza con toda la fuerza que pudo. Seguía resistiéndose. La estrelló de nuevo... y otra vez.

Finalmente, se deshizo del roedor destrozado, que aún se convulsionaba, y se encaró con Devin.

Devin se mecía de un lado a otro en el suelo, pálido y boqueando. —Estoy sangrando mucho. —No se equivocaba. La sangre le empapaba la ingle y la parte superior de las piernas.

Luchando contra la rigidez y la agonía de su rótula maltrecha, fue cojeando hasta el saco. Un leve movimiento abultó la tela, pero no tanto como antes. Agarró el fondo del saco, tiró de él y sacudió el contenido.

Lo que quedaba de su hijo se desparramó por el suelo.

Dos ratas seguían alimentándose de él, así que se abalanzó sobre ellas. La primera, que se abría paso hacia el cráneo de su niño a través de la mejilla, salió con facilidad. La arrojó con todas sus fuerzas. La segunda rata le costó mucho más esfuerzo y, cuando por fin consiguió arrancarla, tenía un trozo del globo ocular de su hijo entre los dientes. Lanzó a esta bestia tras la otra. Cayó de rodillas, cogió a su hijo muerto y se lo acercó al pecho. Casi no le quedaba cara, así que dejó que su cabeza cayera para besarle el pelo húmedo y apelmazado de la coronilla. —Hamlin, mi niño... Lo siento.

Le pasó las manos por el cuerpo inmóvil mientras lo abrazaba. Sintió la ropa desgarrada, la carne caliente y desgarrada, y el hueso

expuesto. Lo depositó en el suelo y, sin poder volver a mirar sus restos, se apartó mientras se ponía de pie.

Helada, entumecida y temblando, se acercó arrastrando los pies a su marido, que boqueaba con gran dificultad. Le cogió el rifle.

—Necesito ayuda. —Su voz era débil, y su rostro estaba casi blanco.

—¿Era verdad lo que dijo? ¿Nuestro hijo era un ladrón?

—Emma... por favor... Me estoy muriendo...

—Responde a la pregunta, Devin.

Él gruñó, hizo una mueca de dolor y consiguió articular una respuesta. —Me enteré hace un par de días... Alguien de la mina... me lo dijo.

Ella entrecerró los ojos. —¿Y qué hiciste al respecto?

—*Iba* a hablar con él.

—¿Pero no lo hiciste?

—No lo vi... Tenía turnos diferentes.

—Anoche saliste a beber. Él estaba en casa.

—Sí... sí... lo sé... Lo siento... Ayúdame *ahora*, Emma.

—Eres su padre. Deberías haber sacado tiempo para él.

—Por favor, Emma, voy a morir...

—Contaba contigo para que lo guiaras. Deberías haberle enseñado el camino.

—Lo intenté...

Le disparó en el pecho. —No, no lo hiciste. Nunca lo hiciste.

AHORA

EL PASTOR FREDERICK DEERING estaba sentado al borde de la cama donde habían tendido a Sophia Stevens. Tenía la cabeza entre las manos y había ordenado a los otros pastores de la vivienda que guardaran silencio mientras pensaba. Su problema era bastante fácil de identificar; la solución, en cambio, era cualquier cosa menos sencilla.

Levantó la vista y fulminó al problema con la mirada. El pastor Alton Banks retrocedió tambaleándose bajo la fuerza de la misma, y luego se estabilizó apoyándose en una urna de plástico de metro y medio de altura; una presentación macabra que siempre le revolvía el estómago a Frederick y que, en realidad, debería ser retirada.

Sintió la mano de Norman en su hombro. —¿Está usted bien, Frederick?

Levantó la vista hacia el pastor, rollizo y de mejillas sonrosadas. —Me gustaría que se marchara, Norman.

—Sí. ¿Quiere que espere fuera?

—No, me gustaría que fuera a Lewis. Me gustaría que pasara la tarde visitando a los miembros de su congregación. —Desvió su mirada de Alton a Norman—. Es una de las cosas que hacemos *después*. —Señaló el cuerpo en la cama detrás de él con un gesto de la cabeza—. Así es como recuperamos el equilibrio.

—Por supuesto, Frederick. Sabe que no tiene que explicarlo.

—Sí, lo siento, Norman, pero... —Observó a Alton junto a la espantosa urna—. Debe perdonar mi ligero titubeo de confianza.

—Sí —dijo Norman.

—Lewis lo reclama ahora, Norman. Pero usted, *Alton,* se quedará conmigo un rato.

Pálido, Alton asintió.

Después de que Norman se fuera, Frederick se levantó de la cama.

Alton se encogió al verlo acercarse.

A pesar de lo que le había dicho su director en el colegio, Frederick creía sinceramente que su invasión del espacio personal siempre era bienvenida y recibida con la misma calidez que él mismo se esmeraba en irradiar. La extraña reacción de Alton a su presencia era algo que nunca había experimentado.

—Deje de acobardarse, hombre. —Frederick se tocó el arañazo del cuello y luego se examinó la sangre de las yemas de los dedos.

—Lo siento —dijo Alton, aunque seguía encorvado y temblando.

—Lo elegí a usted, Alton, por su fortaleza.

—Perdóneme, Frederick. No sé por qué me ha abandonado.

—¿De verdad, Alton? ¿Lo ha *abandonado*?

Alton miró a Frederick por un momento, claramente reuniendo el valor para mentir, pero, al no conseguirlo, simplemente asintió.

—Mire la urna que tiene detrás —dijo Frederick.

Alton se giró.

—¿Acaso esos huesos de un niño muerto hace mucho tiempo no le recuerdan por qué hacemos esto?

De nuevo, Alton asintió.

Frederick también recorrió con la mirada el esqueleto amarillento expuesto en la urna de plástico.

—¿Es que se le *olvida* todo? ¿Todo lo que queríamos? ¿Todo lo que construimos?

—No... Es que no duermo bien... Estaba...

—Míreme.

Alton se giró.

—No más excusas, Alton. Somos cercanos, usted y yo, siempre lo hemos sido y, a pesar de lo de hoy, siempre lo seremos.

—Sí.

—Así que le debo la oportunidad que estoy a punto de ofrecerle.

Alton seguía temblando.

—Se lo preguntaré solo una vez, Alton, y después seguiremos adelante, de un modo u otro. ¿Quiere abandonar la hermandad?

Alton se mordió el labio inferior, con la mirada yendo de un lado a otro.

Le puso una mano en el hombro a Alton. —Dígame, viejo amigo. Dígame con sinceridad lo que quiere, y yo lo apoyaré. ¿Ha cambiado de opinión? ¿Le gustaría apartarse del camino que hemos empezado a recorrer?

Otra mordida en el labio, otra mirada de un lado a otro, y después un asentimiento tembloroso. —Sí... Lo siento, Frederick..., pero sí.

Frederick abrazó a Alton. Atrajo su cabeza hacia su hombro derecho y le acarició el pelo. —Gracias por haber sido sincero conmigo, Alton. Por eso, puede marcharse con mi bendición.

—Gracias, Frederick. Muchas gracias.

Mientras Frederick acariciaba el pelo de su expastor, miró el esqueleto y pensó: *¿De verdad es cierto cómo moriste? Bueno, que*

sepas esto, Hamlin, la forma en que te llevaron aquel día fue espantosa, pero no será en vano. Pusiste en marcha acontecimientos que han conducido a este día, a este momento: un momento de grandes cambios. Besó a Alton en la cabeza. *Pero antes hay que hacer algunos sacrificios más.*

Mediados del siglo XIX

Althea metió la mano en la vitrina abierta de metro y medio y acarició los huesos de los dedos que quedaban en la mano izquierda del muchacho. Recorrió con las yemas de los dedos el brazo frío antes de acariciarle el pómulo. Althea recordó los últimos momentos de Emma Smith y de este chico, el chico que Emma había adorado *tanto*: Hamlin. Un momento de gran dolor, pero un momento *necesario*. Un momento que había traído el cambio y una era de tranquilidad.

Althea se apartó de los huesos de su nacimiento y se enjugó una única lágrima. Solo se permitió una. Una sola lágrima, una vez al año, en el momento exacto, al minuto exacto, en que el cuerpo de Hamlin Smith había sido descubierto en aquel claro.

Y ahora que había derramado una lágrima, Althea cerró la vitrina de su hijo de otra vida, se miró el dorso de sus propias manos nudosas con asombro y satisfacción, y alargó el brazo para coger su bastón. Puede que los años no hubieran sido amables con ella físicamente, pero habían sido generosos emocional y espiritualmente, y por eso una sola lágrima y un instante de reflexión sobre una época podrida y oscura era todo lo que se concedería.

Le dio la espalda a la vitrina y, mientras cojeaba hacia la puerta principal de la vivienda, observó la jaula en el suelo. Había saciado a sus mascotas antes de presentar sus respetos a Emma Smith y a su hijo, así que se movían tranquilas, acariciándose unas a otras con sus largas colas y patas.

Luego, salió de su vivienda.

Fuera, la gente de Althea estaba reunida. Una docena de personas permanecían de pie con orgullo y ninguna miraba a su líder desde una posición arrodillada, como exigían muchos otros líderes en el mundo podrido y oscuro. A lo lejos, oyó las risas de unos niños pequeños que jugaban.

Dorinda dio un paso al frente y le puso una mano en el brazo a Althea. —Hemos guardado un minuto de silencio, como pediste.

Althea dio un paso atrás y se aclaró la garganta. Ya era vieja, así que sabía que le costaría alzar la voz para su creciente número de seguidores, pero lo intentó de todos modos. —Gracias a todos por ese único minuto. Pero el minuto ha pasado y la lágrima ha sido derramada. Ahí es donde nos detenemos. Si continuamos demasiado por el camino del sentimentalismo, corremos el peligro de volvernos como el mundo oscuro y podrido que hemos dejado atrás: uno lleno de religión, control y dolor. En nuestra tierra, solo hay una cosa en la que creer. —Se llevó el puño al corazón y su gente hizo lo mismo.

Juntos, corearon: —Nosotros. El corazón. El Núcleo.

lectuepublibre2.com

1

HASTA AHORA, EL viaje con Logan, el camionero misógino, con sobrepeso y manchado de sudor, no había estado a la altura de las expectativas de Jake Pettman. Y eso era bueno, porque Jake había esperado que el hombre le soltara una retahíla constante de despotriques soeces, salpicados de proclamas nacionalistas por la pureza de la América blanca y de llamamientos a una mayor sumisión por parte de las féminas de la especie, a las que se les estaban subiendo mucho los humos.

A Jake no le gustaba nada caer en estereotipos, pero, en este caso, creía que sus expectativas eran perdonables. El comportamiento del conductor en el área de servicio sesenta millas atrás había sido atroz:

EL BOCAZAS le había lanzado una mirada lasciva a la pobre camarera y había hecho un comentario sobre su atuendo. —¡Da igual lo lúgubre que esté el día, una mujer que lleva tan poca ropa siempre puede traer un poco más de sol!

—No es un día lúgubre —dijo ella—. Al menos no lo era hasta que ha entrado usted.

Él devoró un plato de beicon frito y luego le preguntó al cocinero, que estaba tomándose un descanso para el café y haciendo un crucigrama, si era chino o japonés.

—Malasio —respondió él sin levantar la vista del crucigrama.

No estaba claro si el gilipollas ese pretendía provocar al cocinero, pero era evidente que no le gustó que lo ignoraran, aunque fuera él quien estuviera ofendiendo. —Bueno, pues vale. No sé gran cosa de esa tribu, pero a mi abuelo lo mataron los japoneses.

—Joder —masculló Jake y tomó otro sorbo de café, que sabía exactamente como a él le gustaba y a muchos otros no: quemado.

Pasó un instante de silencio, durante el cual Jake siguió leyendo el periódico mientras deseaba que el peor enemigo de todos los presentes en el área de servicio se hubiera marchado a otros lares, pero entonces el hombre se acercó y se sentó frente a él en el reservado. —¿Tenías algo que decir al respecto?

—¿Respecto a qué? —decidió hacer Jake lo mismo que el cocinero y mantener la cara pegada al periódico.

—¿Respecto a mi conversación con el hombre ese de allí?

—¿Cómo voy a tener algo que decir sobre una conversación en la que no participaba?

—Bueno, yo te he oído, así que supongo que tú a mí también.

Jake levantó la vista hacia él. Le apetecía buscarle las cosquillas a aquel individuo irritante, pero, al mismo tiempo, sabía que era una pésima decisión cuando te escondes de gente que te quiere muerto. Se fijó en que el hombre llevaba guantes, lo cual era extraño teniendo en cuenta el calor. —Estaba leyendo el periódico.

—¿Sobre qué?

Jake echó un vistazo al periódico y luego lo miró. —¿Una caída en los precios de la energía?

—Esas son buenas noticias. No sonabas como si estuvieras leyendo buenas noticias.

—Oye, perdona, ¿cómo te llamas?

—Logan.

Jake enarcó una ceja. —¿Como Lobezno?

Logan sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, el tamaño desde luego lo tienes.

Logan resopló. —No es músculo.

No hace falta que me lo digas. —Mira, Logan, estoy seguro de que no quieres problemas. Yo, claramente, tampoco quiero ninguno, así que…

—¿Eres británico?

Jake asintió. *¿No es obvio, Logan?*

—¿Adónde te diriges, británico?

—Buena pregunta —dijo Jake, y se llenó la boca de café—. Una para la que no tengo respuesta.

Logan entrecerró los ojos. —Eres un tipo raro. Y dices que no quieres problemas, pero los problemas te han encontrado a ti. ¡Esa nariz parece recién rota!

—Y tú también eres muy guapo, Logan.

Logan se rio. —Eres gracioso.

—No era mi intención, pero gracias por el cumplido.

Logan volvió a reír. —Bueno, no te vayas a enamorar de mí.

—Te aseguro, Logan, que no hay ni la más remota posibilidad de que eso ocurra.

—¿Cómo has acabado aquí?

—Haciendo autoestop. Hasta aquí llegaba el conductor hacia el norte antes de dar la vuelta.

—Entonces, ¿estás esperando aquí para que te lleven?

—Más o menos, Logan.

Logan dio un puñetazo en la mesa. —Pues decidido. Yo voy más al norte. Tú necesitas perderte de vista y a mí me vendrá bien algo de compañía.

—No creo que sea buena idea.

—Será tu forma de disculparte por meterte en mi conversación.

Jake bajó la mirada y suspiró. *Qué demonios… ¿Qué derecho tenía un hombre desesperado a rechazar ayuda de ningún tipo?* — De acuerdo, con una condición.

—Adelante.

—No te va a gustar la condición. Así que casi mejor déjalo estar.

—Prueba a ver.

—Vale, allá va. —Jake tomó otro trago de café—. Discúlpate con la camarera por tu comentario sobre su ropa.

—¿Por qué? A ella no le importó.

—Sí que le importó. Y mucho.

—Estaba coqueteando…

—No lo estaba. Así que discúlpate con ella y luego discúlpate con el cocinero por llamar a los malasios su *tribu.*

Él puso los ojos en blanco. —¡Venga ya! ¿Qué tiene de malo?

—Mira, hazlo y punto, y luego te lo explico durante el viaje.

—De acuerdo. Pero más te vale no volverte de los callados. Ya he conducido ocho horas sin oír la voz de otro hombre.

TRAS VARIAS HORAS DE VIAJE, Jake se dio cuenta de que podía permitirse el lujo de ser el tipo callado. Esto se debía a que Logan hablaba sin parar; más que suficiente para revelar a un individuo bastante complejo, cuyos comportamientos agresivos y de mente estrecha eran claramente una máscara para ocultar mucho dolor e inseguridad. Jake se tragó la historia de una infancia destrozada por el alcoholismo de sus padres y la muerte de dos hermanos en el incendio de su casa, que también le había dejado a él bastante malherido. —El setenta por ciento de mi cuerpo tiene quemaduras de segundo grado.

—Joder, lo siento —dijo Jake, atisbando las manos de Logan aferradas al volante.

—No lo sientas. Soy un puto afortunado de que mi cara bonita formara parte del treinta por ciento.

Jake sonrió.

Su vida de adulto también era una sarta de desgracias; había tenido un coqueteo con la drogadicción, que había acabado con su joven esposa muerta por una sobredosis. —No me estoy excusando por ser un capullo. Sería un capullo aunque hubiera tenido una vida feliz.

—Todos tenemos nuestros momentos.

—¿Y cuál es tu historia?

—No hay nada que contar, la verdad. —Mantuvo la vista fija en la carretera. Odiaba ir en coche, pero le sorprendió lo mucho mejor que se sentía allí arriba, en aquel camión. Recordó algunas experiencias espeluznantes que había tenido hacía poco en las carreteras de Blue Falls y se estremeció.

—Eso es una gilipollez. Viéndote la cara, te aseguro que tienes más cicatrices en el cuerpo que yo.

Jake siguió mirando al frente. —La razón por la que estoy en mitad de la nada es porque mi pasado está muerto. Y así debe seguir. No pienso insuflarle vida ahora. No te ofendas, Logan, pero aunque fueras el mejor loquero del mundo, no le dedicaría a esta historia ni un minuto de mi tiempo.

—Al menos dime cómo te llamas.

Aparte de en los libros de registro de los moteles, esta era la primera vez que se veía en la tesitura de inventarse un nombre. Dijo el primero que le vino a la mente: el de su hijo. —Frank. —Luego tropezó con el apellido de su mejor amigo—. Yorke.

—Bueno, Frank Yorke, gracias por la compañía.

—De nada. Ahora dime adónde vamos.

Logan aulló como un lobo y miró a Jake. —¡Creía que no lo ibas a preguntar nunca!

—Ya me estoy arrepintiendo de haberlo hecho.

—Oh, ya lo creo que me lo agradecerás. —Logan le guiñó un ojo.

Y pensar que empezabas a caerme bien, Logan. —Los ojos en la carretera, por favor.

—Ah, sí, que eres británico. Se me olvidaba que allí hacéis las cosas según las normas.

Jake sonrió. —Bueno, si las normas son para sobrevivir, sí, solemos hacerlo.

—¿Cómo dices?

—Olvídalo. De todas formas, ¿no ibas a prometerme el paraíso?

—¿El paraíso? Nirvana, eso es un grupo de música, ¿no?

—Olvídalo otra vez.

—¿Y así se llamaba su disco? Lo tengo, si quieres escucharlo...

—¡Joder, Logan! ¿Adónde vamos?

—Ah, sí, eso. Bueno, imagínate esto. —Quitó una mano del volante, para gran descontento de Jake, y la agitó en el aire para intentar dar énfasis a lo que iba a decir—. Un lugar donde las mujeres son fáciles.

Jake negó con la cabeza y gimió.

—Y un lugar donde hasta yo puedo pillar cacho. Mi ruta me ha llevado por Brady Crossing tres veces en los últimos dos años, y todas las veces he triunfado.

—¿Has triunfado?

—Sí, con alguien del bello sexo. De hecho, puedo garantizarte que hasta tú, Frank, con esa nariz deforme, tendrás una oportunidad. —Aulló de nuevo.

—Gracias por el cumplido, pero no me interesa. Solo quiero seguir en esta dirección lo más lejos posible y perderme tanto como pueda por ahora, hasta que logre aclarar mis ideas.

—No eres... —Volvió a apartar la vista de la carretera para mirar a Jake—. ¿Verdad que no?

—¿El qué? ¿Gay?

—Ajá.

—No te preocupes, Logan. —Jake puso los ojos en blanco—. No he mancillado tu camión con mi presencia. Ahora, vuelve a mirar a la carretera.

—¿Y por qué esa falta de interés, entonces?

—Porque no soy un cavernícola ni estoy aquí para ir por ahí como un animal y poblar la tierra.

—¿Eh?

—Olvídalo. Escucha, tú haz lo que tengas que hacer. Te agradezco que me lleves. Tengo algo de dinero; el combustible corre de mi cuenta. Cuando lleguemos, déjame en un motel en ese tal Brady Crossing y ya veré qué hago desde allí.

—Bueno, si estás seguro. Me quedaré dos noches y siempre me viene bien un compinche.

—Estoy seguro. Recuerda, solo estoy tratando de perderme durante un tiempo.

—Bueno, Brady Crossing de Mossbark es sin duda el lugar ideal para perderse. Está en mitad de la nada, tal cual. Y tiene una

reserva genética extremadamente pequeña, ¿sabes a lo que me refiero?

—De ahí que les gusten las influencias externas, ¿eh?

—Y tanto.

Jake miró por la ventanilla y observó cómo pasaban volando las tierras vacías.

Logan, que había llegado al culmen de la excitación por tener unos oídos que machacar, aumentó el ritmo de su incesante perorata. Como era de esperar, cuando Logan llegó a los detalles escabrosos de su último encuentro sexual en Brady Crossing, a Jake se le revolvió el estómago. Sin embargo, a pesar de la incomodidad, consiguió echar una cabezada.

En su sueño, yacía junto a Piper Goodwin en la casa de ella, en Blue Falls. Se giró de lado y, empezando por la clavícula, deslizó las yemas de los dedos por el cuerpo desnudo de la mujer, sobre su pecho, antes de posar la palma de la mano en su ombligo. Se inclinó, la besó y, por un breve instante, se sintió más feliz de lo que se había sentido en muchos años.

—*Me estoy enamorando de ti* —dijo Piper.

—*Yo ya me he enamorado de ti* —dijo Jake.

MERITHEW BAJÓ la mirada hacia el recién nacido que se acurrucaba en sus brazos.

Quizá sea verdad lo que dicen, pensó con una sonrisa. *A pesar de mi ridículo tamaño, ¿quizá sí que tengo una presencia tranquilizadora y reconfortante?*

Había oído a algunos de los suyos referirse a su profunda voz como capaz de hacer vibrar el aire a su alrededor de maneras extraordinarias; había oído a otros hablar de cómo se le humedecían y suavizaban los ojos al escucharlos, acogiéndolos con confianza en lugar de juzgarlos y condenarlos, como habían hecho tantos de los predecesores de Merithew.

Parecía que la mayoría lo apreciaba como líder. La *mayoría*, si no *todos*.

Hasta la fecha, desde que Althea había fundado la comunidad, todos los líderes habían sido descendientes directos, Merithew incluido. La cualificación no solo procedía de la línea de sangre; si era necesario, los ancianos podían votar para cambiar de líder. Esta particularidad ofrecía a los que se sentían descontentos un foro en el que podían expresar su malestar. En la actualidad, algunos de los suyos estaban aprovechando esa oportunidad. Sin embargo, esa era una preocupación para otro día. La preocupación ahora era esta recién nacida envuelta en una toalla manchada de sangre.

Consciente de su gran fuerza y para no asustar a la niña, Merithew llamó con suavidad a la puerta de la cabaña de Sumner.

Sumner era más menudo que Merithew, pero eso no lo convertía en un hombre pequeño. Ocupaba casi todo el marco de la puerta.

Merithew lo observó.

—Parece preocupado, Sumner.

Sumner inclinó la cabeza.

—Estoy feliz, Merithew. Se lo aseguro.

Merithew asintió.

—Bien… Es el camino. Ya lo sabe. —Miró por encima del hombro de Sumner hacia el interior de la cabaña en penumbra—. Qué oscuro está aquí dentro.

—Hemos pensado que era mejor para la niña. El sol puede ser muy fuerte a última hora de la tarde.

—Sí. La niña. ¿Todavía no tienen nombre para ella?

—Tenemos algunas ideas, pero queríamos conocerla primero, ver cuál le pega más.

—Buena idea. —Sabía que Sumner mentía.

En la penumbra, Merithew vio a Corrie, la esposa de Sumner. Era una mujer hermosa, pero en ese momento no podía verla bien en la oscuridad. Estaba de pie al fondo, junto a una ventana con las persianas bajadas. Estaba al lado de su hijo de catorce años, Marston, que tenía la cabeza gacha. Era un chico callado al que no le gustaba la compañía de los demás.

—Corrie, ¿cómo está?

—Bien, gracias. —Corrie le pasó el brazo por los hombros a su hijo.

—¿Y usted, Marston?

—Bien, gracias —dijo Marston sin levantar la cabeza.

Merithew le entregó la recién nacida a Sumner.

—Un regalo.

Tan pronto como la niña dejó las manos de Merithew, se echó a llorar.

—Gracias. —Otra mentira. No estaba agradecido. En absoluto.

La niña se echó a llorar a gritos, y Sumner le acarició la cara para calmarla.

Merithew dio dos pasos hacia atrás.

—Es el camino.

—Lo sé —dijo Sumner—. Adiós, Merithew. —Dio un paso atrás y cerró la puerta de su cabaña.

Merithew se alejó, permitiendo que su mente se apartara de la recién nacida para centrarse en el descontento que germinaba en el Núcleo.

Su primera parada tras registrarse en el motel Brady Crossing fue el baño, donde Jake pudo darse una ducha fría. Había leído en alguna parte que las duchas frías ayudaban con las lesiones y, tras su paso por Blue Falls, tenía unas cuantas.

No estaba convencido de lo de la ducha fría. Para ser sincero, no estaba convencido de ningún proceso que le hiciera jadear en voz alta, pero tenía que admitir que se había encontrado un poco mejor los dos últimos días o, como mínimo, menos como un saco de boxeo hecho polvo.

Se había preocupado de registrarse con su seudónimo, Frank Yorke, y se había quitado de encima las peticiones de su pasaporte con un puñado de billetes. Ya había cometido el error de usar su nombre real en el último pueblo en el que había estado, un error

que había llevado hasta su puerta a aquellos de los que huía o, al menos, a unos asesinos contratados por ellos.

Ese encuentro les había costado caro a esos asesinos. Por desgracia, a Jake también le habían pasado factura por la experiencia con la muerte de dos personas inocentes que vivían en Blue Falls, que eran también dos de las mejores personas que Jake había conocido.

Se frotó los ojos, decidido a no llorar. Había pasado muchos de los días desde su huida de Blue Falls a la deriva en un mar de melancolía, ahogándose en la culpa y el autodesprecio. Era hora de recomponerse. Había gente ahí fuera a la que se lo debía.

Salió del baño, comprobó que las cortinas estaban corridas y abrió la cremallera de una de sus bolsas de lona sobre la cama. Como siempre, lo primero que comprobó fue el dinero que le había robado a la organización criminal de Inglaterra, Article SE. Sin ese dinero, estaba bien jodido. Mientras siguiera encontrando lugares donde cambiarlo, podría sobrevivir sin trabajar. El trabajo atraía una atención innecesaria. Guardó el dinero detrás del armario.

Sacó la otra cosa que lo mantenía a flote —no físicamente, como el dinero, sino emocionalmente—: sus fotografías. Bajó la vista hacia las dos personas que más le importaban en este mundo, dos personas en las que pensaba en cada momento de vigilia y, ya puestos, en cada momento del mundo de los sueños.

El primero era un niño pequeño con una camiseta del Southampton FC, el equipo que había idolatrado con su propio padre y que debería haber seguido idolatrando con este niño, su hijo Frank. La segunda era la mujer más hermosa que conocía, con el pelo largo y oscuro, ojos verdes y una sonrisa matadora, de pie a su lado. *Con él. Queriéndolo.*

Las mismas personas por las que quería mantenerse fuerte lo hicieron llorar de nuevo.

2

LA EXPERIENCIA DE Jake con los pueblos pequeños hasta la fecha lo había llevado a creer que la recesión no había perdonado a nadie. Estaba claro que se había equivocado. No solo la recesión había esquivado por completo Brady Crossing, sino que parecía como si un benefactor adinerado hubiera entrado por otro lado.

Mientras Jake recorría la calle mayor de Brady Crossing, no pudo evitar recordar los escaparates tapiados, las farolas fundidas y las grietas en la acera que plagaban Blue Falls, porque aquello contrastaba enormemente con lo que estaba viendo ahora.

Los escaparates, limpios y coloridos, parecían recién pintados. Las tres primeras tiendas —el ultramarinos, la carnicería y un local que vendía discos de vinilo— relucían y no habrían desentonado en Queens Boulevard, a no ser que uno se parase a mirar por la ventana. Entonces vería que la tienda de vinilos estaba completamente vacía, mientras que en la carnicería había una cola de clientes extremadamente pequeña. Al lugar, a pesar de estar fuertemente financiado, le faltaba clientela.

Jake recordó el cartel de «Bienvenidos al condado de Mossbark», junto con un censo de poco más de dos mil habitantes. Lo que veía ahora no tenía demasiado sentido. Aquel lugar no podía financiarse con el comercio; el dinero *tenía* que proceder de otra parte. ¿Quizá de algún millonario local que sentía un gran afecto por su pueblo

natal y se conformaba con dejar que se alimentase de su pozo de dinero?

Recordó la vez que casi había dado un respingo al oír una ranchera caer en un bache en Blue Falls; ahora, observaba con asombro cómo un coche híbrido se deslizaba en silencio por la impecable carretera. Sacudió la cabeza con incredulidad al contar un total de tres bares: el Brady Inn, The Half-Moon y el Old Forest. ¿Había sido el turismo el que había atraído esa inversión? ¿Pero no estaban en plena temporada turística? Y, hasta ahora, lo único que había visto eran un par de colas pequeñas, un coche híbrido y muy pocos peatones. Desde luego, no parecía un lugar de vacaciones, ¿verdad?

Miró los tres bares. Logan había dicho que se alojaría encima de uno de ellos. *«Menos distancia que recorrer cuando, ya sabes, dé el pelotazo».* Jake se preguntó por cuál se habría decantado Logan para poder mantenerse alejado. Al darse cuenta de que no tenía ni idea, decidió que su visita a Brady Crossing tendría que ser en seco. Lo que significaba, por supuesto, que no sería una visita larga.

Al doblar la esquina, una chica joven chocó contra él sin querer.

Ella se giró, caminando hacia atrás, con la mano en alto para disculparse. Jake supuso que rondaría los últimos años de la adolescencia, pero la enorme cantidad de delineador y pintalabios negros podría estar ocultando una edad menor. Levantó una cazadora de cuero negra.

—Chaqueta nueva, lo siento. Estaba intentando quitarle la etiqueta.

—No pasa nada —dijo Jake—. Es un alivio ver un accidente provocado por una chupa de cuero en lugar de por un móvil, pero, aun así, ten cuidado al cruzar la calle. —Señaló hacia el híbrido que había aparcado frente a la carnicería—. Por aquí ni siquiera se los oye venir.

Ella le lanzó una mirada de confusión antes de darse la vuelta y marcharse.

Jake sonrió. *«La juventud de hoy en día»*, oyó decir a su padre en otra vida.

Pasó por varias tiendas más antes de llegar al ultramarinos Hardy. Proclamaba con orgullo haber sido fundado en 1854, pero, teniendo en cuenta los edificios vecinos, el año parecía más una excusa para su pintura desconchada y su fachada ruinosa. Curiosamente, a Jake esto le resultó más atractivo. Vigilar las zonas menos pudientes de Wiltshire sin duda lo había familiarizado con los establecimientos más rudos y decadentes, y quizá, ¿sentía ahora algo de nostalgia?

—¿Sí? —dijo un anciano desde detrás del mostrador.

—Quería comprar algo —dijo Jake.

—¿Qué exactamente?

—Con un servicio de atención al cliente como el suyo, tan afectuoso, cualquier cosa que pueda pillar, la verdad.

El hombre frunció un ceño ya de por sí arrugado.

Jake esperó una respuesta que no llegó y, en lugar de soportar el doloroso silencio, cedió al interrogatorio hostil.

—¿Una lata de Coca-Cola, quizá?

El anciano señaló con la cabeza las neveras del fondo.

Jake pasó de largo la Coca-Cola Light y fue directo a por una lata de la de verdad, con toda la carga. Últimamente, después de lo de Blue Falls, le dolían las extremidades y siempre andaba a la caza de un chute de energía. Cuando llegó al mostrador y vio la forma en que el anciano lo miraba —como a una alimaña que hubiera prosperado en los rincones sucios de su tienda y que requiriera un exterminador—, Jake no pudo evitarlo.

—A juzgar por la competencia que hay por aquí, yo le daría una vuelta a su discurso de ventas para cuando a alguien se le ocurra entrar por esa puerta. Una puerta, por cierto, que lo convierte en carne de cañón para un robo, mientras todos los demás en la calle exhiben sus flamantes persianas nuevas.

El anciano enarcó una ceja, cogió la lata y la escaneó. Señaló el precio en la caja registradora.

Jake le entregó un billete.

—Quédese con el cambio. Tómelo como una propina por aguantar mi mal humor.

Cuando Jake se daba la vuelta, el hombre dijo:

—Vuelva cuando quiera.

De nuevo, Jake no pudo evitarlo. Se volvió.

—Sí, soy de fuera. Sí, tengo un acento poco familiar, pero vamos, ¿no cree que es pasarse de la raya? Me da la sensación de que no sabe si negarse a atenderme, advertirme que me vaya del pueblo o, en el peor de los casos, sacar una escopeta.

—Haría usted bien en hacer caso a esa sensación, jovencito. Y si lo hace, le estaría haciendo un favor, después de todo.

Jake salió de la tienda, se bebió la mitad de la lata y eructó. No se había dado cuenta de la sed que tenía. Suspiró mientras atravesaba la calle mayor. Bueno, si el anciano de verdad le advertía que se fuera del pueblo como un favor, ¿quizá debería marcharse sin más? Al fin y al cabo, había muchos pueblos pequeños, y si aquí había el más mínimo atisbo de problemas, sería mejor evitarlos. Miró los bares y volvió a suspirar. Parecía que tendría que visitar uno de ellos esa noche y buscar a alguien que lo llevase a algún sitio mañana, ¿quizá más al norte o más hacia el interior? Quién sabe, igual hasta acababa otra vez con Logan.

Dobló la esquina donde la adolescente casi lo había atropellado.

Ahora estaba sentada en un banco unos metros más adelante, con su nueva chaqueta de cuero puesta.

Jake se sentó a su lado. —¿Hace un poco de calor para eso. ¿Has conseguido quitarle la etiqueta?

La chica asintió. —Incluso con estas. —Le enseñó a Jake unas largas uñas postizas de color negro.

—No me imagino ser capaz de hacer nada con ellas. Nada que no cause daños corporales, vamos.

—¿Has olvidado que tú y yo no meamos de la misma forma? No tengo nada que temer.

Aunque le hizo gracia, la franqueza de la chica había dejado a Jake tan de piedra que no fue capaz ni de reírse. —Estaba a punto de decirte que no te preocuparas, que no soy un desconocido rarito y que solo me he sentado aquí para terminarme lo que me queda de Coca-Cola, ¡pero algo me dice que no eres de las que se preocupan con facilidad! En fin, solo ten cuidado de no sacarte sangre cuando te pique algo.

—Mira esto. —Se pasó los dedos y aquellas uñas de aspecto peligroso por el pelo y, al echárselo por detrás de las orejas, dejó al descubierto un rapado. Bajó una mano—. Y ni un rasguño.

—Estoy impresionado.

Ella se rio. —¿Por qué sentimos la necesidad de decir gilipolleces para estar a gusto?

—Perdona..., no quería...

—No, tú dices: «No lo sé. Es una buena pregunta». Y yo digo: «Y es entonces cuando sabes que has encontrado a alguien especial. Cuando puedes callarte la puta boca un minuto y disfrutar cómodamente del silencio».

Jake sonrió. —*Pulp Fiction*.

—Mia Wallace y Vincent Vega.

—Una de mis favoritas.

—La favorita de cualquiera que sepa un mínimo de algo.

—De acuerdo.

—Soy Celestia. —La joven le tendió la mano.

Jake hizo una teatrera demostración de miedo al acercar la mano a la de ella. —Cuidado con esas armas letales. —Entonces le estrechó la mano—. Yo soy Frank. Celestia es un nombre curioso.

—Mi padre debió de pensar lo mismo. Tu nombre también es curioso.

—¿Frank? Yo creo que es bastante común.

—No por aquí, pero es que por aquí no hay nada que sea común.

Jake enarcó una ceja. —¿Te importaría dar más detalles?

—¿Quieres decir que no te has dado cuenta?

—Solo que los dueños de las tiendas parecen tener un montón de dinero a pesar de que hay una población más pequeña que el reparto de *Reservoir Dogs*. ¡Ah, y el dueño de la tienda que parece haberse dado cuenta de que había una recesión prácticamente me ha dicho que me largara del pueblo!

—Probablemente deberías hacerle caso.

—Curiosamente, eso era exactamente lo que estaba pensando hace un momento.

—Por cierto, me ha encantado la referencia a *Reservoir Dogs*.

—Me imaginé que te gustaría. —Jake sonrió.

—O sea que eres británico y estás en mitad de la nada. La verdad es que no sé ni por dónde empezar con eso.

—Entonces no empieces. Una de las razones por las que estoy aquí es para no tener que hablar de ello. Estoy de vacaciones.

—¿De vacaciones? ¡Pues deberías estar pasándolo bien! En ese caso, ¡yo me saltaría este sitio sin dudarlo!

Jake asintió. —Y bien, Celestia, aparte de comprarte una chaqueta nueva, ¿qué haces hoy?

—Lo mismo de todos los días. Sentarme aquí y ver la vida pasar.

Jake miró a su alrededor y chasqueó la lengua. —Tampoco es que pase mucha vida.

—De ahí mi aburrimiento y la consiguiente obsesión con mi aspecto. No hay nada más que hacer por aquí.

—De donde yo vengo, tu aspecto no tiene nada de extraordinario para una chica adolescente.

—¿Allí también están todos aburridos?

—No... O sea, sí, probablemente, pero esa no es la cuestión. Tu estilo suele ser común entre jóvenes bastante sensibles con tendencia a un cierto tipo de música.

—Parece que vienes de un lugar plagado de estereotipos. Créeme, este aspecto *sí* es muy fuera de lo común para Brady Crossing.

Jake se fijó en una pareja de mediana edad que pasaba por allí, compartiendo la responsabilidad de uno de los perros más pequeños que había visto en su vida. El hombre miró hacia ellos, y Jake esperó un saludo. No lo hubo. En su lugar, la mirada fue bastante solemne, como si en vez de a una joven colorida conversando con un desconocido mucho mayor, estuviera viendo en aquel banco los fantasmas de alguien a quien una vez amó.

—Hola —dijo Celestia, agitando sus uñas negras.

El hombre apartó la mirada. Fue o tristeza o asco; Jake no supo distinguir qué, así que concluyó que era una mezcla de ambas.

—Bueno, él desde luego nos ha considerado fuera de lo común.

—Sí. Ha sido una mirada de miedo.

—Pero recuerda que la gente siempre siente curiosidad por los desconocidos...

—Por ti no. Por mí. Todo el mundo me mira igual.

Jake pensó antes de preguntar: —¿Hay alguna razón en particular para que pase eso, aparte del estilo gótico-emo, que yo la verdad es que no veo que sea un problema?

—Sí, hay una razón. Una muy buena.

Jake esperó.

—¿Película favorita?

Fue un cambio de tema brusco. Chasqueó la lengua. —*2001: una odisea del espacio*.

—HAL 9000. —Puso una voz suave y tranquila—. «Esta misión es demasiado importante para que yo permita que usted la ponga en peligro».

—¡Guau, has sonado igual que ese ordenador chiflado! ¿Y cuál es tu misión, entonces?

—Emborracharme.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—Demasiado joven para emborracharte. Al menos en este país.

—Olvidas que estamos en mitad de la nada. Además, empecé a cazar cuando tenía nueve años.

—¡Joder! ¿Y qué cazabas?

—Ciervos, alces..., lo típico. Lo odiaba.

—¿Por qué?

—Me gustan los animales. Aparte, a lo que voy es que si eres lo bastante mayor para matar a otro ser vivo, también lo eres para matarte con alcohol si así lo deseas.

—No es una filosofía que me resulte familiar.

—¿Entonces vas a ayudarme o qué?

—¡No! Además, ni siquiera creo que tengas diecinueve años.

Ella sonrió. —Tienes razón. Tengo diecisiete.

—¿Por qué mentir?

—Porque pensaba que sería más probable que me ayudaras a emborracharme si creías que era más mayor. Podrías haber pensado que tendrías una oportunidad.

Jake soltó una carcajada. —Celestia, podría ser tu padre.

—¡Bueno, no hace falta que te horrorices tanto! Y no te hagas ilusiones. ¡Aunque fueras un viejo depredador asqueroso, tampoco eres mi tipo!

—¡Estupendo! Y ¿cuál es tu tipo?

—Los hombres no.

—Vale... ¿tienes a alguien importante en tu vida?

—Nada que valga la pena mencionar. Como te he dicho, la mayoría de la gente me evita. Ya te lo he contado. Tienen miedo.

—¡Eso es ridículo! No tienes nada que dé miedo.

—¿Tu segunda película favorita?

—Eres implacable —dijo Jake, sonriendo—. Una pista: «Vas a necesitar un barco más grande».

—¡Eso no tiene ninguna gracia!

—Bueno, es mi segunda película favorita, así que te aguantas. Y ahora, ¿por qué das miedo?

—Dime por qué estás tú aquí.

—Supongo que esto es un punto muerto.

—Eso parece. ¿La peor película de la historia?

La conversación continuó a un ritmo trepidante, sobre todo acerca de películas, y Jake se sorprendió sonriendo. Esto era significativo, porque todavía no había sonreído de verdad desde que se marchó de Blue Falls, y de eso hacía ya más de una semana. Era increíble lo que podía conseguir una conversación trivial, sobre todo con personas con intereses similares.

Durante la tarde, pasaron por allí varios lugareños más, todos con la misma expresión preocupada que antes tenían el tendero y el hombre del perro pequeño, pero cada vez que le preguntaba a Celestia por el motivo, ella lo despachaba rápidamente con más trivialidades cinematográficas.

Cuando la muy necesaria tarde llegó a su fin, Jake se sintió decepcionado al ver que ella se levantaba para irse.

—Justo iba a preguntarte tu top diez de películas extranjeras favoritas.

—Tendrá que ser mañana. Tengo que irme a casa.

—¿Y dónde es eso?

—No en Brady Crossing.

—Te llevaría, pero he venido al pueblo haciendo autostop.

—No te preocupes. No sería buena idea.

—Eres muy reservada.

—¿Y un británico de mediana edad que llega a Mossbark haciendo autostop no lo es?

—Menos lobos con lo de mediana edad, que todavía estoy en la treintena.

—No fumas, ¿verdad?

—Llevas sentada conmigo buena parte del día; digo yo que sería obvio que no fumo.

—Solo para asegurarme.

—Sabes que eso mata, ¿no?

Ella se inclinó hacia él, entornando los ojos para observarlo.

—No pensé que algo así te preocupase tanto.

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

—Tú ya sabes por qué.

—Desarrolla.

—La tristeza, Frank. Alrededor de tus ojos. Hay mucha.

Jake enarcó las cejas.

—Yo podría decir lo mismo de ti, Celestia.

Celestia sonrió.

—Y tendrías razón.

—Por cierto, ¿qué motivo tiene una chica de diecisiete años para estar triste?

—¿Qué motivo tiene un treintañero a miles de kilómetros de su casa para estar triste?

—Otra vez en punto muerto, ¿no?

Celestia se echó hacia atrás.

—Encantada de conocerte, Frank. ¿Mañana a la misma hora?

—Pensaba marcharme mañana por la mañana.

Celestia asintió.

—Bueno, estaré aquí por si cambias de opinión.

Jake asintió y sonrió.

—Me lo pensaré —pero mentía. Ya había cambiado de opinión.

El sheriff Gordon Kane cogió su taza de *I love New York*, un recuerdo de una era pasada. Se estabilizó la mano temblorosa sujetándose la muñeca. El café derramado emborronó las palabras del periódico extendido sobre su mesa.

Sin soltarse la muñeca, Gordon bebió un buche de café. Dejó la taza junto a una foto enmarcada de su mujer cuando tenía veinte años. A esa edad había sido preciosa. Sin embargo, ese no era el motivo de su elección. Seguía considerándola tan guapa como el día en que la conoció. Había elegido esa porque había sido una época mucho más feliz en su matrimonio y le evocaba buenos sentimientos; de hecho, fue entonces cuando hicieron el viaje a Nueva York y compraron su apreciada y amarillenta taza.

Hizo un cálculo rápido en su cabeza. ¡Treinta años!

¡Joder!

Esa misma mañana, Susan le había confesado otra breve aventura. Él había respondido con un suspiro y una débil inclinación de cabeza antes de marcharse a trabajar. Sus días de explotar habían terminado. Había aprendido muy pronto lo poco que servía. Esa noche, cuando llegara a casa, ella le habría preparado un banquete digno de un rey, igual que había hecho las veces anteriores que le había puesto los cuernos. Era esa muestra de culpabilidad, y el hecho de que en realidad seguía queriéndolo —aunque no físicamente—, lo que siempre lo engañaba y le hacía creer que aquello cambiaría. A ver, ya estaba en la cincuentena, y las ganas de escarceos amorosos menguarían en algún momento. ¿No?

Acarició el marco de la foto con su dedo espasmódico. Nunca podría dejarla. Habían pasado la mayor parte de sus vidas juntos, y le sería imposible embarcarse en una vida completamente nueva. No sabría cómo hacerlo. De todos modos, indirectamente, todo aquello era culpa suya, en realidad. Debería haberle dado hijos, haberle dado algo más que hacer mientras él invertía casi todas sus horas de vigilia en el Departamento de Policía del Condado de Mossbark. Pero no había podido: disparaba balas de fogueo. No era la terminología

científica, pero era igual de preciso. Ella había querido adoptar, pero él había descartado la idea con una única y tajante declaración hacía muchos años. *«Soy policía. Las cosas que he visto… Nunca puedes saber con seguridad por lo que ha pasado el niño… No podría hacerte eso, Susan. No podría correr el riesgo».*

La declaración había sido lo bastante tajante como para desestimar cualquier protesta y cualquier resurrección de la petición. Se preguntó entonces, como se lo había preguntado con frecuencia últimamente, si no habría sido demasiado tajante. ¿Fue eso lo que había destruido lo que una vez fue una unión sagrada?

Suspiró y giró a un lado y a otro la mano temblorosa frente a él. Nada de qué preocuparse, según el neurólogo. Innumerables pruebas habían demostrado que estaba sano como una manzana.

¡Nada de qué preocuparse!, resopló. ¿Acaso los nervios destrozados no eran algo por lo que preocuparse? ¿Acaso la ansiedad no era tan debilitante como una enfermedad degenerativa?

Llamaron a la puerta de su despacho. Scott, uno de los dos gemelos idénticos que servían como agentes en el DPdeCM, asomó la cabeza por la puerta. La única razón por la que Gordon sabía que era Scott era por la cabeza rapada. Brad llevaba el pelo largo y se lo recogía en una coleta.

—Sheriff, se han dado la mano. Los hermanos Crichton vuelven a ser amigos.

—Nunca lo dudé, Scott, ni siquiera después de que prácticamente se mataran el uno al otro.

—Como animales salvajes. ¡Bueno, después de estos últimos días, no estoy seguro de que me arriesgara a un intercambio de parejas con Brad! —dijo Scott con una carcajada.

—Un poco difícil cuando ninguno de los dos estáis casados.

—Bueno, si alguna vez lo estamos, quiero pensar que elegiríamos un camino diferente al de los hermanos Crichton.

Una noche, borrachos, los hermanos Crichton, que además eran gemelos idénticos pero habían optado por no tener ningún rasgo distintivo en su aspecto, decidieron experimentar con sus respectivas mujeres. El problema era que ellas no estaban al tanto del experimento. La cosa podría haber acabado mejor si uno de los

hermanos no hubiera prescindido del preservativo. Ahora una de las mujeres estaba embarazada y las relaciones familiares se encontraban en su peor momento.

Gordon se entrelazó las manos mientras hablaba para disimular el fuerte tembleque que tenía aquel día. —Ni siquiera sé por qué os comparáis, Scott. Los gemelos Crichton son harina de otro costal. Lo que sea que hicieran no tendría cabida en los estratos más civilizados de nuestro pequeño mundo.

—Sí, señor. De todos modos, espero que los moratones que se han hecho mutuamente los disuadan de tales experimentos en el futuro.

—No cantes victoria, hijo, la cabra tira al monte. Pero supongo que las secuelas psicológicas que conlleva tener que hacerle una prueba de ADN a tu propio hijo podrían enseñarte algo.

—Elija la paz, señor.

—Elige la paz, hijo.

Scott cerró la puerta.

Elige la paz. Era el mantra de Gordon, y se había aferrado a él durante la mayor parte de su carrera policial. Durante muchos de sus primeros años, veía a sus superiores y colegas más entusiastas perseguir el crimen con el conflicto. Una y otra vez, los había visto echar más leña al fuego, consiguiendo una resolución volátil y a corto plazo. La paz y la calma sostenidas eran el único camino hacia la tranquilidad.

También ganaba elecciones. Lo que era, por supuesto, la principal preocupación de Gordon.

Elige la paz.

Sonó su teléfono móvil. Tras sacárselo del bolsillo, se vio obligado a sujetarse la muñeca de nuevo para mantener la mano lo bastante firme como para leer la borrosa pantalla.

Pastor Frederick Deering.

Se le revolvió el estómago. El móvil se le resbaló de la mano. Vibrando, trazó un camino traqueteante sobre el periódico manchado de café.

Desde su llegada, Frederick había cambiado Mossbark, había tomado a sus gentes temerosas de Dios y las había vuelto aún más

temerosas de Dios. Y ser temeroso de Dios, en opinión de Gordon, no conducía a la paz. Conducía a todo lo contrario.

Sin embargo, a lo largo de su carrera, Gordon había aprendido lo esencial que era trabajar con los que ostentaban el poder, por muy problemáticos que fueran, para establecer la paz. Y Frederick era un hombre poderoso, mucho más poderoso que él, y si quería ganar las elecciones y mantener la paz y la calma en Mossbark, necesitaban una relación simbiótica.

Así que, joder, contrólate, Gordon...

Cogió el móvil y contestó. —¿Pastor?

—Sheriff.

—Me alegro de saber de usted, pastor, pero me pilla con un pie fuera. ¿Es muy urgente? Podría contactar con...

—Es urgente, sheriff.

—Ah, ya veo. —Gordon se apretó con fuerza el móvil contra la oreja.

—Supongo que recuerda nuestra conversación, ¿verdad?

—Sí.

—Usted me habló de paz, y yo le hablé de cohesión.

—Lo recuerdo.

—Y acordamos que seguíamos el mismo camino.

Un acuerdo que me arrancó cuando insinuó lo de las próximas elecciones. —Ajá.

—Y ahora ha llegado el momento de poner a prueba de verdad nuestra colaboración, sheriff.

—Le escucho —dijo Gordon, apretando el puño.

—Algo está a punto de ocurrir en Brady Crossing, algo por el bien de Mossbark. Le sacará a usted y a los suyos de la oficina, sheriff, y así es como quiero que actúe.

Después de que Gordon escuchara las instrucciones y colgara, golpeó la mesa con el puño.

Hubo un estrépito.

Miró los restos de su taza de *I love New York* en el suelo.

3

TRAS LA MARCHA DE CELESTIA, a Jake le entró el desasosiego.

En lugar de seguir sus instintos y deambular sin rumbo para acabar cayendo inevitablemente en uno de los tentadores bares de Main Street, se quedó clavado en el banco del parque y se puso a pensar. En ese momento, necesitaba una alternativa a la autocompasión, de la que tanto el vagar sin sentido como el beber en exceso eran síntomas.

Sin embargo, *sentía* que sus opciones eran limitadas.

Más que nada, deseaba hablar con su hijo Frank. Pero la cautela lo frenaba. Él era un hombre peligroso y estaba claro que su hijo estaba más seguro sin él en su vida. Además, ¿qué promesas podía hacerle? Jamás podría volver a casa con él, ¿verdad? Seguro que era mejor para el chaval seguir adelante con su vida en vez de vivir con la vana promesa de que algún día podría volver a tener un padre.

Luego estaba Piper, una mujer que había devuelto a la vida su corazón detenido. Cómo la anhelaba ahora, sabiendo de nuevo que era imposible. Había pasado demasiado tiempo con ella en Blue Falls y aquellos psicópatas habían descubierto dónde se encontraba. Eso casi le había costado la vida a Piper. Seguirían allí, vigilando, y si alguna vez regresaba, la estaría poniendo en peligro otra vez.

Sus pensamientos giraban en un círculo vicioso, porque no había soluciones; o, al menos, no soluciones alternativas.

La realidad era que tenía que seguir desaparecido.

La tristeza, Frank. En tus ojos. Hay mucha.

¿O quizá ya estaba listo para la alternativa? ¿La oscuridad? ¿El silencio eterno?

Jake miraba al suelo cuando sintió que alguien se acercaba. No se molestó en levantar la vista hasta que un par de zapatillas raídas se detuvieron en su campo de visión. Alzó la cabeza hacia el anciano que lo había atendido antes en la tienda de Hardy.

—¿Vienes a disculparte por el servicio de atención al cliente?

No hubo respuesta.

Jake no estaba de humor para aguantar a ese hombre.

—Me tapas el sol.

—Veo que no le haces caso a tu sentido común. Tienes que irte.

—Dame un respiro. Solo estoy descansando un poco.

—Llevas aquí toda la tarde. Sentado con una persona con la que no deberías estar sentado.

—Explícame cómo una chica de diecisiete años se ha convertido en la enemiga pública número uno.

—No es como tú... No es como ninguno de nosotros.

—Cuanto más viejos nos hacemos, más nos parecen los adolescentes unos extraterrestres. Eso lo entiendo. Pero es la persona más agradable que he conocido en mucho tiempo.

El anciano suspiró.

—Pues te alegrará saber que he decidido quedarme un día más.

El anciano retrocedió un paso.

—Pensé que tenías sentido común. Parece que me equivocaba.

Jake resopló.

—¡Anda ya! No es que me hayas tenido en muy alta estima desde que nos vimos.

—No, jovencito, pareces tener la cabeza bien amueblada, pero no siempre puedes creerte lo que...

—Buenas tardes, Alb —dijo un hombre alto y larguirucho con traje de negocios que pasó por delante de ellos, justo frente al banco.

—Buenas tardes, pastor Banks —respondió Alb, girando la cabeza y saludándolo con un gesto.

Cuando el hombre se hubo alejado, Jake preguntó:

—Hace un poco de calor para que vaya de traje, ¿no crees, Alb?

—Es el pastor Alton Banks. Predica en Sharp Point. Y yo que tú bajaría la voz. Son un poco tiquismiquis, los pastores.

—Así que tú no eres muy de ir a la iglesia, ¿eh?

Alb negó con la cabeza.

—Me gusta ir a lo mío.

—Y yo que te hacía un hombre de mundo...

Un chirrido de ruedas hizo que Jake levantara la vista y que Alb se girara hacia el ruido. Una camioneta había doblado a toda velocidad la esquina que daba a Main Street. Mientras la camioneta avanzaba por la calle en su dirección, la mirada de Jake se desvió instintivamente hacia donde debería haber estado la matrícula. La camioneta rugió y soltó una nube de humo negro a su paso. El conductor apenas conseguía mantener el vehículo en la calzada, dando volantazos de un lado a otro. Jake se levantó de un salto y tiró de Alb hacia atrás, apartándolo del borde de la acera en dirección al banco.

La camioneta pasó a toda velocidad con un estruendo. Jake logró ver al lunático que iba al volante, pero las ventanillas estaban cubiertas de mugre y solo consiguió distinguir que el conductor llevaba el pelo corto; diría que era un hombre, pero no podría jurarlo.

—Menudo cabrón —dijo Alb.

El gilipollas se subió a la acera justo delante de ellos.

Con casi tres mil kilos de metal abalanzándose sobre él, los ojos del pastor Alton Banks se abrieron como platos. Retrocedió a toda prisa hasta que los cierres metálicos de una pescadería cerrada acabaron con toda esperanza de retirada. La parte delantera de la camioneta lo embistió a la altura del pecho. El sonido de los cierres metálicos al deformarse ahogó cualquier ruido de huesos pulverizados. Los cierres, probablemente instalados a un gran coste, resistieron. Alton tuvo tiempo de bajar la mirada hacia el vehículo que lo aplastaba y luego levantarla hacia Jake y Alb, los únicos testigos de su destino aparte del conductor. Entonces, la camioneta dio marcha atrás. Alton, todavía de pie, se examinó a sí mismo, quizá agradeciendo a Dios que aún se mantuviera en pie y que, tal

vez, vería un nuevo día, cuando sus huesos destrozados desmintieron la mentira y se desplomó en el suelo, como si estuviera hecho de gelatina.

Jake hizo ademán de moverse, pero tuvo que detenerse para evitar que la camioneta, al dar marcha atrás, lo embistiera. Golpeó el lateral del vehículo.

—¡Pare! ¡Coño, pare!

El asesino aceleró en dirección contraria a la que había venido.

—¡Llama a una ambulancia! —le gritó a Alb, y luego se abalanzó hacia el pastor derribado, que se retorcía en un charco de sangre cada vez más grande, como una criatura marina sin huesos ahogándose fuera del océano. Jake cayó de rodillas, pero luchó contra su instinto de sujetar al hombre malherido, como si, por algún milagro, pudiera salvarse. En su lugar, se inclinó sobre la cabeza de Alton para que el pastor al menos supiera que no estaba solo. Jake esperaba ver terror en los ojos del pastor, pero solo vio calma. Aquel era un hombre en paz con la muerte.

Intentó hablar pero, en su lugar, escupió sangre al toser.

Jake volvió a mirar a Alb, que tenía el móvil pegado a la oreja. Se sintió agradecido al verlo, a pesar de que, en el fondo, sabía que serviría de poco.

Alton tosió de nuevo y Jake se giró hacia él. Estaba *intentando* decir algo.

Jake se acercó mucho a la boca ensangrentada y espumosa del hombre.

—Jeremías —dijo Alton con un estertor y tosió.

—¿Jeremías? —repitió Jake.

Sonó como si el pastor hubiera dicho que sí, pero podía ser solo el siseo del aire intentando abrirse paso a través de la sangre que le obstruía las vías respiratorias.

—Veintinueve —consiguió decir el pastor.

—¿Veintinueve qué?

—Veintinueve —repitió el pastor.

—Jeremías veintinueve —dijo Jake. Alguna referencia bíblica.

—Veintinueve… —el pastor soltó otro largo siseo, y Jake sospechó que era su último aliento. Se sorprendió cuando una última

palabra se le escapó en su momento final—. Siete.

Jeremías 29:7.

Sintiendo un ardor en las rodillas, Jake se sentó en el suelo y suspiró. Le echó un vistazo a la cara del muerto y le cerró los ojos con el pulgar y el índice.

Qué manera de morir… Se puso en pie y respiró hondo. *Dios…*

Solo había pasado una semana desde la última vez que estuvo de pie junto a un cadáver. Perderse debería haber sido lo más fácil del mundo.

No para Jake Pettman.

FREDERICK RECHAZÓ el café que le ofrecieron al sentarse en el despacho del pastor Norman Banks.

—Tengo una máquina nueva. Muele los granos por ti...

—Por favor, siéntese, Norman. Mi visita será breve.

Norman se puso una mano en el abdomen abultado. —Preferiría quedarme de pie. Tengo una nueva aplicación para contar calorías y marqué la casilla que decía «moderadamente activo»...

—Norman, ahora no es el momento. *De verdad*. Siéntese.

La cara de Norman enrojeció por no haber sabido interpretar la señal de su jefe. —Lo siento, pastor.

—No lo sienta, Norman. Estoy aquí sentado porque confío plenamente en usted. No lo ponga en duda, pero necesito que se prepare para lo que voy a decirle.

Norman giró sus anchos hombros y su columna crujió. —Preparado, pastor.

—He ordenado hacer algo. Algo necesario. Ha visto lo que ha pasado esta mañana. Simplemente, no podía seguir así.

—¿Alton?

—Ha desaparecido.

—¡Se ha ido! ¿No es eso peligroso? ¿No sabe demasiado? ¿Le ha dicho usted que se fuera?

—Exactamente, Norman. Esas eran también mis preocupaciones. Pero no hay de qué preocuparse. Se ha ido a un lugar donde no podrá hablar —Frederick bajó la mirada—. Nunca más —levantó la vista y endureció su propia expresión, que se estaba debilitando.

Norman palideció. Abrió la boca para hablar, pero no le salió nada.

—Respire hondo, Norman, y reflexione. Usted mismo acaba de señalar lo delicada que era la situación. No había otra opción.

Norman siguió el consejo. Respiró hondo y asintió.

—Bien.

—¿Cómo?

—Si le soy sincero, Norman, no lo sé. No es asunto mío, y no debería serlo suyo.

—¿Y Merithew simplemente accedió a esa petición? ¿No le preocupa la ira que pueda atraer hacia el Núcleo?

Las fosas nasales de Frederick se dilataron al inhalar profundamente. —No se lo pedí a Merithew.

—No lo entiendo.

—Se lo pedí a Lemuel.

Norman se levantó, no por su contador de calorías, sino por un repentino subidón de adrenalina. —¿*El hijo de Griffin*?

Frederick asintió.

—Un juego peligroso.

—Lo es.

—Entonces, con el debido respeto, ¿por qué lo estamos jugando, pastor?

—Porque, Norman, para conseguir lo que muchos consideran imposible, hay que ser implacable en su búsqueda.

—¿Tenemos una iglesia sin pastor?

—Nuestras iglesias en Brady Crossing y Lewis son lo bastante grandes. Podemos incorporar a los de Sharp Point. Nos necesitarán, después de todo, para sanar tras esta gran tragedia.

Norman caminó hasta la parte de atrás de su silla y luego de un lado a otro.

—No le sienta bien, ¿verdad, Norman?

—Merithew es un hombre peligroso, sin duda, pero ¿Griffin y su hijo Lemuel? No solo son peligrosos, son… ya sabe…

—¿Perniciosos?

—Sí.

—Cree que he ido demasiado lejos, ¿verdad, Norman?

—No, pastor. No digo eso; es solo que...

—Escuche… —Frederick se levantó y se acercó a Norman—. Nuestro objetivo final involucra a toda esta gente. Merithew, Griffin, Lemuel… o están con nosotros o contra nosotros —cogió a Norman por los hombros—. A menos que elijan el bando equivocado, como Alton, ellos, y nosotros, no tenemos nada que temer.

Norman asintió.

Frederick lo abrazó. —Ahora, oremos, Norman. Oremos por el alma de nuestro colega perdido, Alton.

Celestia se apoyó en la barrera levadiza de la linde sur del Núcleo. Observó la cabaña de madera contigua hasta que la puerta se abrió y Lyman, el joven que estaba de guardia, salió con un rifle colgado al hombro.

Se detuvo al final de la barrera, masticando una cerilla. Levantó el labio superior, mostrando sus dientes amarillentos.

—A Merithew no le va a gustar esto. —Lyman escupió la cerilla al suelo.

—A mi padre no le gusta casi nada de lo que hago. De hecho, la última vez se molestó porque no avisé de que había regresado. —Abrió los brazos en cruz—. Así que aquí estoy.

—Sí. Solo que no has *registrado tu salida*.

Celestia sonrió.

—Bueno, al menos esta vez lo he hecho medio bien.

—¿Por qué no conduces como todo el mundo y así no te queda más remedio?

—¿Vas a enseñarme tú?

El centinela sonrió, volviendo a mostrar sus dientes amarillos.

—Nada me daría más placer.

—Puede que mi padre no aprecie mis aventuras, pero ese tono de voz lo apreciaría mucho menos.

Se le borró la sonrisa.

—Te crees intocable.

—Lo que importa es lo que pienses tú.

Lyman entrecerró los ojos.

—Creo que voy a avisar a Merithew de que has vuelto. —Desapareció en la cabaña de madera.

Ella oyó murmullos desde dentro mientras él hablaba por el walkie-talkie, pero le costó entender lo que decían.

Cuando Lyman volvió a salir, le hizo un gesto para que pasara.

—Coge un coche —le siseó a su espalda.

Ella le respondió haciéndole una peineta.

Mientras recorría el camino de tierra que serpenteaba entre los árboles, con la chaqueta de cuero colgada del brazo, pensó en Frank. No recordaba haber tenido nunca una conversación tan entretenida. Esperaba que se quedara un día o dos más.

—¿Chaqueta nueva, Celestia?

Un hombre alto y pelirrojo, con el pelo largo y perilla, estaba de pie ante ella, sujetando un walkie-talkie.

—Griffin, qué susto me has dado. No te he oído llegar.

Él sonrió. Uno de sus dientes de delante era negro.

—He vivido en este bosque mucho tiempo. Lo entiendo mejor que la mayoría. Si quiero llegar sin avisar, *llego* sin avisar.

Ella señaló el walkie-talkie.

—Lyman me ha dicho que iba a contactar con Merithew.

—Ha contactado conmigo.

—Ya veo. ¿Hay alguna razón para que te interpongas en mi camino, Griffin?

Griffin se rio, dejando al descubierto más dientes ennegrecidos.

—Siempre tan peleona. —Dio un paso adelante hasta que apenas un metro los separaba—. Aunque a veces me pregunto… —Inclinó la cabeza para mirarla desde arriba; su largo pelo pelirrojo le cubría un lado de la cara como una cortina—. Si no será solo una pose. Una adolescente haciéndose la descarada.

—Acércate un paso más, Griffin, y te enseñaré hasta qué punto es una pose.

Se pasó la punta de la lengua por sus dientes podridos.

—¿Acaso quieres enfadar a mi padre?

Griffin se arrodilló y dejó el walkie-talkie en el suelo. Se levantó y le puso una mano grande y huesuda en la parte superior del brazo.

Sintió que se le helaba la sangre y se encogió para apartarse.

—¿Y cómo lo harías, Celestia? ¿Qué le dirías que te he hecho?

Sintió una opresión en el pecho mientras la adrenalina le inundaba el cuerpo.

—Quítame la mano de enci…

—*Nada*. ¿Sabes por qué?

Reprimió la arcada que sintió al subirle la bilis por la garganta.

—Ya no tienes el favor del jefazo.

—No sabes de lo que hab…

—Demasiadas excursiones. Yendo de aquí para allá. La niña que desaparece. Ya no puede confiar en su pequeña bellota, ¿verdad?

Intentó zafarse de él, pero el agarre en su brazo se hizo más fuerte. Otra oleada de náuseas la recorrió mientras examinaba a Griffin de arriba abajo. Podía intentar romperle las pelotas con la rodilla, pero si fallaba, era lo bastante grande como para aplastarla. Haciendo acopio de valor para la confrontación, le lanzó una última advertencia.

—Quítame la mano de encima.

Retiró la mano y le enseñó las palmas.

—Tranquila, Celestia. No pretendía hacerte daño. Simplemente he salido a cazar. —Se llevó la mano a la vaina que llevaba en la cintura y sacó un largo cuchillo de caza—. Hoy he venido a matar de *cerca*. —Hizo girar el cuchillo en el aire frente a él—. No hay nada como estar cerca cuando quitas una vida. —Volvió a sonreír—. Una especie de intimidad, ¿no crees? —Giró la punta de la hoja hacia Celestia, de modo que le apuntara a la cara.

La ansiedad la invadió, pero la lógica le dictaba que no lo haría.

—Mi padre te matará si me haces daño.

—¿Merithew? —Sonrió de nuevo y luego hizo castañetear sus desagradables dientes—. ¿Recuerdas la última vez que mató a

alguien? Yo no, Celestia. Una pena, ¿no te parece? Era un buen asesino. El mejor, dirían algunos. Pero, por desgracia, no, ya le ha perdido el gusto…

—Volverá a encontrarlo si algo le pasa a su única hija —dijo Celestia, fulminándolo con la mirada.

—¿*Única*?

—La única a la que quiere.

—Ah, eso es muy cierto, Celestia. —Griffin giró la hoja hacia abajo—. Te quiere con locura. —Bajó el arma—. Y eso será su perdición. —Guardó el cuchillo de caza en la vaina. Griffin se concentró en la vaina mientras la abrochaba, y Celestia aprovechó la oportunidad para dar otro paso atrás.

—Hay alguien más que también te quiere —dijo él, levantando la vista.

—Tengo que volver. Mi padre se habrá enterado de mi regreso y se preguntará dónde estoy.

Esbozó una sonrisa de suficiencia, ocultando sus dientes estropeados por una vez.

Ella divisó el walkie-talkie que Griffin había dejado en el suelo. Su padre no lo sabía, ¿verdad? Estaba claro que Lyman *solo* había contactado con Griffin. ¿Qué estaba pasando aquí? Las cosas parecían estar cambiando. Y rápido. Levantó la vista hacia Griffin.

—Lemuel te quiere.

—Bien por él.

—Te he prometido a él.

—Yo no soy tuya para que me prometas a nadie. Esa no es nuestra costumbre.

Y ahí estaban otra vez los dientes podridos, y la lengua obscena pasándose por ellos.

—Engendrarás a sus hijos.

Se pasó un dedo por el estómago.

—Antes me abriré las tripas y me arrancaré el útero que dejar que eso ocurra.

—Estupendo. —Cogió el walkie-talkie y se giró para marcharse. No se molestó en esquivar las ramas rotas y las zarzas, con lo que su salida no tuvo nada que ver con su sigilosa llegada. A varios

metros de distancia, volvió la cabeza y dijo—: Deja de merodear, Celestia. Nos preocupa a todos. ¿Quién sabe qué mal vas a atraer sobre nuestro pequeño y tranquilo rincón?

4

A PESAR de ser uno de los dos testigos de un asesinato, Jake pasó un buen rato sentado en aquel banco de Main Street, esperando a que lo interrogaran. Suspiró. La incompetencia y la corrupción en Blue Falls habían alcanzado nuevas cotas y, por Dios, esperaba no estar a punto de ver más de lo mismo en Mossbark.

Finalmente, mucho después de que la policía hubiera raspado los restos del pastor Alton Banks de las persianas metálicas, hubiera acordonado la zona con una cinta barata y el escaso personal de la Científica le hubiera echado un vistazo demasiado fugaz a aquella carnicería, un policía bajo y rechoncho, calvo por arriba y con una cara que parecía haber sido vapuleada en vez de envejecida por el tiempo, se acercó lentamente al banco.

Jake se levantó para recibirlo. Le ofreció la mano, pero el policía optó por engancharse los pulgares en el cinturón y miró hacia un lado para fingir que no había visto el saludo.

—Soy el sheriff Gordon Kane. ¿Y usted?

—Frank Yorke.

Gordon observó a Jake.—¿Qué hace tan lejos de casa, señor Yorke?

—He venido a cazar.

—¿Es que no puede cazar en Inglaterra? He oído que les gusta cazar zorros.

—Aquí las leyes son más laxas.

—No tanto como para no tener que registrarse. Debería haberse presentado en la comisaría.

—Acabo de llegar. Estaba a punto de hacerlo —mintió Jake.

—Aun así. Resulta extraño que un hombre del otro lado del mundo venga a América solo para visitar Mossbark. ¿Acaso Mossbark está en la lista de sitios pendientes de mucha gente en el Reino Unido?

—Se sorprendería.

—Me quedaría de piedra.

—Mire, sheriff. Estoy de viaje por carretera. Llegué haciendo autostop y me iré del mismo modo muy pronto. No he venido a causar ningún problema.

—Y, sin embargo, aquí estamos. Metidos en un buen lío. Y con sangre en la camisa, además. —El sheriff se desenganchó un pulgar del cinturón para señalar la mancha.

—El hombre se estaba muriendo, sheriff. Créame, quién soy yo no tiene importancia. Seguro que le interesa más lo que vi.

—Ya *sé* lo que vio.

Jake enarcó una ceja. Intentó contenerse, pero no pudo.—Telepatía, ¿eh? Eso sí que haría de Mossbark un lugar de interés mundial.

—Me temo que nada tan pintoresco, señor Yorke. Simplemente, hemos hablado con Albert Hardy de inmediato. No somos incompetentes, ¿sabe? Vio exactamente lo mismo que usted, señor Yorke, y, con el debido respeto, es más digno de confianza.

—¿Por qué lo dice?

—Porque sabemos quién es.

—El pastor moribundo no habló con Albert Hardy, habló conmigo.

—¿Habló con usted?

—Consiguió decir unas pocas palabras.

—¿Qué dijo?

—Ah, ¿así que ahora sí le interesa?

El sheriff hinchó los carrillos.—Mire, señor Yorke. Nuestra comunidad acaba de perder a un hombre muy respetado. Nadie está para conflictos. Le pido disculpas si he parecido brusco; todo el incidente me ha afectado bastante y, cuando se sepa la noticia,

reinará una gran tristeza por aquí durante una buena temporada. Ahora debemos centrarnos en recuperarnos. Enviaré a alguien para que le tome declaración en cuanto me diga qué dijo el pastor Banks. ¿Sabe? Este no es el primer atropello con fuga de alguien de fuera, y no será el último. Nos hemos repuesto antes y nos repondremos de nuevo.

—Esto no ha sido un atropello con fuga.

Gordon se echó hacia atrás para poder mirar a Jake a los ojos con más facilidad.—¿Y qué le hace decir eso?

—Pues el hecho de que ha sido muy intencionado. Aquí no ha habido ningún accidente.

—Ya veo. ¿Y qué le cualifica para emitir ese juicio?

—¡Tener ojos en la cara!

—Bueno, eso no es…

—También soy expolicía.

—Expolicía… —Gordon enarcó una ceja—. Bueno… la trama se complica. Alb cree que ha sido un atropello con fuga y, como ya le he dicho, es un miembro extremadamente respetado…

—Ha sido intencionado. —Jake señaló la acera—. Se ha subido al bordillo ahí y ha perseguido a su víctima.

—¿Un hombre, dice?

—Ha sido rápido y las ventanillas estaban sucias, pero estoy bastante seguro de que era un hombre.

—¿Bastante seguro? Si le soy sincero, Albert ha hablado con mucha más seguridad. Nos ha asegurado que el conductor era un hombre y también nos ha asegurado que esto ha sido un atropello con fuga. Por desgracia, si tiene razón, como estoy seguro de que la tiene, atrapar a alguien de fuera será extremadamente difícil, si no imposible.

Jake se rio.

—¿Hay algo gracioso, señor Yorke?

—En realidad, no, sheriff. Todo lo contrario. Acabo de ver cómo asesinaban a un hombre. Me río de lo sorprendentemente similar que es la situación en este pueblo en particular a la del que estuve antes.

—¿Y dónde era eso?

—No me acuerdo del nombre ahora mismo.

—Pues más le vale que empiece a hacer memoria. Cuando se registre, necesitaremos saber de dónde ha venido.

—Me aseguraré de buscarlo cuando llegue al motel. —Jake miró al cielo y suspiró.

—Bien. En fin, señor Yorke, ¿tenía algo que decirme?

Jake volvió a bajar la mirada hacia el sheriff.—¿Perdón?

—Lo que dijo el pastor Alton antes de, ya sabe, fallecer.

—Ah, sí. Dijo: «Jeremías veintinueve siete».

Gordon arrugó el ceño.—¿Jeremías veintinueve siete?

Jake asintió.

Gordon sacó una libreta y lo apuntó.—Lo investigaré.

—Suena a algo de la Biblia.

Gordon asintió.—Bueno, era pastor. Es lógico que tuviera algo religioso en mente al emprender su último viaje.

—A juzgar por su estado en ese momento, dudo que fuera algo tan reflexivo.

—Bueno, lo investigaré —dijo, señalando con el pulgar a los agentes que tenía detrás—. Como puede ver, señor Yorke, estamos muy ocupados. ¿Podría pasarse por la comisaría a dar su declaración? También podría registrarse para cazar ya que está allí.

—De acuerdo —mintió Jake, sabiendo que les importaría un bledo que se presentara a declarar. Bajó la mirada, intentando ocultar su decepción. La policía iba a correr un tupido velo sobre la muerte de aquel pobre hombre, de naturaleza brutal, y él no podía hacer nada para evitarlo. Pero así tenían que ser las cosas. Jake no podía permitirse el lujo de involucrarse en algo así de nuevo.

—¿Y un consejo, señor Yorke?

Increíble... —¿Que me vaya del pueblo, por casualidad?

El sheriff sonrió. —En absoluto. Disfrute de la caza, después de registrarse, pero ¿quizá debería mantener un perfil bajo? La gente de por aquí estará resentida unos días y, aunque saben que no ha sido usted, bueno, algunos de los nuestros tienden a mirar hacia lo desconocido cuando hay problemas, si me entiende.

—Le entiendo, sheriff. ¿Está seguro de que no quiere mi declaración ahora, cuando aún podría servir de algo?

—No, hijo. Vuelva a su motel y descanse para recuperarse del susto. Ha sufrido una buena conmoción.

Mientras Jake se alejaba, echó un último vistazo atrás.

Varios agentes estaban agrupados, riendo y bromeando, mientras el sheriff atendía una llamada paseándose por la escena del crimen, como si la investigación forense aún no se hubiera inventado.

Jake suspiró y se dio la vuelta. *Así tenían que ser las cosas.*

ALTERADA por su experiencia con el malévolo Griffin, Celestia se alegró de llegar a su hogar en el Foco: la zona residencial del Núcleo. Saludó con la mano a su vecina, Gillie, que cuidaba de su jardín. Era una de las miembras más ancianas del Núcleo y a menudo le hablaba con cariño a Celestia de una época pasada. *«Hubo un tiempo en que la gente de Mossbark apreciaba la paz y la estabilidad que nosotros, el Núcleo, trajimos a sus tierras. Ahora muchos parecen haber olvidado los sacrificios que hicimos y nos ven más como una carga. Una entidad a la que temer en lugar de apreciar».*

Cuando la mano de Celestia se cerró sobre el pomo de la puerta de su cabaña, se detuvo al sentir una fría sensación familiar. *Culpabilidad.* Amaba el Núcleo. Muchas de las personas de su comunidad eran altruistas y amables y no, como Gillie solía lamentar, dignas de ser temidas. Y, sin embargo, allí estaba ella, Celestia, la oveja negra, huyendo *siempre* de su verdadero hogar, como si fuera un lugar que rehuir.

El problema de Celestia era su curiosidad. El mundo era un lugar grande y el Núcleo era diminuto. Minúsculo, de hecho. Su deseo de saber más, ver más, *experimentar* más, la impulsaba fuera de sus fronteras casi a diario. Ninguno de los demás padecía su aflicción. Estaba sola en sus excusas y sabía que muchos, incluido el bárbaro de Griffin, temían que sus actos acabaran teniendo consecuencias.

Preparando mentalmente otra disculpa para su padre, abrió la puerta. Al ver que no estaba, suspiró aliviada, a pesar de saber que solo posponía lo inevitable.

Sobre uno de los pocos muebles de la cabaña, una mesa de comedor tallada a mano, Celestia tiró la chupa de cuero que casi con toda seguridad Merithew desaprobaría. La gente del Núcleo era minimalista. Tanto sus casas como sus ropas eran básicas. Todos en la comunidad vestían sencillas camisas y pantalones de algodón, reservando las perneras y jerséis de lana para los meses más fríos. La ropa de Celestia, incluido su llamativo uso de maquillaje oscuro, se salía de lo común. A pesar de su silencio, sabía que a muchos en la comunidad les molestaba; lo veía en sus expresiones adustas cuando pasaba a su lado. Si su padre no fuera el líder, la habrían confrontado mucho antes.

Durante años, Merithew había intentado domarla, doblegarla a sus costumbres, pero a medida que ella se hacía mayor, él había sucumbido al miedo de perderla. Al fin y al cabo, ahora era lo bastante audaz como para merodear por Mossbark a diario, así que nada le impediría huir del condado por completo si lo deseaba. Él se sentiría perdido sin la persona que más apreciaba. Nunca lo decía, pero ella podía sentirlo en su comportamiento sumiso y, en más de una ocasión, normalmente después de que él hubiera estado bebiendo, le había suplicado, rogado, de hecho, que «por favor, se asentara donde debía estar».

Dos tazas reposaban junto al fregadero de la cocina. Una estaba vacía, pero la otra se la habían dejado para ella. Té. Frío, ya, pero así era exactamente como lo prefería. Su padre la conocía bien. Se bebió el té y se sintió refrescada y más tranquila tras aquel frío enfrentamiento con Griffin.

Consideró contarle a su padre el encuentro, pero parecía no tener mucho sentido. Griffin era uno de los ancianos del Núcleo y, como tal, una figura importante. Merithew era el líder, pero no era una dictadura y, aunque no existía un consejo propiamente dicho, muchos ancianos se reunían para discutir asuntos importantes. Griffin y su padre rara vez estaban de acuerdo, pero se esforzaban por mantener un cierto decoro en presencia del otro. Su padre le

había dicho una vez que las conversaciones pacíficas eran la única forma de que un lugar como el Núcleo pudiera prosperar, al menos dentro de las fronteras de la comunidad. Fuera de las fronteras, sin embargo, el Núcleo hacía lo que consideraba necesario para mantener viva la comunidad. Celestia no estaba al tanto de los detalles de estas acciones «necesarias» y era rechazada de inmediato cada vez que interrogaba a su padre al respecto, pero había oído suficientes rumores como para saber que los métodos por los que preservaban el Núcleo no siempre eran «pacíficos».

Al acercarse a la puerta de su dormitorio, recordó a Frank Yorke y sonrió. Era raro que alguien de fuera del Núcleo la saludara, y mucho menos que entablara una conversación. Por supuesto, era porque él era de fuera de Mossbark y no era consciente de su origen, pero eso no le importaba a ella, *simplemente* porque no quería que la definieran por su lugar de procedencia. Quería ser ella misma, no solo una parte de esta misteriosa comunidad oculta en las colinas y los árboles.

Y qué entretenida había sido aquella conversación. Películas. Su gran amor. En sus primeros años de adolescencia, había sido su única vía de escape del Núcleo. Las películas en las que se había perdido habían sustentado sus ansias de viajar.

Sonrió de nuevo, sintiéndose algo emocionada por su encuentro de mañana con Frank, y luego abrió la puerta de su dormitorio. Su televisor, uno de los pocos del Núcleo, que Merithew le había traído después de que se lo suplicara por su duodécimo cumpleaños, estaba encendido. Sin embargo, el reproductor de DVD no lo estaba, y la nieve de la pantalla bañaba la habitación con un resplandor parpadeante.

Merithew estaba sentado en el borde de su cama. Parecía hipnotizado por la pantalla.

—¿Merithew?

Su padre se giró para mirarla. Sus ojos reflejaban el brillo del televisor. Su rostro parecía descolgado y se le veía más viejo y preocupado que nunca. —¿Dónde has estado hoy?

—En Brady Crossing.

—¿Más lejos?

—No, claro que no.

—¿Me estás diciendo la verdad, mi bellota?

—Sí, Merithew. No rompería la promesa que te hice.

Le dio una palmada a la cama a su lado. —Siéntate conmigo, por favor.

Ella se sentó junto a su padre y él le pasó un brazo por los hombros. La seguridad de su fuerte abrazo fue especialmente bienvenida tras la turbulenta experiencia de su regreso.

—Cada vez están más preocupados —suspiró Merithew.

—¿Quiénes?

—Los ancianos.

—¿Pero no eres tú su líder?

—Es una hipocresía. ¿Cómo pueden verlo de otra manera? No es…

—¿El camino?

Merithew asintió. —No, no lo es.

—¡El camino! ¡Las cosas no pueden ser siempre iguales! La vida no es estática. Los seres humanos no son estáticos.

—Mi hija, la filósofa. —Merithew le besó la coronilla—. Pero ya lo sabes, mi pequeña bellota, yo sé todo eso. El cambio es necesario, pero debe ser para todos, no solo para uno.

—¿Qué sugieres? ¿Qué quieres que haga?

—Sabes lo que quiero que hagas.

—No puedo. Lo sabes. No fingiré ser como los demás. Si eso es lo que esperas, si eso es lo que necesitas de mí, ya sabes lo que hay que hacer.

—Basta, niña.

—No. Vas a oírlo otra vez. Si me marchara para siempre, si huyera de aquí sin tu bendición, no tendrías la culpa. Podrías coger a otro de tus hijos. Empezar de nuevo. Moldearlos exactamente como quisieras…

—Basta, mi bellota. Basta, por favor —dijo con calma, pero sus ojos, muy abiertos, demostraron que ella había tocado fibra sensible —. Por favor, para. —Señaló el televisor—. Es esto, es su culpa. Las ideas que te ha metido en la cabeza. Nunca deberías haberme convencido.

—¡Yo no te convencí! ¡Lo hiciste porque antes te gustaba que yo fuera diferente, que fuera interesante, que luchara por mí misma y por lo que quería!

Merithew suspiró. —Sí, pero ahora te estás haciendo mayor. Cada vez es más…

—¿Peligroso?

Él asintió. —Hablas de mis otros hijos, pero no son mis otros hijos. Te elegí a ti. Y los otros tienen una buena vida. Me aseguré de ello.

—Te noto bajo de moral. ¿Por qué hoy? ¿Por qué *ahora*?

—Hay cosas que he hecho… que estoy teniendo que hacer. No me parece bien. Pero tiene que ver con ese cambio del que hablábamos antes. No podemos permanecer estáticos.

Celestia se sentó junto a su padre y apoyó la cabeza en su ancho hombro. —Todos los líderes tienen que hacer cosas que no quieren para mantener la paz. Me lo dijiste una vez. ¿No te acuerdas?

—Sí, bellota, pero estas cosas… bueno, es demasiado. Sencillamente, creo que ya no tengo estómago para ello.

Recordó las palabras de Griffin en el bosque. *«Era un buen asesino. El mejor, dirían algunos. Pero por desgracia, no, ya le ha perdido el gusto».* Sonrió. Se alegraba. La idea de que su padre fuera un asesino no era algo que le hubiera agradado nunca. No era tan ignorante como para pensar que su pasado no fuera turbio, pero las atrocidades que había cometido habían sido contra aquellos que pretendían hacerle daño al Núcleo. Sabía que en el fondo era un buen hombre y de verdad esperaba que sus días de asesino hubieran quedado atrás. —¿Hay algo más de lo que quieras hablar, Merithew? Estoy cansada.

Él le besó la frente. —Debo pedirte algo.

—Ya te lo he dicho, yo…

—Eso no, Celestia. Es otra cosa.

—Vale, te escucho.

—Griffin ha pedido que a su primogénito, Lemuel, se le conceda tu mano.

Celestia levantó la cabeza del hombro de su padre y lo miró. ¿Así que había algo de verdad en lo que Griffin había estado diciendo en

el bosque? Negó con la cabeza.

Él tenía lágrimas en el rabillo de sus grandes ojos. —Es mi segundo al mando, y tú eres mi primogénita, como Lemuel es el suyo. Es una unión esperada.

Ella hizo una mueca.

—Así es el camino.

—No lo haré… No *puedo*.

Merithew asintió. —Eso ya lo sé, bellota.

Ella se secó las lágrimas. —Por favor, Merithew, *padre*, preferiría morir.

—No ocurrirá. Entre tú y él. Te lo prometo. Como ya he dicho antes, los caminos están para cambiarlos. Es una lección que estoy aprendiendo, algo tarde, parece, pero la estoy aprendiendo, a pesar de todo. Creo que un buen líder se adapta al mundo que le rodea en lugar de intentar adaptar el mundo a sus necesidades. *No* te casarás con Lemuel, pero me temo que debes dar la impresión de que lo harás.

—No lo entiendo.

—Para mantener la paz, debemos fingir, pero, bellota, nunca llegará a ocurrir. No dejaré que te cases con él.

—¿Pero cómo puedes impedirlo? —Lloraba más abiertamente ahora.

—Yo soy el líder.

—El Núcleo se volverá contra ti si rechazas sus tradiciones, y eso le dará a Griffin el poder que necesita para tomar el control.

—Ya sé cómo voy a detenerlo.

De nuevo, oyó las palabras de Griffin en el bosque: *«Era un buen asesino. El mejor, dirían algunos. Pero por desgracia, no, ya le ha perdido el gusto».* Quizá Griffin se equivocaba, después de todo. Sin embargo, si su padre estaba dispuesto a hacer lo impensable para ahorrarle a Lemuel, que lo hiciera. No podía soportar la idea de pasar más de diez minutos con el chico, y mucho menos el resto de su vida.

Se acercó a su padre y dejó que la abrazara. —Gracias, padre.

—No tienes que darme las gracias, bellota. Están ocurriendo cosas que cambiarán nuestra comunidad para siempre. Para mejor,

creo. Pero, por ahora, debemos capear el temporal. Por muy desagradable que sea.

—Te quiero, padre.

—Te quiero, bellota.

Griffin estaba apoyado en un viejo árbol en el centro del Núcleo, liando un cigarrillo, cuando vio pasar a Merithew. Tras llevarse el extremo del cigarrillo a la boca, levantó la mano para saludar al líder que tanto despreciaba, pero este estaba demasiado perdido en su propio mundo como para darse cuenta.

Lo cual, por supuesto, es tu mayor problema, pensó Griffin, encendiendo el cigarrillo.

Merithew siempre había sido esclavo de sus pensamientos, y la duda y la demora siempre serían su mayor enemigo. *Problemas*, pensó Griffin mientras daba una calada a su cigarrillo. *Yo no los tengo.*

Observó a Merithew girar a la izquierda hacia una pequeña arboleda. *Otra vez a la morada, ¿eh, Merithew? A tus huesos y a tus ratas. A la historia de nuestra amada tierra. A un lugar de chicas muertas. A un lugar donde intentas dar a luz al cambio.*

Echó una nube de humo.

Por encima de mi cadáver.

Volvió a dar una calada profunda.

¿O quizá del tuyo?

En el rincón más alejado de la morada, las mascotas de Merithew expresaban su frustración lanzándose contra el lateral de la jaula. El olor a sangre fresca en el aire les había hecho perder el control.

Comprobó que la puerta de la morada estuviera cerrada con llave a su espalda, echó un vistazo a la cama donde Sophia Stephens

había muerto poco antes y se dirigió a la urna que contenía los huesos de Hamlin Smith. Apoyó la mano en la urna de plástico, asintió con respeto, luego se giró, arrancó la sábana de la jaula y se quedó mirando a las hambrientas ratas que descendían de las que le habían quitado la vida a Hamlin.

Miró alternativamente a su antepasado muerto y a las docenas de ratas en la jaula, sabiendo que esa unión, por muy desagradable que pareciera, había sido una bendición. Había dado origen al Núcleo, un lugar que, durante muchos años, hasta hacía poco, había conocido la paz y la prosperidad.

Miró la nevera portátil que había sobre la cama. Thaxter, uno de sus amigos de mayor confianza, siempre se había lucido preparando la carne que cazaban en los bosques. La responsabilidad de preparar a Sophia había recaído ahora sobre él. Merithew le había dicho a Thaxter que no se debía desperdiciar nada de ella. Al fin y al cabo, había provisto al Núcleo y merecía el honor de seguir haciéndolo después de su muerte.

Aquella nevera solo contendría una parte de Sophia. El resto estaría conservado en frío hasta que las ratas estuvieran listas para comer de nuevo.

Vio los guantes de plástico detrás de la caja. —Gracias, Thaxter —musitó. Esta no era una tarea que le entusiasmara especialmente, y cualquier cosa que la hiciera más tolerable, aunque fuera por una mínima fracción, era de agradecer.

Se puso los guantes y abrió la nevera. Los restos de Sophia Stephens estaban organizados cuidadosamente en bolsas de plástico transparentes y atadas. Su mano pasó por encima de varias bolsas que contenían órganos internos antes de detenerse y quedarse suspendida sobre una que contenía gruesos trozos de carne, que bien podrían haber sido extraídos de los muslos o el pecho de Sophia. Sacó la bolsa y la desató. El olor era abrumador. La última vez, había tomado nota mentalmente de pedirle a Thaxter unos tapones para la nariz. Esta vez, tomó nota mentalmente de no olvidar la nota mental de la última vez.

El olor había intensificado el frenesí de las ratas. Merithew observó cómo se atropellaban unas a otras para llegar a los barrotes

de la jaula. Algunas incluso saltaban, pero era un esfuerzo inútil, ya que Merithew se había asegurado de que la jaula fuera lo suficientemente alta como para impedir que escaparan. Por mucho que quisiera a esas ratas y lo que simbolizaban, dejarlas en libertad sería un desastre. Eran criaturas feroces y sanguinarias; habían nacido en cautiverio y debían, bajo cualquier circunstancia, morir en él.

Abrió la parte superior de la jaula y estudió la multitud de caras. Sus ojos negros se dilataron. Sus labios se replegaron para dejar al descubierto sus dientes irregulares. Algunas continuaron saltando, otras correteaban, mientras que muchas se irguieron sobre sus patas traseras, dándose cuenta ahora de que debían esperar la gentileza de su amo.

Merithew dejó caer la carne de Sophia en la jaula y observó cómo las ratas se abalanzaban sobre ella, formando una única masa peluda y retorcida. Se dio la vuelta y esperó junto a la nevera, escuchando los chillidos y gruñidos de las ratas mientras comían. Cuando empezaron a calmarse, metió la mano en la caja en busca de una bolsa que contenía los ojos, la nariz y otras partes de la cara de Sophia, se giró y las arrojó a la hirviente masa carnívora.

5

EL RUIDO DE unas risas despertó a Jake. Mientras se acercaba a la ventana del motel, miró el reloj: la 1:03 de la madrugada. Descorrió las cortinas.

Parecía que Logan había tenido éxito en su búsqueda de compañía en el condado de Brady. El camionero se tambaleaba por el aparcamiento del motel. Lo único que lo mantenía en pie era su presa: una mujer mucho más alta y mayor que Logan. Además, parecía estar completamente sobria. Cuando vio a Jake mirando por la ventana del motel, le guiñó un ojo. Jake comprendió entonces que era ella la cazadora y no el ingenuo viudo.

¿Estás buscando algo que no se puede encontrar, Logan? Cerró las cortinas. *¿Me pasa a mí también? ¿Estoy intentando desesperadamente encontrar algo que no se puede encontrar?* Volvió a la cama, intentando responder a la pregunta. *No, Jake, solo intentas seguir vivo y mantener con vida a tus seres queridos. Salvo que*, pensó, quedándose dormido, *siempre fracaso.*

DOS PERSONAS a las que Jake admiraba estaban muertas: Lillian Sanborn, una joven y entusiasta agente de policía de Blue Falls, y

Peter Sheenan, un veterano de la guerra de Vietnam y amante de los perros.

—Os he fallado a los dos —les dijo Jake mientras estaban sentados juntos en un sueño.

Peter acarició a su querido labrador retriever, Prince, y dejó que el gran perro le lamiera la cara.

—Aquí todos tomaron sus propias decisiones, hijo.

Lillian asintió.

—Así es, Jake. Yo *elegí* entrar en la policía. Debería haber visto que el sitio estaba lleno de capullos con aires de grandeza y haberme dado la vuelta.

—No, Lillian. Eso es lo que te hacía grande —dijo Jake—. Te hiciste oír, alto y jodidamente claro.

—Lo hice, ¿a que sí?

—Lo hiciste, y te echo de menos por ello. —Se volvió hacia Peter —. Y a ti también, viejo. ¡No te doblegabas ante nadie!

Peter se rio.

—Me doblegué por ti, hijo. Casi la única vez que lo hice.

A Jake se le arrasaron los ojos en lágrimas.

—Y ojalá no lo hubieras hecho. Cómo desearía que no lo hubieras hecho.

Peter se inclinó hacia delante.

—Fue un puto placer. Ahora escúchame, idiota autocompasivo. No estamos muertos. Gracias a ti, estamos muy vivos.

—Eso no tiene sentido.

—Piensa en el legado, Jake.

—No..., me he perdido.

—Piensa en lo que conseguimos.

—Sí, pero...

—Juntos, nos libramos de Jotham Macleoid.

Lillian asintió.

—Y juntos, detuvimos a Gabriel Jewell.

—Y no olvides —dijo Peter—, no olvides *nunca* que juntos trajimos a Kayla a casa.

Una lágrima se formó en el rabillo del ojo de Jake.

—Ese es un legado del que me alegro de formar parte —dijo Peter.

—Y yo —dijo Lillian.

—Así que, ahora, hijo, necesitas volver a centrarte.

—¿Cómo? Soy una bola de demolición humana.

—Jeremías veintinueve siete —dijo Lillian.

—¿Y qué pasa con eso? ¡No me interesa! —dijo Jake.

—No, hijo —dijo Peter—. No nos mientas ni a Lillian ni a mí, y *desde luego* no te mientas a ti mismo.

—Jeremías veintinueve siete —repitió Lillian.

—¿Y eso qué *siquiera* significa? —preguntó Jake.

Peter le guiñó un ojo.

—Lo bueno que tienes, Jake Pettman, es que...

—... lo averiguarás —dijo Lillian.

—No es una buena idea.

—¿Que no es una buena idea? —dijo Peter—. Estás malgastando el aliento, hijo. Esto no está aquí para que reflexiones. Simplemente está. Y si eso no te basta, Jake Pettman, piensa en Celestia.

—¿Celestia? ¿Por qué?

—¿No ves cómo la miran todos? —preguntó Lillian.

—Sí, pero...

—Hemos recorrido un largo camino, Jake —dijo Peter—. Todos los que estamos en esta habitación. Desde luego, hemos llegado demasiado lejos para rendirnos ante la coincidencia. Jeremías veintinueve siete y Celestia están conectados.

—Es hora de que te recompongas —dijo Lillian.

—¡Joder, claro que sí! —dijo Peter.

Tras despertar, apartó las sábanas y regresó a la realidad hidratándose con casi un litro de agua, y luego se dio una ducha fría. Mientras el chorro helado le mordía la piel magullada y herida, inclinó la cabeza hacia atrás y asintió, esperando que, en algún

lugar, de alguna manera, Peter y Lillian recibieran este reconocimiento.

Atropellar a alguien a sangre fría era inaceptable. Intentar barrerlo bajo la alfombra como un trágico accidente era igualmente abominable.

Sería un error por su parte no hacer una pregunta...

O dos.

A Jake le sorprendió la sencillez de la iglesia en la opulenta Brady Crossing. Incluso en las zonas más pobres, las iglesias solían prosperar gracias a las donaciones y ofrecían a los lugareños una distracción cálida y agradable que a menudo contrastaba con la dureza de la vida en los pueblos pequeños.

La brisa del exterior hacía crujir los listones de madera, y Jake sintió el aire fresco en la piel. Nunca se había sentido bienvenido en las iglesias porque la religión no le interesaba en lo más mínimo. Últimamente, se sentía *aún* menos bienvenido, porque no pintaba nada en un lugar que celebraba la bondad; no después de las cosas que había hecho.

Avanzó por el pasillo central hacia un hombre sentado en el primer banco con la cabeza gacha.

—¿Hola? ¿Está usted al cargo?

El hombre se incorporó y se encaró con Jake.

—Ese debo de ser yo. Bienvenido. ¿Puedo ayudarle en algo, señor?

—¿Es usted sacerdote?

—Soy pastor.

—No lleva alzacuellos.

—Esta no es una iglesia católica. Los pastores de mi iglesia no usan alzacuellos.

—Ya veo. ¿Qué clase de iglesia es?

El hombre se puso en pie y se acercó a Jake.

—Es la Congregación Bíblica de Mossbark. Creemos en la palabra de Dios y creemos en el amor. Nuestra fe es sencilla y todo el mundo es bienvenido. Soy el pastor Frederick Deering. ¿Qué le trae hoy a mi puerta?

—Algo que vi... ayer.

—Entonces, ¿es usted el caballero que presenció el trágico fallecimiento del pastor Alton? ¿Frank Yorke?

—Sí. —A Jake no le sorprendió; la noticia corría como la pólvora en estos pueblos de mala muerte—. Aunque «fallecimiento» no sería la palabra que yo usaría. Fue un suceso bastante violento.

Frederick se acercó y le puso una mano en el hombro.

—A veces se nos pone a prueba.

—A mí más que a la mayoría, se lo aseguro.

—¿En qué sentido? —Frederick retiró la mano.

—No haga caso de mi autocompasión. Sin embargo, me *está* costando asimilar lo que vi.

—Entonces ha venido al lugar indicado. Aquí puede hablar, y nosotros podemos escuchar.

—Esperaba que usted también hablara. Tengo algunas preguntas.

—Ya veo. ¿Sobre qué?

—Me gustaría intentar llegar al fondo de lo que ocurrió.

—¿Al fondo de lo que ocurrió? Un conductor ebrio atropelló al pastor Alton. Un suceso trágico, desde luego...

—A su pastor lo atropellaron intencionadamente. No fue un accidente, ni por embriaguez ni de ningún otro tipo.

—¿De veras? La policía ha dicho que sí lo fue. Me han dicho que encontrarán al conductor y que se hará justicia...

—Ya me han venido con ese cuento.

—Entiendo que ha venido a mí con una percepción diferente. —Frederick se giró para contemplar su estatua de Cristo en la cruz—. Y que le tiene bastante angustiado.

—Cualquiera que hubiera visto lo que yo vi estaría angustiado.

—Sí. Entonces, ¿podría eso explicar ese juicio nublado?

—Mire, he visto mucho mundo, pastor. Mucho. Y también soy exdetective. No estoy en shock por lo que vi, ni de lejos. Mi juicio es

claro. Fue un asesinato. Y esperaba que alguien, *cualquiera*, quizá usted, empezara a escucharme.

—Tengo la mente abierta, pero lo que dice parece contradecir lo que observó Albert Hardy.

—No he hablado con él personalmente.

El pastor continuó admirando el altar que constituía el corazón de su iglesia.

—Siento decepcionarle, señor Yorke, pero ha venido al lugar equivocado. Mis lealtades están tanto con Dios como con la gente de Mossbark. He hablado con el sheriff; o, mejor dicho, él ha hablado conmigo. Lo último que necesitamos es contaminar el fallecimiento de un siervo del Señor tan maravilloso con sospechas y controversias.

—Eso no suena a tener la mente abierta.

El pastor se giró para fulminarlo con la mirada.

—Fue un accidente, y cuando se encuentre a la persona responsable de conducir bajo los efectos del alcohol, la justicia será rápida, y entonces lo perdonaremos, tal y como el pastor Alton Banks habría querido.

Jake suspiró.

—Pensé que lo mejor era al menos intentarlo. Me pareció lo apropiado.

—Agradezco su preocupación, señor Yorke. —Pareció calmarse y le volvió a poner la mano en el hombro a Jake—. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarle?

—Sí. Quizá podría ofrecerme algún tipo de consuelo de otra manera, pastor. ¿Podría contarme algo sobre él? Para ponerle cara a la tragedia, por así decirlo.

Frederick sonrió y volvió a bajar la mano.

—Exdetective, ¿dice? Desde luego, se le nota. Por cierto, ¿por qué está tan lejos de casa, señor Yorke? ¿Huye de algo?

Jake tragó saliva. Eso era exactamente lo que le había metido en problemas en Blue Falls: meter las narices donde no le llamaban. ¿Hacer caso a Peter y a Lillian en su sueño volvería a salirle el tiro por la culata?

—Mi historia no tiene importancia.

—No se menosprecie. La historia de todo el mundo es importante.

—¿Algo que pueda decirme sobre Alton Banks?

—No estoy seguro de que me corresponda a mí hablar de él, no mientras el sheriff está investigando el atropello y fuga.

Jake suspiró de nuevo.

—Llevamos vidas sencillas, como puede imaginar. Somos siervos de Dios, y el pastor Alton Banks le sirvió de manera impecable.

—¿Daba sermones en esta iglesia?

—Hay tres iglesias en el condado de Mossbark: una aquí, en Brady Crossing, donde predico yo; una en Lewis, bajo el liderazgo del pastor Norman Flagg; y una en Sharp Point, la cual, por desgracia, ahora está sin líder. —Sacudió la cabeza—. Hasta que podamos encontrar un sucesor digno, Lewis acogerá al rebaño de Sharp Point bajo su ala. Dígame, señor Yorke, ¿es usted de ir a la iglesia?

Jake negó con la cabeza.

—He visto demasiadas cosas, ¿sabe?

—Ver demasiadas cosas a menudo fortalece la fe.

Jake se encogió de hombros.

—Conmigo no funcionó. ¿Tiene Alton familia?

—Los tres compartimos existencias similares en ese sentido, señor Yorke. No somos nativos de la zona. Vinimos solos al condado de Mossbark porque sabíamos que había necesidad de fe. Hay una rectoría detrás de cada una de las iglesias que erigimos.

—¿Una rectoría?

—Una casa para el clero. En ellas vivimos solos y trabajamos duro, incansablemente de hecho, para construir nuestra comunidad. Socialmente, nos reunimos una vez a la semana para jugar una partida de bridge en una de las rectorías, pero todas nuestras demás reuniones son únicamente para apoyar nuestra vocación. Estamos aquí para sanar Mossbark. La fe es una medicina poderosa. Y no pararemos hasta que lo hayamos conseguido.

—¿Sanar? Parece que le va bastante bien por sí solo. He estado en varios pueblos pequeños durante mis viajes y ninguno prospera

como Brady Crossing. Y con una población tan reducida, tampoco parece un gran reclamo para el turismo. ¿Cómo es tan próspero?

El pastor se llevó las manos al pecho.

—La verdad es que no lo sé. A diferencia de usted, señor Yorke, no estoy aquí para hacer preguntas. Estoy aquí para construir y difundir la palabra de Dios.

—Sin embargo, ¿se ha percatado de la peculiar riqueza y la falta de gente?

—Sí, y he supuesto que la historia del pueblo como próspera ciudad minera la ha protegido de las crisis económicas.

Jake enarcó las cejas.

—¿De verdad funciona así? Estoy seguro de que podemos señalar otras ciudades mineras que han conocido tiempos mejores.

—¿Quizá no conservaron a sus benefactores adinerados y sus fortunas? Mire, estas son preguntas que realmente debería dirigir al ayuntamiento. Que respondan a sus preguntas es una incógnita. Nuestra iglesia predica la bondad, el amor y la aceptación, pero seguro que usted mismo sabe cómo responden muchos pueblos pequeños a los forasteros y a sus naturalezas inquisitivas. Pero, señor Yorke, si me disculpa ahora, debo visitar a un miembro de mi congregación. Está a punto de fallecer muy pronto, y quiero estar allí para mantenerla animada para ese último viaje.

Jake asintió.

—Es muy amable por su parte. Es una pena que nadie le ofreciera a su buen amigo, Alton, ese mismo ánimo en sus últimos momentos.

—Al contrario, he oído que usted estaba allí, señor Yorke. Estoy seguro de que Alton se lo habría agradecido.

—No es que tuviera tiempo de mostrarse agradecido precisamente.

—Lo siento —dijo Frederick, dándose la vuelta—. De verdad que voy con el tiempo justo. —Empezó a alejarse—. Siéntase libre de quedarse. Las puertas nunca se cierran con llave. Un poco de tiempo para reflexionar podría traerle algo de paz y…

—Jeremías veintinueve, siete.

Frederick se detuvo.

—¿Perdón?

—Jeremías veintinueve, siete. ¿Puede decirme qué significa?

El pastor se giró.

Jake notó de inmediato que se le endureció el rostro.

—Por supuesto, pero ¿por qué lo pregunta?

—Es lo que dijo Alton justo antes de morir.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Interesante. Y bastante hermoso.

—¿En qué sentido?

—Es una de nuestras creencias fundamentales. Es apropiado que pasase al cálido seno de nuestro Señor con un pensamiento tan maravilloso en su mente.

—Lo siento, pastor, si sigo teniendo problemas con su poética descripción de ese asesinato violento, pero, por favor, ilumíneme sobre cuál es esa creencia fundamental.

El pastor se giró y volvió a contemplar a Jesús. Parecía haberse olvidado por completo de su cita urgente y habló despacio y con elegancia, enfatizando sus palabras y añadiendo entonación, como si en ese momento se estuviera dirigiendo a una congregación.

—Además, buscad la paz y la prosperidad de la ciudad a la que os he llevado al exilio. Rogad al Señor por ella, porque si prospera, también vosotros prosperaréis.

—¿Qué significa eso?

—El amor entre lugares traerá prosperidad y alegría.

Jake asintió.

—¿Alguna idea de por qué serían esas las últimas palabras de Alton?

La tensión en el rostro de Frederick se relajó.

—Por la importancia que tenían para él. Para nosotros. Unificar ha sido la obra de nuestra vida.

—Bueno, parece que lo están consiguiendo. Tienen una iglesia en cada pueblo de Mossbark.

El pastor asintió y dio varios pasos hacia Jake. Se detuvo y entrecerró los ojos.

—Su cara… ¿por qué está tan cansado, señor Yorke?

—No duermo mucho. Esperaba que no se notara.

—No pretendo faltarle al respeto. Solo quería que supiera que lo entiendo. Su agotamiento… ¿y su dolor? Hay dolor ahí, ¿verdad?

—No tiene que preocuparse por mí…

—Tenemos un lugar para usted. Aquí. Lo sabe, ¿verdad?

—Se lo agradezco, pero no, gracias. No me quedaré por aquí el tiempo suficiente.

Frederick se inclinó hacia delante y le tomó las manos a Jake entre las suyas.

—Estas no están limpias.

A Jake le subió la sangre a la cara. Oyó su propia voz en su cabeza. *No pintas nada aquí. Eres responsable de la muerte de otros, incluido un niño pequeño. Tú también has matado a gente. Gente mala, sí, pero siguen siendo personas, así que no pintas nada aquí. De verdad que no pintas nada aquí.*

—Permítame ayudarle. Permita que *nosotros* le ayudemos.

Jake retiró las manos bruscamente.

—Gracias por hablar conmigo, pastor, pero le dejo ya con sus obligaciones.

—Como desee —dijo Frederick, y sonrió.

Mientras Jake se alejaba, respirando hondo, tratando de calmar los rápidos latidos de su corazón, el pastor le gritó a sus espaldas:

—Nuestras puertas siempre están abiertas.

Cuando Frank Yorke se marchó, Frederick no fue a ver al miembro moribundo de su congregación; en su lugar, se sentó a solas.

Su casa parroquial, al igual que su iglesia, era modesta. Sin embargo, la habitación en la que ahora estaba sentado bebiendo whisky era cualquier cosa menos modesta. Contempló las riquezas que había por la sala: un pergamino manuscrito enmarcado de Uruk, una planta de opobálsamo prensada de Jericó, una vasija decorada de Mari y un caparazón de tortuga con inscripciones de Yinxu. Eran

algunas de sus posesiones más preciadas: reliquias de ciudades antiguas y gloriosas que una vez brillaron con fuerza.

Dejó el vaso de whisky en la mesa de centro y alargó la mano para acariciar el libro encuadernado en piel que había sobre la mesa. Pasó los dedos por las letras doradas blasonadas en la portada. *Jeremías 29:7.*

«Buscamos amar a nuestro Dios y a nuestros vecinos asociándonos con otros para lograr una ciudad próspera y un buen lugar para que todos vivan».

Levantó la tapa y miró la primera fotografía del álbum de recortes. Tres pastores de rostro lozano posaban frente a la iglesia recién construida en Brady Crossing. Norman parecía mucho más delgado y alzaba el puño al aire. Un sonriente Frederick enseñaba unos dientes mucho más blancos de lo que los tenía ahora. Y Alton, bueno… Alton estaba vivo.

Frederick cerró el libro y se frotó los ojos. El éxito y la grandeza tenían un precio. Se quitó la camisa y cogió el bisturí de la mesa. Prefería una hoja que pudiera esterilizar fácilmente entre usos y que cortara sin problemas.

Se quedó mirando su brazo derecho desnudo. Empezando por la gruesa cicatriz blanca justo debajo de su hombro, contó las líneas que su bisturí había trazado en los años pasados. Cada línea era más roja que la anterior debido a su frescura, hasta las últimas, que todavía estaban ensangrentadas y doloridas.

—Perdóname, Sophia. —Se hizo un corte en el brazo justo debajo del codo. El bisturí se deslizó con suavidad, sin apenas encontrar resistencia—. Perdóname, Alton. —Añadió un décimo corte.

Se inclinó hacia delante en la silla, dejó el bisturí sobre la mesa y dejó que la mano derecha le colgara dentro de un cubo que había colocado a sus pies en el suelo. La sangre brotaba de los cortes, trazaba líneas oscuras por su brazo y goteaba desde la punta de sus dedos. Escuchó el goteo constante. Después de haber soltado una cantidad adecuada, cogió una toalla de la mesa y se vendó las heridas. Se echó hacia atrás y miró la cruz de la pared, sobre sus reliquias históricas.

—Perdóname, Padre.
Volvió a frotarse los ojos. Esta vez, había lágrimas.

6

JAKE IRRUMPIÓ en el ultramarinos de Hardy.

—He venido a terminar nuestra conversación, Alb.

Albert Hardy mantuvo la cabeza gacha tras el mostrador mientras pasaba los productos por el escáner.

Jake esperó una respuesta. En su lugar, lo único que escuchó fue un pitido agudo cuando el anciano registraba un detergente.

—¿Nuestra conversación? La del banco... —continuó Jake, acercándose al mostrador a grandes zancadas.

Albert alzó la vista.

—Esa conversación está terminada.

—No es así como yo lo recuerdo. Recuerdo que la *interrumpió* un asesinato violento.

Albert apartó el detergente.

—He intentado ser sutil, pero...

—Alb, eres muchas cosas, pero sutil no es una de ellas, desde luego.

Albert apoyó un puño cerrado sobre el mostrador.

—Te dije que te marcharas. Te *advertí* que te fueras.

—Y estaba dispuesto a seguir tu consejo, pero entonces vi cómo le arrancaban la vida a alguien bajo varias toneladas de metal, y ver algo así, bueno, pues te hace sentir cierta responsabilidad.

—No tienes ninguna responsabilidad aquí. Ninguna en absoluto. El pastor Alton Banks perdió la vida, trágicamente, a manos de un

conductor borracho, y ahora le corresponde a la ley...

Jake golpeó el mostrador con la mano junto al puño de Albert.

—¡Le corresponde a la ley hacer lo que es *jodidamente* correcto! Y ahí es donde entra mi sentido de la responsabilidad, porque yo no puedo hacer la vista gorda, como el sheriff, como el pastor Frederick Deering y como *tú*.

Albert lo fulminó con la mirada.

—No es así.

—Claro que es así.

Albert se dio la vuelta, dejando que Jake le mirase la coronilla calva.

—De verdad que no lo pillas. Para nada. Intento ayudarte.

—Pues ayúdame contándome qué está pasando por aquí.

—Nada. En serio, no pasa nada.

—Sé mucho más de lo que te crees, Albert. Pero no hay que ser un genio para darse cuenta, ¿verdad? Mossbark, o al menos el condado de Brady, por lo que he visto, está forrado. Alguien lo está regando de dinero. Ilegalmente, lo más seguro. Quienquiera que sea tiene algo que ver con el asesinato de ayer, y por eso es imperativo que todo el que viva aquí y disfrute de los beneficios de esa riqueza corra un tupido velo.

Albert se giró bruscamente, con los brazos extendidos, y alzó la voz.

—¿Te parece que yo estoy disfrutando de los beneficios de esa riqueza?

Jake sintió las salpicaduras de saliva en la cara.

—Eso es lo que lo hace más curioso —dijo Jake, inclinándose hacia él—. ¿Por qué eres el único en este pueblo que no disfruta de esos beneficios?

¡No voy a aceptar nada de ellos!

—¿Porque?

—Es dinero sucio —Albert suspiró y bajó la cabeza—. Señor Yorke, se está metiendo en un camino peligroso.

—Llevo mucho tiempo viviendo en ese camino, Alb. Y, por cierto, llámame Frank.

—El Núcleo.

—¿Perdón?

—Te hablaré del Núcleo y luego te irás. No saldrá nada bueno de que te quedes por aquí para conocerlos. Nada en absoluto. Yo no aceptaré su dinero sucio, pero hasta ahí puede llegar mi resistencia si quiero seguir respirando. Esa tragedia fue un atropello con fuga, y vas a tener que aceptarlo y seguir adelante.

—¿Quiénes son el Núcleo?

—El Núcleo se encuentra en el centro de nuestros tres pueblos de las colinas. Algunos lo llamarían el cuarto pueblo de Mossbark, pero no estarían diciendo nada coherente. Eso no es un pueblo, o al menos no como ninguno que yo haya visto.

—¿Y qué tiene que decir el ayuntamiento sobre un cuarto pueblo?

Albert se rio.

—Nada. Oficialmente, Mossbark tiene tres pueblos. Así es como lo quiere el ayuntamiento, y desde luego así es como lo quiere el Núcleo.

—¿Qué aspecto tiene el Núcleo?

—Ni idea. Nunca he estado. Hay reglas, ¿sabes? No puedes simplemente subir allí sin avisar; aunque tampoco es que yo quisiera hacerlo —se inclinó hacia él—. Te crees que vives en tiempos modernos, Frank. Pero no. Ese lugar está lleno de salvajes.

—¿Y cómo lo sabes si nunca has estado allí?

—No me hace falta. Bajan aquí. A por provisiones. Y a darles dinero a los lugareños para que amueblen sus tiendas. Dinero de actividades criminales en otros lugares, estoy seguro. Eso mantiene la paz. ¡Convierte a los animales en reyes!

—¿Haciendo que los lugareños estén contentos de ignorar a esta secta que reside en el corazón de su condado?

—Contentos de ignorarla, pero no contentos. Estoy seguro de que tú sabes tan bien como yo que el hombre medio nace hipócrita. Cogen su dinero, sonríen, siguen la regla de no molestarlos nunca, mientras los critican sin piedad a sus espaldas. «La podredumbre», así es como algunos los llaman, ¡siempre que nadie del Núcleo pueda oírlos, porque eso sería un suicidio!

Jake le sonrió a Albert.

—Pero tú no eres un hipócrita, ¿verdad?

—No, pero tampoco soy tonto. Valoro mi vida. Lo poco que me queda. Si ellos no se meten en mi camino, por mí el mundo puede seguir girando igual.

—¡Qué me dices de que no se meten en tu camino! Mataron a alguien a tiro de piedra de donde estabas.

—¿Y quién dice que fue el Núcleo? ¡Es una pregunta que es mejor no hacer!

—¿De cuánta gente se compone esta secta?

—Prefieren que se les conozca como una comunidad. No lo sé, y te costaría encontrar a alguien que pudiera decírtelo. Lo desconocido los mantiene temibles. Supongo que si alguien descubriera que son menos de diez, ciertas personas del pueblo habrían intentado eliminarlos hace mucho tiempo.

—¿Son nativos americanos?

Albert se rio.

—A los nativos americanos los expulsaron hace mucho cuando el Tío Sam descubrió nuestro carbón.

—¿Qué aspecto tienen?

—Pues como esperarías que se viesen y se comportasen unos salvajes. Desaliñados, con ropas rudimentarias y falta de modales. Son cazadores y recolectores, nada más; salvo por una diferencia fundamental: la sociedad no es patriarcal. Hombres y mujeres son iguales.

—¿Un grupo de salvajes con ideas progresistas?

—Puede ser. Aunque solo es un rumor, alimentado principalmente por las mujeres que también bajan de las colinas a por provisiones. —Albert enarcó una ceja—. ¡Las tías tienen un desparpajo que no veas!

—Bien por ellas. ¿Y qué le parece al buen sheriff, Gordon Kane, que haya una organización criminal en sus colinas?

—Al sheriff Gordon Kane le parece lo mismo que todo lo demás. —Esbozó una sonrisa burlona—. Forman parte del statu quo, y el statu quo hay que mantenerlo. Así todo está en calma y en paz.

—Más bien le facilita el trabajo.

—Quizá. Pero en Gordon Kane hay mucho más que pereza. Su mandato ha presenciado los años más tranquilos y apacibles que Mossbark ha conocido. Supongo que hace falta cierto talento para lograrlo, sobre todo teniendo en cuenta un pasado bastante turbulento. Y hay otra cosa que mantiene contento al sheriff.

—Sigue.

—Mira, vete a otros pueblos de la zona, Frank, y verás comunidades devastadas por los opiáceos. Aquí no. Aquí en Mossbark, no. Si no pensara que de verdad lo harías y montarías un escándalo, te retaría a que encontrases a alguien con problemas de drogas. No lo encontrarás. Por la razón que sea, el Núcleo exige pureza en los pueblos de alrededor, y la consigue. Hace un par de años, encontraron a unos jóvenes traficantes colgados de unas ramas. El veredicto fue suicidio. Habían decidido quitarse la vida juntos, exactamente a la misma hora, en árboles contiguos.

—Parece que lo del atropello con fuga no es la primera gilipollez que sale del Departamento de Policía de Mossbark.

—Ni será la última. Pero, como ya he dicho, si mantiene Mossbark limpio y ordenado, ¿quién es el sheriff para discutirlo?

—Seguro que los cárteles merodean por pueblecitos como este, ¿no?

—Puede que sí. —Se encogió de hombros—. Quizá el misterio sobre cuánta gente vive en el Núcleo los convence para que se larguen.

—¡El núcleo podrido! ¿Quizá en realidad sea el Núcleo el que mantiene la podredumbre alejada de Mossbark?

—Llevan aquí mucho tiempo. Desde el siglo XIX. Tú solo llevas un día aquí, Frank, y ya es hora de que te vayas.

Jake suspiró. —Te alegrará saber que lo haré, pero antes quiero despedirme de alguien.

—¿No será la chica de ayer?

—Celestia, sí.

Albert negó con la cabeza. —No me estás escuchando, Frank. Cuanto más te quedes, menos te durará la vida.

—Te escucho, pero quiero despedirme.

—Es una de ellos, ¿sabes?

Jake se quedó sorprendido. —¿Cómo? Dijiste que eran unos salvajes. A mí me parece una adolescente normal: sensible, con problemas con la moda…

—¡El hecho de que esté hablando contigo cuando nadie más de ese sitio lo haría es una muy buena razón para mantener las distancias! ¡No sabes qué trama!

—¿Y si necesita ayuda? ¿Y si en realidad no pertenece a ese lugar?

—Oh, sí que pertenece a ese lugar, ya lo creo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Su padre es el líder, y eso la convierte en la heredera de ese puto trono.

Llamaron a la cristalera de la tienda. Jake se giró y vio a Celestia al otro lado del cristal, sonriendo y haciéndole señas para que saliera.

—Pasa un día más en este pueblo y mañana a estas horas estarás muerto —le siseó Albert.

Jake se volvió hacia él. —Ahí está otra vez tu sutileza brillando, Alb.

Jake se guardó sus cartas mientras Celestia lo llevaba de excursión a las afueras de Brady Crossing. Lo estaba guiando desde la colina central, donde Albert había dicho que residía el Núcleo, hacia la región más montañosa que enmarcaba Mossbark.

—Hoy estás más callado —dijo Celestia.

—Tampoco recuerdo haber dicho mucho ayer. ¡Me parece recordar que la que más hablaba eras tú!

Ella le dio un puñetazo en el brazo.

—¿Cómo te las arreglas para cerrar los puños con uñas de dos metros?

Le enseñó las manos; las uñas habían desaparecido. —¿Ves el efecto que ha tenido en mí tu acoso incesante?

—Anda ya —dijo Jake, y se preguntó si ella sabría algo de la muerte del pastor Alton Banks. Si era así, ella también se estaba guardando muy bien sus cartas. Y si sabía que Jake lo había presenciado, entonces probablemente era la mejor actriz que Jake había conocido. —¿Adónde vamos?

—No falta mucho. —Se adelantó dando saltitos por un camino de tierra.

—Espero que no me estés llevando a la muerte.

Ella se giró y, caminando hacia atrás, le hizo un gesto con la mano para que se acercara. —Qué curioso que digas eso, Frank. —Se detuvo y señaló a su derecha—. Mucha gente murió ahí, o al menos como consecuencia de haber estado ahí.

Jake llegó al final del camino de tierra y siguió la dirección de su dedo hacia la ladera de la montaña, donde alguien había excavado una entrada en las rocas. Los maderos que sostenían el techo se extendían para soportar un pequeño túnel de madera que había visto días mejores, y Jake se alegró de que una puerta de hierro cerrara la mina. *Si entraras ahora en esa mina, muy bien podrías acabar quedándote allí para siempre.* Una vía de acero salía del túnel para las vagonetas, y Celestia ya estaba saltando por ella. —Creo que ya hemos llegado lo bastante lejos, Celestia.

—No te preocupes. La puerta está cerrada con llave. Ya lo he intentado.

—Bien. Nadie debería entrar ahí. De hecho, nadie debería haber entrado nunca.

—Esa es la verdad. ¿Alguna vez te has preguntado por qué apenas hay gente en Mossbark?

—La verdad es que sí.

—Pues imagina lo que ese tipo de contaminación le hace al acervo genético: infertilidad, entre otras cosas. También los ha convertido a todos en unos idiotas maleducados.

—No creo que eso sea por la contaminación. Creo que así es la gente en general, o al menos una buena parte de ella. Pero seamos positivos. Todavía queda gente buena por ahí.

—Bueno, estás tú, supongo, pero todavía no he conocido a nadie más.

Jake se dio cuenta de que el sol brillaba con fuerza sobre las cumbres de las montañas. ¿Quién habría pensado que un lugar de tanta belleza natural podría acabar siendo un lugar de tanto sufrimiento humano antinatural? —Celestia, tenemos que hablar.

—¡Creía que eso es lo que estábamos haciendo!

—No. Hablar… *en serio*.

—¿En serio como para clasificar las películas de Martin Scorsese?

Jake señaló la colina en la otra dirección. —¿Tenéis un cine ahí arriba?

Celestia ladeó la cabeza. —Si sabes eso, ¿por qué estás aquí plantado?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Cuando la gente de por aquí sabe que eres del Núcleo, nunca te dan problemas, lo que supongo que es bueno, pero tampoco quieren hablar contigo.

—No soy de por aquí y me gustaría saber más sobre tu hogar.

Ella se volvió para mirarlo, abrió la boca para hablar y la volvió a cerrar. Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros. —¿Podemos volver a lo de clasificar las películas de Scorsese?

Jake negó con la cabeza. —Lo siento, Celestia.

—Sabes que no puedo contarte nada..., en realidad no.

—¿Por qué?

—Porque así son las cosas.

—¿Así son las cosas? ¿Según quién?

—Es lo que decimos. Somos un grupo muy tradicional, ¿sabes?

—¿Eso es tradicional? —Jake señaló la camiseta negra que ella llevaba, en la que ponía: *Hoy es un día precioso para que te vayas a la mierda*.

Ella sonrió. —No en este color, no. Volvamos. Intentaré contarte lo básico, aunque hay que ver cómo sabes arruinar una tarde, Frank.

Mientras volvían sobre sus pasos, Jake se dio cuenta de que tenía razón. Desde luego, le había arruinado la tarde. La conversación se había vuelto grave y ella evitaba mirarlo a los ojos mientras hablaban. ¿Estaba avergonzada de algo o temía revelar algún secreto siniestro sobre su hogar?

Cuando llegaron a las afueras, Jake se percató de que Celestia le había contado muy poco más sobre el Núcleo; de hecho, Albert había parecido saber más sobre aquella gente que nunca había visitado.

Se detuvo, se giró y esperó a que ella lo mirara. —¿Sabes que anoche murió alguien en el pueblo? Asesinado, para ser exactos.

Los ojos de ella se abrieron de par en par. Negó con la cabeza, despacio.

—Justo delante de mí, donde me dejaste en el banco.

—¿Quién? ¿Cómo?

Él se lo explicó, suavizando los detalles más escabrosos.

—No lo conocía. —Palideció—. Qué horror.

Jake asintió.

Ella bajó la mirada, negando con la cabeza y reflexionando, y luego lo miró con furia. —¿Y me lo estás contando a mí? ¿Por qué?

—Por todo lo que he oído.

—Te acabo de decir que mi gente es buena, que son unos *incomprendidos*. ¿Por qué, entonces...?

—No solo por lo que tú me has contado, sino por otras cosas que he oído.

—¿Qué? ¿De quién?

Jake suspiró. —Celestia, eso no sería justo para ellos...

—¿Por qué no?

—¡Porque estoy completamente a oscuras sobre lo que está pasando aquí! Y no te olvides de lo que vi ayer. Perdona que tome alguna que otra precaución. No quiero poner a nadie más en peligro.

Ella entornó los ojos. —¡Eres como todos los demás!

—¿Como todos los demás de dónde? ¿De Mossbark? Créeme, no soy como nadie de por aquí, ni de ninguno de los pueblos que he visitado, ya que estamos...

—Pues suenas igual que ellos. Ocurre una tragedia y enseguida la culpa es del Núcleo.

—Yo no he dicho...

—Roban un coche. La culpa es del núcleo podrido. Se pierde un bolso. La culpa es del núcleo podrido. Se muere un gato. La culpa es

del núcleo podrido. Se acaba la cerveza en los bares. La culpa es del...

—Ya entiendo lo que quieres decir, Celestia, pero créeme, no te estoy culpando ni a ti ni a tu gente. Solo te pido que me cuentes más sobre tu lugar de origen.

—¿Para qué? De todas formas, mañana te habrás ido.

—Sí..., puede que sí... —Le puso una mano en el hombro—. Quiero saber que estás a salvo.

—Mi padre es su líder. —Lo miró—. Así que sí, estoy a salvo.

Jake asintió, fingiendo que la noticia lo sorprendía, y retiró la mano. —Gracias por decírmelo. Tiene que ser un buen hombre para tener una hija como tú.

—Lo es. El mejor. Él me *entiende*.

—Me alegro de oírlo.

—No me asfixia. No me tiene atrapada en el bosque. Confía en mí lo suficiente como para darme libertad. Sabe que volveré. *Sabe* que nunca traicionaré al Núcleo.

—¿Es así para todos?

Ella se encogió. No respondió.

—Celestia, ¿se les permite a todos tener su libertad?

Siguió sin responder.

—Ya veo. ¿No te hace sentir mal por los demás?

—Los demás no se sienten como yo. No se sienten atrapados como yo.

—¿*Nadie*?

Celestia asintió.

—¿De verdad crees eso?

Celestia evitó la mirada de Jake, lo que le hizo sospechar que no lo creía.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Merithew.

—Me gustaría ir contigo y conocer a Merithew.

Celestia negó con la cabeza. —Eso no puede ser, Frank.

—¿Por qué no?

—Tienen que invitarte. No puedes presentarte sin más.

—Entonces, ¿invítame?

—Si te invito al Núcleo, traiciono la confianza que mi padre ha depositado en mí.

—Pregúntale a tu padre, entonces.

—¿Cómo crees que le sentará que un hombre mayor se interese por mí? —Sonrió, pero no parecía divertida. En realidad, no.

—Buen punto. ¿Qué pasaría si simplemente me presento allí?

—Te tratarían como a un intruso.

—¿Y?

—Bueno, ¿cómo se suele tratar a los intrusos cuando entran en la propiedad de alguien?

—Depende. En mi país, no puedes hacerles lo que quieras, si es a eso a lo que te refieres.

—Este es un lugar diferente.

—Sí, pero tu país también tiene leyes.

—No es nuestro país. El Núcleo no es Estados Unidos. Tiene sus propias reglas.

Jake suspiró. —Entonces, ¿lo que dices es que no puedo ver de dónde viene mi nueva amiga?

—Así son las cosas. ¿Recuerdas?

—¿Y tu madre?

—Murió.

—Lo siento.

—En el parto. No la recuerdo. No estoy triste.

—Aun así puedes estarlo.

Ella se estremeció.

—¿Tu padre se ha vuelto a casar?

—No. Sus relaciones son por razones puramente prácticas.

—No te sigo.

—Tiene parejas para aumentar nuestro número.

—Entonces, ¿tienes hermanos y hermanas?

—Sí. Los tengo, pero no sabría decirte quiénes.

—¿Te gustaría...?

—No, no me gustaría. —De nuevo, evitó mirarlo a los ojos y, de nuevo, Jake sospechó que mentía.

Entraron en un pequeño parque que estaba profusamente decorado con parterres. Se sentaron en un banco con vistas a unas

orquídeas.

—Cuéntame más sobre tu vida.

El Núcleo era una comunidad secreta. De eso no cabía la menor duda. Pero Jake sentía que su vínculo con Celestia crecía y se fortalecía, así que ella hizo una brecha en su mundo clandestino y dejó que los secretos se filtraran. Al principio, salieron con lentitud mientras hablaba de su infancia y de la clara división de su vida en dos responsabilidades: aprender a cazar y recolectar comida para su comunidad, y asistir a la escuela para aprender a leer y escribir. Con el tiempo, la brecha se agrandó, y le habló de sus relaciones con los demás miembros de la comunidad. Compartía un estrecho vínculo con varios ancianos, sobre todo con una mujer mayor llamada Gillie, y a menudo se dedicaba a la jardinería con ella cuando no la atormentaba su instinto natural de aventurarse a explorar otras vidas. También habló de los matrimonios concertados y de su aversión hacia ellos, especialmente teniendo en cuenta su posible calvario en su matrimonio prometido con un joven odioso llamado Lemuel.

Aquello preocupó a Jake y tuvo que mirar hacia otro lado. No quería que ella viera la ira en su rostro. Ese no era su mundo, y tenía que controlar sus emociones al respecto o se arriesgaba a alejarla. Además, involucrarse era un camino que ya había transitado antes. Y eso conllevaba un precio. *Debía* ser disciplinado para evitar ese camino de nuevo.

—Lo de Lemuel no ocurrirá —dijo Celestia.

Jake asintió.

—Merithew no lo permitirá. Me lo ha prometido. Y cuando me promete algo, lo cumple.

—Me alegro —dijo Jake. Y de verdad que se alegraba.

Después de que Celestia terminara de contarle a Jake cosas sobre el Núcleo, tuvo que admitir que, aparte del matrimonio concertado, el núcleo de la comunidad no parecía podrido en absoluto. Sin embargo, esta era solo una perspectiva, y pertenecía a alguien bajo el paraguas privilegiado que sostenía un líder. No solo era probable que lo viera todo de color de rosa, sino que también

podría estar protegiendo a su padre, quien, a su vez, la protegía a ella de una unión grotesca.

—¿Y qué hay del dinero que mantiene este pueblo en marcha? —preguntó Jake—. ¿El dinero que mantiene a la gente de Mossbark tan pasiva?

—No conozco los detalles de eso.

—Da igual lo altruista y amable que parezca el Núcleo si está quitándole a otras comunidades, comunidades que también necesitan dinero.

—No somos vampiros —dijo Celestia, mirándose los pies—. Cogemos lo que necesitamos, pero lo cogemos de muchos, no de unos pocos. No dañamos otros lugares.

Jake suspiró. —Si coges, sin importar la cantidad ni de quién, harás daño. Es inevitable.

—No. —Se puso de puntillas mientras se estudiaba los pies—. Nadie sale herido nunca. Mi padre me lo asegura.

—¿Y tú le crees?

Ella lo miró. —Nunca me ha mentido.

—Me dijiste que tu comunidad odia la religión organizada. Que solo creéis los unos en los otros y en la unión que eso conlleva. Ayer murió un pastor, un símbolo de la religión organizada.

—Te equivocas, Frank. Mi gente no mata. No a menos que tengan que hacerlo.

—¿Quizá tuvieron que hacerlo?

Celestia negó con la cabeza. —Ese pastor no tiene ninguna relevancia para el Núcleo. Como ya he dicho, culparnos es siempre la opción fácil. Quizá el sheriff debería buscar en otra parte.

Jake suspiró. —La verdad es que no parece que le preocupe mucho buscar en ningún sitio.

—Bien. Al menos para nosotros. Somos una comunidad pacífica. Hay problemas, pero supongo que siempre los hay.

—¿Cómo se fundó el Núcleo en primer lugar?

Celestia se lo contó.

Cuando terminó, Jake se levantó y rodeó el banco por detrás, respirando hondo. Sentía náuseas; moverse y llenar sus pulmones era la única forma de evitar sucumbir a ellas.

—Nacimos de la tragedia.

Pero Jake no lo veía así en absoluto. El Núcleo había nacido de la sangre. Y si sus muchos años de experiencia le habían enseñado algo, era que eso no era bueno. Recordó las palabras de Albert y las historias de Celestia y se dio cuenta de que allí había un caldero, un caldero burbujeante.

A punto de estallar.

Abrió la boca para decirle a Celestia que no creía que debiera volver allí. Que su futuro —su seguridad, de hecho— estaba fuera de una comunidad con una herencia bárbara. Se preparó para decirle que podía quedarse con él todo el tiempo que quisiera. Para siempre, si era necesario. Él sería su padre. Él la protegería...

Pero algo lo detuvo.

La comprensión, quizá, de que quedarse con él era probablemente tan peligroso como volver a una comunidad nacida de la sangre.

Ella se giró para mirarlo. —Tengo que irme. Le prometí a Merithew que ya estaría de vuelta.

Jake asintió. Abrió la boca para hablar de nuevo, pero no le salió nada y se limitó a asentir.

—¿Mañana a la misma hora? ¿Un tema más ligero, quizá? —sonrió.

Jake se lo pensó. Sabía que debía negarse. Esa era la señal para despedirse, para desearle mucha felicidad, para alejarse de problemas que no eran suyos.

—Sí —dijo él, devolviéndole la sonrisa—. Si tienes cualquier problema, sea de día o de noche, ven a la habitación ciento cinco del motel. ¿Vale?

Ella siguió caminando.

7

BRITTANY HIRST había vivido cosas mucho peores que un barrio oscuro y peligroso en sus dieciocho años de vida, pero eso no impedía que aquella noche se sintiera especialmente vulnerable. Apresuró el paso hacia el refugio para personas sin hogar, con la pequeña mochila que contenía todo su mundo rebotándole en la espalda.

Se secó otra lágrima del rabillo del ojo y maldijo entre dientes. Era más fuerte que eso. *Siempre* había sido más fuerte que eso. La traición de Terrence, el hombre que la había acogido en su apartamento tras su primer y único mes durmiendo en la calle, la había dejado realmente tocada.

¡Traición! ¡Quizá para ella! Para Terrence Bishop, sería simplemente pasar página. ¿No había empezado su relación con él de la misma manera? Recordó a la delgada morena saliendo de su apartamento llorando cuando Brittany apareció por primera vez con la misma mochila que llevaba ahora. Cuatro meses después, le tocaba a ella marcharse entre lágrimas, mientras una chica sin techo nueva y con cara de niña buscaba la salvación en los brazos del atractivo mentiroso.

—Contrólate —se dijo Brittany—. ¿Qué esperabas? —¿Qué la hacía diferente de cualquier otra joven e ingenua chica de la calle? ¿De verdad había creído que él se enamoraría tan profundamente de ella que dejaría de fijarse en otras?

Se secó los ojos con el dorso de la mano y giró a la izquierda por Lunis Road, el mugriento corazón de Petel, o «Pétalo», como algunos lo habían apodado irónicamente. No había nada fresco, hermoso o parecido a una flor en Petel.

Recordó su visita a ese mismo refugio cinco meses atrás. Aquella noche se había sentido más desafiante que vulnerable, porque era su primera noche en la calle, la primera noche después de decirle a su zorra de madre que se había hartado, que no volvería a verla jamás. Su madre no se había creído su farol, por supuesto. *«Cierra la puerta al salir, cariño. Nos vemos en dos días, cuando los borrachuzos empiecen a tocarte mientras duermes».*

Sonrió. *«¡Prueba con cinco meses, zorra!».*

Sin embargo, aunque quería sentirse orgullosa por haber aguantado más de dos días, sentía de todo menos eso. Verse de nuevo en el mismo aprieto cinco meses después la llenaba de vergüenza.

Pasó junto a dos personas acurrucadas en el portal de una tienda de ultramarinos tapiada y suspiró. Eso no era buena señal. Sugería que el refugio estaba lleno, a no ser que los hubieran echado por estar borrachos o drogados. No le deseaba mal a nadie, pero de verdad esperaba que ese fuera el caso.

—Hola, cariño —dijo una voz grave.

Vio a una prostituta alta y vestida con poca ropa, que tenía un aspecto engañosamente femenino, aunque su voz no lo pareciera.

—¿Estás bien, cielo?

—Sí, voy a ver si hay sitio en el refugio.

—Bien hecho, chica. Intenta pillar una de las literas de arriba. Últimamente han tenido problemas con las ratas. —Abrió las manos —. Así de grandes.

—Lo haré.

—Y si ves algún cliente, mándamelo. Esta noche está la cosa muy parada.

—Lo haré...

El pitido de la bocina de un coche interrumpió a Brittany.

—Gracias a Dios —dijo la prostituta y echó a correr, con sus tacones repiqueteando en la acera.

Mientras Brittany se alejaba, miró hacia atrás y vio a la prostituta negociando por la ventanilla abierta de una camioneta. De repente, preocupada por si pudiera ser su padrastro, Ben, respiró hondo. *¡Cálmate, chica!* A ese perro le encantaba recoger prostitutas y nunca se molestaba en cubrir su rastro, así que, ¿por qué iba a estar aquí, a unos ochenta kilómetros de casa?

Aun así, el mero hecho de pensar en él le había provocado náuseas. Trágicamente, el hombre nunca estaba lejos de sus pensamientos, pero ¿cómo podía olvidar a un bruto que la había violado por primera vez el día que cumplió once años y que continuó haciéndolo semanalmente —a veces dos veces por semana— hasta que ella cumplió los diecisiete y escapó por la puerta? De ahí que pasara la mayor parte de su vida con esas náuseas y luciera un aspecto anémico y demacrado.

«Cierra la puerta al salir, cariño. Nos vemos en dos días, cuando los borrachuzos empiecen a tocarte mientras duermes».

«¡Al menos no será tu marido!», le había gritado Brittany.

Su madre había sonreído y le había cerrado la puerta en las narices. Nunca la había creído y no iba a empezar a hacerlo entonces.

—¡Que te jodan! —Una voz grave rebotó entre las fachadas tapiadas.

Brittany miró por encima del hombro a la prostituta, que pateaba la puerta de la camioneta con la falda corta subida, dejando al descubierto las bragas. Era una escena ridícula.

La camioneta arrancó; el parachoques colgaba suelto, como si hubiera sufrido un accidente recientemente.

—¡*Enfermos de mierda*! —gritó la prostituta.

La camioneta pasó con la ventanilla bajada. Vio a dos hombres riéndose. El que conducía tenía los ojos puestos en Brittany en lugar de en la carretera. La camioneta giró a la izquierda en una calle lateral sin poner el intermitente. Era la dirección del refugio, pero no importaba. Aquellos cabrones asquerosos se habrían largado antes de que ella llegara.

Justo antes del cruce, tuvo que rodear a un hombre acurrucado en medio de la acera. Tenía las rodillas pegadas al pecho y la cabeza

cubierta con una capucha. A su lado había una botella de alcohol vacía. Parecía que dormía, así que se sobresaltó cuando él levantó la vista al pasar ella.

—¿Tiene algo de suelto, señora?

Se fijó en que tenía la cara cubierta de eccemas y llagas. Tenía un ojo pegado. Sus labios estaban ensangrentados y agrietados. —Lo siento, no tengo.

—Siéntese conmigo un rato.

—No puedo...

—Me estoy muriendo, ¿sabe?

—Lo siento.

—Siéntese conmigo... Por favor.

Una parte de ella de verdad quería sentarse con él, simplemente porque le parecía y sentía que era lo correcto. A pesar de su vida turbulenta, siempre se había aferrado a la convicción de que uno debe hacer lo correcto. Pero le avergonzaba admitir que el hombre le producía repulsión. Y aunque no parecía tener fuerzas suficientes para suponer una amenaza, tenía miedo.

—Lo siento.

Se dio la vuelta y aceleró el paso hacia la calle lateral. Su ritmo cardíaco aumentó y lanzó un par de miradas preocupadas a sus espaldas. Él permanecía sentado y, tras echar un último vistazo al desvío, ella suspiró aliviada al ver que no se había levantado para perseguirla...

La adrenalina se apoderó de ella. Vio la camioneta aparcada junto a la acera a varios metros de la entrada del refugio. El piloto trasero derecho estaba roto, pero el otro hacía brillar el humo en espiral del tubo de escape. Brittany miró a la izquierda, al mendigo borracho y desesperado, y luego al frente, a la camioneta detenida que se interponía entre ella y el refugio. Ninguna de las dos opciones parecía atractiva, pero tampoco ninguna era decididamente peligrosa. Fuera de su mente y de su vívida imaginación, no tenía por qué haber ningún problema.

Se adentró en las sombras de las propiedades tapiadas a un ritmo constante —sin correr para no llamar la atención— y se acercó al refugio. Cuando llegó a la altura de la camioneta, no miró.

—Hola, guapa.

Sintió que el corazón se le aceleraba y de repente se preguntó, con el sabor amargo del ácido subiéndole por la garganta, si no debería haberse parado a sentarse con el mendigo enfermo. Siguió caminando.

—¿Cuánto, guapa?

Respiró hondo, lo sopesó y tomó una decisión rápida. Ignorarlo podría enfurecerlo. Mejor despacharlo educadamente.

—Se ha equivocado. Solo voy a ese refugio. —Se volvió para mirarlo.

Un hombre la observaba desde la oscuridad del vehículo. Tenía facciones afiladas y angulosas que le daban un aspecto un tanto diabólico, pero ella respiró hondo de nuevo e intentó convencerse de que era la escasa luz la que acentuaba los contornos de su rostro.

—Todo el mundo está en venta, guapa.

—De verdad que yo no, lo siento... —Y se le cortó la respiración por segunda vez al darse cuenta de que el asiento a su lado estaba vacío. Estaba casi segura de que había habido alguien más en el vehículo cuando pasó a su lado. Se giró y se dirigió hacia el refugio.

—Te lo he pedido por las buenas —dijo el hombre de la camioneta mientras alguien salía de las sombras para cortarle el paso.

A diferencia del otro, el vello facial y un largo flequillo negro ocultaban la mayor parte del rostro de este hombre. También era más grande.

Intentó esquivarlo, pero no pudo evitar los largos brazos de su agresor, que se lanzaron y se enroscaron en su pecho y espalda desde un costado.

—¡Suéltame! —gritó, retorciéndose, pero el hombre la apretaba con fuerza, restringiendo sus movimientos. Le había inmovilizado los brazos contra los costados, aplastándole los pechos contra el tórax —. ¡Suéltame de una puta vez!

Oyó el portazo de la otra puerta del coche. Segundos después, el otro hombre estaba de pie frente a ella. Sus rasgos, largos y afilados, seguían siendo nítidos; no habían sido un truco de la luz. Sonriendo, se pasó una mano por el pelo pelirrojo muy corto.

Intentó darle una patada, pero él la esquivó con facilidad.

Levantó el puño en el aire, manteniéndolo suspendido justo delante de ella.

—Voy a preguntártelo otra vez.

—Que te jodan...

Le dio un puñetazo en seco. Lo vio todo blanco y sintió un ardor en el pómulo.

—Se supone que no podemos...

El pelirrojo abrió la mano y se llevó un dedo a los labios, luego volvió a cerrarla en un puño.

—¿Cuánto, encanto?

—Por favor... te equivocas...

Otro puñetazo en seco. Más blanco. Esta vez, le ardió la nariz.

—Por favor... —murmuró.

Puñetazo. Blancura. Ardor en el labio.

Saboreó la sangre y sintió que las fuerzas la abandonaban. Si el otro hombre no la hubiera sujetado con tanta fuerza, se habría desplomado en el suelo.

—Por favor... —Todavía podía ver su puño suspendido en el aire. Cerró los ojos.

—¿Cuánto?

—Yo...

Esta vez, fue como si un mazo la hubiera golpeado en un lado de la cabeza. Su cabeza quedó colgando.

—¿*Cuánto*?

Levantó la cabeza y lo miró con lágrimas en sus ojos hinchados. Dejó que un hilo de sangre goteara de su boca.

—Lo... que... quieras...

—¿No te lo dije, guapa? *Todo el mundo* está en venta.

La oscuridad se cerró a su alrededor.

DURANTE LA MAYOR parte del día, Jake le había estado dando vueltas —o más bien, se había *atormentado*— a la idea de enfrentarse al

sheriff Gordon Kane en la comisaría para insistir, una vez más, en que el pastor Alton Banks no había sido víctima de un atropello y fuga, sino que había sido asesinado.

Sin embargo, al final, la razón se impuso.

No hacía falta ser de allí para darse cuenta de que el sheriff no haría nada que pusiera en peligro esa frágil relación con el Núcleo. El pueblo era económicamente más próspero gracias a la paz. No habría forma más rápida de acabar con la prosperidad que ver a las fuerzas del orden entrando en masa en esa comunidad oculta, armas en mano.

Y si lo hacían, ¿entonces qué? Estaría poniendo a Celestia en peligro.

Sí, existía el interrogante de un matrimonio concertado con alguien que le producía repulsión, pero ella afirmaba estar a salvo y tenía a su padre, el líder, protegiéndola. Si el Núcleo era responsable de la muerte del pastor y un cuerpo de policía de pacotilla lo echaba todo abajo, Celestia quedaría a la deriva.

Así que, a fin de cuentas, a pesar de los ánimos que le daban Peter y Lillian en el mundo de los sueños, la razón seguía dictando que era mejor no meterse.

Con eso en mente, estaba haciendo lo único que se le ocurría en su parálisis.

Beber.

El Crown parecía la flor y nata de los bares de Brady Crossing. Aun así, si el Crown era de verdad de la realeza, alguien había fracasado estrepitosamente en transmitir ese mensaje. Estaba, como Brady Crossing en general, vacío.

Pero Jake agradecía la tranquilidad. Bebía una IPA en el ambiente acogedor junto a una chimenea que tendría poco uso en esa época del año. El bar le recordaba a su hogar. Tenía paredes revestidas de madera, una abigarrada colección de retratos y jarras de cristal para beber. La mesa de roble incluso se tambaleaba cada vez que posaba la jarra. Suspiró, cerró los ojos y, por un instante, se imaginó que estaba en casa.

—Hola, forastero.

Jake abrió los ojos. —Hola, Logan. —Sintió una mezcla de decepción y curiosidad ante la continua presencia del camionero en Mossbark.

—¿Me puedo sentar contigo, Frank?

—Sí. —Señaló la botella de Budweiser que tenía en la mano—. Siempre y cuando la próxima vez elijas otra bebida. —Asintió desde la comodidad del fuego—. Tengo que mantener una reputación.

Logan recorrió el bar con la mirada. —¿Con quién?

—¿Con el personal del bar?

—¿El personal? ¿Te refieres al camarero?

—Sí, a él.

Se sentó.

—¿Qué haces todavía aquí, Logan?

—Buena pregunta.

Jake apuró lo que quedaba de su tercera jarra. Llamó la atención del camarero y señaló su recipiente vacío.

El camarero asintió.

Volvió a mirar a Logan. —¿Te has enamorado?

—¿Eh?

—Te vi anoche a una hora intempestiva, volviendo a casa con alguien.

—Ah... Cindy... sí.

—¿Estáis juntos?

—Qué va, ni de coña.

—Una pena. Te vendría de perlas para coger los cereales del estante de arriba.

Logan se rio. —¿Porque ella es alta o porque yo soy bajo?

—Ambas cosas. Así que, volviendo a mi pregunta, ¿por qué sigues aquí?

Suspiró. —Me siento un poco perdido. A veces me pasa.

—¿Perdido? ¿En serio? Parecías todo lo contrario la última vez que te vi. Aullabas como un lobo ante la perspectiva de venir a Mossbark. Aunque, desde que llegamos, estoy bastante confuso sobre el porqué. Aquí apenas hay gente.

Logan asintió.

—¡Me dijiste que era el sueño de todo soltero!

—Bueno, en cierto modo, lo es. No hay mucha competencia. Verás, no hay muchos hombres.

—Ni mujeres tampoco.

—Hay mujeres, en The Oak. Este sitio, The Crown, es un poco más sofisticado. The Oak es un lugar más bullicioso. Atrae a gente y a mujeres de todo Mossbark.

—¿De qué nivel de bullicio estamos hablando?

—Anoche había cerca de veinte personas.

—¡A reventar!

—A reventar de soledad —añadió Logan y bebió un trago—. Gente sola como yo.

—¿Cindy se siente así?

—Cindy está casada.

—Entonces, ¿qué hacía en The Oak?

—El hombre con el que se casó... es un mal bicho.

Jake enarcó las cejas. —¿Suena a que ha conocido al hombre adecuado para llevársela lejos?

—No. No somos compatibles.

—Ah, vale.

—La verdad es que no creo que sea compatible con mucha gente.

—¿Por qué estás tan de bajón esta noche, Logan? Cuando me trajiste, eras la viva imagen de la alegría.

—¿Recuerdas lo que te conté de camino? Mi mujer. A veces la echo de menos. Mucho, la verdad.

El camarero le puso la bebida delante.

—Gracias.

El camarero ni siquiera lo miró. Era tan maleducado como el que más. Probablemente lo había visto hablando con Celestia. *Confraternizando con la escoria*.

—¡Gracias por su servicio! —resopló Jake.

El camarero se alejó.

—Joder —dijo Logan—. Y yo que pensaba que a la gente le caía mal.

—En efecto. No es una competición. Ambos somos gente con mucho talento.

Logan sonrió.

—Siento que estés de bajón.

—Perder a alguien a quien quieres es una putada. ¿Te ha pasado alguna vez?

—No —mintió Jake—. He tenido mucha suerte.

—No hay día que no piense en ella. ¿Qué camisa se pondría hoy? ¿Dónde querría pasear al perro hoy? Y... —sonrió con suficiencia—. ¿Qué bronca me echaría por llevar más de una semana en la carretera?

Jake asintió. —Debe de ser duro.

—Duro, pero necesario. Odiaría olvidarla. Eso sería peor.

—No creo que haya peligro de que eso ocurra.

—Ojalá pudiera estar tan seguro. Siempre busco distracciones. Intento darle un respiro a la cabeza. ¿Y si un día me despierto y, ya sabes, lo he superado? Y no le dedico ni un solo pensamiento a...

—No lo harás. Confía en mí. —Jake lo miró fijamente un momento y luego desvió la vista, dándose cuenta de que se arriesgaba a traicionar sus propios secretos.

Logan asintió. —Eres un buen tipo, Frank, ¿lo sabías?

—Gracias —dijo Jake, sonrió y bebió un trago—. Tú tampoco estás tan mal, Logan. Sí, tienes que mejorar en eso de los estereotipos raciales y de género, y en esa primera impresión lamentable que das, pero en el fondo, pareces harina de otro costal.

—En el fondo, soy un desgraciado.

—Iba a decir «reflexivo», que suena mejor.

La puerta de The Crown se abrió y entró el sheriff Gordon Kane, seguido de cerca por un ayudante uniformado más alto y joven. Gordon se acercó a la barra y saludó al camarero. —Lo de siempre, por favor, muchacho. Vengo sediento.

—Por supuesto, sheriff. ¿Ha sido un día ajetreado?

Gordon se rio. —Siempre, muchacho.

¿Haciendo qué exactamente?, pensó Jake.

El camarero puso dos Budweiser en la barra.

¿Es que la gente de por aquí no tiene papilas gustativas?

—Invita la casa —dijo el camarero.

—Nos malcrías, muchacho.

El camarero se inclinó sobre la barra y le susurró algo a Gordon que Jake no pudo oír bien, pero enseguida resultó obvio de qué se trataba. El sheriff giró la cabeza hacia Jake y se quitó el sombrero a modo de saludo.

Jake levantó la mano para saludarle y luego se volvió hacia Logan para continuar su conversación sobre la vida y la pérdida. La charla se fue animando mientras Jake se terminaba su cuarta copa. Con Gordon y su hombre riendo a carcajadas desde el otro lado de la barra, era difícil mantener la seriedad en su propia conversación.

Cuando Jake apuró el vaso, se levantó para marcharse, pero sintió que Logan le tiraba del brazo. —Una más, Frank. Invito yo.

Jake bajó la vista y sonrió. —Estoy cansado.

—Por favor. Es la primera conversación decente que he tenido en... Dios sabe cuánto. Una más antes de arrastrar mi culo desesperado y melancólico a The Oak.

—¿Aun así vas a ir después de todo lo que acabamos de hablar?

—¿Acaso lo dudabas?

—Ni por un segundo. No soy tonto. Sé que cuesta mucho tiempo ver la luz.

—¿Toda una vida, quizá?

Jake sonrió.

—¡En algunos casos, más, me temo! Vale, una más, después de hacer una parada en el servicio.

Después de que Jake usara un urinario que estaba sorprendentemente limpio para ser un bar —probablemente por su escasa clientela—, se lavó las manos en el lavabo y se examinó la cara en el espejo. Tenía los ojos cansados y el pelo le encanecía a mechones. Parecía haber envejecido una década desde que se fue del Reino Unido. Oyó abrirse la puerta a su espalda y vio la cara del hombre de Gordon en el espejo. Bajó la vista mientras se enjuagaba las manos y, al volver a levantarla, vio que el hombre seguía detrás de él, mirando el reflejo de ambos.

—¿Puedo ayudarle en algo? —dijo Jake.

—Sigue sin registrarse en la comisaría. ¿Cuándo pensaba ir de caza?

—La verdad es que he cambiado de idea. —Jake se giró hacia un lado y sacó una toallita del dispensador de la pared—. Ver toda esa sangre ayer me ha quitado las ganas de cazar por un tiempo.

—Entonces, ¿por qué sigue usted en el pueblo?

Jake se encogió de hombros.

—¿La cerveza de aquí?

—Cómprese unas cuantas botellas en la tienda, considérelo un recuerdo y luego márchese.

Jake sonrió, se secó las manos y se giró para mirarle. Los baños eran pequeños y el espacio entre el lavabo y el urinario, estrecho. Apenas les separaba un metro.

—¿Y con quién estoy hablando exactamente?

—¿No ve el uniforme?

—Un uniforme no es un nombre.

—No necesita un nombre.

—De hecho, sí. Para denunciarle.

El agente sonrió.

—¿Por qué?

—Acoso.

—¿Cree que *esto* es acoso?

—De donde yo vengo, si te acercas tanto a alguien en los urinarios sin permiso, sin duda se consideraría acoso.

El agente soltó una risita despectiva.

—Te crees muy listo, ¿a que sí?

—No, simplemente me siento un tanto amenazado por tu proximidad.

—Mi nombre es agente Scott Derby. Siéntete libre de presentar una denuncia.

—No tienes que preocuparte. No me quedaré por aquí el tiempo suficiente para hacerlo.

—Gracias a Dios.

Jake negó con la cabeza.

—¿Qué he hecho exactamente? Cualquiera diría que me he acostado con tu hermana.

—Solo tengo un hermano.

—Con tu hermano, entonces.

Scott se acercó un poco más a Jake con una expresión de asco en la cara.

—¡Aquí no hay sitio para gente como tú!

—¿Como yo?

—Gente problemática. —El labio superior de Scott se curvó.

—¿Hablas por ti o por tu sheriff?

—Por mí.

—Qué curioso.

—¿Por qué?

—Porque has entrado tan metido en el culo del sheriff Gordon que yo…

La mano de Scott salió disparada y agarró a Jake por el cuello de la camisa.

—Cierra la puta boca.

Jake bajó la mirada hacia los nudillos blancos y relucientes.

—¿En serio? —Le enarcó una ceja a Scott.

—No puedes hablarme así.

—Y tú no tienes ningún derecho a acosarme.

Scott echó el puño hacia atrás.

—Un madero zurrando a un turista podría atraer algo de atención externa. Bien. Os vendría bien algo de atención externa. Para que investiguéis el asesinato que presencié ayer. Así que, adelante, agente Tontolculo, atrévete.

La puerta del baño se abrió. Logan entró, evaluó la situación y adoptó una pose beligerante.

—¿Qué está pasando aquí?

Apretando los dientes, Scott paseó la mirada entre sus caras. Al darse cuenta de que estaba en una situación que podía acabar de muchas maneras, todas ellas malas, respiró hondo y soltó la camisa de Jake.

—Nada. No pasa nada.

—Pues no lo parece —dijo Logan—. «Nada» sería que estuvieras meando y silbando.

Scott respiró hondo de nuevo y negó con la cabeza.

—Vosotros dos tenéis que largaros de Mossbark.

Logan se encogió de hombros.

—¿Por qué? A mí me parece que os vendría bien toda la gente que podáis conseguir.

Scott fulminó a Jake con la mirada por última vez y luego miró a Logan.

—Quítese de mi camino, por favor.

Logan se hizo a un lado.

—Porque lo ha pedido con mucha amabilidad.

Scott salió furioso.

Jake le gritó:

—¡Oye, que ya he terminado! ¡Ya puedes mear si quieres!

No hubo respuesta.

Jake rio y miró a Logan.

—No debería haber disfrutado tanto de eso.

Logan enarcó las cejas.

—No, no deberías.

—Los policías vagos me sacan de quicio.

—No me digas.

—Vagos, pero también de mano dura, motivo por el que deberíamos seguir su consejo y probablemente largarnos.

—Sí, probablemente deberíamos. —Jake sonrió—. Eres un buen tipo, Logan, ¿lo sabías?

8

MERITHEW LE DIO la espalda a aquel padre cáustico y a su retorcido hijo, cruzó la vivienda con paso decidido, apoyó las palmas de las manos en la jaula de plástico y miró fijamente las oscuras cuencas de los ojos de Hamlin. —Lo siento.

Se giró y volvió a examinar a la mujer malherida e inconsciente que yacía en la cama, y después se quedó mirando larga y fijamente a Griffin y a Lemuel mientras sus ratas se golpeaban contra el lateral de la jaula.

Lemuel, el sádico que había hecho estragos en el rostro de la mujer antes de traerla aquí, miraba al suelo. No era que estuviera avergonzado. Era puro teatro. Incluso con la cabeza gacha, Merithew podía ver cómo le temblaba el rostro tenso mientras contenía una sonrisa.

A su lado, su padre, más alto, pelirrojo y con el mismo rostro tenso, no intentaba fingir. Miraba a Merithew con indiferencia. Por lo menos, pensó Merithew, a él no le parecía divertido, como a su sádico hijo.

—¿Tienen algo que decir? —preguntó Merithew.

—La situación es la que es —dijo Griffin sin apartar la vista de la chica inconsciente—. Y está aquí, como estaba previsto.

—¡Medio muerta! —Merithew dio un paso al frente, agitando el dedo—. Ese *no es* el camino.

—Pero ya sabe, Merithew —dijo Griffin—, últimamente pocas cosas son como deben ser, como bien sabe.

—¿Y eso qué significa?

—Interprételo como mejor le parezca.

Merithew negó con la cabeza y se giró para mirar a Lemuel: el chico al que a muchos les gustaría ver unido a Celestia. *Por encima de mi cadáver.*

La chica gimió desde la cama y a Lemuel se le dibujó una sonrisa en el rostro.

Merithew apretó los puños y se acercó, pero Griffin fue rápido y consiguió interponerse entre ellos. —Estese quieto, Merithew.

Lemuel, el cabroncete audaz, alzó su rostro sonriente.

Merithew alargó el brazo por encima del hombro de Griffin para golpear al chico, pero su segundo al mando le dio un empujón en el pecho que lo hizo trastabillar hacia atrás. —¡No tiene derecho a detenerme! —le espetó Merithew a Griffin. El corazón le aporreaba las costillas.

—Es *mi* hijo.

—¡Forma parte del Núcleo, del cual soy el líder!

—Y acepto que usted sea el líder, Merithew, pero no aceptaré que le haga daño a mi hijo.

—Su hijo es un monstruo.

—Mi hijo es parte de nuestro futuro.

—Tal vez, pero nunca será el líder. Hay otros más dignos.

—¿Celestia? —dijo Griffin.

—Entre otros —dijo Merithew.

—Celestia y mi hijo liderarán juntos.

—Después de lo que su hijo le ha hecho a esta chica, ¿cree que permitiría esa unión?

Griffin asintió. —Es, como usted siempre dice, Merithew, el camino.

—Como también lo es el castigo por su innecesaria brutalidad.

—Y eso lo entiendo. —Griffin rodeó los hombros de su hijo con el brazo.

Al principio, Lemuel pareció contento de recibir el abrazo de su padre y dejó que lo atrajera hacia él. Aún no había borrado esa

sonrisita irritante y ahora miraba a su padre con ella.

—Por muy conmovedor que sea esto —dijo Merithew—, tenemos asuntos urgentes...

—Merithew... —Griffin levantó un dedo para hacerlo callar—. Tenga paciencia.

—Usted a mí no me da órdenes...

Lemuel soltó un grito ahogado. —Me estás *haciendo*...

—Tenga paciencia, Merithew —repitió Griffin.

Los ojos de Lemuel se abrieron como platos. —Griffin... por favor... —Sus palabras sonaron forzadas de repente.

Griffin mantuvo la vista en Merithew mientras apretaba aún más a su hijo contra él.

Lemuel continuó suplicando. —Lo siento... Griffin... Padre... lo siento...

Griffin aflojó el abrazo.

—Gracias... Griffin —murmuró Lemuel, zafándose.

Griffin cerró su gran mano en la nuca de su hijo, lo giró hacia la pared de la vivienda y le estampó la cara contra los listones de madera. —Hay muchos métodos para enseñarte a controlarte, Lemuel. —Griffin volvió a estampar la cabeza de su hijo contra los listones—. Pero, por desgracia, parece que tú solo entiendes uno.

Mientras Griffin golpeaba la cabeza de su hijo contra la pared, Merithew asintió, admitiendo para sus adentros que presenciar un castigo tan bárbaro sobre un individuo tan perverso era bastante gratificante. Sonó un fuerte crujido, y Merithew se preguntó si había sido la madera al astillarse o la cara de Lemuel. Cuando Griffin lo giró de nuevo y Merithew vio el estado de la nariz y la mejilla de Lemuel, dedujo que probablemente había sido una combinación de ambas cosas.

En la cama, la mujer, que se estaba desperezando, gritó al despertar. Merithew la observó boquear, mirando de un lado a otro, experimentando tanto el dolor de las heridas que le habían infligido como la repentina conciencia de que había sido secuestrada y encadenada. Empezó a gritar.

Lemuel gimió con fuerza.

Y las ratas, que sin duda olían toda esa sangre en el aire, gruñeron y se agitaron en la jaula.

Había demasiado ruido, pero Merithew no sabía por dónde empezar a imponer el silencio.

Griffin, mientras tanto, seguía sujetando la nuca de su hijo y lo obligaba a acercarse a la mujer encadenada en la cama. Cuando estuvieron lo bastante cerca, Griffin le enganchó los pies a su hijo con la bota.

El chico aulló de nuevo cuando sus rodillas se estrellaron contra el suelo.

—Pídele perdón, Lemuel, por lo que le has hecho.

—Lo siento... —su disculpa burbujeó junto con la sangre de un labio partido.

Griffin le dio una colleja a su hijo. —Como si lo sintieras de verdad.

—Lo *siento*. —Si no le hubieran ordenado que lo dijera, a Merithew no le habría quedado claro qué palabras salían en realidad de la boca del maltrecho muchacho.

De todos modos, a la mujer cautiva no le interesaba. Gritó y tiró de las cadenas que le apresaban las muñecas por encima del cabecero a un perno fijado en la pared de madera.

Merithew se acercó al lado de la cama y sacó una jeringuilla del bolsillo de la chaqueta. Le sujetó uno de los brazos encadenados y le clavó la aguja en la piel.

Los ojos se le pusieron en blanco y luego se le cerraron.

Las ratas seguían armando escándalo.

Lemuel borboteaba y gemía mientras se balanceaba arrodillado.

Su padre rondaba tras él.

—Menudo espectáculo, Griffin —dijo Merithew.

Griffin dio un paso atrás.

—Supongo que me ha ahorrado el esfuerzo —dijo Merithew.

Griffin observó a Merithew un instante y sonrió. —Mantengo mi *propia* casa en orden. —Se agachó, deslizó las manos bajo los brazos de su hijo y lo ayudó a levantarse. Luego, se inclinó para que Lemuel pudiera pasarle el brazo por el hombro—. La cuestión es, Merithew: ¿lo hace *usted*?

Sosteniendo su peso, Griffin sacó a Lemuel de la vivienda.

Esta vez, fue Corrie quien le abrió la puerta a Merithew en lugar de Sumner.

Acunaba a la niña que habían adoptado el día anterior. El bebé dormía y Merithew agradeció el silencio, pues acababa de llegar de la vivienda y de la cacofonía que reinaba en su interior.

—¿Ya le habéis puesto nombre? —preguntó Merithew.

—Inez.

Merithew sonrió y asintió. —Es preciosa.

—Sí que lo es. Gracias.

—No tiene por qué darme las gracias, Corrie. La calidez que ofrecen en su hogar facilitó mucho la decisión.

—Le invitaría a entrar, pero es tarde, y la niña necesita comer e irse a dormir.

—No es necesario. He venido a ver a Sumner y a Marston.

—¿A Marston?

—Sí, Corrie. Ha llegado la hora.

—¿La hora? Pero si Inez llegó ayer.

—Estos métodos, estos caminos que hemos elegido seguir, Corrie, no son lentos ni pausados. Hemos optado por el progreso y la celeridad. Tiempos tan aciagos lo exigían. Siento si le dieron a entender que tardaría más. Pero su marido, Sumner, estará preparado. Por favor, ¿podría llamarlo?

—Está fuera con el ahijado. Están cazando coyotes en la oscuridad, otra vez.

—Entiendo. Es una lástima, porque desearía que el proceso empezara ahora. Entonces es usted quien debe venir con Marston.

Ella negaba con la cabeza y retrocedía. —¿Pero Inez?

—La dejaremos con Gillie de camino. —Merithew sonrió—. No ha habido nunca mejor madre que Gillie, se lo aseguro. Recuerdo que de pequeño siempre acudía a ella en busca de consejo. Y Celestia, bueno, siente adoración por ella.

—Inez no es más que un bebé. Me necesita cerca.

—Gillie ha criado a tres. Ahora, desearía proceder con rapidez. ¿Quiere ir a buscar a Marston?

—No se encuentra muy bien. Está en la parte de atrás, tumbado. ¿No tiene quizá otra opción? No quiero molestarlo.

Merithew suspiró. —Lamento ser tan exigente a estas horas tan tardías, y con una persona tan amable y apacible como usted, pero no hay otras opciones. Este es el camino. Sumner lo apreciaría. —Se inclinó y apoyó la mano en el marco de la puerta—. Pero puede que no aprecie tanto su… ¿vacilación? —La observó con expresión seria.

Ella le ofreció a Inez. —Sujétela…, por favor…, mientras lo despierto.

—Por supuesto. —Tomó a Inez de las manos temblorosas de Corrie.

Mientras Corrie iba a buscar a Marston, Merithew se quedó mirando el hermoso rostro durmiente de Inez. —Tú eres el futuro del Núcleo. —Le besó la frente—. Althea estaría muy orgullosa.

Celestia apenas podía concentrarse durante *El Padrino: Parte II*, lo cual era curioso, ya que era una de sus películas favoritas. Su conversación con Frank la había dejado alterada; no porque le hubiera revelado secretos sobre el origen del Núcleo y sus «métodos» y estuviera bastante segura de que podía confiar en su discreción, sino por la muerte del pastor. Frank había acertado en su apreciación de que el Núcleo rechazaba la religión organizada en todas sus formas, y la muerte de alguien tan representativo de ella despertaría sospechas en muchos. También las había despertado en ella.

Paseaba de un lado a otro por su dormitorio.

Aparte de Frank Yorke, muy poca gente le había prestado atención en sus muchas visitas al condado de Brady. Sin embargo, había habido un hombre, un hombre que siempre le había dedicado una sonrisa, le preguntaba qué tal le iba el día y le contaba con

gusto anécdotas de cómo a él también le había gustado viajar de joven, descubriendo lugares nuevos y emocionantes.

El pastor Frederick Deering.

Nunca había conocido al pastor Alton, pero si, como muchos en el pueblo creerían, el Núcleo había atacado a la religión organizada, ¿significaba eso que Frederick también podría estar en peligro? Deseaba con todas sus fuerzas que no. Aquel hombre había sido amable con ella.

Con estos pensamientos volviendo a su mente una y otra vez durante las últimas horas, mientras la familia Corleone se sumía en el caos, finalmente decidió hacer algo. Salió de su dormitorio para hablar con Merithew. No estaba allí. No era de extrañar. Pasaba gran parte de su tiempo en la vivienda.

Se calzó y se dirigió hacia allí.

Corrie cogió la mano de Marston al entrar en la morada.

Preocupado por su reacción, Merithew no fue delante, sino que los siguió. Parecía que había hecho bien en ser precavido.

Tras ver a la chica inconsciente, Corrie se giró, con los ojos como platos. —Por el alma de Althea. Nos vamos. —Empujó a Marston hacia la salida, pero Merithew ya la estaba bloqueando y el chico simplemente rebotó contra el corpulento cuerpo del líder y cayó en brazos de su madre.

Merithew cerró la puerta de la morada tras de sí, se dio la vuelta y echó la llave. Se guardó la llave en el bolsillo.

—Ella se avergonzaría de usted —dijo Corrie—. Althea se *avergonzaría* de usted.

Merithew no se giró de inmediato. Aquellas palabras fueron un duro golpe. Tardó un par de segundos en asimilarlo.

—Déjenos salir —dijo Corrie—. No quiero tener nada que ver con esta brutalidad.

Merithew se giró. Respiró hondo y alternó la mirada entre la madre y el hijo.

Ambos temblaban, aunque solo Marston parecía aterrorizado; Corrie temblaba de rabia. —¿Saben los ancianos de esto? —preguntó Corrie.

Merithew asintió.

—¿Cómo puede ser este el camino?

—Tenemos que adaptarnos. Y este es el camino, *ahora*.

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento, Corrie. Por eso habría sido mejor que viniera Sumner. Él lo sabe. Él *comprende* la situación en la que estamos.

Se le demudó el rostro. —No me lo creo…

—*Corrie*. Es muy importante que empiece a creerlo. La he traído aquí, en ausencia de Sumner, para asegurarme de que su hijo Marston haga lo que se espera de él.

—¿Qué es? —espetó ella.

Él señaló la cama con la cabeza. —Está dormida. No sentirá nada.

—¡Me hicieron creer que estaban dispuestas!

—¿Y cree que es tan fácil encontrar a quienes estén dispuestas a aumentar la población de una comunidad que nadie entiende y que la mayoría teme?

—¿Se extraña de que la gente nos tema? Mire lo que está pasando aquí.

—Estos actos permanecen en la oscuridad. En el silencio.

—¿Cómo? ¿No cree que lo contará?

Merithew desvió la mirada.

Corrie ahogó un grito. —No, por el alma de Althea, *no*.

—*Tiene* que ser así, Corrie. Es prosperar o marchitarse y morir. Con cada nueva generación, la fertilidad se deteriora. Es la maldición de Musgocorteza. No puede ser la maldición del Núcleo. Construiremos un futuro más grande y brillante. No puedo…

—Nosotros *no* somos así.

—Corrie —dijo Marston—. Madre…, por favor. Estoy dispuesto.

Ella se giró bruscamente hacia su hijo. —Marston. Me vas a escuchar…

—Tengo catorce años. Ya tengo edad para apoyar al Núcleo.

Lo agarró por el cuello de la camisa. —Esto *no* está bien.

Merithew se adelantó y posó una mano grande en el hombro de Corrie. —La traje aquí para que fuera una influencia tranquilizadora si su hijo se mostraba ansioso o dubitativo. Parece que me equivoqué. Tanto Sumner como Marston comprenden la crisis a la que se enfrenta nuestro mundo; es usted quien cuestiona mi juicio y el de los otros ancianos del Núcleo.

—¡Claro que lo cuestiono! —siseó Corrie, soltando el cuello de la camisa de su hijo y quitándose la mano de Merithew de un manotazo.

—¿Pero sabe lo que pasa si cuestiona nuestros métodos?

—Por favor —le dijo Marston—. Es mi decisión. Por favor, no pongas a nuestra familia en peligro.

—Su hijo demuestra una sabiduría impropia de su edad. Haría bien en escucharlo.

Corrie negó con la cabeza y se pasó una mano por el pelo corto. —No puedo.

—Vuelva —dijo Merithew—. Deje a Marston conmigo. Estará a salvo y cumplirá con su deber admirablemente. Reflexione sobre nuestra conversación. Creo que la reflexión le aportará claridad y, a su vez, esta le traerá la aceptación.

A Corrie se le arrasaron los ojos de lágrimas. —No puedo aceptar esto. Es demasiado…, demasiado… *inhumano*.

—Por favor… —Merithew se adelantó y le puso la mano en el hombro—. Váyase. Espere a Sumner. Hable con él. Le devolveré a su hijo en menos de una hora. Él forma parte del Núcleo y, al cumplir con estas obligaciones, se asegurará de que él, usted, Sumner e Inez siempre formen parte del Núcleo.

Corrie pasó de largo junto a Celestia. Llevaba la cabeza gacha y parecía bastante angustiada.

—¿Corrie?

Si Corrie la oyó, simplemente la ignoró y desapareció a buen paso en dirección al Foco.

Cuando Celestia se volvió hacia la morada y vio lo cerca que estaba, sintió un escalofrío de ansiedad. «*¿Acababa de salir Corrie de allí? ¿Qué había visto para estar tan angustiada?*». Estaban las ratas de su padre, pero él siempre tenía la decencia de mantenerlas tapadas. A la propia Celestia también le repugnaban aquellas alimañas, pero entendía la necesidad de su padre de criarlas y cuidarlas. Lo mantenía más cerca de sus ancestros. Ella solía advertirle de que no podía contar con que ella continuara la tradición, pero él simplemente se encogía de hombros y decía: «*Yo le dije lo mismo a mi padre. Su muerte cambió mi perspectiva. Mi muerte cambiará la tuya*».

Así que sabía que no habían sido las ratas lo que había alterado tanto a Corrie. Tampoco habría sido el esqueleto de Hamlin, porque todo el mundo había ido a presentar sus respetos a aquellos restos antes de esa noche.

Llegó a la puerta de la morada e hizo ademán de llamar, pero aquel escalofrío de ansiedad le detuvo la mano. Pegó la oreja a la madera y oyó unas voces ahogadas.

De niña, en los días antes de que se le permitiera deambular *más allá* de los límites del Núcleo, en cambio, había deambulado sin cesar *dentro* de ellos. Conocía cada centímetro de aquel lugar. Conocía también la morada; no solo el interior, sino también el exterior. A veces, de niña, lo espiaba por entre dos listones desiguales del lado izquierdo. A una edad temprana, entendía muy poco de las reuniones que Merithew celebraba allí, pero había disfrutado de la libertad y el poder que podía dar espiar a alguien.

Se deslizó sigilosamente por el lateral de la vivienda hasta la rendija entre los listones. De niña, la rendija le había quedado a la altura de la cabeza. Ahora, de adulta, tuvo que ponerse de rodillas para mirar dentro. Se llevó la mano a la boca para ahogar un grito ahogado.

Celestia vio a una mujer en la cama. Tenía las manos por encima de la cabeza, encadenadas a la pared que había detrás. Estaba vestida de cintura para arriba, pero no de cintura para abajo. Su padre rodeó la cama, de cara a los ojos inquisitivos de su hija, y Celestia se apartó de la rendija de un respingo, bajando la mano

para poder tomar aire. La fría ansiedad la recorría ahora con violencia.

¿Merithew no sería capaz? ¿Una prisionera? ¿No, verdad? Tapándose la boca, volvió a asomarse para mirar otra vez.

Merithew había levantado las rodillas de la mujer y le había separado ligeramente las piernas, como si la estuviera preparando para dar a luz. La mujer tenía la cabeza ladeada y, aunque Celestia no podía verle los ojos, supuso que estaba dormida. Merithew levantó la vista y asintió. Un chico desnudo entró en su campo de visión y se detuvo al otro lado de la cama, frente a su padre. El chico tenía el pelo largo y rubio y la espalda ancha. Necesitaba verlo mejor para poder identificarlo.

—¿Quiere que me quede? —dijo Merithew.

—Sí —dijo el chico—. Mañana ya debería poder solo.

Celestia reconoció la voz. *Marston.* ¡Si solo debía de tener catorce años!

—Podría llevar muchos días —dijo Merithew—. Muchas semanas. Incluso meses.

Marston asintió.

—Para usted, siempre estará dormida. Nunca lo conocerá, ni sentirá dolor.

—Lo entiendo.

Merithew le entregó un bote con una sustancia transparente. —Esto le ayudará. Asegurará que sienta pocas molestias cuando despierte.

Marston cogió el bote. —Gracias.

Las náuseas invadieron a Celestia cuando se apartó de la rendija y se sentó apoyada en los listones. Se llevó las manos a la cabeza. No necesitaba preguntarse qué era aquello. Era evidente; asquerosamente evidente.

¿Cómo has podido, padre? ¿Cómo has podido?

Oía que la conversación continuaba dentro, pero le costaba concentrarse. Las palabras de su padre se repetían en su cabeza en un bucle. *«Muchos días... muchas semanas... incluso meses...».* Estaban intentando tener un hijo.

Y entonces notó el sabor de la bilis en la garganta y la boca, porque algo empezó a cobrar sentido. Tras un periodo estéril de décadas con muy pocos nacimientos, en los últimos tres años se había producido un pico repentino en el Núcleo. Gillie se había referido a ello como el *baby boom* del Núcleo. ¿Sabría *ella* también esto? ¿Sabía que estaban criando bebés mediante..., mediante...?

Se tapó la boca, temiendo que fuera a vomitar.

Aquello era una violación.

Entonces oyó el primero de los gruñidos de Marston, se obligó a ponerse en pie y echó a correr, porque el vómito ya se le escapaba por entre los dedos.

Mientras Celestia cruzaba el aparcamiento del motel, se secó las lágrimas de los ojos con el dorso de la mano. Se miró el vómito que le manchaba la camiseta. Tenía un aspecto deplorable.

Bien. Que Frank viera lo que su descubrimiento le había provocado físicamente. Sería prueba suficiente de que no tenía nada que ver con las atrocidades que ocurrían en el Núcleo.

Llamó a la puerta de la habitación 105.

Nadie respondió.

—Vamos —dijo, llorando ahora con más fuerza—. *Vamos*. —Se hizo a un lado y golpeó la ventana en su lugar. Esperó. Saltaba sobre un pie y luego sobre el otro. Volvió a llamar una y otra vez.

Una mujer corpulenta, dos puertas más allá, asomó la cabeza. —Haga menos ruido, ¿quiere? Es obvio que no están. —Cerró de un portazo.

¿Y ahora qué? Fue a sentarse en el suelo, pero se le ocurrió otra opción. Se dio la vuelta y echó a correr, recordando al pastor al que le había gustado vagar de joven, el pastor que siempre le había dedicado una sonrisa.

Cuando llegó a la puerta de su iglesia, llamó.

Nadie respondió.

¿Es que no hay nadie?

Antes de que terminara de dar el segundo golpe, la puerta se abrió.

—¡Vaya, querida! —dijo el pastor Frederick Deering—. Entre.

9

UN FUERTE GOLPE en la puerta despertó a Jake, que hizo una mueca de dolor. El ruido no le sentaba nada bien a la jaqueca que le había provocado el alcohol. El segundo golpe fue en la ventana, y ese sí que amenazó de verdad con partirle la sien. Antes que vestirse, fue a abrir la puerta en calzoncillos para evitar que su visita lo demoliera en aquel frágil estado.

Jake asomó la cabeza.

Una mujer corpulenta, en camisón, estaba de pie junto a su ventana con cara de pocos amigos.

—¿Puedo ayudarte?

—¿Qué tal sienta?

—¿El qué?

—Que te molesten.

—No tengo ni la más remota idea de qué estás hablando.

—¡Tu rollo de una noche!

—No. Sigo sin pillarlo. —Jake salió del cuarto.

Ella lo recorrió con la mirada de arriba abajo y su expresión agresiva se desvaneció. —Olvida lo que he dicho. ¡Tú a mí puedes molestarme cuando quieras!

—¿Puedes decirme qué está pasando?

—Pues que tu noviecita me despertó anoche pasadas las diez. Aunque bueno, no puedo culparla. —Se mordió el labio inferior.

—¿Noviecita? —Jake se encogió de hombros.

—Con mucho maquillaje, pelo teñido de negro, el vestuario de Marilyn Manson.

El pulso de Jake se aceleró. —¿Qué quería?

—No se lo pregunté. Tenía pinta de estar hecha un desastre, eso sí. Solo le dije que se fuera.

—¿Y?

—Se fue.

—Mierda. —Jake se dio la vuelta para volver a su habitación.

—Hay muchos peces en el mar. A veces lo que buscas está justo delante de tus narices…

Jake cerró la puerta de un portazo.

Jake llamó a la puerta de Logan, y abrió Cindy.

—Vengo a ver a Logan.

—¿A mí no? —dijo ella, sonriendo.

—No empieces tú también.

Pareció ofendida. —Pensaba que de donde vienes erais unos caballeros.

—Esto es ser amable. ¿Logan?

Ella se hizo a un lado.

Logan lo miró desde la cama con los ojos entrecerrados. —Frank —murmuró. Se irguió hasta quedar sentado—. Entra.

—No hay tiempo, Logan. Necesito un vehículo. Algo va mal. O al menos, creo que va mal.

—Solo tengo un tráiler. No es lo más fácil de conducir si no tienes experiencia.

—Ya lo sé. No puedo llevar un camión a donde voy. Me he fijado en que Cindy tiene una camioneta.

—Ah, ¿te has fijado? —Se señaló el pecho—. Cindy está aquí, ¿sabes?

Jake la miró. —Necesito que me prestes tu camioneta.

—No te he visto en mi vida.

—Logan responderá por mí.

—Hace un par de días, tampoco había visto a Logan en mi vida.

—Es un buen tío.

Ella volvió a mirarlo.

Él sonrió.

—¿Para qué la necesitas? —dijo Cindy.

Él señaló la colina en la distancia.

—Tienes que estar de coña.

—No. Mi amiga vive ahí arriba. Anoche vino a verme, angustiada, según me han dicho. Yo no estaba. Es joven. Y es inocente.

—¿Entiendes lo que hay ahí arriba? —preguntó Cindy.

—Mi amiga.

—Y el Núcleo. ¿El núcleo podrido? ¿Has oído hablar de ellos?

—Sí. Con todo detalle.

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué?

—Entonces, ¿por qué coño ibas a subir ahí?

—Escucha, Cindy. Núcleo, núcleo podrido, lo que sea. Mis amigos están por encima de todo. Tú también, Cindy, podrías estar en esa lista exclusiva si me prestas tu camioneta.

—Estás loco. Completamente. Si te doy esa camioneta, no volveré a verla. O quizá la vea, pero sin el conductor.

Logan ya se había levantado de la cama y se acercaba a ellos. —Cindy, cariño, por mí. Préstale la camioneta.

—Si es tu amigo, Logan, yo de ti intentaría disuadirlo ahora mismo.

—Cariño, ¿no ves que ya se ha decidido?

—O sea, que no intentarías convencer a alguien de que no salte de una cornisa si ya se hubiera decidido.

—De todos modos, ¿qué mal le puede pasar? Voy con él.

Jake negó con la cabeza. —No tienes por qué hacer eso…

—La camioneta de mi novia, mis condiciones —dijo Logan, asintiendo hacia Jake.

—Pues venga, date prisa —dijo Jake—. Ponte algo de ropa.

—Aún no he dicho que sí —dijo Cindy.

—Gracias, Cindy —dijo Jake—. Volveré. Con la camioneta.

Cindy le entregó las llaves. —Espero que ella merezca la pena.

Jake asintió. —La merece.

El camino de tierra que serpenteaba ladera arriba había conocido días mejores, y la camioneta traqueteaba de un lado a otro en los profundos surcos. Jake, que nunca había sido un conductor muy seguro de sí mismo, le había pedido a Logan que hiciera los honores, y se alegró de ello cuando el camino empeoró aún más y el precipicio a su lado se volvió más escarpado.

Jake miraba por la ventanilla con los ojos muy abiertos. —Olvida el Núcleo. Este viaje va a matarnos.

—Me sorprende que el ayuntamiento no les haya construido una carretera decente en agradecimiento por mantener a flote su economía.

—Porque probablemente sea lo último que quieren. Un viaje traicionero por la ladera de la montaña disuadirá a los visitantes. ¿Te imaginas esto con lluvia?

—Esperemos que no llueva, entonces. Aún tenemos que bajar. *¡Mierda!* —Las ruedas del lado izquierdo se metieron en un surco especialmente profundo.

Jake se golpeó contra el costado de Logan y luego rebotó contra su puerta cuando la camioneta superó el obstáculo.

Logan se rio y luego aulló, igual que había hecho varios días antes. —¿Te hace sentir vivo, a que sí?

Jake respiró hondo. —Sí, y también me hace darme cuenta de lo efímera que es la vida. ¿Llevas pistola?

—Sí, pero la he dejado en la camioneta.

Jake suspiró. —Probablemente sea lo mejor. Podría crisparlos.

—¿Tienes alguna idea de lo que nos espera ahí arriba?

—Por lo que ha dicho todo el mundo, un recibimiento hostil.

Logan sonrió. —De verdad te gusta.

—No es eso.

—¡Lo que tú digas, soldado!

—Tú conduce, Logan. Disfruta de los últimos treinta segundos de tu viaje de infarto. No puedo prometer que hagamos el camino de vuelta.

Logan detuvo la camioneta junto a una garita de vigilancia al lado de una barrera levadiza colocada entre dos árboles. Un joven los observaba desde dentro, pero no hizo ademán de salir.

—¿Qué sugieres, socio? —preguntó Logan—. ¿Crees que esta camioneta podría cargarse la barrera?

—Ahora no es momento de jugar a tus fantasías de infancia de *The Dukes of Hazzard*. Quédate quietecito mientras los mayores hablan. —Jake abrió la puerta de la camioneta y bajó. La cerró a su espalda y dio varios pasos hacia la garita y el joven que había dentro.

El centinela no salió; se limitó a mantener la vista fija en Jake.

—Escuche —dijo Jake, con las manos en alto—. Voy desarmado. Solo quiero hablar.

El centinela levantó el fusil y apuntó a Jake.

—No hay necesidad de hacer eso.

El centinela salió de la garita. —Yo decidiré de qué hay necesidad. ¿El otro intruso va armado?

—No. Y no somos intrusos. Todavía estamos detrás de la barrera.

El hombre se acercó, sin apartar la vista de la mira de su fusil. —Túmbese boca abajo en el suelo con las manos en la nuca.

—¿Es necesario?

—Sí.

Jake se tumbó con las manos en la cabeza. Por suerte, el suelo estaba seco, así que apoyó la barbilla en tierra firme. No apartó la vista del centinela, que se acercó al vehículo y luego le hizo una seña a Logan con el arma para que saliera.

Logan obedeció y recibió las mismas órdenes de tumbarse.

Logan y Jake estuvieron en el suelo un par de minutos antes de que llegaran varios guardias más.

—Levántese —dijo el primer guardia, haciendo un gesto ascendente con el fusil.

Jake se puso de pie y miró a Logan, que también se había levantado.

Una guardia cacheó a Jake y luego se apartó de él. —Está desarmado.

Un guardia dijo: —Este también.

—Todo despejado —dijo el centinela original.

—Gracias, Lyman. —Un hombre fornido salió de detrás de la garita. Al igual que los otros guardias, llevaba pantalones y camisa de algodón, pero ahí acababan las similitudes. Tenía un rostro fuerte pero curtido, y sus ojos eran tranquilizadores en lugar de amenazantes. Así que, a pesar de su tamaño, este hombre parecía mucho menos intimidante—. ¿Por qué están aquí?

—Hemos venido a hablar —dijo Jake—. No somos una amenaza.

El hombre enarcó una ceja. —Ah, ya veo. Son buenas noticias para ustedes. Porque, como pueden ver, no nos permitimos ser vulnerables.

Jake examinó a los guardias armados. —Sí. Y no somos estúpidos. Solo he venido a asegurarme de que todo estaba bien con alguien que conocí de aquí.

—¿Alguien de aquí? —El hombre dio varios pasos hacia delante —. ¿Alguien del Núcleo?

Jake asintió. —Un interés amistoso. Solo quiero comprobar que está a salvo.

—¿Por qué iba a estar en peligro algún miembro de esta comunidad?

Más bien una secta, pensó Jake. *Y ningún miembro de ninguna secta está a salvo.* —Estoy seguro de que es así. Aunque me gusta cerciorarme. Se llama Celestia.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par. Su sonrisa se desvaneció. Parecía visiblemente afectado. —¿Celestia?

Jake asintió.

—Soy Merithew. Soy el líder aquí. También soy el padre de Celestia. Y, como padre protector, me pregunto qué hace un hombre

de su edad aquí, preguntando por una chica joven. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la izquierda de Jake.

Oyó a Logan jadear. —¡Eh, tranquilo!

Jake se giró y vio que un guardia había colocado la boca del fusil contra la nuca de su amigo. Jake se encaró con Merithew. —No hay necesidad de…

—¿Presume usted de saber lo que es necesario aquí? —Merithew avanzó—. ¿En un lugar como este? —Levantó las manos para señalar a su alrededor—. ¿Entiende cuántos lobos aúllan a nuestras puertas?

—A esos lobos los mantienen bien alimentados, por lo que veo. No creo que tengan nada que temer.

Merithew rodeó la barrera. —Ah, ¿así que *sí* que presume de saber?

—No presumo de nada. Simplemente quiero comprobar que su hija está a salvo. Matarme a mí o a mi amigo no les servirá de nada.

Merithew volvió a asentir a su guardia.

—De rodillas, gordo —dijo el guardia—. No quiero que me salpique la sangre en la cara.

—Que te jodan.

El guardia golpeó a Logan en la espalda con la culata del fusil y el camionero cayó de rodillas.

—Te voy a meter eso por el culo —dijo Logan.

El guardia sonrió y volvió a presionar la boca del cañón contra la nuca de Logan.

—Esto es un error —dijo Jake—. Le pido, le ruego que no lo haga. Somos inofensivos. ¡De verdad que no tiene ningún sentido!

Merithew levantó el dedo índice en el aire y lo mantuvo ahí, indicando a su guardia que no disparara. Por ahora. —Dos intrusos subieron la colina; solo uno regresa. Por favor, dígame cómo eso no tiene sentido.

—Lo único que consigue es convertirlos en monstruos.

—¡Ja! ¿Y cómo cree que nos ven ya? ¿Como corderos? ¿Cree que es malo que nos vean como monstruos?

—Sí, porque para ellos nunca acaba bien.

Merithew se echó a reír. —El Núcleo se ha mantenido firme durante casi dos siglos, y llega usted de paseo, pidiéndonos que seamos más amables y pacíficos.

—De acuerdo —dijo Jake, mirando fijamente el dedo levantado de Merithew, deseando que se quedara ahí—. Ya ha dejado clara su postura. Le tememos, y el miedo les da seguridad. Ahora, por favor.

—¿Hay alguna posibilidad de que le diga a su animal que se retire? —preguntó Logan—. Me está dando tortícolis.

Cállate, Logan, pensó Jake.

Merithew se miró su propio dedo levantado. —No, creo que esto es lo mejor. El mensaje siempre es lo más importante.

Jake se dio cuenta de que estar a la defensiva no funcionaba y de que se le estaba acabando el tiempo, así que pasó a la ofensiva. —Uno nunca puede estar completamente a salvo en estas circunstancias. La historia le demostrará que la amenaza no solo viene de fuera de un reino cimentado en el miedo; también viene de dentro. Muestre piedad a su propia gente y su comunidad será más fuerte.

—Su amigo se enfrenta al final de su vida a punta de una de mis pistolas, ¿y usted pretende cuestionar mi liderazgo? —Se rio—. ¿Sabe su amigo lo poco que valora usted su vida?

A Jake le martilleaba el corazón mientras observaba el dedo de Merithew. Qué poder. El más mínimo movimiento y una vida se apagaría. —Valoro la vida, y mucho. Pero me arriesgo a pensar que un hombre que preside una comunidad que ha tenido que luchar por su existencia durante siglos también la valora.

Merithew miró a Logan. Tenía la cabeza gacha y no paraba de maldecir a su agresor, sin contribuir en absoluto a mejorar la situación. —Su amigo presenta un argumento interesante —le dijo Merithew a Logan—. Me está pidiendo que rechace nuestro enfoque más tradicional hacia los intrusos. ¿Tiene algo que añadir?

Logan no podía levantar la cabeza para mirar a Merithew porque le apretaban el arma contra el cráneo con mucha fuerza, pero consiguió hablar. —¿Un *que te jodan* serviría?

Merithew volvió a centrarse en Jake y sonrió. —Parece que no posee su don de la palabra.

—Quíteme la pistola de encima y le enseñaré para qué tengo talento —siseó Logan.

Jake reprimió un suspiro. *¡Cállate!*

Merithew le sonrió a Jake. —Por su suerte, estoy disfrutando de nuestra conversación.

—Entonces, déjelo marchar.

—Quizá. Pero primero, volvamos a ese tema del propósito. —Merithew se inclinó para bajar el volumen de su voz—. Dígame, ¿qué hace un hombre de su edad aquí, preguntando por una chica joven?

—No es nada turbio, se lo aseguro. Es solo amistad.

—La amistad entre alguien del Núcleo y alguien que no es del Núcleo es *muy* inapropiada.

—Puede que sí, pero así son las cosas. Simplemente hablamos y nos llevamos bien. No pasó de ahí..., y nunca pasará de ahí. Como padre, puedo entender su preocupación, pero jamás tendría ese tipo de sentimientos por alguien mucho más joven que yo. *Jamás.* Pero sí que me cae bien, y mucho, no le voy a mentir sobre eso.

—Tiene muchas cosas buenas.

—Desde luego.

—¿Cómo se llama?

—Frank Yorke.

—Bueno, Frank Yorke, le extiendo una invitación.

—Se lo agradezco.

—Debería. Sin una invitación, a pesar de sus argumentos en contra, tendría que enfrentarse a las consecuencias.

—¿Significa eso que la invitación se extiende a mi compañero Logan?

—Por supuesto. Pero él esperará en su vehículo mientras usted camina conmigo.

—¿Hacia el Núcleo?

—Solo un corto trecho. En ese tiempo, usted me expondrá sus preocupaciones y yo intentaré aliviarlas. Luego se marchará de aquí y se marchará de Mossbark. ¿Ha quedado claro?

—Si ella está a salvo, me marcharé.

—Bien. Empecemos a caminar.

Mientras Merithew lo guiaba rodeando la barrera, Jake oyó a Logan reírse del guardia. —¿Ya te han vuelto a poner la correa, eh?

Jake reprimió otro suspiro. *Tú solo mantente con vida el tiempo suficiente para llevarme de vuelta, ¿vale?* —¿Podré ver a Celestia? —preguntó Jake.

Merithew juntó las manos a la espalda y sonrió. —Es usted tenaz, ¿verdad? No, por supuesto que no.

—Allí. —Merithew señaló hacia varios vehículos aparcados bajo un grupo de árboles—. Hasta ahí llegaremos. De ida y vuelta.

—Al menos podré decir que he visto el aparcamiento del Núcleo.

—¿A quién? A nadie de fuera de Mossbark le importará. Y ahí es adonde irá usted inmediatamente: fuera de Mossbark.

—Si ella está a salvo, me marcharé.

—Está a salvo, Frank, de verdad. Tiene mi palabra. De todos modos, ¿qué le ha traído a nuestra puerta con tanta preocupación?

—No quiero causarle problemas aquí.

—Si fuera a tener problemas conmigo, los habría tenido mucho antes. Por favor, dígame qué le ha llevado a arriesgar su vida esta mañana.

—Ayer por la tarde, vino a la habitación de mi motel.

—¿Por la tarde?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Yo había salido, estaba bebiendo en el pueblo con Logan. Pero alguien en la habitación de al lado la vio y dijo que parecía angustiada por algo.

—¿A qué hora fue eso exactamente?

Jake se lo dijo.

Merithew desvió la mirada, sumido en sus pensamientos. —Bueno, pues regresó.

—¿Está seguro?

—Sí, porque fui a ver cómo estaba antes de retirarme y estaba durmiendo. —Miró a Jake de hito en hito—. También dormía esta mañana cuando me levanté.

—Qué alivio.

—Sí. Verá, siempre voy a verla, por la mañana y por la noche. Y estaba en la cama, se lo aseguro.

—¿Podría reconsiderar permitirme despedirme de ella antes de marcharme de Mossbark?

—Ya sabe la respuesta a esa pregunta. Por muchas veces que la haga, no cambiará. —Merithew suspiró—. Aunque no me sorprende que haya surgido *esta* volátil situación con usted.

—¿No le sigo?

—Gente como usted es la razón por la que no animamos a los nuestros a pasar tiempo fuera del Núcleo.

—¿Gente como yo?

—Gente a la que le gusta mostrar interés.

—No estoy seguro de que su hija recibiera el mensaje sobre pasar tiempo fuera del Núcleo.

Merithew se detuvo junto a los vehículos. —¡Oh, puede estar seguro de que sí lo recibió! Sin embargo, aunque no animamos a la gente a deambular, tampoco lo *prohibimos*.

Jake se paró y se encaró con Merithew. —Pero como líder, seguro que le gustaría que su hija diera ejemplo, ¿no?

Merithew asintió.

—Ah, ya veo. ¿Por eso optó por hablar a solas en privado?

Merithew evitó la mirada de Jake.

—Ha habido murmullos de descontento, ¿verdad?

Merithew se encontró con los ojos de Jake con una sonrisa. —Perspicaz también. Tenaz y perspicaz.

Jake examinó los vehículos. Un Land Rover viejo y abollado le llamó la atención. Recordaba haberlo visto en algún lugar del pueblo el día anterior, pero no podía recordar dónde exactamente. Entrecerró los ojos y leyó las palabras en la pegatina junto al portón trasero. *Ama a Dios y Él te amará*.

Respiró hondo. Lo había visto fuera de la iglesia del pastor Frederick Alton. *¿Estaba él aquí? ¿Por qué? ¿No rechazaba el Núcleo la religión organizada?*

—Me temo que no tengo nada más que decir. Como su padre, le doy mi palabra de que está a salvo. Y ahora, es hora de marcharse, Frank, y de cumplir su parte del trato.

Jake asintió.

Mientras caminaban de vuelta a la barrera, Jake intentó entablar conversación con Merithew, pero sus respuestas eran siempre cortas y secas. Le costaba apartar de su mente la imagen del vehículo de Frederick, así que su última tanda de preguntas tocó ese tema. —¿Cree usted en Dios, Merithew?

El líder del Núcleo resopló. —No. ¿Por qué lo pregunta?

—A veces, las comunidades como la suya son muy religiosas.

—El Núcleo es diferente, Frank. Creemos en lo que es real, en lo que es tangible. Decidimos no optar por la fantasía.

—Algunos dirían que esa fantasía, como usted la llama, trae paz, cohesión y bondad a un lugar como el suyo.

—Algunos podrían argumentar lo contrario.

—Entonces, ¿en qué *creen* aquí, Merithew?

—En nosotros mismos. En el Núcleo.

—Pero ¿eso trae la felicidad?

Merithew desvió la mirada. —Bueno, seguimos aquí, ¿no? Casi dos siglos después.

Cuando llegaron a la barrera, Jake saludó con la mano a Logan, que estaba sentado al volante con el ceño fruncido; sin duda, porque el mismo guardia seguía apuntándole con un fusil a través de la ventanilla.

Jake se volvió hacia Merithew. —Gracias por hablar conmigo.

—No tiene por qué darme las gracias. Limítese a marcharse. Ha tenido suerte hoy. La próxima vez no la tendrá. —Asintió y se dio la vuelta.

Lyman, el centinela que lo había recibido al principio, lo acompañó hasta la puerta de la camioneta.

El corazón de Merithew martilleaba en su pecho. Esperar a que sus visitas bajaran la colina en coche fue doloroso. Pero esperó. No podía arriesgarse a que ese idiota se diera la vuelta en su ausencia.

Una vez que estuvo seguro de haberse librado de Frank, se dio la vuelta y echó a correr hacia el Focus. Merithew había visto a Celestia en su cama a la misma hora en que Frank afirmaba que estaba en Brady Crossing. ¿Cómo era posible?

Anoche…, esta mañana…, ¡la vi!

Con los pulmones ardiéndole, avanzó a grandes zancadas por el bosque.

Pero ¿la vi de verdad? La silueta de su cuerpo en la cama, sí, pero ¿su cara?

Esquivó a la carrera las trampas de su perímetro. Se enganchó un pie en una rama rota, lanzó el otro hacia delante con una acrobacia y se agachó para no caerse.

¿Debería haberle besado la frente? ¿Asegurarse? *Pero tienes el sueño tan ligero, mi pequeña bellota…*

Salió del bosque de golpe detrás de dos cabañas de madera. Una pertenecía a Gillie. Cómo le vendría bien en ese momento esa mano tranquilizadora en su hombro. Al pasar junto a su jardín, se percató de su ausencia y luego serpenteó entre varias cabañas más. El inquietante silencio de un lugar que normalmente bullía de actividad a esa hora era peculiar.

Antes de llegar a la puerta de su cabaña, se preparó para la posibilidad de que ella no estuviera allí, y de que no lo hubiera estado ni esa mañana ni la tarde anterior. ¿Por qué no se había dado cuenta antes?

Ahora veía con claridad en su mente la imagen de ella tumbada de espaldas a él, abrigada con un edredón y un gorro de lana; una imagen que era *idéntica* en sus dos visitas. *Debería haberme acercado. ¡Por el alma de Althea, debería haberme acercado!*

Alargó la mano hacia el pomo, pero se sorprendió al encontrar la puerta entreabierta. Más que preocupación, sintió un instante de alivio. ¿Estaba en casa? ¿Había cerrado la puerta de un portazo con sus prisas habituales y luego no había comprobado si estaba bien cerrada?

Entró en la cabaña, recorrió con la mirada el salón vacío y corrió hacia la puerta del dormitorio de Celestia. *Por favor, que me equivoque.* Entró en la habitación.

Ella estaba tumbada de espaldas a él, en la misma postura.

Le arrancó el edredón de encima y vio que la silueta del cuerpo estaba hecha con almohadas y cojines. El gorro de lana estaba puesto sobre un peluche grande, ladeado con cuidado para dar la impresión de que era una cabeza.

—¡No! —Tiró el edredón—. ¡No! —Esparció las almohadas y los cojines de la cama—. ¡Celestia! —Agarró el peluche y echó el brazo hacia atrás para lanzarlo.

—¿Merithew?

Se quedó helado.

Esa voz infernal.

—Merithew…, ha pasado algo.

Sujetando el peluche con fuerza, Merithew se giró, gruñendo. —¿Dónde está Celestia?

Griffin estaba en el umbral. —Tiene que venir conmigo.

10

—Para ser un hombre al que le acaban de apuntar a la cabeza con una pistola, pareces bastante tranquilo —dijo Jake.

—¿Crees que es la primera vez que me pasa? —preguntó Logan.

Jake miró a su conductor.

—Ni de coña. De hecho, apuesto a que ya has perdido la cuenta.

—Sí. Y eso te curte la piel. De todos modos, no te hagas el tonto; a ti también te ha pasado antes, Frank.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tienes la piel más gruesa que la corteza de un árbol...

—¡Logan!

Se comieron un bache con fuerza. La camioneta hizo un ruido como si se hubiera partido en dos, mientras Jake sentía que el asiento desaparecía momentáneamente de debajo de él y su cabeza chocaba contra el techo.

Logan luchaba por enderezar el vehículo, y Jake vio cómo los escasos metros de tierra que los separaban del precipicio desaparecían rápidamente. Sintió un latigazo de miedo en el estómago y cerró los ojos.

Cuando los abrió, Logan había recuperado el control.

—Ni se te ocurra aullar como un puto lobo —dijo Jake.

Logan sonrió.

—¡A lo mejor tu piel no es tan dura, después de todo!

—Todos tenemos debilidades. Repasaría las tuyas, pero la lista es larga y necesito que no quites los ojos de la carretera.

Mientras se acercaban al pie de la colina, Logan dijo:

—Entonces, ¿le creíste?

—¡Es el líder de una secta!

—Y eso, ¿en qué lugar te deja?

—Bueno, *creo* que la quiere. Eso está claro. Así que, si él no está preocupado, quizá yo tampoco debería estarlo.

—Bien.

Jake negó con la cabeza.

—Nah... de nada sirve. Sigo jodidamente preocupado. Veré si aparece para reunirse conmigo esta tarde.

—Creía que nos íbamos.

Jake lo miró.

—Y nos iremos. Esta tarde. Después de que hable con ella.

—¿Y mientras tanto?

—Ve a darle las gracias a Cindy por usar su camioneta.

—No estoy seguro de que le haga mucha gracia cuando vea el estado de la suspensión.

—Seguro que un galán como tú sabrá cómo camelársela. Puedes dejarme en la iglesia.

—¿No sabía que eras religioso?

—No lo soy. De hecho, me fío aún menos de la Comunidad Bíblica de Mossbark que de Merithew y su maldito Núcleo.

Jake leyó el letrero en el jardín delantero: *La Comunidad Bíblica de Mossbark*. Levantó la vista y examinó la decrépita estructura. ¿Cómo estaba relacionado el pastor Frederick Deering con el Núcleo? Esta iglesia era el único lugar, aparte de la tienda de Hardy, que no se había beneficiado de la generosa inyección de dinero de la secta.

Recordando la afirmación de Frederick de que la puerta de la iglesia siempre estaba abierta, Jake la probó.

Estaba cerrada con llave.

Casi seguro de que Frederick estaba en las colinas, llamó y retrocedió varios pasos hasta quedar junto a los brotes de unos árboles nuevos marcados con placas grabadas. Cuando estuvo seguro de que el lugar estaba desocupado, se planteó la mejor manera de entrar. Pero, aparte de romper un cristal y meterse en más líos, no parecía haber ninguna.

Jake rodeó el edificio por la parte de atrás y encontró un llamativo jardín plantado con flora de color rojo sangre. Justo delante, detrás del jardín, se alzaba un pequeño bungaló de ladrillo rojo. Jake supuso que aquella era la rectoría a la que Frederick se había referido. Era modesta y no podía medir más de cincuenta metros cuadrados. La rodeaba una valla de mimbre blanca, con una cancela en el centro.

Jake atravesó la cancela y se dirigió a la puerta principal. Como antes, llamó por pura fórmula, sabiendo que no habría respuesta. Se deslizó por la pared y, protegiéndose los ojos del resplandor, pegó la cara al cristal. Tras el aspecto empobrecido de la iglesia y el tamaño decepcionante de la rectoría, a Jake le sorprendió bastante ver una habitación equipada como un museo caro, con vasijas y estatuas de aspecto indígena, puntas de flecha de piedra talladas a mano y pinturas rudimentarias de actividades tribales, que seguramente estaban coloreadas con la tinta de plantas y frutos. Había incluso un caparazón de tortuga grabado.

—Así que no solo sigue en la ciudad, señor Yorke, sino que continúa causando problemas.

Jake se apartó de la ventana y vio en el reflejo al diminuto sheriff Gordon Kane, y a su lado estaba el agresor del urinario del bar de la noche anterior, el agente Scott Derby.

—¿Me creería si le dijera que he encontrado a Dios?

—Sí. De hecho, no me sorprendería en absoluto que alguien encontrara a Dios después de una visita improvisada al Núcleo.

—¿El Núcleo, o la manzana podrida? —dijo Jake, dándose la vuelta—. ¿De qué lado de la valla está usted en este asunto, sheriff?

—En todo el medio, señor Yorke. Intento mantener la valla en pie.

—Creo que está empezando a ceder bajo su peso.

Esperaba una reacción de enfado por parte de Gordon: que frunciera el labio superior o un gruñido; como mínimo, una sacudida de cabeza. Pero no hubo nada. Se limitó a rascarse la mejilla, como si una mosca se le hubiera posado allí y estuviera intentando ahuyentarla.

Su compañero, Scott, en cambio... —¿No parece que la cortesía sea lo suyo, verdad?

—Eso es bastante hipócrita, ¿no cree? ¿Ha olvidado la fiesta de bienvenida que me preparó anoche en el baño del bar?

Scott dio un paso adelante.

La mano del sheriff salió disparada para detener a Scott en seco. No cambió ni su expresión facial ni su postura. Fue como ver la lengua de una rana inmóvil saltar para capturar una mosca y quedarse quieta de nuevo tras engullir a su presa.

—Sheriff... —empezó Scott.

—Vuelva al coche.

—Pero...

—Vuelva.

Scott desapareció por un lado de la iglesia, refunfuñando.

—A ese tiene que llevarlo más corto —dijo Jake.

—Joven —dijo Gordon, levantando una mano—. No se crea que es usted nada especial. No es el primero que viene a Mossbark a provocar murmullos de descontento. Ni será el último, se lo aseguro. Aunque he de decir una cosa de usted, joven. En todo el tiempo que llevo aquí, es el único lo bastante estúpido como para adentrarse en esas colinas.

Jake asintió. —En retrospectiva, entiendo que pueda parecerlo.

—Fue una imprudencia. Podría haberles costado la vida a usted y al hombre que lo acompañaba.

—Cierto. Sin embargo, hay otras formas de morir, ¿no es así? Por ejemplo, el pastor al que atropellaron el otro día.

El sheriff suspiró. —Basta ya. Puede que usted tenga buenas intenciones —se dio un golpecito en el pecho—, o al menos crea tenerlas. Lo entiendo. Pero no sabe de verdad dónde está ni a qué se enfrenta.

—¿Quién le ha dicho que subí allí?

—Cuando alguien sube al Núcleo, es como una tormenta eléctrica. Es imposible no ver el relámpago, y le aseguro que es imposible no oír el trueno que viene después.

Jake sonrió. —Eso no es una respuesta, pero bueno, ya es agua pasada. No tiene de qué preocuparse.

El sheriff bufó. —¡Estamos delante de la casa del pastor!

Jake miró a su alrededor. —Pues parece que sí. Tengo una pregunta sobre eso.

—Solo hay un servicio que puedo ofrecerle, y es indicarle el camino más rápido para salir del pueblo.

—Respóndame a una pregunta, sheriff, con suficientes detalles para que merezca la pena escuchar la respuesta, y Logan y yo seguiremos esas indicaciones.

—Tenaz, ¿eh?

—Astuto y perseverante, dijo Merithew. Voy a tener que apuntármelos. No creo que mi personalidad haya despertado tanto interés nunca.

Gordon enarcó una ceja. —La imagen de usted y Merithew conversando... eso sí que hace que se me hiele la sangre.

—No se preocupe. Creo que le caí bien.

—Lo dudo mucho.

Jake se tocó el pecho. —Le juro por mis buenas intenciones que, si me habla del pastor Deering, me iré.

Gordon se encogió de hombros. —Está bien. La verdad es que no hay mucho que contar. Vino hace tres años. Teníamos una iglesia anglicana aquí, pero estaba en las últimas. El cura no era muy popular. Bebía bastante y no se cortaba con algunas de sus opiniones. ¡Siempre apuntaba con todo al Núcleo! Los consideraba unos paganos. Y no tenía reparos en decirlo en sus sermones. No predicaba la tolerancia y la aceptación, desde luego.

—¿No es usted un hombre religioso, sheriff?

Gordon negó con la cabeza. —Para serle sincero, la religión siempre me ha parecido bastante conflictiva.

—¿Y cómo le sentaba al Núcleo la actitud de ese cura?

Gordon volvió a encogerse de hombros. —Ni idea. Parece que es usted quien tiene línea directa con Merithew, no yo. Lo que sí sé es

que las opiniones del cura no eran muy populares entre nuestra gente. El número de feligreses menguó rápidamente.

—Con la cantidad de dinero que el Núcleo inyecta en su pueblo, ¿le sorprende? Estoy seguro de que, si la gente de las colinas lo pidiera, estos de aquí venderían hasta a su abuela.

—Yo de dinero no sé nada.

—Seguro. ¿Qué le pasó a ese cura?

—Se marchó.

—¿Y nunca le pareció extraño?

—La gente se marcha.

—Cierto, ¿pero después de enfadar a una secta poderosa? ¿No le saltó ninguna alarma?

—Bueno, usted está a punto de marcharse, y probablemente también los ha cabreado a ellos.

—¿Sabe adónde fue?

Gordon negó con la cabeza.

—Vale, ¿así que el pastor Frederick Deering aparece de la nada para recoger los pedazos de un pueblo fracturado?

—Tienen un don, ¿verdad?, estos religiosos. Buscan la necesidad. Aquí había una necesidad clara, y el pastor la percibió.

—Habla de ellos como si fueran moscas a la mierda.

Gordon se metió las manos en los bolsillos y negó con la cabeza. —¡Vaya vocabulario! Menos mal que no soy religioso.

—Todos somos religiosos, sheriff. Todos creemos en algo, y a todos nos mueve algo. En su caso, es mantener la paz, el statu quo.

—¿Y usted, señor Yorke? ¿Cuál es su religión?

—Espero que el hecho de que esté yo aquí hoy, haciendo estas preguntas, le dé alguna pista.

—Oh, sí que me la da. El problema es que, como todos bien sabemos, la religión hace que maten a la gente.

—¿Es una amenaza?

El sheriff negó con la cabeza. —No. Y usted sabe que no lo es. Yo no soy así. Quiero que se vaya para que pueda vivir.

—Entonces, ¿qué opina de este pastor?

—Y yo que pensaba que ya había respondido a su pregunta.

—Recuerde, me lo cuenta con detalle, y me largo. —Jake se santiguó sobre el pecho.

—Frederick es bueno para Mossbark. Cree en la unidad y en unir a los pueblos. La asistencia a la iglesia ha crecido rápidamente. Creo que ha traído una positividad a Mossbark que llevaba mucho tiempo ausente.

Jake señaló la vieja iglesia. —¿Viendo el estado de eso, debo suponer que el Núcleo no apoya mucho a la Comunidad Bíblica?

—El Núcleo no cree en la religión organizada.

—Sin embargo —Jake señaló la casa parroquial—, ¿ha mirado por esa ventana? ¡Es como un museo! Es evidente que alguien apoya los gustos caros de Frederick.

—No hay nada que sugiera que no fuera el propio dinero de Frederick.

—¿Así que viene de familia adinerada?

—Bueno... —Gordon se rascó la barbilla—. Venía de Redland, que es un lugar pequeño y bastante pobre, así que yo habría supuesto que no. Pero la gente tiene un pasado... un pasado del que yo no estoy al corriente.

—¿O podría ser simplemente que el Núcleo alimentaba al pastor para mantener al pueblo en paz con su existencia?

—Está usted sonando muy descabellado...

—¡Descabellado! Ahora mismo podría llamar a alguien a mi ciudad, sheriff, y contarle todo sobre el Núcleo y su pueblecito rico. ¿Cómo cree que responderían? ¡Con esas mismas palabras! Entiendo su situación, y entiendo que cuanto más calme todo, mejor, pero respóndame con sinceridad: ¿podría el pastor Deering estar conectado con el Núcleo?

El sheriff negó con la cabeza. —Sinceramente, no lo sé. Pero sé una cosa, y quiero que escuche con atención lo último que voy a decir al respecto. Mossbark es un buen lugar. Su gente es decente, relativamente feliz, y hay muy poca delincuencia. Esto no siempre ha sido así aquí. Así que, si el pastor Deering tiene dinero de una fuente desconocida, no voy a ponerme a cuestionarlo. Y ahora, Frank, le pido, le suplico, que simplemente siga adelante. Le puedo asegurar que la gente de aquí está a salvo, que la gente del Núcleo, incluida

esa joven de la que se hizo amigo, está a salvo. Es solo su presencia aquí la que está creando un peligro innecesario.

Jake asintió. —Como le he prometido, iré al motel y me marcharé con Logan.

—Gracias.

Jake dejó a Gordon sentado en el banco, con la mirada perdida en la flora. Deseaba con todas sus fuerzas dejar la conversación ahí, pasar página, prepararse para lo que fuera que le ofreciera el nuevo pueblo al que se dirigía e intentar trazar un plan para salir del actual embrollo de su vida, pero no pudo evitarlo, así que se dio la vuelta y dijo, lo bastante alto para que Gordon lo oyera a esa distancia: —Si alguna vez le pasa algo a Celestia, os haré responsables a todos. Al Núcleo, a Mossbark y a usted, sheriff.

Gordon siguió mirando la flora, con el rostro ensombrecido por la tristeza. Alzó la mano a modo de despedida, pero no levantó los ojos hacia el torbellino que por fin había accedido a abandonar su pequeño y reservado pueblo.

Mientras Griffin, Lemuel y otros cuatro conducían a Merithew a punta de pistola a través del foco, él buscó un rostro amigo entre la multitud, pero solo encontró terrenos vacíos y las puertas de las cabañas cerradas.

—¿Dónde está Celestia? —preguntó Merithew una vez más.

—Le he asegurado que está a salvo —dijo Griffin.

—¿*Dónde está*? —Apretó el puño.

—Cálmese, Merithew. No pierda la dignidad delante de su gente.

—¿Dónde está toda la gente?

—Saben lo que ha sucedido y se les ha pedido que permanezcan en sus casas. Los ancianos votaron antes, en su ausencia.

—¿Votar qué?

—Se ha reconocido que *su* camino ha fracasado.

Merithew miró hacia atrás mientras caminaba.

Griffin y su hijo Lemuel caminaban en el centro, mientras que los amigos de Lemuel se extendían a ambos lados.

—Mire al frente —dijo Griffin, sonriendo.

—¿Y cree que las cosas no se desmoronarán bajo *su* reinado, Griffin?

—El respeto que me he ganado me permitirá reconstruir lo que usted ha destruido.

—¡Respeto! Su respeto no es más que miedo. Mire la cara de su hijo. —Merithew volvió a mirar hacia atrás.

Lemuel parecía avergonzado y bajó su rostro maltrecho.

Griffin resopló. —Y mire a su hija. Mire lo que ha hecho la falta de respeto, o de miedo, si así quiere llamarlo. La ha destruido a ella, lo ha destruido a usted, y habría destruido el Núcleo de no haberle puesto freno.

—¿Dónde está ella?

—Está a salvo. Ella es parte del futuro. Usted, Merithew, no. Y nuestra primera parada nos mostrará por qué ha fracasado en verdad. —Giró a la izquierda, encaró una gran estructura de madera con una cruz en el tejado y la señaló—. Hamlin, contempla lo que ha hecho tu descendiente. —Escupió en el jardín que Gillie había dispuesto frente a la iglesia—. Althea, contempla lo que ha hecho tu descendiente.

Merithew sintió la culata de un rifle en la espalda y cayó de rodillas.

—Merithew, este es su legado, todo lo que nuestros antepasados decidieron rechazar.

—Es usted un necio, Griffin. No podemos permitirnos estar separados del mundo para siempre. No tenemos suficiente gente. No tenemos suficiente seguridad. Esta es la *única* manera de preservar nuestro futuro. Los ancianos lo saben.

—¿Los mismos ancianos que votaron en su contra?

La puerta se abrió y el pastor Frederick Deering se dirigió hacia él, rebosante de orgullo y determinación. ¿Por qué no estaba él también de rodillas, desesperado por preservar lo que estaba a punto de caer? Frederick se detuvo junto al jardín y saludó a Merithew con un gesto de cabeza.

El cabrón sabía lo que estaba pasando.

—¿Cómo ha podido? —dijo Merithew.

—Le agradezco todo lo que ha hecho. Juntos hemos formado una unión especial. Hemos hecho crecer el Núcleo y hemos empezado a consolidar su estatus en esta parte del mundo. Griffin nunca se lo agradecerá, pero sabe y acepta que debemos continuar por el camino que hemos emprendido. Como líder del Núcleo, aprenderá a aceptarlo. La prosperidad nos aguarda.

—¿De verdad? —dijo Merithew, y se rio—. ¿Confía *en él*?

—Sí. Es en usted en quien no confío. Su hija vino a verme anoche, hablándome de sus atrocidades. Le ha fallado el control. Es hora de que alguien tome el relevo. Puede que Griffin dude sobre lo que estamos construyendo, pero es fuerte.

—¡Está usted delirando! Este hombre que está detrás de mí *no* lo tolerará. No hará los sacrificios que yo he hecho. No es capaz.

—Con el tiempo, cuando usted se haya ido, la Confraternidad Bíblica de Mossbark se convertirá en la Confraternidad Bíblica del Núcleo. Y no solo unificaremos estas tierras, sino también las tierras cercanas y, un día, las tierras lejanas.

—La única certeza después de que yo me haya ido es que usted me seguirá muy pronto.

—Adiós, Merithew. —El pastor se dio la vuelta.

—Mi hija. ¿Le ha hecho daño a Celestia?

—Claro que no. La única persona que le ha hecho daño a Celestia es usted.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué demonios quiere decir?

—Ella lo vio *todo*, Merithew. *Todo.* Y todo se vino abajo. —El pastor se dirigió hacia su iglesia.

Uno de los hombres de Lemuel levantó a Merithew.

Mientras se acercaban a la vivienda, Merithew visualizó, una y otra vez, cómo se volvía contra los seis traidores armados con rifles que iban tras él. En la visualización, siempre salía victorioso y rugía de pie sobre sus cadáveres destrozados, mientras la gente del Núcleo salía de sus casas, jurándole lealtad y alegando el miedo como excusa por su traición temporal.

Por supuesto, nunca puso en práctica este plan; no porque temiera la muerte, pues no la temía y moriría felizmente en combate antes que ser sacrificado como un animal, sino porque necesitaba ver a su hija primero. Necesitaba saber que estaba a salvo y, si lo que Frederick había dicho era cierto, disculparse con ella.

—¿Me trae al corazón de la Althea, a los huesos de Lemuel, al alma del Núcleo, para traicionar a los suyos? Es usted una abominación.

—Es usted quien ha traicionado a los nuestros —dijo Griffin—. Algo que le quedará aún más claro cuando entre en nuestro centro y vea a su hija. Póngase de cara a la puerta y yo le diré cuándo entrar. ¿Lemuel?

—¿Sí, Griffin?

—Coge a Orman y a Vicie. Patrullad el foco y aseguraos de que todo el mundo cumple el cambio de orden. Tanto Oshea como yo nos quedaremos aquí, donde todo empezó… y volverá a empezar.

—Sí, Griffin —dijo Lemuel.

—Abra la puerta —le dijo Griffin a Merithew—, y, después de que entre, se quedará quieto. Le estoy concediendo un último momento con su hija. Agradézcalo. No haga que me arrepienta, o su final no será agradable.

Merithew abrió la puerta de la morada.

El corazón del Núcleo estaba casi como lo había dejado antes —la jaula cubierta, los restos de Hamlin, la muchacha encadenada en la cama—, pero con una diferencia. Había una silla junto a la cama donde Celestia estaba desplomada. Tenía los brazos atados a la espalda. También tenía los tobillos atados a las patas de la silla con una cuerda. Su hija lo miraba fijamente. Pudo ver el odio en sus ojos.

—Lo siento, Celestia, por lo que creíste ver.

—Sé lo que vi.

Se frotó los ojos. Era la única persona que había tenido jamás el poder de hacerlo llorar. Incluso tras la muerte de su amada esposa, se había mantenido impasible. Se volvió hacia Griffin y Oshea, que lo habían seguido a la morada y habían cerrado la puerta tras él. —¿¡Cómo se atreven a atar a mi hija!?

—Tenga por seguro que estará bien —dijo Griffin—. Forma parte de nuestro futuro.

Merithew pensó en el matrimonio concertado de ella con Lemuel. Sintió que cada centímetro de su cuerpo gritaba de desesperación. Le había fallado; al protegerla, en realidad, le había fallado.

Miró de la boca de un fusil a la otra. La rabia era tal que sentía que podría doblar metal con sus propias manos. Cada vez se sentía más tentado a intentarlo.

—¿Cómo has podido, Merithew? —Celestia giró la cabeza de un lado a otro—. ¿Cómo has podido?

—Merece saber la verdad, Merithew.

Le lanzó una mirada furibunda al sonriente Griffin. —Que te jodan por disfrutar de esto. —Se volvió hacia su hija—. Hice lo que había que hacer.

Celestia observó a la joven dormida en la cama. —No es mucho mayor que yo.

Merithew avanzó hacia su hija.

—Alto, Merithew, es suficiente.

—Escuché —dijo Merithew—. Escuché a Frederick cuando quizá no debería haberlo hecho. Me pareció lo correcto. De hecho, *sigue* pareciéndomelo. Celestia, nuestra gente se está extinguiendo. El Núcleo se desmoronará. Hice esto por nuestro futuro. Por ti.

—*¡No digas eso!* —siseó Celestia—. No digas que hiciste esto por mí. Podrías haber dejado que se desmoronara, por mí como si nada. Nunca he querido formar parte de esto. ¿No lo he dejado bastante claro?

—Sí, por supuesto, pero pensé que cambiarías. Pensé que, si era paciente, un día tu inclinación natural a liderar se manifestaría.

—Liderará un día, Merithew. Tiene mi palabra —dijo Griffin—. Con mi hijo a su lado, liderará.

Merithew se abalanzó con fuerza sobre Griffin, apartando su fusil de un empujón.

El traidor se golpeó contra la pared de la morada y el aire se le escapó del cuerpo con un silbido. El fusil se disparó. La bala se incrustó en el contenedor de plástico de Hamlin y destrozó la pelvis del muchacho muerto hacía mucho tiempo.

Merithew le estrelló el codo en la cara a Griffin dos veces y luego se volvió hacia Oshea.

El necio apenas se estaba preparando para disparar.

Merithew cargó, oyó el estallido del fusil al dispararse y sintió el plomo entrar en su caja torácica. Usando su adrenalina, continuó, rápido y concentrado. Rodeó a Oshea, le pasó el brazo por el cuello y le aplicó una llave.

Ya recuperado, Griffin se acercó, sonriendo, mientras la sangre le serpenteaba por la cara. Levantó el arma y apuntó a Merithew y Oshea.

—Le romperé el cuello —dijo Merithew.

Griffin continuó sonriendo.

Merithew dijo: —Dejará que cualquiera muera para conseguir lo que quiere. Así no se lidera.

—Haré lo que haga falta. Si Oshea muere ahora, será por su culpa, no por la mía.

Merithew usó su adrenalina y lo que le quedaba de fuerza para romperle el cuello a Oshea. El joven se deslizó de sus brazos y cayó al suelo, convulsionando.

—Siempre fue usted un buen asesino. —La sonrisa de Griffin se ensanchó tanto que Merithew pudo verle los dientes ennegrecidos.

Merithew se dio una palmada en el pecho. —Adelante. Ya he tenido suficiente de escucharle.

—Por favor, no —dijo Celestia.

Merithew vio a su hija forcejear contra las cuerdas que le ataban las muñecas y los tobillos.

—Ya está acabado —dijo Griffin, señalando con la cabeza el pecho de Merithew.

Merithew bajó la vista y vio la sangre florecer en su camisa de algodón.

—Ahora empieza lo divertido. —Griffin le disparó a Merithew en la rótula.

En su furia, Merithew apenas había notado la bala en su pecho. Esto era diferente. Este era un dolor cegador como ningún otro. Se desplomó en el suelo, gimiendo. Oyó el fusil dispararse de nuevo y

sintió que también le destrozaban la otra pierna. —¡Celestia! —gritó con los dientes apretados—. Celestia… ¡lo siento!

El dolor había llegado a un punto en que su visión daba vueltas y la claridad de pensamiento se le escapaba, pero tenía un punto de enfoque. Tenía a su hija. Miró en su dirección y suplicó: —Perdóname, Celestia.

—Por favor… por favor, Griffin, no le haga daño.

Merithew sintió la mano del cabrón tirarle del pelo. Había mucha sangre, y eso le facilitó al traidor arrastrarlo por el suelo. Merithew observó a su hija mientras Griffin tiraba de él.

Se oyó un estruendo cuando la silla de ella volcó de lado. Permaneció atada a ella y lo miró fijamente, llorando y suplicándole a Griffin que tuviera piedad.

—Perdóname… —intentó de nuevo.

Ella negó con la cabeza. —Griffin… por favor…

Griffin le soltó el pelo y, con un fuerte gruñido, consiguió ponerlo boca abajo. Entonces la mano volvió a encontrar su pelo.

Arrastrado…

Levantado…

Su cabeza golpeó la parte superior de la jaula abierta con un golpe seco. Contempló la masa peluda.

Innumerables caras se giraron y lo miraron. Muchas se irguieron sobre sus patas traseras y alzaron sus hocicos temblorosos y sus afilados dientes rotos.

—Acabad de una vez —siseó dentro de la jaula.

La primera saltó, pero no volvió a bajar.

La sintió colgando de la punta de su nariz.

La segunda rata no logró agarrarse, pero el dolor abrasador, seguido de un sonido de desgarro, indicó que le había destrozado la mejilla.

Había criado a sus mascotas desde que nacieron y ahora deseaba no tener que verlas enloquecer por la avidez de su sangre.

Se le concedió el deseo.

Las dos siguientes lograron alcanzarle los ojos y ya no volvió a ver nada.

11

TRAS DEJAR el motel, Jake se subió a la camioneta de Logan.

Mientras se alejaban del pueblo, Jake saludó con la mano desde el asiento del copiloto a Scott, que estaba de pie junto a su coche patrulla con una sonrisa de suficiencia.

—¿Te puedes creer que esté sonriendo? —preguntó Logan—. ¡El puto mundo en el que vive! Somos nosotros quienes deberíamos sonreír. ¡Nos largamos de aquí! De hecho, ¡yo estoy sonriendo! —Acto seguido, se aseguró de que Jake viera su enorme sonrisa.

A los dos minutos de salir del pueblo, como Jake seguía sin sonreír —ni siquiera había dicho nada, en realidad—, Logan expresó su preocupación. —Estará bien. Lo sabes.

—¿En serio? —dijo Jake, señalando hacia atrás con el pulgar—. ¿En *ese*…, cómo lo has llamado? ¿Puto mundo?

—Sí, pero es la hija del líder. Eso la mantendrá a salvo.

Pero algo que Jake le había dicho a Merithew no dejaba de atormentarlo. *«Uno nunca puede estar totalmente a salvo en estas circunstancias. La historia le demostrará que la amenaza no solo viene de fuera en un reino construido sobre el miedo; también viene de dentro».*

—Cambio de planes —dijo Jake.

Logan arrugó la cara. —¿Qué tiene de malo el plan actual? Ese en el que vamos al pueblo de al lado y nos tomamos una buena copa.

—Ese plan tiene un fallo. Tenemos que ir a Redland.

—¿Qué hay en Redland?

—Una iglesia.

—Nunca me ha dado por confesarme.

Jake sonrió. —No te preocupes, Logan, no hay suficientes horas en el día para que te confieses de todo. Vamos a averiguar quién es en realidad el pastor Frederick Deering. —*O qué es*, pensó.

Redland no estaba lejos de Brady Crossing, pero la proximidad no era precursora de la similitud. Redland era un caos empobrecido. Puede que los lugareños no estuvieran de acuerdo, pero Jake lo consideró algo bueno; le daba la tranquilidad de que aquel lugar no tenía conexión con el núcleo podrido.

Irónicamente, la única iglesia de aquel lugar ruinoso estaba en mucho mejores condiciones que la de Brady Crossing. Esta estructura estaba encalada, con una gran cruz ornamental en su cúspide.

—Yo no pinto nada en una iglesia —dijo Logan.

—No podría estar más de acuerdo. Ve a buscarnos algo para comer.

En la iglesia, ardían muchas velas en la parte delantera, mientras una suave música orquestal sonaba de fondo. Tomó asiento en un banco y esperó.

Diez minutos después, un anciano sacerdote con sotana salió de un confesionario situado en la parte delantera, y poco después, una mujer más joven salió del de al lado. Jake supuso que se había estado confesando.

El sacerdote le hizo un rápido gesto con la cabeza a Jake mientras acompañaba a su invitada a la salida. Luego se sentó a su lado en el banco. Tras los saludos de rigor, y después de mostrar su aceptación con una enfática inclinación de cabeza cuando Jake admitió que no tenía ni un ápice de religiosidad, el sacerdote se ofreció a ayudarlo en todo lo que pudiera.

—¿Se acuerda usted del pastor Frederick Deering? —le preguntó Jake.

El sacerdote volvió a inclinar la cabeza enfáticamente y desvió la mirada, reconsiderando claramente su insensato ofrecimiento de ayuda. —Hacía mucho que no oía ese nombre.

—Entonces, deduzco que no le evoca buenos recuerdos.

—Se fue de aquí por la puerta de atrás. Y dejó a unos cuantos aquí por la puerta de atrás también, si le soy sincero. Ha costado mucho tiempo que esas heridas cicatrizaran.

—No esperaba que esto fuera positivo. ¿Sabe lo que ha estado haciendo en Brady Crossing?

—He oído rumores, historias, pero, ya sabe, ha elegido un camino para intentar hacer el bien. Sería injusto por mi parte cuestionarlo.

—No sé cuándo fue la última vez que lo comprobó, padre, pero se ha desviado de ese camino.

El sacerdote suspiró. —Durante muchos años, Frederick formó parte de esta iglesia. De hecho, forma parte de la historia de nuestra parroquia. Fue uno de mis monaguillos, y un buen chico, además. Siempre albergué la esperanza de que tal vez siguiera mis pasos.

—¿Y se hiciera sacerdote?

—Sí. Pero pronto se hizo evidente que el sacerdocio no era para él. Puedo entenderlo. Quería una familia, hijos. Como la mayoría de la gente, supongo. No somos el lugar más fértil, al igual que algunos de nuestros pueblos vecinos, así que eso tampoco le salió bien. Una noche, me dijo que era estéril. Fue la primera noche que vi un cambio real en Frederick. Poco después, decidió hacerse pastor.

—Debió de molestarle.

—Cualquiera puede hacer el bien, sin importar la etiqueta. Le di el beneficio de la duda, e incluso le di consejos cuando se dispuso a construir su propia iglesia. Y tuvo éxito, durante un tiempo. Consiguió llevarse a varios de los miembros más fieles de mi propia congregación con sus sermones. Frederick es un orador muy potente. Más de lo que yo seré jamás. Otras personas sufrían de infertilidad y los dolores de un pueblo en declive. Él sabía cómo sintonizar con ellos porque sentía la misma agonía.

—¿Qué salió mal con su iglesia?

—No gran cosa, en realidad. Como siempre ocurre con estos movimientos rimbombantes, arden con fuerza, pero luego se consumen rápidamente. Se centró en la unidad y en unir tierras, pero le hablaba a un pueblo que ya había experimentado la unidad bajo el catolicismo. Con el tiempo, consideró oportuno marcharse y buscar un lugar nuevo para sus creencias; uno que *realmente* estuviera desesperado por la unidad.

—¿El condado de Brady, Mossbark?

—Eso sugieren los rumores, pero parece que usted sabe más que yo sobre eso.

—Eso no puede ser todo. Todavía no le he visto sonreír, padre.

—Ojalá esa fuera toda la historia, pero no, por desgracia no. Me temo que la historia se complica con una tragedia. —El sacerdote fijó la vista en la estatua de Cristo—. Tenía una esposa. Una esposa *joven*. Catherine. Inocente. Ingenua. Era muy apreciada. De hecho, muy querida. En parte, fue la verdad de lo que le hizo lo que provocó el colapso de su iglesia.

—No le sigo.

—Tuvo tres hijos.

—Él era estéril.

—Sí, lo era. —El sacerdote apartó la vista de Cristo y se quedó mirando a Jake.

—Entonces, ¿él no fue el padre de los niños?

—No, no lo fue.

Dijo Jake: —¿Tuvo una aventura?

—Hizo que miembros de su congregación engendraran a sus hijos. Tres miembros.

—¿Como inseminación artificial?

—No hubo nada de artificial en ello. La usó como una vasija.

Jake resopló. —¿Y ella consintió?

El sacerdote negó con la cabeza. —Nunca lo dijo, pero sus acciones posteriores sugieren lo contrario. Desde luego, no era feliz.

—¿Acciones posteriores?

—Se suicidó, me temo. Ella y los niños. Intoxicación por monóxido de carbono en su coche.

—Mierda… Perdón.

El sacerdote restó importancia a la palabrota.

—¿*Tres* hijos?

El sacerdote asintió.

—¡Joder! De nuevo… perdón.

El sacerdote suspiró y bajó la vista; no estaba de humor para preocuparse por las formalidades. —Tras sus muertes, la verdad no tardó en salir a la luz. Lo que *él* estaba haciendo. Cómo *había* estado usando a su mujer.

—Repugnante.

—Créame, todo el mundo estuvo de acuerdo. Pero no había pruebas reales de que ella no hubiera consentido, y los hombres implicados, los padres biológicos, nunca admitirían el abuso, así que la ley nunca intervino.

—Así que, en lugar de eso, ¿lo echaron del pueblo?

—Realmente no lo echaron. Se fue sumido en la tristeza. Estaba manso y debilitado por su gran pérdida. A pesar del trato infame que le dio a Catherine, sí que la quería. Estaba destrozado. Por eso me sorprende cómo ha conseguido rehacerse tanto. Los rumores sugieren que ha construido una comunidad fuerte.

—No se crea todo lo que oiga. Eso no es una comunidad, o al menos no una de la que cualquier persona en su sano juicio querría formar parte. —Jake alzó la vista hacia Cristo y luego hacia el confesionario. Pensó en los muchos amigos que había perdido y deseó, por un instante, tener un lugar donde encontrar alivio a su propia gran tristeza. Estudió el suelo y entonces se dio cuenta de que su salvación no estaba en un confesionario ni en un falso Dios, ni tampoco en el proceso de huir. Miró al sacerdote y sonrió. Su salvación residía en un camino diferente—. Pero no se preocupe, padre. Pienso hacer algo al respecto.

Con lágrimas en los ojos, Thaxter arrastró el cuerpo de Merithew por el suelo de la vivienda.

Lemuel sonreía con aire de suficiencia ante la escena del amigo más cercano de Merithew sumido en una profunda tristeza. A pesar de querer al difunto, ahí estaba, deshaciéndose del cuerpo. No existían las lealtades, ¿verdad? En realidad no. Incluso en el Núcleo, la gente siempre se ponía a sí misma en primer lugar. Para protegerse, Thaxter obedecería a Griffin al pie de la letra para hacer desaparecer ese cadáver.

A su espalda, Lemuel oyó llorar a Celestia. La angustia de su futura esposa no borró su sonrisa de suficiencia. Y, cuando vio el estado de Merithew al pasar a su lado, directamente estalló en una carcajada. —Joder. Esos cabroncetes hambrientos se han comido toda su cara.

Se volvió hacia Celestia. Griffin había enderezado la silla antes de irse, y ella se inclinaba hacia delante todo lo que le permitían los brazos, atados a la espalda de la silla. —¿Ahora lloras por él? ¿Por qué? ¡Creía que te daba asco! Además, fue patético verle suplicar.

Celestia negó con la cabeza y, entre esas bocanadas de aire que vienen después de un largo rato de llanto intenso, consiguió decir: —*Era* mi padre… Hizo lo que creía correcto… Él amaba este lugar.

La sonrisa de suficiencia de Lemuel se agudizó; combinaba bien con los muchos otros rasgos afilados que componían su rostro. —Él trajo la religión organizada al Núcleo. —Hizo un gesto hacia la chica dormida—. Nos hizo traer mujeres para violarlas… y luego matarlas. Si eres tan moral como dices ser, Celestia, deberías estar asqueada. Deberías *alegrarte* de que esté muerto.

Ella levantó su cara enrojecida e hinchada. —Que te jodan.

—Muchas ínfulas para ser una niñata.

—¡Sí, animal enfermo! Una niñata. Búscate una mujer.

—¿Una mujer?

A su espalda, Thaxter gruñía mientras se esforzaba por sacar a Merithew por la puerta de la vivienda.

—Sí —dijo Celestia entre espasmos—. ¿Puedes conseguir eso?

La puerta de la vivienda se cerró tras él. Thaxter había conseguido salir con el cuerpo de Merithew.

Lemuel señaló de nuevo a la mujer que había secuestrado. —¿Como esta?

Celestia la miró y luego de nuevo a Lemuel. —No.

—¿Qué tiene de malo Brittany?

—No tiene nada de malo. No te pertenece; no es de aquí. Deberías liberarla. Búscate a alguien más como tú.

—¿Alguien como yo? —Se tocó el pecho—. ¿Cómo sabes que no es como yo? Está dormida y nunca la has visto. —Lemuel inspiró profundamente por la nariz, hinchó el pecho y se acercó a la cama. Se inclinó y acarició la cara de Brittany—. Qué piel tan bonita. —Levantó la vista para pillar a Celestia mirando por el rabillo del ojo y le agradó verla temblar—. Yo la elegí. ¿Lo sabías? —Se inclinó y deslizó la nariz por la frente de ella—. Pero no me permitieron tenerla. Tu padre se encargó de eso. Se la dio a ese mierdecilla de Marston. —Le besó los suaves labios—. ¿Debería tomarla ahora, Celestia? ¿No crees que sería apropiado? —Se dio cuenta de que Celestia negaba con la cabeza, intentando no mirar—. Hay algo en toda esta sangre. —Señaló el rastro en el suelo por donde habían arrastrado a Merithew—. Te pone a tono, ¿sabes? A lo mejor somos como todas esas ratas en la jaula. —Cogió un puñado del pelo de Brittany y lo olió—. Animales. Todos nosotros.

Celestia murmuró súplicas en voz baja para que dejara en paz a Brittany.

—¿Estás celosa? ¿O eres tan ingenua como para pensar que soy repugnante? La muerte nos inspira. Nos da ganas de follar. No hay nada más natural.

Celestia murmuró algo, pero su llanto lo ahogó.

—Eres preciosa, Celestia, pero he de admitir que Brittany lo es más. —Volvió a besar sus suaves labios—. Es *abrumadora,* ¿no crees? —Una de sus manos se deslizó por el cuerpo de ella y le rozó la erección. La dejó ahí, demorándose. Le temblaba la mano mientras el impulso de liberarse de sus pantalones de algodón lo consumía. Pasó la otra mano por el cuerpo de ella, acariciándole los pechos—. Nunca se me ha dado bien el autocontrol. —Gimió al deslizar la mano por debajo de la camisa de ella y hacer rodar sus dedos sobre un pezón. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás—. Griffin te lo podrá confirmar. —Volvió a gemir mientras movía la mano sobre el pecho de ella, con la erección cada vez más hinchada.

Abrió los ojos, enderezó la cabeza y retiró la mano de la camisa—. Pero estoy cambiando. Mi padre estará orgulloso. Tú, mi futura esposa, Celestia, estarás orgullosa. —Sonrió, se arrodilló, se subió la pernera del pantalón de algodón, se desenganchó el cuchillo de caza de la pantorrilla y se puso en pie—. Ahora puedo controlarme. No seré como esas ratas en la jaula. —Oyó la súplica de Celestia de nuevo—. Yo no debo estar con ella, Celestia. Debo estar contigo. Brittany no pertenece a este lugar. *Nunca* ha pertenecido a este lugar. Eso fue cosa de tu padre, y ahora las cosas están a punto de cambiar. Creceremos ahora *sin* estos contaminantes externos. Erradicaremos la religión organizada. —Acarició el pelo de Brittany y la besó una última vez—. Y erradicaremos los genes que diluyen el Núcleo. —Le rajó el cuello y dio un paso atrás.

—¡*No*! —Celestia intentó liberarse de las cuerdas—. ¡Monstruo…, puto monstruo!

Lemuel observó cómo la sangre burbujeaba en la herida abierta del cuello de la chica moribunda.

Su rostro se contrajo mientras boqueaba en vano en busca de aire.

Lemuel limpió el cuchillo en las sábanas, se arrodilló y se lo volvió a abrochar a la pierna. Se acercó a Celestia, deleitándose con los sonidos de la muerte de Brittany a su espalda y dejando que el dorso de la mano le rozara la erección.

Celestia se puso a gritar.

Lemuel esperó a que se quedara sin aliento y entonces dijo:

—Nadie vendrá a ayudarte, Celestia. La vivienda está ahora bajo el cuidado de Griffin. ¿Crees que alguien por aquí va a cuestionar a Griffin? Las debilidades de tu padre eran evidentes para todos. Mi padre no tiene ninguna.

—¡Su padre es malvado! —siseó Celestia—. Como usted. No hay mayor debilidad.

Lemuel se bajó los pantalones de algodón y se la sacó.

Ella notó el sabor de la bilis, apartó la mirada y tuvo una arcada.

—No hay mejor momento para nuestro comienzo. —Avanzó hasta que su erección quedó a centímetros de la cara de ella.

Ella se echó hacia atrás, aumentando la distancia entre ellos.

—¡*Aléjese* de mí!

Él se acercó más.

—¿No se te ocurre nada más hermoso? Si me demuestras que estás lista, te soltaré. Tómame en tu boca, y entonces podremos empezar.

Estaba tan echada hacia atrás que, si no hubiera estado contra la pared, seguro que se habría caído.

—Le morderé. Se lo juro. Le *jodidamente* morderé.

—Tu aceptación habría sido simplemente una ventaja. —Se apretó contra la cara de ella—. Si hay que enseñarte a estar conmigo, entonces se te enseñará…

La puerta de la vivienda se abrió.

Lemuel retrocedió, maldiciendo, y giró la cabeza.

Nile, uno de sus amigos más cercanos, estaba de pie, examinando la habitación. Si estaba horrorizado por la mujer muerta en la cama o por la desnudez de Lemuel, no lo demostró. Se limitó a decir:

—Griffin te ha enviado a buscar. Es la hora.

Lemuel se subió los pantalones, sin dejar de maldecir. Una vez fuera, la decepción de no haberse satisfecho se disipó rápidamente. Estaban a punto de derribar el vergonzoso legado de Merithew, y ¿qué podría proporcionar mayor satisfacción que eso?

12

EL PASTOR NORMAN FLAGG miraba a la congregación de Trece-Trece desde el Núcleo. Norman no tenía ni idea de qué porcentaje de la solitaria comunidad representaba aquello. Aunque él y Frederick eran asiduos de aquellos viejos bosques, su paso por el interior estaba limitado. No tenían ni idea de cuántos vivían allí realmente.

—Bienvenidos —dijo Norman, paseando su sonrisa entre los que ocupaban los bancos y que habían decidido aceptar la Hermandad de la Biblia en sus vidas—. El Señor os da la bienvenida a todos esta mañana. —Asintió hacia el primer banco, donde se sentaba el hombre que más respetaba en este mundo: el pastor Frederick Deering.

Frederick le devolvió el gesto.

Norman pudo ver el orgullo en los ojos del pastor de más edad y eso le llenó el corazón de alegría.

Trece feligreses no eran muchos, pero trece eran más que cero, que era como había sido hacía muchas lunas, cuando Gillie, el miembro más anciano de la congregación, había traído a algunos de sus parientes una tarde de viento. Gillie era una de las ancianas del Núcleo, así que, gracias a ella, en seguida pudieron echar a andar.

A pesar de sus más de ochenta años, sus palabras habían sido firmes e inquebrantables. —*Fui yo quien emitió el voto decisivo para que estuvierais aquí.* —Había extendido sus frágiles brazos para

señalar el viejo granero que habían cedido a los pastores—. *Esta puede ser vuestra iglesia. Llegáis a una comunidad fracturada. Muchos aquí no estarían de acuerdo conmigo y considerarían vuestra presencia abominable, pero sus costumbres ya no son las correctas. Nos enseñan los dientes, luchan y derraman sangre, ¿y con qué fin? Para aislarnos aún más. Merithew lo entiende, por eso estáis aquí. Escuché cada una de vuestras palabras, pastor Deering, pastor Banks y pastor Flagg. Buscamos amar a nuestro Dios y a nuestros vecinos colaborando con otros para lograr una ciudad próspera y un buen lugar para que todos vivan.*

—Jeremías veintinueve, siete —había dicho Frederick con un asentimiento.

—¿Cree usted en lo que predica?

—No somos hipócritas.

—Bien —había dicho Gillie, y entonces condujo a su gente por el pasillo por primera vez.

Ahora, en aquel día, Norman estaba muy agradecido de estar vivo y de formar parte del gran cambio en esa tierra. Desde los once años había sentido la llamada y había deseado apasionada, *desesperadamente*, unificar a todos los que pudiera con sus creencias. Sí, el proceso había estado plagado de desafíos —los embarazos forzados, las mujeres sacrificadas y, lo más doloroso, la pérdida de su querido amigo Alton—, pero el cambio, cuando era tan abundante y maravilloso, siempre tenía un precio.

Construir una congregación de trece personas en un lugar que tradicional y vehementemente rechazaba a Dios sería un logro de lo más envidiable para sus homólogos y, aquel día, mientras dirigía el servicio, se sentía como siempre: imponente tras aquel púlpito. —Acompañadme en la oración...

Las dos puertas del granero se abrieron y la luz del sol entró a raudales.

Norman se protegió los ojos del repentino resplandor mientras dos figuras recortadas a contraluz entraban con paso decidido. Respiró hondo.

Griffin y Lemuel, dos hombres que habían luchado contra la existencia de la iglesia desde su concepción, llevaban rifles apoyados

en los hombros.

Norman se encogió tras el púlpito, con aquel orgullo de hacía un momento convertido en un recuerdo lejano.

Frederick se levantó, se acercó al extremo de su banco, salió al pasillo y se giró.

Norman observó con envidia cómo su pastor principal demostraba una confianza con la que él nunca podría soñar competir.

—Griffin, Lemuel —dijo Frederick con los brazos abiertos—. Estábamos a punto de empezar. ¿Quieren unirse a nosotros?

Griffin miró a su hijo, que estaba a su derecha y que parecía no saber cómo responder, así que se limitó a sonreír con suficiencia. Luego, el hombre alto e intimidante del largo pelo rojo miró a Frederick con el ceño fruncido y estalló en carcajadas.

Norman no podía ver la expresión de Frederick, pero no le sorprendió en absoluto ver al experimentado pastor avanzar por el pasillo hacia los visitantes. Frederick a menudo hablaba del conflicto como una parte necesaria de la unificación. No creía en responder al conflicto con conflicto, pero sí creía en *afrontar* el conflicto, porque creía que su supresión era la antítesis del cambio.

Cuando Frederick se encontraba a un metro de los dos intrusos, se detuvo.

Norman dudaba que tuviera miedo; simplemente no era un suicida.

—¿Qué podemos hacer por ustedes, Griffin?

Griffin dejó de reír y se centró de nuevo en Lemuel, que se limitó a sonreír con nerviosismo. Griffin volvió a mirar. —Creo que ya han hecho bastante por nosotros.

—No le sigo...

—*He dicho* —se acercó al pastor, acortando la distancia— que ya han hecho bastante por nosotros, pastor.

—De nuevo, Griffin, no le sigo. Tenemos un acuerdo, ¿no es así?

—Ah, sí, eso. —Griffin se apartó el largo pelo rojo de los ojos—. Mi trato con Dios. Mi primer y único trato con Dios. ¿No sospechaba que flaquearía?

—Todos flaqueamos de vez en cuando...

—¡Todos flaqueamos de vez en cuando! —Griffin se apartó de Frederick con las manos en alto, una de las cuales todavía sostenía el rifle—. ¡El pastor dice que todos flaqueamos de vez en cuando! —Griffin se quedó de espaldas a Frederick.

Norman recorrió la congregación con la mirada. Aparte de Gillie, que permanecía de pie con expresión severa, la mayoría estaban sentados con el rostro pálido.

—Yo nunca flaqueé —dijo Griffin, de espaldas a todos.

—Lo entendemos —dijo Frederick—. Es usted un hombre de convicciones. Todos apreciamos...

—Yo... —Griffin se giró. Sus ojos estaban desorbitados—. *Nunca* flaqueé.

Norman esperó a que Frederick respondiera. Sin duda, este afrontaría el conflicto de cara y con sensatez. Pero el tiempo avanzaba en silencio y Norman sintió cómo crecía en su interior un sordo temor. Si habían acallado al gran Frederick, ¿qué esperanza les quedaba a los demás?

Griffin le hincó un dedo a Frederick en el pecho. —Debería haber escuchado a Merithew. Le dijo que yo no haría los sacrificios que él ha hecho, y tenía razón. Yo no soy débil. Y ya es hora de que usted y su pandilla de alegres compadres dejen de jugar a las casitas en nuestra tierra...

—¡Griffin! —exclamó Gillie.

Griffin sonrió. —Me preguntaba cuánto tardarías en abrir el pico.

—Poco. Muy poco. Y ya sabes que cuando yo hablo, Griffin, tú te pones firme.

Griffin la fulminó con la mirada. —¿Ah, sí? ¡Ya no soy un niño, Gillie!

Gillie chasqueó la lengua. —Oh, claro que lo eres. Eres el mismo matoncillo engreído y enfadado al que no podía quitarle ojo de encima hace tantos años.

Griffin se rio. —Te recuerdo como una vieja bruja malhumorada, y supongo que sigues siendo la misma vieja bruja malhumorada.

—Sabía que fuiste tú quien mató las gallinas de Margaret cuando tenías diez años. Y sabía que fuiste tú quien llevó al pequeño Cleon a aquella trampa para osos un año después.

Griffin apartó la mirada, delatando cierta culpa.

—Siete años tenía y perdió la pierna. ¿Te reíste entonces, como te ríes ahora?

—La edad y la desesperación te hacen delirar, Gillie. ¿Por qué no dijiste nada entonces si estabas tan convencida de que había sido yo?

—Quería a tus padres. Eran buena gente. Habría sido demasiado doloroso para ellos perderte.

—¡Que querías a mis padres! ¿En serio? No es que fueran fáciles de querer.

—Para ti. Es difícil querer con tanta rabia dentro.

Griffin entrecerró los ojos y se mordisqueó el labio inferior. —No he venido hoy a la iglesia a tener esta conversación, anciana. Además, no respeto nada de lo que sale de tu boca. Has sido parte de lo que ha estado pasando en este viejo granero. Por cierto, ¿sabías lo que vuestro querido Merithew ha estado haciendo en la morada? —se golpeó el pecho—. Durante los últimos años, ha estado usando a nuestra gente para encontrarle mujeres con las que procrear. ¿Sabías eso?

—Mentiras, Griffin. Cualquier cosa para justificar...

—Ah, y la cosa mejora. Después de que acaba con ellas, se las da de comer a sus monstruítos.

—Paparruchas.

Griffin sonrió. —¿Aprecia Dios ese lenguaje, Gillie? Aunque bueno, los que están en la casa de Dios han estado haciendo cosas mucho peores que decir tacos, ¿verdad, pastor Deering? ¿Qué me dice del asesinato? —Volvió a centrarse en Frederick—. ¿Por qué no le cuenta a su congregación su papel en todo este asunto de mierda?

Frederick no respondió.

—Es la primera vez que lo veo quedarse sin palabras.

A pesar del miedo, Norman decidió que le debía a Frederick ofrecerle algo de apoyo, por patético que fuera. —Solo hemos hecho lo que Dios espera de nosotros.

—Aunque eso fuera verdad, es irrelevante. —Griffin se quitó el rifle del hombro y apuntó con él al pecho de Frederick—. No me

interesa lo que Dios quiere. Nunca me ha interesado y nunca me interesará.

Frederick levantó las manos.

Norman se fijó en que le temblaban; esto era inusual en el párroco principal. La situación se estaba descontrolando.

—¿Dónde está Merithew? —preguntó Gillie.

—¿Es que no lo sabe? —Griffin volvió a mirar a la anciana.

—¿Saber qué?

—¿De verdad? —gruñó Griffin—. ¿Dónde estaba usted esta mañana, anciana?

—Me he levantado tarde y he venido aquí.

—Bueno, pues se ha perdido toda la diversión. Habría pensado que alguien se lo habría dicho ya.

—¿Decirme *qué*?

—Que los ancianos han votado.

—En mi ausencia, no lo han hecho.

—Pues sí lo han hecho. Se consideró apropiado. Votábamos en contra de Merithew y su trato con la religión organizada. Su juicio se habría visto nublado.

Ella soltó una carcajada. —Aquí solo hay una persona con el juicio nublado.

—La votación se llevó a cabo. Se consideró que Merithew no era digno.

—No... —A Gillie se le fue el color de la cara—. No, eso no puede ser.

—Me temo que sí. Lo que nos deja... *aquí*. Así que he venido a darles a todos una opción sencilla.

Norman observó cómo los ojos de Griffin se movían entre los miembros de la congregación. Una pareja de ancianos se agarraba de la mano. Una madre y un padre apretujaban a sus dos hijos pequeños entre ellos.

—Salid de esta iglesia —continuó Griffin—. Dadle la espalda a este falso Dios. Haced lo que nuestros antepasados esperan de vosotros. Entonces, y solo entonces, seréis bienvenidos de nuevo en el Núcleo.

Gillie negó con la cabeza durante todo el discurso de Griffin. No tardó mucho en exponer su conclusión. —Hemos llegado demasiado lejos. No renunciaremos a todo...

—¿De verdad? —preguntó Griffin con una sonrisa.

—Sí. —Gillie recorrió la congregación con la mirada—. No os dejéis intimidar para rechazar lo que habéis encontrado.

—¿Crees que Dios los protegerá? —le preguntó Griffin a Gillie.

Gillie asintió. Volvió a mirar a la congregación. —Recordad cómo era antes. ¿Recordáis lo fracturado que estaba todo? Dios nos protegerá. Manteneos firmes.

Los padres de los dos niños intercambiaron una mirada inquieta y luego abrazaron a sus hijos con más fuerza. La pareja de ancianos se agarró de la mano y asintió al unísono; después, le dedicaron una mirada respetuosa a Gillie.

Griffin asintió. —Condénalos, entonces, Gillie. Esto es cosa tuya y de tu falso Dios. Lemuel, tráete al pastor Deering con nosotros. Lo que ha traído usted aquí tiene un precio, Frederick, y es hora de saldar cuentas.

Lemuel se colocó junto a Frederick y le apuntó con el rifle a un lado de la cabeza. —Adelante, pastor. Siéntase libre de darme una excusa.

—Usted, pastor Flagg —Griffin señaló a Norman—, puede quedarse. Continúe con su sermón. Pídale protección a Dios. Tengo curiosidad por ver si escucha. —Griffin se dio la vuelta y siguió a Lemuel y a Frederick hacia las puertas abiertas del granero.

Con la esperanza de que Griffin los hubiera perdonado a todos, por ahora, Norman se enderezó en el púlpito. Haría lo que se le había ordenado y continuaría con el sermón, no porque tuviera miedo —aunque sin duda lo tenía—, sino porque era lo correcto. Tenía plena fe en que Frederick, afuera, haría entrar en razón a Griffin. En eso destacaba Frederick: en convencer a la gente.

Su repentina confianza se llevó un varapalo al ver la silueta de una tercera persona irrumpir en el brillante haz de luz solar y moverse con rapidez para colocarse junto a los hombres que salían. Norman se aferró al púlpito. Era Nile, uno de los amigos íntimos de Lemuel.

El joven llevaba un bidón de gasolina.

Norman se apartó del púlpito trastabillando, atenazado por las náuseas, cuando Nile arrojó gasolina sobre los bancos del fondo de la iglesia.

Gillie apareció en el pasillo y siguió al grupo de Griffin a un ritmo considerable para alguien de su edad. —Estás traicionando a tu gente. *Traicionas* al Núcleo.

Griffin se giró.

—Tus padres se avergonzarían —dijo Gillie.

Griffin sonrió. —¿Y qué? Siempre se avergonzaron.

—Arderás en el infierno, Griffin.

—Me parece que quien va a arder eres tú, Gillie. Y tus amigos —dijo, y señaló a los otros doce miembros de la congregación reunidos cerca de la parte delantera—. Porque han elegido seguirte a ti.

—Siguieron lo que les dictaba el corazón.

—Supongo que, sin ti, es lo único que les quedará por seguir. —Alzó el fusil y disparó.

La cabeza de ella se sacudió hacia atrás y la sangre salpicó el aire. Cayó al suelo, con la cabeza echada hacia atrás de tal modo que Norman, que ahora hiperventilaba, pudo ver el agujero donde antes había estado su ojo.

Griffin asintió en dirección a la congregación, que ahora se abalanzaba hacia el extremo de las hileras de bancos. —Disfrutad del cielo. —Asintió hacia Norman—. Disfrute del infierno, pastor.

Nile, que había terminado de verter la gasolina, salió a paso ligero con Lemuel y Frederick.

—¡No! —gritó Norman antes de aspirar otra bocanada de aire. Saltó del púlpito. Aterrizó bien, pero, unos metros más allá por el pasillo, resbaló en el charco de sangre que se estaba formando alrededor del cuerpo de Gillie y cayó de bruces al suelo. Desde allí alzó la vista y vio a Griffin dejar caer un mechero encendido.

Varios miembros de la congregación estaban a apenas un metro de Griffin, pero el súbito estallido de los bancos, que prendieron en llamas, los hizo retroceder a toda prisa, cubriéndose la cara.

—¡No! —volvió a gritar Norman—. ¡Por favor! ¡No haga esto!

Pero sus súplicas de piedad fueron en vano con Griffin, quien, ayudado por sus dos compañeros, logró cerrar las grandes puertas y dejar a la congregación a merced de las llamas.

No era solo la iglesia lo que ardía ante los ojos de Frederick. Era su mundo entero, su mayor logro. De rodillas, Frederick observaba impotente cómo Griffin deslizaba la barra de madera por cuatro ganchos que aseguraban las grandes puertas. —Esto es una barbaridad —dijo Frederick cuando sintió la boca del fusil de Lemuel presionar contra su nuca; luego, decidió que era mejor no añadir nada más.

El fuego se extendió rápidamente y la iglesia gimió.

Griffin se acercó y se acuclilló a su lado. —A mí me parece bastante purificador.

Comenzaron los golpes y las grandes puertas vibraron.

—Están intentando salir —dijo Frederick—. ¡Tenga piedad!

—Así está mejor —dijo Griffin, señalando hacia arriba.

Frederick siguió su dedo hasta la cruz del tejado de la iglesia, que desaparecía entre las columnas de humo.

—La verdad es que estropeaba las vistas.

Frederick contempló con incredulidad las puertas palpitantes. La barra de madera resistía, pero cada embestida ensanchaba ligeramente el hueco entre las puertas, liberando una bocanada de humo. Los gritos y chillidos dentro de la iglesia estaban alcanzando niveles frenéticos, y Frederick tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima de los lamentos de muerte. —¿Si piensa matarme, a qué está esperando?

—Estoy esperando a que vea cómo todo se convierte en polvo.

Frederick podía sentir los ojos de Griffin clavados en su cara. A aquel hombre malvado no le interesaba la iglesia en llamas; solo le interesaba observar la reacción de Frederick.

—¿Por qué no llora? —preguntó Griffin.

Frederick no contestó. No tenía una respuesta razonable. No lloraría, sencillamente, porque nunca lo hacía. Sus emociones personales nunca parecían relevantes. El panorama general siempre era mucho más grande que solo él.

—Es usted más duro por dentro que yo —dijo Griffin.

—Ha arruinado algo maravilloso.

La congregación, desesperada en esos momentos finales, se esforzaba contra el interior de las puertas, forzando que el hueco permaneciera abierto. Unas manos se arrastraron fuera de la tumba humeante. Se movían febrilmente, arañando la madera y arañándose entre ellas, implacables en su búsqueda de la tranca. Desde dentro, el corazón del fuego latía, y su resplandor y calor se abrían paso hacia Frederick.

Tosió y se protegió los ojos del calor.

—Volveremos a ser maravillosos, pastor. Maravillosos como nunca. Nadie se atreverá a poner un pie en nuestra tierra de nuevo después de que se enteren de lo de hoy. Nadie.

—Salvo que, ¿quién queda vivo para entregar su mensaje?

Cuando sintió la mano de Griffin en su hombro, Frederick comprendió por qué estaba allí fuera y no dentro de la iglesia en llamas. Él era el mensajero. ¿Qué mejor manera de acabar con la conexión del mundo exterior con el Núcleo que usar al necio que la había iniciado? Lo enviarían colina abajo, arrastrándose como una rata, para advertir a los demás de las atrocidades que habían tenido lugar en el Núcleo.

Griffin le apretó el hombro. —Su recompensa por sus acciones en nuestras tierras es la vida miserable que le he permitido conservar. Cuando su congregación de ahí abajo se entere de lo que es, de lo que ha hecho, lo expulsarán de Mossbark. Deambulará como un fracasado, con un Dios que le ha fallado y, pronto, dentro de unos años, nadie recordará su nombre.

Los gritos habían alcanzado niveles agónicos. Los que dentro no habían sucumbido ya al humo, encontraban ahora su fin en el calor y las llamas. Las manos empezaron a desaparecer de los huecos, hasta que solo una quedó colgando y fue aplastada por el peso de las puertas al cerrarse.

El fuego atravesó los costados del granero reconvertido y las llamas lamieron uno de sus lados. El fuerte crujido sugería que el edificio no aguantaría mucho más.

—Lemuel lo acompañará al pueblo. Lo llevará ante el sheriff Gordon Kane, y allí lo confesará todo.

—¿Es eso prudente? Podría decidir acabar con usted él mismo.

Griffin se rio. —El sheriff sabe qué es lo mejor para Mossbark y para el Núcleo. Usará su historia de terror y reconstruirá el miedo que usted pretendía aplastar. Puede que decida expulsarlo del pueblo o deshacerse de usted con una soga al cuello en el calabozo. Cualquiera de las dos opciones me parece bien. —Griffin se puso en pie—. Lemuel, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí, Griffin.

Mientras Lemuel alejaba a Frederick del calor y la furia de la madera en llamas, Frederick alzó la vista al cielo, como había hecho tantas otras veces, y rezó en busca de una solución. Unos metros más allá, cuando la iglesia se derrumbó a sus espaldas con un estruendo, se dio cuenta de que esta vez, por primera vez, en realidad no la había.

13

YA AS hecho más que de sobra con traerme de vuelta a Brady Crossing, Logan, pero ahora quiero que te marches lo más lejos posible de este sitio. —Jake abrió la puerta del camión.

—Podría quedarme aquí a esperar —dijo Logan—. Para cuando tengas que huir para salvar el pellejo.

Jake se bajó del camión y volvió a asomarse, con la mano en la puerta. —No sé cuánto tardaré. No pienso dejar a Celestia aquí, a merced de Dios sabe qué.

—Allá tú.

—Gracias, Logan. Has sido un buen amigo. —Cerró la puerta y le dio una palmada al lateral del camión.

Jake fue directo a la casa parroquial de Frederick y, al ver que de nuevo parecía desocupada, rodeó la propiedad por un lateral. Encontró una ventana, la rompió y metió el brazo para descorrer el cerrojo de la puerta.

Una vez dentro, se armó con un cuchillo de cocina, a pesar de estar seguro de que se encontraba solo. Tenía que conseguir su objetivo y no podía correr ningún riesgo, por pequeño que fuera. Tenía que volver al Núcleo, volver con Celestia, pero acercarse sin más era un suicidio y no liberaría a su amiga de su situación. No, esta parecía su mejor y única opción. Aquí, en la casa parroquial, tenía que haber alguna información sobre el funcionamiento del Núcleo, información que le diera acceso por alguna otra vía. Y si la

información no estaba entre estas paredes, sin duda existiría en la cabeza de Frederick; en cuyo caso, esperaría el regreso del corrupto pastor.

Jake no tardó mucho en registrar las habitaciones del pequeño bungaló. Pronto se detuvo en una estancia que tanto le había intrigado antes, cuando había mirado por la ventana delantera. De nuevo, observó los pergaminos, las plantas prensadas y la cerámica decorada que convertían el salón en un museo, hasta que su mirada se posó en un libro encuadernado en cuero sobre la mesa. Las letras doradas grabadas en la cubierta le hicieron recordar a un pastor que moría en sus brazos mientras se le escapaban las entrañas.

Jeremías 29:7.

Con una piedra de pavor ardiente en el estómago, Jake levantó la cubierta y vio a tres pastores de pie frente a la iglesia de Brady Crossing. Reconoció a Frederick y a Alton, el pastor que había muerto en sus brazos, pero no reconoció al tercero. Tras pasar la página, la piedra de pavor ardiente le subió hasta el pecho. «Jesús». Dejó el libro sobre la mesa y contó las fotografías.

Nueve. Nueve recién nacidos. Ensangrentados y envueltos en pañales.

APOYADO en el capó de su coche, Lemuel observó a Frederick subir los escalones de la oficina del sheriff. Solo podía imaginar las caras de los que estaban dentro cuando el pastor hiciera una confesión completa y luego informara de las recientes atrocidades del Núcleo.

Apenas pasaron veinte minutos antes de que el sheriff Gordon Kane saliera a la puerta.

Se quedó de pie en lo alto de los escalones, se cruzó de brazos y miró fijamente a Lemuel al otro lado de la carretera.

Menuda cara de pocos amigos, sheriff*. ¿Se equivocaba mi padre contigo?* Lemuel hizo ademán de ponerse delante de la camioneta que había aplastado la vida del pastor Alton Banks y acarició la parrilla destrozada. *¿No es la paz más importante que la justicia?*

El sheriff avanzó un paso, se descruzó de brazos y se agarró a la barandilla.

De verdad que te lo estás pensando, ¿eh? Lemuel pensó en el rifle que tenía en el asiento trasero y sonrió. *Podría ser divertido...*

El sheriff asintió una vez, se giró lentamente y regresó a la comisaría.

Para pasar a Frederick por la espada... Sonrió. *Y luego soltarlo o matarlo, porque no tendrás las agallas de presentar cargos contra él, ¿verdad? No le buscarás las cosquillas al Núcleo. Acabas de tener tu oportunidad. He visto la tentación en tu cara, pero no tienes lo que hace falta, ¿a que no? Mi padre tenía tanta razón.*

Lemuel se subió de nuevo a su camioneta. Miró por la ventanilla el resplandor del fuego que se extinguía en lo alto de las colinas y arrancó el motor. Sin embargo, no regresó al Núcleo. Sería una pérdida de tiempo.

La casa de Frederick estaba vacía y sin vigilancia. Su colección valía una pequeña fortuna, y a Lemuel le apetecía recibir una recompensa por un par de días ajetreados, además de por aquella paliza de su padre.

EL LIBRO de Frederick pesaba lo suyo. Jake estaba deseando arrojárselo a la mesa delante del ignorante sheriff. ¡A ver si se atrevía a hacer caso omiso de esto!

Pero Gordon Kane vendría después.

Primero era Celestia.

El otro día, durante el paseo junto a la antigua mina, ella le había dicho que estaba a punto de contraer un matrimonio concertado, un matrimonio que la repugnaba. ¿La obligarían a engendrar otro de esos recién nacidos ensangrentados y envueltos en pañales? ¿Había consentido su padre, Merithew, aquello?

Pensó en su difunto amigo, Peter Sheenan. Aquel hombre había sido un rastreador, uno increíble. Él sí que habría encontrado una

ruta para entrar en el Núcleo; habrían entrado y salido como sombras...

—No te muevas, o estarás muerto antes de que puedas mirarle a los ojos a tu asesino. —No era la voz de Frederick—. La vida tiene una forma curiosa de arreglar las cosas, ¿no crees? Estaba pensando en ponerme en contacto contigo en algún momento.

Jake se levantó del sofá, todavía con el libro en la mano.

—Pensé en entrar por el lateral de la casa. Y vi que alguien se me había adelantado.

Jake intentó girar la cabeza, lentamente, para ver de quién se trataba.

—Tranquilo, bestia. Mi padre y yo también somos animales grandes, pero tú, amigo mío, eres una especie completamente nueva. Quédate quieto o vas a oír este fusil antes de entrar en la gran nada.

—¿Quién demonios eres?

—Centrémonos en ti, Frank. Después de todo, has estado pasando bastante tiempo con alguien muy importante para mí.

—No tengo ni idea de lo que hablas.

—¿Celestia? ¿Crees que la dejamos ir por ahí a su aire sin vigilarla de cerca?

—Es mi amiga.

—Es mi mujer... o futura mujer. Aunque eso a ti no te importa demasiado. Estás a punto de volverte completamente irrelevante.

—¿Eres Lemuel?

—Ah, ¿así que te ha hablado de mí?

Jake detectó orgullo. —Sí. No te emociones. No dijo nada bueno.

—Pero lo suficiente como para convertirme en tema de conversación.

—La repulsión te convirtió en tema de conversación.

Lemuel rio. —Para estar mirando el cañón de mi fusil, tienes un par de cojones.

—No es la primera vez que me apuntan con un arma.

—Te aseguro que esta será la última.

—Ya me han asegurado eso antes. ¿Dónde está Celestia?

—Donde debe estar. Esperando a que vuelva. Su libertad ha expirado.

—¿Y qué tiene que decir su padre al respecto?

—Nada. Él también expiró.

Así que se confirmaba, como solía ocurrir, que los del propio reino se habían vuelto contra su rey. El lugar era un caos. Celestia estaba en serios problemas. —Supongo que es verdad lo que dicen, entonces.

—¿Y qué es lo que dicen?

—Que la manzana está podrida por dentro.

Lemuel resopló. —Lo estaba, pero la curación ha comenzado, forastero, y no es algo que vayas a tener el placer de presenciar.

Jake se dio cuenta de que se le había acabado el tiempo. Era ahora o nunca. —¿Le darías un mensaje a Celestia?

—¿Por qué iba a...?

—Dile que aguante.

—¿Que aguante?

Jake se giró y le lanzó el pesado libro al hombre que tenía detrás. Como había escuchado atentamente su voz, estaba seguro de la ubicación de Lemuel y de que estaba lo bastante cerca como para que funcionara. Jake cayó de rodillas mientras el pesado libro se estrellaba contra la cara de Lemuel y este disparaba el fusil.

Tras haberse agachado lo suficientemente rápido como para esquivar el disparo a la cabeza, Jake se abalanzó hacia delante y rodeó a Lemuel con los brazos. Lemuel era, como él mismo había admitido antes en la conversación, también un hombretón. Había sido una información valiosa para que Jake determinara a qué altura lanzar el libro. También aseguró que el asesino de Alton cayera pesadamente al suelo, lo que le dejó sin aire.

Jake cogió el fusil y lo arrojó detrás de él, luego trepó sobre Lemuel y le asestó un duro golpe en la cara. Le dio de lleno. Los nudillos le ardían, pero el daño a Lemuel sería sin duda mayor. Con confianza, preparó el puño para un segundo golpe, pero parecía que Lemuel era más duro de pelar de lo que aparentaba y consiguió conectar un gancho en la desprotegida barbilla de Jake.

Fue demoledor. Todo se volvió blanco y Jake salió despedido a un lado. *Contrólate, Jake.* Rodó, con la esperanza de poner algo de distancia entre él y su asaltante, que se estaba recuperando.

Se apoyó en los brazos, dio un salto para poner los pies en su sitio, como en un «burpee», y se levantó rápidamente. Miró a su izquierda, hacia Lemuel, que también estaba intentando ponerse en pie. Recordó el momento en que había visto por primera vez a Lemuel al volante de esa camioneta, un segundo antes de que aplastara a Alton Banks. No recordaba que tuviera la cara tan maltrecha. Jake dudaba que acabara de causarle eso con el libro y el puño. Consideró preguntarle quién se lo había hecho, pero decidió que no tenía tiempo para ello, ni tampoco le importaba demasiado. En lugar de eso, miró el fusil que había lanzado detrás de él. Demasiado lejos. Así que, en su lugar, cogió una gran maceta de barro decorada que había en un soporte junto al sofá y se la arrojó a su oponente mientras este se levantaba.

Lemuel la apartó de un manotazo y la maceta se hizo añicos contra una mesa de centro.

Jake cargó contra él, le puso las manos alrededor del cuello y apretó.

La mayoría de los hombres habrían sucumbido a la fuerza de Jake, pero Lemuel no era como la mayoría; era casi tan grande como Jake y posiblemente en mejor forma física. Lemuel agarró las muñecas de Jake y se las quitó de encima.

Jake le estampó la frente en la nariz a Lemuel y los dos hombres se separaron. Lemuel se agarró la cara y gimió, mientras que Jake retrocedía tambaleándose. El respaldo del sofá evitó que se cayera al suelo. Sacudiéndose el mareo, vio a Lemuel arrancar algo de la pared y avanzar de nuevo.

A pocos metros, Jake vio la antigua punta de flecha en la mano de su oponente.

Lemuel avanzó, cortando el aire a izquierda y derecha, obligando a Jake a retroceder más.

Jake se detuvo al borde del sofá.

Lemuel le dio la vuelta a la punta de flecha, de modo que ahora apuntaba hacia abajo, e intentó asestarle un tajo en la cara.

Jake se tiró hacia atrás sobre el sofá.

Los ojos desorbitados del cabrón se posaron en las piernas de Jake, que colgaban sobre el reposabrazos del sofá. Sus intenciones estaban claras.

Jake retiró las piernas de golpe. La punta de flecha se hundió en el reposabrazos. Jake estiró las piernas y le dio de lleno.

Lemuel trastabilló hacia atrás y Jake, impulsado por una oleada de confianza, bajó las piernas del sofá y se puso en pie. Los restos de la maceta rota crujieron bajo sus botas. Se giró para cargar contra el aturdido Lemuel, pero su resistente agresor se había recuperado de nuevo rápidamente y volvía al ataque.

Jake esquivó hacia la izquierda y oyó la punta de flecha cortar el aire junto a su oreja. Dio un paso lateral. Un error. La mesa de centro le barrió las piernas. Se estrelló al otro lado, protegiéndose la cara del suelo de madera con las manos; sin embargo, se quedó sin aire.

Sintió una fuerte presión en la parte baja de la espalda y el aliento de su asaltante en la mejilla.

—Se acabó el juego.

Era una conclusión justa. Aquel idiota corpulento lo tenía inmovilizado en el suelo. Sintió la fría piedra de la punta de flecha en el lado del cuello.

—Por suerte, el buen pastor la ha mantenido afilada. No debería ser muy difícil hacer que corte profundo. Aunque puede que cueste bastante arrancarte la cabeza entera, que es lo que pienso hacer.

—Vete a la mierda. —Jake pataleó mientras intentaba alcanzar algo detrás de él con una mano. Agarró la pata de la mesa de centro, pero no pudo levantarla ni hacer nada útil con ella.

—Voy a regalarle tu cabeza a Celestia como presente de bodas justo antes de la consumación. —Lemuel le apretó la nuca con una mano—. Ahora, estate quieto.

Jake sintió el mordisco de la punta de flecha en el lado del cuello. Hizo una mueca de dolor, forcejeó un poco más y, mientras el dolor le encendía los nervios, su mente se centró en su hijo Frank, de pie, con su camiseta del Southampton FC.

Avanzó para abrazar a su hijo.

14

UNA VEZ que la iglesia quedó reducida a cenizas, Griffin, Nile y varios otros miembros armados del Núcleo fueron puerta por puerta por el Foco para informar a todo el mundo de que se había producido un cambio en el orden.

Como se les había ordenado, todos los residentes habían permanecido en sus casas esa mañana, salvo los feligreses que habían salido al amanecer. Ver el amanecer juntos con un café era un ritual que la congregación celebraba cada semana.

Griffin sabía que su recorrido por el Núcleo no era necesario. Era obvio lo que estaba pasando, ¿y quién iba a cuestionar la nueva situación? A nadie le apetecería hacerle compañía a la alimaña de Merithew. No obstante, Griffin mentiría si no admitiese que se sentía orgulloso de su nuevo y elevado estatus y, como cualquier buen emperador, quería lucir su traje nuevo.

Sin embargo, las caras pálidas y asustadas y los asentimientos erráticos que prometían servidumbre no tardaron en cansarle. Deleitarse en el poder era una cosa, pero el conflicto que conllevaba un desafío repentino no tenía parangón. Nada era tan estimulante.

Cuando quedó claro que nadie presentaría batalla ese día, Griffin despidió a sus otros seguidores de confianza y se quedó solo con la ayuda de Nile. Al fin y al cabo, ningún rey debía estar sin un soldado.

Nile llamó a la puerta de la cabaña y retrocedió, cogiendo el fusil que llevaba colgado al hombro.

Innecesario, pensó Griffin, *pero más vale guardar las apariencias.*

Sumner, uno de los seguidores más leales de Merithew, abrió la puerta. Esta era una promesa de servidumbre de la que disfrutaría.

—Buenos días, Sumner —dijo Griffin, saludando con un gesto de la cabeza.

—Buenos días, Griffin —contestó Sumner, devolviéndole el saludo.

Griffin le informó del cambio en el orden. —Pero supongo que ya lo sabía.

—Sí, lo sabía.

—Bien.

De fondo, Griffin oyó llorar a un bebé. —¿Es esa la bastarda que Merithew le regaló?

—Sí.

—Parece inquieta.

Sumner apartó la vista de Griffin y asintió. —Sí.

Griffin frunció el ceño. —¿Está todo bien, Sumner?

—Sí, por supuesto —asintió él.

—¿Hay alguna razón por la que deba estar tan llorona?

—Ha sido un día problemático.

—¿En qué sentido?

—Perdón, me he expresado mal. No un día problemático, simplemente un día de grandes cambios.

Griffin asintió. —No tiene nada de simple. Pero sí, entiendo lo que quiere decir. A los bebés les inquietan los cambios. Espero que se calme pronto por su bien. Debe de ser una carga tener una hija que no es suya impuesta a la fuerza.

Sumner asintió, pero no respondió.

—¿No le parece?

—Sí —dijo Sumner.

—Es una lástima que nuestra comunidad haya tenido que debilitarse de esta manera. ¿Cuántos niños nos infligieron Merithew y ese forastero, Frederick, en nuestro hogar sagrado, a *nuestra* gente?

—No lo recuerdo.

—Nueve —dijo Nile.

—Nueve niños —repitió Griffin—. Algunos ya con edad suficiente para corretear por nuestras tierras y comerse la comida destinada a nuestra gente. ¿Está de acuerdo?

Sumner volvió a asentir.

—No, en serio, Sumner, por favor. Diga lo que piensa. ¿Qué opina de verdad?

—Opino que cazarán, con el tiempo —dijo Sumner, sin mirarle a los ojos—. Y siguen teniendo sangre del Núcleo en las venas.

—Sangre diluida —dijo Griffin—. Una tragedia aún mayor.

Sumner asintió. Sabía que era mejor no continuar con el debate, por muy comedido que mantuviera su argumento.

—He venido hoy para preguntarle si estaba satisfecho con el cambio de orden y si estaba dispuesto a apoyar el proceso de reconstrucción.

Sumner mantuvo la mirada apartada de la de Griffin. —Por supuesto.

—Comprenderá por qué se lo pregunto.

—No tiene nada de qué preocuparse por nuestra parte.

—Nunca estuve preocupado, Sumner. —No pudo reprimir una sonrisa—. En absoluto, pero debo pedir hablar también con su buena esposa, Corrie, y con su hijo Marston.

—Claro. —Sumner se dio la vuelta. Llamó a Marston y a Corrie a la puerta.

Griffin dedicó una breve mirada al chico de catorce años y recorrió lentamente con los ojos a su madre de arriba abajo. —Corrie, espero que se encuentre bien. No tardaré mucho, ya que sé que está intentando calmar a la bastarda.

—Inez —dijo Corrie.

—Perdón... ¿dice?

—Se llama Inez.

La sonrisa de Griffin se ensanchó; menuda mujer. Asintió. —Bueno, pues espero que consiga calmar pronto a Inez. Iba a disculparme por lo que mi predecesor os infligió a usted y a su

familia, pero supongo, por su tono defensivo, ¿que ha hecho las paces con esa situación?

—Merithew le hizo mucho daño a esta familia, pero Inez no fue una de esas cosas. No ha sido una situación difícil —dijo Corrie.

Griffin observó a Sumner bajar la vista, con el rostro pálido. *¿Te das cuenta de lo que tienes ahí, hombre?* Griffin estudió a Corrie y sintió que se le revolvían las entrañas. *Creo que tendremos que seguir desarrollando esta relación más adelante…* —¡Me alegro de oírlo! —Miró al chico—. Entonces, ¿puedo confiar en ti, Marston, en que apoyarás el proceso de reconstrucción?

El chico, como era de prever, sintió el peso de la situación y se estremeció. Consiguió asentir.

Griffin miró a Corrie. —¿Y usted, Corrie? ¿Podemos contar con usted mientras volvemos a como eran las cosas? ¿A como siempre debieron ser?

—Puede.

Griffin la miró a los ojos y entonces, por un instante, vio que el desafío se encendía en su interior. Sabía que no se estaba equivocando, y que tenía todo el derecho a estar allí. Disfrutó de la expresión de Corrie mientras esta le respondía.

Dejó de sonreír. —Ahora, si me disculpan, tengo que irme.

Griffin se dio la vuelta, asintió a Nile e hicieron el corto trayecto de vuelta a la choza de Merithew, su nuevo hogar.

Una vez dentro, Griffin rebuscó en un viejo baúl, sacó una botella de whisky y sirvió dos vasos.

—Ha ido bien —dijo Nile.

Griffin asintió, mientras ambos bebían.

—A la mierda Merithew —dijo Nile.

Griffin le dedicó una sonrisa irónica. —Sí, a la mierda Merithew.

Un soldado llamó a la puerta y luego entró. —Griffin, señor.

—¿Sí?

—Hemos perdido las comunicaciones con la otra cabaña… La que está en el acantilado. ¿Quiere que vayamos a investigar?

Griffin guardó silencio unos instantes. Había enviado a cinco hombres bien armados allí para asegurarse de que Frederick no escapara. Si habían perdido la comunicación…

No, no había forma humana de que el forastero se hubiera fugado. Incluso si se las hubiera arreglado de algún modo para enfrentarse a cinco hombres, ¿adónde iría?

Si escapaba de la cabaña, el Harsh Marsh sería una sentencia de muerte. Ese día, al salir del Núcleo, Griffin se había asegurado de haber quitado todos los marcadores del camino.

Se encogió de hombros. —Debe de ser la radio.

La miró a los ojos. No había miedo en ellos. La agitación se intensificó. Griffin se giró y le dedicó una sonrisa al chico. —He oído que ya es usted un hombre, Marston. —Le puso la mano en el hombro al chico asustado—. ¡Parece que Merithew le ha hecho un favor! Tendré un sitio para hombres como usted cuando vuelva a poner las cosas en orden. —Le sonrió a Corrie—. Adiós. No tardaremos en volver a hablar. —Se dio la vuelta y se marchó; la ligereza de sus pasos, producto de una interacción agradable, lo situó varios metros por delante de Nile.

Fue eso lo que le salvó la vida.

No estaba seguro de dónde había venido el disparo, pero, al oírlo, reaccionó con rapidez. Se agachó, se abalanzó hacia delante y se ocultó tras un muro de piedra que le llegaba a la cintura y rodeaba la propiedad de Sumner. Buscó con la mirada el origen del ataque, pero no vio a nadie.

El gemido a su espalda le indicó que habían herido a Nile.

Vio a su soldado retorciéndose en el suelo. Echó un vistazo al umbral por el que acababa de salir.

Corrie y Sumner forcejeaban con Marston para tumbarlo en el suelo del pasillo.

Griffin se puso en pie y se acercó a Nile mientras la sangre formaba un charco a su alrededor.

—La espalda…

—Esté quieto —dijo Griffin—. Ya viene la ayuda. —Alzó la vista y vio a los soldados que había despedido minutos antes corriendo hacia donde él estaba. Griffin cogió el fusil de Nile del suelo y volvió a mirar hacia la entrada de la casa.

Corrie estaba ahora de rodillas, acunando a su hijo, que lloraba.

Sumner estaba de pie, con la pistola con la que Marston le había disparado a Nile. La mantenía apuntando al suelo. —Por favor… Lo siento… —le dijo Sumner a Griffin—. No piensa con claridad.

Griffin miró a Marston, inconsolable en el abrazo de su madre. —¿Por qué ha hecho eso?

—¡Por Merithew! —dijo Corrie, fulminándolo con la mirada—. Por lo que ese monstruo le obligó a hacer al chico.

Entre los lamentos de Inez y Marston, era difícil distinguir lo que decía cada uno, así que Griffin se acercó más. —¿Y por qué me echa la culpa a mí?

Marston intentaba decir algo, pero balbuceaba y sus palabras eran incomprensibles.

—Porque está confuso —dijo Corrie.

—¡Chist! —Griffin se llevó un dedo a los labios—. Estoy escuchando al chico.

—Yo… la… quiero —dijo Marston.

Griffin sonrió.

—La… quiero.

—No sabía que hubiera entablado usted una relación con ella, Marston —dijo Griffin.

—Es un crío —dijo Corrie—. Como ya le he dicho, está confuso.

—¿Pero ni siquiera hablaron?

Corrie miró a su hijo y luego a Griffin. —No, no hablaron.

La sonrisa de Griffin se ensanchó. —Esto no tiene precio. ¡Violó a una chica dormida, se enamoró de ella y encima me echa la culpa a mí! Ya lo he visto todo.

Marston se giró y fulminó a Griffin con la mirada. Tenía los ojos rojos e hinchados. —Usted le hará daño.

—No, hacerle daño no. Alguien ya se encargó de eso mucho antes de que yo me viera envuelto. Sin embargo, sí que consentí su final. Sabía demasiado por culpa de mi predecesor, así que era mejor para todos los implicados que…

Marston, furioso, intentó zafarse de los brazos de su madre, pero ella lo sujetó con fuerza.

Sumner se arrodilló para ayudar, presionando con firmeza las manos en el pecho de su hijo para intentar calmarlo.

—Le ha dado muy fuerte —dijo Griffin, y sonrió.

—Está muerto —dijo a su espalda uno de los hombres de Griffin —. Nile está muerto.

Griffin levantó una mano para acallar a los que estaban detrás de él y contempló a la familia rota.

Sumner levantó la vista hacia él. —Por favor, Griffin. Haced lo que queráis conmigo. *Coged* lo que queráis de mí, pero no le hagáis daño a mi hijo. Está mal. No piensa con claridad.

—Oh, ya lo veo. Pero no os preocupéis, no tengo intención de hacerle daño a Marston. Necesitaremos soldados como él en los días venideros. ¡Considerad esto su audición, y desde luego que la ha aprobado! ¡Lo último que pienso hacer es seguir *mermando* la sangre del Nucleus! —Griffin respiró hondo y miró a su alrededor, chasqueando la lengua—. Sin embargo, por las molestias, sí que me cobraré algo ahora.

—Por supuesto —dijo Sumner—. ¿Qué puedo daros?

Griffin sonrió y enarcó una ceja. Se detuvo a escuchar el llanto de Inez de fondo. Observó, con cierto placer, cómo se agrandaban los ojos de Sumner.

El hombre, tímido, negó con la cabeza. —¿De verdad? ¡No! —Miró a Corrie—. La quiero. Es todo para mí.

—¡Vuestra esposa no, Sumner! —gruñó Griffin—. ¿Por quién me tomáis? Me refiero a la bastarda que llora ahí dentro. Dejad que os la quite de las manos.

Corrie se levantó de junto a su hijo deshecho. —No. Dejadla en paz.

¡Vaya mujer! —Es por su bien, Corrie.

—¿*Por qué*? No la queréis. ¡Os horroriza su existencia!

—Con el tiempo me lo agradeceréis.

—No lo haré. ¡Porque no os la vais a llevar!

—Lo he pedido amablemente, pero ahora me veo en la obligación de insistir.

—No podéis quedaros con ella. —Corrie avanzó, pasando por encima de su hijo para tapar la entrada.

—Corrie —dijo Sumner, poniéndole una mano en el hombro desde atrás—, sé razonable…

—Suéltame. —Apartó el hombro con una sacudida—. Cobarde imbécil. Esto es culpa tuya. Quizá si no hubieras estado tan ansioso por complacer a Merithew, no estaríamos en esta situación.

¡Cobarde! ¡Qué palabras tan apropiadas!

—Pero estamos en esta situación —dijo Corrie, centrándose de nuevo en Griffin—. Y la hemos sobrellevado lo mejor posible, y no os vais a llevar a Inez. Quiero a mi hija.

Griffin miró alternativamente los rostros de la angustiada pareja. —Ese es el precio por el atentado contra mi vida. ¿Preferiríais que fuera Marston?

Ella negó con la cabeza. —Moriré antes de que os los llevéis.

—No hay necesidad de ponerse tan dramática, Corrie.

Ella entornó los ojos.

—Pero debéis entender que no puedo marcharme sin más —dijo Griffin—. ¿Cómo esperáis que socave mi propia autoridad al comienzo de este nuevo orden?

Sumner volvió a cogerla del hombro. —No tenemos otra opción. Tenemos que pensar en Marston…

—Que me sueltes, joder —dijo ella, intentando de nuevo zafarse. Esta vez, no lo consiguió. Sumner estaba empleando algo de fuerza.

¡Sumner, echándole huevos por fin!

Sumner tiró la pistola que le había quitado a su hijo y rodeó a Corrie con fuerza. —Lo siento… Corrie…

Ella se debatió y se retorció en el agarre de su marido. Pateó hacia atrás contra sus espinillas, pero él se mantuvo firme. Su traidor la apartó de un tirón y la arrastró hasta donde yacía el hijo, abatido, hecho un ovillo.

—Haced lo que tengáis que hacer —consiguió decir Sumner mientras contenía la lucha de su esposa.

—Por supuesto —dijo Griffin, cruzando el umbral. Al pasar, el nuevo líder miró de reojo a la mujer inmovilizada, a la que empezaba a admirar más con cada segundo que pasaba. No solo sería útil para el Núcleo en los días venideros, sino que también lo sería para él.

La saliva le espumeaba por la comisura de la boca mientras gritaba. En todo caso, aquello la hacía más atractiva.

Se acercó a la cuna.

La sonora angustia de Corrie había inquietado aún más a Inez.

Griffin le puso una mano en la carita arrugada a la bebé y le metió el pulgar en la boca desdentada.

Ella empezó a succionarlo y se calmó de inmediato.

Volvió la cabeza para guiñarle un ojo a la mujer angustiada y al hombre que estaba destrozando su matrimonio para proteger a su primogénito, Marston. —Tengo unos cuantos ases en la manga. Lo creáis o no, Lemuel era un alma joven y atormentada. —Se volvió de nuevo y murmuró—: Todavía lo es, a decir verdad. —Cogió en brazos a la niña, que se estaba calmando—. Chst… chst… —Se inclinó y le besó la frente a Inez—. Puede que no seas hija biológica de tu madre, pero desde luego tienes esa misma mirada de ir a por todas que tenía ella.

Corrie ya no gritaba, sino que se desplomaba en los brazos de su marido.

—Soy como plastilina en sus manos —dijo Griffin con otro guiño. Mientras acunaba a Inez, que todavía le succionaba con fuerza uno de los pulgares, Griffin se dirigió a la puerta principal—. Chst… pequeña. —En la puerta, se giró para echar un último vistazo a la familia que acababa de hacer pedazos—. El futuro que os ofrezco es más grande que este momento. Recordadlo en los próximos días. Volveremos a ser fuertes, y me amaréis, como yo os amo, cuando todo esté purificado. Vamos, pequeña.

Salió, le sacó con cuidado el pulgar de la boca a Inez, extendió el brazo hacia atrás y cerró la puerta principal. Sacudió la cabeza al ver el cuerpo tendido de Nile y luego le hizo una seña a Sullivan para que se acercara. —Coge a Inez, Sullivan.

Sullivan no era el más listo del Núcleo debido a una caída de un árbol en su infancia, pero era un sirviente de fiar y solía hacer la mayoría de las cosas sin rechistar. Sin embargo, que le entregaran un bebé no era «la mayoría de las cosas», por lo que sí le impulsó a hacer una pregunta bastante obvia. —¿Qué quiere que haga con esto?

—Con ella —dijo Griffin con una sonrisa—. *Ella*. Me han reprendido ahí dentro por no mostrarle el debido respeto y, ahora

que he conocido a la princesita, reconozco por qué. Es preciosa, ¿verdad?

—Sí —dijo Sullivan, devolviéndole la sonrisa. Al cabo de un instante, volvió a fruncir el ceño, extrañado—. Entonces, ¿qué quiere que haga con ella?

Griffin le puso una mano en el hombro. —Primero, quiero que le revientes los sesos. Luego quiero que reúnas a los otros ocho mestizos del Núcleo y que también les revientes los sesos.

Sullivan tragó saliva.

—¿Lo entiende, Sullivan?

Abrió la boca para asentir, pero no le salieron las palabras, así que se limitó a afirmarlo con la cabeza.

—Y después de que haga eso, queme todos los cuerpos junto a la vieja iglesia. Entonces, con el pasado bien enterrado, podremos empezar a reconstruir este lugar de nuevo.

15

Pum.

La punzada de la punta de flecha en el cuello de Jake cesó.

Pum.

El peso desapareció de su espalda.

Batacazo.

Jake se dio la vuelta.

Logan estaba de pie junto al cuerpo tembloroso de Lemuel, sosteniendo el gran caparazón de una tortuga con ambas manos.

Lemuel gimió.

Logan levantó el caparazón por encima de su cabeza.

Pum.

Lemuel soltó otro quejido de dolor.

Pum, pum, pum.

Sin aliento, Logan fue cojeando hasta el sofá y se desplomó en él con el caparazón de tortuga en el regazo.

—Qué... ocurrente —dijo Jake.

Cuando Logan recuperó el aliento, dijo:

—Era lo más pesado que he podido encontrar. Estás sangrando.

Jake se tocó el cuello. Le escocía. Se miró las yemas de los dedos, rojas.

—Estaré... bien. —Dirigió la mirada al cuerpo de Lemuel, que sufría espasmos—. He salido mucho mejor parado... que él. —Jake

se puso en pie, recuperando también el aliento—. Iba a casarse... Eres un destrozahogares.

—¿Ese es Lemuel?

Jake asintió.

—De repente me siento menos culpable. Seguro que tu amiga Celestia estará desolada.

—Desolada por no haber estado aquí para verlo... ¡Logan! ¡Se supone que ya deberías estar a kilómetros de aquí!

Logan arrojó el caparazón a un lado.

—¿Es esa tu forma de dar las gracias?

—Me has seguido.

—Por suerte para ti, lo he hecho.

—Qué sigiloso.

—Ya me lo han dicho.

Jake empujó el arma homicida al suelo con el pie y se sentó junto a Logan.

—Quizá podrías ser bastante útil.

Logan señaló el cuerpo.

—¿Qué? ¿Eso no te basta?

—Mi listón está muy alto.

—Y bien, ¿qué hacemos ahora?

—Esperamos a que nuestro anfitrión vuelva a casa.

—¿El pastor Deering?

—Sí. Él sabe dónde está Celestia.

—Vamos a acabar volviendo allí, ¿verdad?

—Sí.

—Es un suicidio.

—Ya te he dicho que mi listón está muy alto.

A JUZGAR por la tibia reacción del pastor Frederick Deering al encontrar a sus visitas en el salón —una de las cuales estaba muerta —, Jake supuso que aquel hombre ya estaba hundido. Con suerte, eso le facilitaría conseguir lo que necesitaba: el paradero de Celestia.

Frederick se detuvo en el umbral del salón, examinando el desastre. Su mirada se posó en el cuerpo de Lemuel en el suelo, pero solo pareció visiblemente conmocionado al ver los restos de la vasija decorada junto a la mesa de centro y el sangriento caparazón de tortuga a su lado. Avanzó a trompicones y el hombre, pálido como la cera, se dejó caer de rodillas para recoger un trozo de la vasija. Le dio vueltas para mirarlo por todos lados. Luego lo desechó y pasó los dedos por los escudos ensangrentados del caparazón de tortuga.

Jake caminó hacia el hombre arrodillado con el rifle de Lemuel en ristre. Se detuvo a unos metros del angustiado pastor. Después de todo lo que había descubierto, después de lo que había visto en aquel libro, Jake sentía el impulso de usar el rifle. Era la única forma segura de evitar que el pastor Frederick Deering infligiera más dolor a este mundo.

Pero el misterio que rodeaba a Celestia le contuvo la mano.

Jake observó al patético hombre hurgar entre sus adornos rotos.

—Son cosas, Frederick. No son personas.

—Significan mucho para mí —dijo Frederick.

—Si la gente le hubiera importado tanto como estos objetos inútiles, quizá no se habría llegado a esto.

Frederick levantó la vista. La última vez, Jake había pensado que parecía grotescamente joven para su edad, como tantos hombres que han vendido su alma al Diablo, pero ahora aparentaba su edad, e incluso más.

—Amo a la gente.

—Su esposa podría tener algo que decir al respecto si siguiera viva, y también los hijos que se llevó con ella. El sacerdote de Redland tampoco parece tener buenos recuerdos de usted.

—Adoraba a Charlotte. —Una lágrima asomó en el rabillo del ojo de Frederick—. Pero ella nunca lo entendió. *Ellos* nunca lo entendieron.

—Añádame a esa lista. —Jake señaló con la punta del rifle el libro encuadernado en cuero que había en el suelo—. Su lectura fue trágica.

—También hay alegría en esas páginas.

—Lo que usted diga, Frederick. Lo irónico es que esa gran obra me salvó la vida, dejándome a mí a punto de acabar con la suya.

—Mi vida ya está acabada. Llega usted demasiado tarde para atribuirse esa victoria.

—Convénzame de ello.

—¿Seguro que ese monstruo muerto en el suelo no se lo ha dicho ya?

—¿Monstruo? —Jake resopló—. ¿No le parece que le dijo la sartén al cazo?

—El mundo está lleno de monstruos —dijo Logan desde el sofá —. Y el infierno también. Ya lo descubrirá, pastor.

—Se me juzgará por lo que intenté lograr.

Jake levantó la bota y empujó a Frederick hacia atrás.

Él no se resistió y simplemente se desplomó.

—¿Qué hizo con las madres de esos niños de ese libro? —dijo Jake—. ¿Se las llevó al Núcleo?

—Usted no lo entendería...

—*¿Las mató?*

—A lo largo de la historia del hombre, todos nuestros mayores logros se construyeron sobre los sacrificios de otros...

Jake se inclinó y le golpeó en el estómago con la culata del rifle.

—Ya he oído suficiente. —Hizo una pausa para permitir que el pastor, sin aire, recuperara el aliento—. Ahora dígame qué está pasando en el Núcleo.

—Griffin derrocó a Merithew. —Señaló el cuerpo de Lemuel—. El padre de *ese* hombre. ¿Sabe que eso lo convierte a usted en un hombre muerto?

Jake gruñó. —Llevo sentenciado a muerte desde que tengo uso de razón. Ahora, antes de que vuelva a usar la culata de este fusil, dígame qué le ha pasado a Celestia.

Frederick se incorporó y se quedó mirando sus piernas. —Está en la morada.

—¿La morada?

—El corazón del Núcleo. Es donde guardan a su ancestro fundador. Sus huesos, por lo menos. También hay ratas. Unas bestias salvajes y asquerosas a las que les gusta nuestra sangre.

Eran salvajes. *Son* salvajes. Yo les estaba ofreciendo la salvación. Los estaba acogiendo en el redil, construyendo su comunidad…

Esta vez, Jake lo golpeó en el hombro.

Él se desplomó hacia atrás, agarrándose el hombro.

—Construir su comunidad destruyendo otras, muy noble —dijo Jake—. ¿Está Celestia a salvo?

—Está cautiva, por ahora. —Hizo una mueca de dolor y se apretó el hombro con más fuerza—. Se suponía que iba a casarse con Lemuel… Que siga con vida depende de si Griffin le encuentra otra utilidad.

—Entonces no tenemos mucho tiempo. Va a llevarnos hasta allí, Frederick. Al Núcleo.

Frederick levantó la vista con los ojos como platos y se rio. —Está usted loco. Ese hombre acaba de quemar vivas a trece personas en mi iglesia. Somos tres contra una comunidad llena de gente aterrorizada.

—Considérelo su expiación.

—Estoy agotado y me están matando a golpes. Usted tampoco tiene mucho mejor aspecto con esa herida en el cuello, y en cuanto al gordo del sofá…

—¡Eh! —dijo Logan, levantándose.

—Ese hombre acaba de matar a alguien a golpes con el caparazón de una tortuga —dijo Jake—. Quizá le convenga medir sus palabras.

—Nada de eso importa —escupió Frederick—. Moriremos dentro de poco.

—Quizá si entramos por la puerta principal. Estaba pensando en saltarnos al guarda prepúber de la entrada e ir por el bosque, directos a esa morada que ha mencionado.

—¡Ese bosque está lleno de cepos para osos!

—¿Se sabe el camino?

Frederick suspiró.

—¿*Se sabe el camino*?

Frederick negó con la cabeza. —Lo he hecho una vez… No estoy seguro… Hay un sistema, sí.

—Bien. Acaba de ganar algo más de tiempo, pastor Deering. Ahora escuchen con atención, los dos. Tengo una idea.

Alrededor del foco, las familias gritaban mientras Griffin y su gente sacaban a los jóvenes mestizos de sus casas.

Griffin no temía ninguna repercusión por su decisión. Esas ocho familias estaban en minoría. Todas las demás, incluidas las que habían estado dudando antes, le servirían ahora sin vacilar. El miedo era una fuerza persuasiva.

Griffin contemplaba la iglesia humeante, sintiéndose satisfecho, cuando oyó disparos y se dio cuenta, con una sonrisa, de que la minoría que se oponía a él acababa de menguar aún más. Se giró para mirar a Sullivan, que estaba a unos metros delante de él. Sostenía el fusil al revés, con la culata apuntando hacia abajo, hacia el bebé envuelto en pañales que había en el suelo.

Inez lloraba.

Sullivan también lloraba.

A Griffin no le preocupaba. En todo caso, la lucha interna del hombre era algo bueno. Al final, el miedo y el deseo de supervivencia se abrirían paso a través de su conciencia y golpearía. Entonces Sullivan sería diferente. Estaría preparado para cualquier cosa, para *hacer* cualquier cosa. Y cuando las tierras en las que vivían *exigieran* tal cambio, necesitaría hombres que pudieran actuar sin remordimientos.

Más disparos.

Los gritos cesaron.

Griffin sonrió. La revuelta había terminado. Las familias que quedaban comprenderían ahora la situación. Para sobrevivir, debían renunciar a los niños que les habían sido concedidos.

Desde el foco, vio cómo sus leales soldados conducían a los niños hacia él a punta de pistola. Eran de varias edades. La mayoría caminaba con torpeza, mientras que los soldados sostenían a los que

eran demasiado pequeños para andar. Asintió a su lloroso soldado. —Da ejemplo, Sullivan.

Sullivan echó el fusil hacia atrás.

Inez lloró con más fuerza.

El rostro de Sullivan se contrajo mientras luchaba contra su conciencia. Le temblaban las manos. —Yo… yo… yo…

—Sullivan —dijo Griffin, lo bastante alto como para que se le oyera por encima de la angustia de Inez—. Sé parte de la reconstrucción del Núcleo. Sé parte de nuestra historia.

Los ojos enrojecidos de Sullivan se encontraron con los de Griffin. Asintió y retrocedió el fusil un poco más…

El sonido de una fuerte explosión rasgó el Núcleo.

Griffin se quedó mirando hacia la entrada y, más allá, el humo negro que se elevaba densamente en el aire.

16

GRIFFIN DEJÓ A SULLIVAN y a Thaxter vigilando a punta de pistola a Inez y a los otros mestizos. Quería que los mantuvieran con vida hasta que él regresara; todos los hombres y mujeres del Núcleo debían ser testigos de la erradicación del legado de Merithew. Por supuesto, no le gustaba abandonar una situación tan volátil como aquella, pero ¿qué otra opción tenía? El Núcleo estaba siendo atacado y, como líder, estaba obligado por su deber a dirigir la defensa.

Hablando con Lyman por el walkie-talkie, bajó a toda prisa por el camino de tierra con sus siete compañeros armados pisándole los talones.

—Lemuel volvía en su camioneta con el Land Rover de Frederick Deering detrás —dijo Lyman—. A mitad de la ladera, en la curva de Netow, donde las rocas alcanzan su mayor altura, los vehículos desaparecieron de la vista. Y entonces..., bueno..., la explosión.

A Griffin se le heló la sangre. —¿El vehículo de quién?

—No lo sé. Nadie ha salido de Netow desde la explosión.

¿Acaso la decisión de permitir que Frederick viviera le había costado tan cara?

—¡Joder!

Cuando Griffin llegó al aparcamiento cercano a la entrada, se encaró con sus seguidores. —Iremos en vehículo. Lo que sea que haya pasado, ha pasado detrás de las rocas de la curva de Netow.

Todos asintieron. Mientras el grupo se subía atropelladamente a dos camionetas y las arrancaba, Griffin avisó por radio a Lyman para que levantara la barrera y así no tener que frenar en la entrada.

Griffin iba de copiloto en la primera camioneta, con un fusil sobre el regazo, preguntándose qué les esperaría en la nube de humo que tenían delante.

Después de que Logan prendiera fuego al trapo que asomaba del depósito de combustible de Lemuel, se tiró de cabeza al asiento del copiloto del Land Rover de Frederick Deering. Cuando la camioneta explotó, se cubrió los ojos para protegerse del vivo resplandor y pegó un bote cuando unos restos humeantes cayeron con un fuerte golpetazo sobre el capó de Frederick.

—Ya te dije que no estábamos lo bastante lejos —dijo Albert Hardy desde el asiento del conductor.

Logan señaló las rocas a través de la ventanilla. —Si nos hubiéramos alejado más, nos habrían visto. No queremos correr ningún riesgo. Podrían dispararnos. Además, queremos que bajen a toda prisa, con la esperanza de que no sea el vehículo de Lemuel el que está en llamas.

El anciano tendero asintió, mirando hacia la camioneta en llamas. —Se van a llevar un chasco.

—Gracias por ayudarnos, Albert. Sin ti, no habríamos tenido forma de traer a Lemuel hasta aquí.

—A estos viejos huesos ya no les queda mucho aliento, hijo. Mejor ofrecerlo a una causa que merezca la pena.

—Funcionará. Frank parece un hombre resolutivo.

—Quizá. Desde luego, es como un picor justo en el centro de la espalda. En fin, tenemos que dar la vuelta a este trasto de metal; estamos a punto de embarcarnos en el viaje de nuestra vida.

GRIFFIN GOLPEÓ EL SALPICADERO. —¡Para! —Saltó de la camioneta que frenaba y, protegiéndose los ojos del brillante resplandor de las llamas, se dirigió con paso decidido hacia los restos del vehículo. El fuego era voraz y lo consumía rápidamente, pero pudo distinguir la silueta oscura de alguien en el asiento del copiloto—. *¿Lemuel?* —Corrió hacia la bola de fuego y sintió un calor intenso que le quemaba la piel—. *¡Lemuel!* —se arriesgó a dar otro paso y se echó hacia atrás retorciéndose de dolor.

Unos brazos le rodearon la cintura y tiraron de él hacia atrás.

—Es demasiado tarde, Griffin.

Se giró para mirar a Angelita, la mujer corpulenta que lo había agarrado. Se llevó las manos a la cabeza y se permitió solo un par de segundos de duelo antes de bajar los brazos. Se volvió hacia los restos del vehículo y clavó la mirada en el que estaba detrás. *Frederick.*

El vehículo empezó a alejarse.

Se volvió hacia Angelita. —Ve a por él. Tráemelo aquí.

—Sí, Griffin —dijo Angelita y corrió hacia la primera camioneta.

—¡Vivo! ¡Seré yo, y solo yo, quien lo despelleje!

Ella levantó la mano en el aire para indicar que lo había oído.

—Walker... —Griffin señaló a uno de sus hombres más mayores, con abundante pelo blanco, tanto en la cara como en la cabeza—. Tú también vas.

—Sí, Griffin —dijo Walker.

Mientras observaba a Angelita maniobrar la camioneta para rodear la tumba de fuego de su hijo e iniciar la persecución ladera abajo, Griffin apretó los dientes. Quería estar en esa camioneta. Quería estar allí cuando por fin alcanzaran a ese hombre despreciable que había iniciado la podredumbre en el Núcleo. Deseaba desesperadamente hacerlo pedazos mientras suplicaba clemencia. Pero esa alegría tendría que esperar, porque una cosa estaba clara.

Cristalina.

Aquello había sido una maniobra de distracción. Alguien lo había hecho para desviar su atención del Núcleo.

Se giró hacia sus cinco compañeros restantes. —Tenemos que volver al núcleo. Lo más rápido que podamos.

FREDERICK HABÍA ASEGURADO que tardarían al menos una hora en abrirse paso entre los árboles y la maleza que salpicaban la ladera de la colina, así que Jake le había dicho a Logan que esperara como mínimo ese tiempo antes de poner en marcha la sorpresa.

Treinta minutos después, los dos hombres llegaron a un claro entre los árboles.

Jake contempló la cima, consultó el reloj y meneó la cabeza con desesperación. —Tenemos que darnos más prisa.

—Hay trampas por todas partes.

—Te sabes el camino.

—¡A grandes rasgos! Conozco el sistema que usan, pero aun así tengo que fijarme muy bien en dónde piso.

—Como le pase algo a Celestia, serás el primero en morir. A lo mejor eso te pone las pilas.

Y así fue.

Cuando llevaban cincuenta minutos de trayecto, el terreno se allanó y Jake distinguió unas cabañas de madera en la distancia. Reprimió el impulso de adelantar a Frederick y acelerar para acortar distancias. Cuando el pastor se volvió con el rostro pálido y dijo: —Esto se pone peor. Hay trampas por todas partes—, se dio cuenta de que había hecho bien en reprimir ese impulso.

—¿Cómo demonios caza esta gente? —preguntó Jake.

—Con cuidado.

Jake bajó la vista mientras seguía a Frederick y vio grandes cepos esparcidos por todas partes. Se estremeció al pensar en aquellas abiertas fauces de metal cerrándose de golpe sobre su pierna. Consultó el reloj de nuevo y le susurró a Frederick al oído: —Nos quedan diez minutos.

—Vale —siseó Frederick.

Jake tuvo que admitir que la habilidad de Frederick para abrirse camino por un lugar tan plagado de obstáculos era impresionante, pero el hombre no dejaba de ser una sanguijuela que había chupado la sangre de otros para satisfacer sus necesidades, así que no le dedicó ningún elogio.

Más adelante, Jake oyó un gran alboroto en el Núcleo. Era difícil distinguir qué era exactamente lo que se gritaba y vociferaba.

—¿Qué está pasando?

—Griffin inauguró su reinado quemando gente viva. ¿Creías que la cosa iba a mejorar?

—Bueno, digo yo que necesita gente para construir una comunidad, ¿no?

—Los mataría a todos y empezaría de nuevo solo con él si fuera necesario.

Jake gruñó. —Sois tal para cual.

—No nos parecemos en nada. Yo soy racional. Griffin es todo lo contrario.

Antes de que Jake pudiera rebatir las sandeces de Frederick, la camioneta estalló en la distancia.

A pesar de esperárselo, Frederick se sobresaltó, y Jake se vio obligado a sujetarlo por miedo a que tropezara y cayera en un cepo.

—Espero que tu plan funcione —dijo Frederick—. Este sitio ya era un polvorín, pero acabas de convertirlo en un horno.

—Cállate. ¿Dónde está la vivienda?

Frederick señaló hacia la izquierda. —Estamos virando hacia ella. Las trampas desaparecen a nuestra izquierda en unos metros y podremos tomar una ruta mejor. Si seguimos recto, entraremos de lleno en el foco, la zona residencial principal. No es buena idea.

—Pues empieza a virar, entonces.

Frederick lo hizo.

Durante unos cinco minutos más, Frederick avanzó centímetro a centímetro hacia la izquierda, con Jake pisándole los talones. Los dientes de metal se alzaban hacia ellos desde todos los ángulos. El alboroto en el foco había cesado, y el silencio se abría paso hacia ellos a través de los árboles. Jake esperaba que Griffin y sus soldados se dirigieran hacia el origen de la explosión.

—¿La ves? —preguntó Frederick. Donde terminaban los árboles, a varias decenas de metros, había una gran cabaña de madera—. El corazón del Núcleo…

Un fuerte chasquido metálico reverberó, y el pastor aulló y se derrumbó.

Jake le tapó la boca con la mano para ahogar su grito, pero eso le hizo perder también el equilibrio. Cayeron juntos.

En el suelo, Jake vio la pierna de Frederick e hizo una mueca. Los restos de su tobillo impedían que los dientes del cepo se cerraran. Si Jake se quedaba allí, sofocando el grito del herido, sería un blanco fácil si alguien venía a investigar el alboroto. Si intentaba arrastrar a Frederick a un lugar seguro, se arriesgaba a tropezar con otro cepo y a jugarse la vida. ¿Y para qué? Ya sabía dónde estaba la vivienda. Celestia, si la encontraba, sería capaz de encontrar el camino de bajada.

Le aplicó una llave de cabeza a Frederick y le partió el cuello.

17

Cuando requirieron la presencia del sheriff Gordon Kane en recepción, este tiró los papeles del divorcio y se puso en pie.

Veinticinco años de matrimonio, incontables aventuras que él le había perdonado y, ahora, a las puertas de la vejez, su pensión y sus planes para una casa de vacaciones estaban en la cuerda floja. Ella le sacaría hasta el último céntimo y se largaría con sus amantes, sus *incontables* amantes, para disfrutar de una jubilación a su costa.

Miró su taza de *I love New York*, que había intentado, sin mucho éxito, volver a pegar. El pringado había sido él. Y ahora, inevitablemente, era él quien había acabado hecho añicos. Cogió la taza y, al salir de la habitación, la tiró a la papelera.

Scott y su hermano gemelo, Brad, eran los únicos ayudantes que estaban de servicio con él ese día. Los encontró junto al sargento de guardia, que lo había llamado. Otros dos visitantes ocupaban la sala de espera: Albert y el camionero que había estado sentado con Frank Yorke la otra noche en The Crown.

Se dirigió a sus agentes.

—¿Por qué están aquí?

—Algo va mal —dijo Brad. Quitando la coleta, Brad, el gemelo idéntico de Scott, era un fiel reflejo en todos los sentidos, hasta en su temperamento impulsivo.

—Es hora de que tomes una decisión, Gordon —dijo Albert.

Gordon carraspeó y negó con la cabeza.

—Es *sheriff*, Albert.

—Lo siento, sheriff. Las viejas costumbres tardan en morir.

Gordon sonrió mientras miraba a sus agentes en lugar de a los visitantes.

—Ha pasado mucho tiempo desde que estábamos en el patio del colegio, viejo.

—Ha pasado mucho tiempo desde que éramos amigos.

Gordon le dedicó una mueca de desprecio a Albert.

—Esa fue tu elección. Tuya. No mía.

Albert entornó los ojos.

—Tomaste decisiones que yo no podía consentir ni observar sin más.

—¿Qué? ¿Como mantener este pueblo seguro? ¿En paz?

—Lo curioso, sheriff, es que a mí nunca me lo ha parecido.

—Tuviste oportunidades de formar parte de esto. Decidiste no hacerlo...

—Siento interrumpir, jefe, pero están fuera.

—¿Quiénes? —le preguntó Gordon a Scott.

—El Nucleus.

Gordon se echó hacia atrás, confundido, negó con la cabeza y resopló.

—Oh, vamos...

—Jefe —dijo Scott—, están fuera. Dos de ellos.

—¿Por qué? —Gordon entornó los ojos.

—Estos dos —dijo Scott señalando a Albert y al camionero— les han buscado las cosquillas de alguna manera.

—Como le he dicho, sheriff, tiene que tomar una decisión —dijo Albert.

Gordon miró de un rostro a otro. Ya estaba lleno de adrenalina por los papeles del divorcio, pero la situación que se estaba desarrollando ahora lo tenía completamente alterado.

—¿Qué mierda es esta? —Se giró hacia la entrada y salió.

No me jodas. No sabía los nombres de las dos personas que estaban al pie de la escalinata, pero los reconoció de sobra, de merodear por Brady Crossing en busca de provisiones. *Eran* del Nucleus.

Y ambos llevaban rifles.

El hombre de pelo blanco asintió a modo de saludo, mientras que la mujer con la cabeza rapada hizo un ademán ostentoso de abrir su rifle para comprobar si estaba cargado.

Mierda. Gordon se dio la vuelta y entró en la comisaría. Cerró la puerta tras de sí.

—Jesús —le dijo a Albert—. ¿Qué demonios está pasando aquí?

Con la mano todavía aferrada al pomo de la puerta mientras todo su cuerpo se quedaba helado, Gordon escuchó la historia de cómo Merithew había caído ante Griffin. También oyó cómo Frederick y Frank Yorke se habían ido a las colinas a por Celestia.

—¡Esto es una puta locura!

—De acuerdo. —Albert asintió—. Sin embargo, Frank ha elegido hacer lo correcto.

—¡Morirá ahí arriba, simplones!

El camionero sonrió.

—No conoce usted muy bien a Frank.

—Lo conozco de sobra. Os conozco de sobra *a todos*. Estáis todos jodidamente locos. ¿No entendéis quiénes son? ¿*Qué* son?

—Por supuesto. —Albert dio un paso adelante y puso una mano en el hombro de Gordon—. Pero ya es demasiado tarde. Los lobos están a su puerta.

Gordon apartó la mano de Albert de un manotazo.

—¿Pero por qué? ¿Qué quieren?

—Quieren saber por qué Logan y yo le entregamos el cadáver de Lemuel a Griffin.

—¿Lo matasteis vosotros?

—No —dijo Logan—. Fue Frederick.

—¡Pues id a decírselo!

—¿Para qué? No importará —dijo Albert—. No se irán sin nosotros, y cuando estemos allí arriba, no volveremos. Así que ahora todo recae sobre sus hombros, Gordon. ¿Va a enviarnos a la muerte?

—Dice usted tonterías, Albert. —Gordon se giró y volvió a salir.

La mujer seguía mirando su rifle.

—¿Están listos?

Gordon se apoyó en la barandilla de la parte superior de la escalinata para mantener el equilibrio.

—Buscan a Frederick. Estos hombres no son importantes para ustedes.

El hombre se encogió de hombros.

—Nos entregaron algo en nuestras tierras, así que ahora están obligados a volver para responder a unas preguntas sobre esa entrega.

—Ellos no mataron a Lemuel —dijo Gordon—. Tendrá que bastarles con eso.

Los dos visitantes del Nucleus miraron fijamente a Gordon. Luego se sonrieron el uno al otro.

—Sheriff, usted entiende cómo son las cosas —dijo el hombre—. Por favor, envíelos abajo. No hay nada de qué preocuparse. Si son inocentes, no sufrirán ningún daño.

—Si les dejo llevarse a esos dos ahí arriba —dijo, señalando con la cabeza hacia las colinas—, no volveremos a verlos.

—Tiene un minuto, sheriff. Recuerde, nosotros le conocemos y usted nos conoce a nosotros. Es una relación que vale la pena preservar, ¿no cree?

Gordon volvió a entrar, apoyó las manos en el escritorio y bajó la vista. Negó con la cabeza. —¡Joder..., joder..., *joder*! —Se volvió hacia Scott y Brad—. ¿Qué pensáis?

Ambos se encogieron de hombros.

—¡Venga, chicos! Siempre tenéis la lengua muy suelta. Cuando de verdad necesito una opinión, ¿dónde coño está?

Ambos desviaron la mirada.

—Dame tu pistola, Scott.

Scott, tembloroso, desenfundó su arma reglamentaria y se la entregó al sheriff.

Gordon chasqueó la lengua. —Hacía años que no necesitaba usar una de estas... ¡*Años*, maldita sea! —Volvió a sentir la mano de Albert en el hombro. Gordon se la quitó de un manotazo—. No me trate con condescendencia, Albert. ¿Cómo va a estar bien esto? Estoy a punto de destruir los cimientos de esta comunidad.

—No costará mucho —dijo Albert—. Esta comunidad está construida sobre arenas movedizas.

—A la mierda —dijo Gordon mientras comprobaba que el arma estaba cargada—. ¿Quién necesita la reelección? Estoy demasiado viejo para estas gilipolleces. ¡Además, mi mujer quiere el divorcio!

—Siento oír eso, sheriff —dijo Albert.

—No lo sienta. Es una zorra. Bueno, supongo que si empiezo una guerra, podré esconderme en una caravana por ahí con alguna vieja urraca. —Abrió la puerta, miró a los dos soldados del Núcleo, suspiró, negó con la cabeza y volvió a agarrarse a la barandilla. Observó el fuego a lo lejos—. ¿Es el Núcleo lo que arde?

—El vehículo de Lemuel. El otro fuego es la iglesia.

—Jesús. —Gordon se rio—. ¡No puedo creer que el pastor os diera una iglesia! ¡Con la de cosas que hay!

—El pastor lo pagará —dijo el hombre.

—No lo dudo.

—Ahora, queremos lo que hemos venido a buscar —dijo la mujer.

—Bueno, la cosa es que puede que estéis experimentando grandes cambios en el Núcleo, y lo pillo. Es asunto vuestro. Seguro que al lugar no le viene mal una reforma. Sin embargo, aquí abajo, en Brady Crossing, Mossbark, estamos experimentando nuestros propios cambios.

—¿De qué está hablando? —preguntó la mujer, subiendo un escalón.

—Digo que las cosas son distintas ahora. No vamos a hacer lo que digáis. Así que podéis largaros, porque no van a salir.

La mujer miró al hombre, bufó y empezó a subir los escalones en serio. —¡Usted no es quien cree que es, sheriff!

El sheriff apuntó con la pistola a la mujer que se le acercaba. —Le pido que se dé la vuelta, que vuelva a subir la colina y...

—¿Y qué, sheriff? —La mujer entrecerró los ojos.

—... y que se vayan a la mierda.

La mujer se detuvo, lo sopesó y luego aceleró el paso por la escalera. Ni siquiera había levantado su propio rifle. No temía su pistola. ¡Dios, su fama de débil le precedía!

Gordon dijo: —¿De verdad vamos a hacer esto, entonces?

La mujer, a dos escalones de él, levantó la vista y sonrió. —¿Hacer qué? ¿Empezar una guerra? ¡Dispare o apártese de mi camino!

Gordon negó con la cabeza.

—¿Sabe cuántos de nosotros vivimos en las colinas, hombre patético?

—Si hemos de creer lo que acaba de decir Albert, vais escasos de gente. Por eso acogisteis al pastor y empezasteis un programa de cría. Creo que después de que Griffin se haya salido con la suya, el número será aún menor.

—¿Ha matado a alguien alguna vez? —Empezó a levantar el rifle.

El sheriff le disparó en la cabeza, y ella cayó de espaldas por los escalones, llevándose por delante al hombre que estaba abajo.

—Siempre hay una primera vez para todo.

En ese momento, Brad lo flanqueó, empuñando también su arma. Esperaron a que el hombre de pelo blanco del Núcleo se zafara de la mujer muerta.

Se levantó y examinó el cuerpo de su compañera. Su mirada se desvió hacia el rifle que se le había caído.

Sintiéndose más vivo de lo que recordaba en mucho tiempo, Gordon preguntó: —¿Qué va a ser, intruso?

El hombre levantó las manos. —Me iré.

—No, no lo hará —dijo el sheriff y sonrió—. Queda detenido.

Que le den al Núcleo, pensó. *Y que le den a mi mujer.*

18

MIENTRAS HACÍA DE niñera de los denostados niños del Núcleo, Thaxton oyó el lamento que provenía del viejo bosque.

—¿Qué es eso? —preguntó Sullivan.

—Alguien acaba de pisar una trampa.

—Mierda —dijo Sullivan.

¿Acaso te sorprende? Merithew había sido el pilar que mantenía este lugar unido. Y, cómo no, apenas unas horas después de su muerte, el mundo ya estaba ardiendo a su alrededor.

Thaxton sintió un sabor a bilis al pensar en su papel en este nuevo mundo en llamas. Como curandero que entendía el cuerpo humano, se había visto obligado a arrastrar el cadáver de su viejo amigo fuera de la vivienda y a descuartizarlo. Por supuesto, había trabajado con lentitud y meticulosidad, mostrando a Merithew el mismo respeto que le había profesado en vida. Debido a que todo se había ido a la mierda, aún no había tenido ocasión de deshacerse de él. Planeaba llevarlo a la parcela de tierra donde sus propios padres estaban enterrados y allí le daría una despedida respetuosa. A escondidas, claro, porque ahora pertenecía al régimen de Griffin. No podía luchar contra el orden de las cosas. El Núcleo y la preservación de su corazón palpitante lo superaban todo. Los ancianos habían votado por el cambio. Él lo respetaría. Y si Griffin le pedía que disparara a esos supuestos mestizos cuando regresara, con lágrimas en los ojos y vergüenza en el alma, tendría que obedecer.

—Yo me quedo —dijo Thaxton—. Vigilaré a los niños. Ve tú.

Sullivan asintió y se dio la vuelta. Lo que a Sullivan le faltaba de capacidad mental, lo compensaba con lealtad y compasión. Él también seguiría las órdenes, a pesar de la bondad de su corazón.

Vaya situación tan lamentable, pensó Thaxton, volviendo a centrarse en todos aquellos niños inocentes. *Vaya situación tan lamentable, desde luego.*

JAKE NO ESPERABA LLEGAR al siguiente árbol con la pierna de una pieza, pero con Celestia en peligro, se dejó llevar por la oleada de adrenalina. Esquivó varias trampas para osos y se apostó detrás de un viejo roble. Sostuvo el rifle en vertical contra el pecho para que, si alguien venía a investigar el lamento de Frederick, la boca del cañón no asomara por detrás del árbol.

—¿Hay alguien ahí? —gritó la voz de un hombre.

Jake se mordió el labio y apretó con más fuerza el rifle.

—¡Usted! ¡Levántese o disparo! —Había visto a Frederick.

¿Acaso crees que si estuviera vivo o consciente se quedaría quieto mientras tu bárbara trampa le destroza el tobillo?

—¡Ahora!

Claramente, sí lo crees.

Jake oyó el crujido de la maleza mientras el hombre adentraba su investigación en el bosque. Al darse cuenta de que le sudaban las palmas de las manos, aflojó ligeramente la presión sobre el rifle, pero mantuvo el cuerpo tenso, listo para saltar.

—¿Pastor Deering? —Más crujidos—. Pastor, ¿es usted?

Jake oyó una bofetada.

—¿Pastor?

Otra bofetada.

Jake negó con la cabeza. *No se va a despertar, idiota.* Contuvo el aliento. No quería salir de detrás del árbol y dispararle a ese hombre. Descargar su rifle atraería sin duda a más hombres como él. Este hombre *necesitaba* pensar que Frederick había venido solo,

que la conmoción de tener el pie casi cercenado le había parado el corazón. Que informara de eso a sus hombres. Con suerte, estarían demasiado preocupados con otros asuntos como para recuperar el cuerpo.

Jake sintió algo en el pie y bajó la vista. Una fría piedra de miedo se le instaló en el estómago.

Una rata.

Apretó los labios para no soltar un grito ahogado.

El asqueroso roedor de larga cola correteaba de un lado a otro por su pie y sobre la puntera de su bota, y se detenía a ratos para olisquearle los tobillos.

Lanzó una patada.

La rata rodó hacia atrás y luego se escabulló.

—Está muerto, ¿verdad, pastor? —dijo el hombre.

¡Joder, por fin! ¡Ahora vete!

La rata regresó, subiéndose audazmente a la bota izquierda de Jake para continuar su investigación.

¿Es que no me he explicado con suficiente claridad?

Jake volvió a dar una patada.

La rata salió despedida por los aires y aterrizó sobre un lecho de hojas, retorciéndose y debatiéndose con sus repulsivas patitas agitándose en el aire.

—¿Hay alguien más ahí? —dijo el hombre.

¡Mierda! ¡Mira lo que has hecho, pequeño cabrón!

La rata se enderezó y se giró para mirarlo.

Desde luego, eres una cosa terca y grotesca.

La rata se irguió sobre sus patas traseras, olfateó el aire y enseñó sus dientes mellados.

Jake podía oír al hombre crujiendo entre la maleza detrás del árbol.

Ahora tendré que ocuparme de los dos…

La rata cargó. Se montó en la bota de Jake, pero esta vez no fue a por su tobillo. En lugar de eso, trepó por su pierna. Las garras penetraron la tela vaquera de sus pantalones y le arañaron las piernas. Antes de que Jake se diera cuenta, el roedor estaba

aferrado al vaquero a la altura de su entrepierna. Intentó apartarlo con el rifle, pero la bestezuela era astuta y esquivó sus intentos.

—¿*Hay alguien ahí*? —La voz estaba justo detrás del árbol.

Ahora sí que estaba jodido. Si le disparaba, atraería más caras inoportunas y, con él muerto junto a Frederick, Celestia quedaría a merced de Griffin y el Núcleo.

La rata se aferró a la parte delantera de su chaqueta.

¿Pero qué coño intentas hacer?. De nuevo, intentó apartarla de un manotazo. Esta vez acertó a la rata, pero esta siguió aferrada. Vio el cañón de un fusil a su derecha, así que Jake rodeó el árbol por la izquierda a toda prisa y levantó su fusil para colocarle el cañón en la nuca al hombre. —Suelta el fusil. Ahora —dijo en voz baja.

El hombre soltó el fusil, y Jake sintió que la rata volvía a moverse.

Tragó saliva al sentir cómo se retorcía alrededor de su cuello; el pelaje se le erizaba contra la nuez y la larga cola le rozaba por debajo de la barbilla. Jake quitó la mano del gatillo del fusil y cogió a la rata.

La bestia se retorció mientras él se la arrancaba del cuello de un tirón.

Echó la mano hacia atrás para lanzarla, pero la rata se escabulló.

Bajó corriendo por su brazo, recorrió el cañón del fusil y saltó a la nuca del otro hombre.

Gritando, el hombre intentó agarrar al animal, que le hurgaba en el pelo.

Mierda. Su cobertura había saltado por los aires.

Jake observó cómo la rata esquivaba las manos del hombre. Se abalanzó hacia delante y le hincó los dientes en un dedo. El hombre retiró la mano de un tirón, y Jake esperaba que la rata saliera disparada con ella. No fue así. Se quedó allí con un trozo de carne entre los dientes.

¿Pero qué coño? Jake retrocedió.

Abrumado por el pánico, el hombre volvió a llevarse las manos a la cabeza, desesperado por quitarse la rata. Empezó a girar y a tambalearse, frotándose el pelo, como si se lo estuviera limpiando

en lugar de intentar detener a una criatura salvaje que se abría paso...

¡Zas!

Con el pie en un cepo y las manos todavía en el pelo, el hombre cayó hacia atrás.

¡Zas!

El hombre tomó varias bocanadas de aire, cortas y entrecortadas, sufrió espasmos durante unos segundos y luego quedó inmóvil.

Jake pasó por encima de él y bajó la vista. La apartó rápidamente. Pero ya era demasiado tarde. Jamás podría borrar esa imagen de su mente. Las fauces del cepo habían aplastado a la rata contra el lateral de su cabeza, machacándole el cráneo y reventándole los ojos.

Consciente de que lo habían descubierto y de que, si no se movía rápido, se convertiría en el tercer cadáver de aquel bosque, Jake se la jugó. Saltó por encima de tres cepos y se arriesgó a meterse en la maleza que bordeaba el bosque. Mientras avanzaba entre los crujidos de la vegetación, no dejaba de esperar oír de nuevo aquel chasquido horrendo. Pensó en el pie de Frederick, que colgaba apenas unido por hilos de músculo y hueso.

Estaba tan desesperado por salir del bosque que calculó mal la velocidad y se estrelló con un golpe sordo contra el lateral de la vivienda. Tras recuperarse, se tambaleó hasta la parte delantera.

No supo si fue la invencibilidad que sentía por haber sobrevivido a aquella odisea en el bosque o simplemente su desesperación por llegar hasta Celestia, pero abrió la puerta de un empujón sin apenas precaución.

El hedor a muerte emanaba de la vivienda, y su bravuconería fue sustituida de repente por la fría y dura certeza de que podría haber llegado demasiado tarde.

19

POR PRIMERA VEZ en su vida, Thaxton agradeció la presencia del malévolo Griffin. Apenas había pasado un minuto desde que Thaxton oyó más gritos procedentes del bosque. Esta vez, temió que hubiera sido Sullivan. Thaxton no tenía miedo, pero sabía que lanzarse solo a una batalla contra un enemigo desconocido era una mala opción, sobre todo después de las instrucciones explícitas de Griffin de que vigilara a los niños.

Thaxton conocía a Griffin como un hombre frío. Se comportaba con crueldad sin un ápice de remordimiento y se enfrentaba a cualquier desafío, por peligroso que fuera, sin que le temblara el pulso. Qué peculiar, entonces, pensó Thaxton, que los ojos de Griffin se movieran erráticos de un lado a otro y que los músculos de su cara sufrieran espasmos.

Sin embargo, no tuvo el tiempo ni el valor para preguntarle a Griffin qué había hecho añicos su arrogante y gélida fachada. —Griffin, creo que nos están atacando.

—¿*Dónde*?

Thaxton señaló hacia el bosque junto a la vivienda. —Dos gritos. Uno, creo que ha sido Sullivan, que estaba investigando el primero.

Los ojos de Griffin siguieron moviéndose de un lado para otro, pero él permaneció inmóvil.

Ahí estaba un hombre que, durante toda su existencia, había desenfundado el hacha al menor indicio de amenaza. Supuso que

era más propio de un estadista sopesar las opciones antes de actuar, pero Thaxton no se tragaba que esa fuera la razón por la que Griffin estaba titubeando.

—Ha sido una distracción —dijo Griffin.

—¿Perdón? —dijo Thaxton.

—La explosión. Han matado a mi hijo.

—Lo lamento, Griffin.

—Venga conmigo al bosque. —Griffin se giró hacia sus cinco soldados restantes—. El resto de ustedes, vigilen a los mestizos, y si alguien sale de sus casas, disparen. Puede que alguien de dentro del Nucleus esté conspirando contra nosotros. ¿De qué otro modo podrían estos intrusos haber atravesado nuestras defensas?

La vivienda parecía haber sido el escenario de una masacre. Un rastro de sangre conducía desde la entrada hasta una estructura rectangular cubierta en la parte trasera de la habitación. Jake inspeccionó el cuarto y vio un esqueleto de pie en una vitrina y a una mujer muerta sobre la cama. —Dios mío…

A Celestia se le llenaron los ojos de lágrimas. —¿Cómo, Frank? ¿Cómo puedes ser tú?

—No podía irme de la ciudad sin comentar mi top diez de películas en blanco y negro.

Celestia sonrió a pesar de las lágrimas. —Soy demasiado joven para saber nada de películas en blanco y negro.

—¿Y te haces llamar experta?

Jake volvió a mirar a la mujer muerta y se estremeció. Estuvo a punto de preguntarle a Celestia quién era esa víctima, pero se contuvo. El tiempo correría en su contra.

Cayó de rodillas junto a su silla y vio que tenía los tobillos atados con varias cuerdas a las patas. También tenía las muñecas atadas al respaldo de la silla. Sacó una navaja del bolsillo, la abrió y empezó a cortar las cuerdas de su tobillo derecho.

Ella seguía llorando.

Jake no quería ni pensar en lo que había soportado.

—Lemuel —dijo ella—. Si vuelve…

—Lemuel está muerto.

Ella suspiró; él imaginó que de alivio.

Consiguió cortar una de las cuerdas de su tobillo derecho. —¿Está lo bastante suelto?

Ella intentó moverlo. —No.

—No te preocupes. Déjame intentarlo otra vez. —Empezó con otra cuerda alrededor del tobillo derecho.

—¿Mataste tú a Lemuel?

—Por desgracia, no tengo esa medalla de honor. Tendrás que agradecérselo a otra persona. Lo siento, ya sabes, si te hizo algo antes de que yo llegara.

—No tuvo la oportunidad. —Asintió en dirección a la mujer de la cama—. Conmigo, al menos. —Bajó la cabeza.

—¿Le hizo él eso?

—Sí.

Jake usó la repentina oleada de ira para serrar la cuerda con más fuerza. La rompió. —Inténtalo de nuevo.

Ella se retorció y liberó el pie de la tercera cuerda.

Él empezó con la primera de las tres cuerdas de su tobillo izquierdo, lo que le obligó a agacharse más en el suelo. El corazón le latía con fuerza en el pecho.

—También han matado a mi padre —dijo Celestia.

—Lo siento.

—Delante de mí.

—Lo pagarán, Celestia. Te lo prometo. Los que te han hecho esto *lo pagarán*. —Se detuvo para secarse el sudor de la frente y volvió a la carga con la cuerda.

—No pasa nada, Frank. Merecía morir.

—Te quería.

—Era malo.

—Hay muchas cosas malas en este lugar, y sin duda estarás mejor fuera que dentro. Inténtalo otra vez.

Ella lo intentó. —¡No, está demasiado apretada!

Él se puso con la siguiente cuerda. —Vale, hablemos del elefante en la habitación.

—¿Elefante?

—Ese recipiente de plástico lleno de huesos de ahí.

—Los huesos de Hamlin. El hijo de nuestra fundadora, Althea. Te lo conté todo el día junto a la mina.

Jake se tumbó de lado en una posición que creía que le daría el mejor ángulo sobre la cuerda. El sudor le resbalaba por la frente y se le metía en los ojos. Se los frotó con el dorso de la mano. —No me dijiste que tenían al pobrecillo expuesto. —Finalmente cortó la cuerda—. Muévelo.

Ella liberó su segundo tobillo. —¡Sí!

Empezó a deshacer el nudo que le ataba las muñecas a la espalda de la silla. —¿Conque de verdad se comieron a ese chico?

—Sí.

—Joder. El otro día creía que estabas exagerando.

—Pues no.

—Ahora ya lo sé. Acabo de toparme con uno de esos cabroncetes ahí fuera.

—Hay una jaula tapada por ahí. Está llena de ellos.

Hizo una mueca al divisar dónde guardaban a las bestias. Recordó el trozo del dedo de aquel hombre en la boca de la rata muerta de fuera. —¿A quién en su sano juicio se le ocurriría criar ratas así?

—A mi padre. Nuestra gente siempre ha hecho esto. Desde Hamlin..., desde que los monstruos se lo llevaron..., y *nosotros*, el Nucleus, empezamos.

—Me sorprende que a nadie se le ocurriera replantearse la tradición familiar en algún momento. Acabo de ver a una en acción ahí fuera... Esas criaturas no tienen nada de adorables.

—Creo que algunas pudieron escaparse cuando... —Las lágrimas volvieron a brotarle.

¿Merithew? Miró el rastro de sangre que salía de la jaula. *Joder, Celestia, ¿de verdad tuviste que ver eso?* —Ya asimilaremos todo esto más tarde..., juntos..., cuando estemos a salvo.

Ya estaba forcejeando con la cuerda y empezaba a avanzar cuando oyó voces graves fuera de la vivienda. *Mierda...*

—Están aquí —siseó Celestia—. Escóndete, Jake. Por favor, te matarán. Te van a matar, joder.

Jake le deslizó la navaja en la mano derecha y colocó el filo de sierra bajo la cuerda con la que ya había empezado a trabajar. —Tienes que seguir.

Las voces se acercaron. Observó cómo ella pasaba lentamente la hoja por la cuerda. Llevaría un tiempo, pero era todo lo que tenían. Se levantó, cogió el rifle y se pegó a la pared, junto a la puerta.

Esta se abrió hacia dentro y se detuvo contra él.

Sujetó el pomo para que lo mantuviera oculto. Con suerte, la persona que la había abierto estaría demasiado preocupada como para darse cuenta de que no había vuelto a cerrarse de golpe.

—Griffin —dijo Celestia—. Tenía usted razón. Lo que hizo mi padre estuvo mal. Yo...

—*Chisss.*

—No...

—¡He dicho que te calles, *maldita sea*!

Jake contuvo el aliento. El cabrón sabía que se habían infiltrado y estaba a la escucha. Tenía el rifle apretado en posición vertical contra el pecho mientras mantenía su agarre en el pomo de la puerta. Oyó al asesino dar un segundo paso dentro de la vivienda. Jake se apretó con fuerza contra la pared.

Si Griffin lo detectaba, estaría en serios problemas, porque no podría maniobrar el arma con la suficiente rapidez en el reducido espacio en el que estaba metido.

Jake respiró tan lenta y silenciosamente como le fue posible. A decir verdad, el sonido de su corazón desbocado le preocupaba más.

—Aquí no hay nada, Thaxton —dijo Griffin.

Jake soltó el pomo para permitir que Griffin cerrara la puerta.

Permaneció abierta.

Suponiendo que Griffin y Thaxton la debían de haber dejado abierta con las prisas por encontrar al intruso entre los árboles, Jake la empujó suavemente y la puerta comenzó a describir un lento arco. Esperó hasta que el rostro de Celestia quedó al descubierto.

Llevaba una máscara de terror.

La puerta continuó su trayectoria, revelando el rifle contra la sien de Celestia, antes de completar su recorrido para dejar ver a un hombre alto y musculoso, de largo pelo rojo y una mirada salvaje que sugería que las cosas estaban a punto de empeorar mucho.

—Podía olerte, capullo. —Griffin entrecerró los ojos—. Eres el que habló con Merithew aquel día sobre ella. —Miró a Celestia y de nuevo a Jake—. ¿Estáis follando?

Jake entrecerró los ojos. —Es una niña.

—¿Y qué? ¿Es verdad, entonces?

—Somos amigos —dijo Celestia.

—Vaya, ¿a que es bonito? —dijo Griffin—. Espero que no seáis muy íntimos, porque esa amistad acaba de llegar a su fin.

Jake inspiró hondo. —Escuche, no sé quién es usted. Ni siquiera me importa cuál es su objetivo final. He venido a por mi amiga. Podemos marcharnos y usted puede seguir haciendo lo que sea que esté haciendo aquí.

—¿Lo que sea que estoy haciendo aquí? —Griffin sonrió.

Jake se fijó en la expresión de concentración en el rostro de Celestia mientras trabajaba en la cuerda de su muñeca.

—¿Thaxton? —dijo Griffin.

Thaxton se deslizó por la puerta abierta y se colocó junto a Griffin.

—Este hombre quiere saber a qué me dedico aquí.

—Usted es nuestro líder.

—Sí. —Griffin apretó la boca del rifle contra la cabeza de Celestia.

Ella se encogió.

—¡Pare! —Jake notó un sabor a bilis en la boca—. Por favor.

—¿Sabes lo que el padre de esta zorra le hizo a nuestra tierra? —preguntó Griffin.

—Parte de ello —dijo Jake.

—¿Y?

Apartó la mirada de Celestia. —Me repugnó.

—¿Y quién crees que tiene que limpiar todo este maldito y lamentable desastre?

—Como he dicho, no queremos interponernos en su camino.

Griffin se mordisqueó el labio inferior un momento, observando a Jake. —¿De verdad que eres un vaquero, eh? Has conseguido entrar en el Nucleus. Nadie lo había logrado nunca. Dime, ¿hay algo que te inmute?

—Más de lo que imagina. Los horrores que han tenido lugar aquí me afectan profundamente, pero esta chica no ha hecho daño a nadie, así que le pido que la libere. Empiece de nuevo, no cargue con esto en su conciencia.

—¿Conciencia?

Jake asintió.

—¿Quieres oír lo que he preparado para *mi* conciencia?

—Solo quiero llevarme a Celestia y...

—Niños. He preparado a los niños..., a todos los bastardos del asqueroso y pequeño régimen de Merithew.

Jake sintió náuseas en la boca del estómago. —No...

—*Sí*. Estoy limpiando el desastre de Merithew.

—¿Matar niños? —Jake sintió que las náuseas se convertían rápidamente en una sensación de ardor en el estómago—. No puede...

—Puedo.

Jake ansiaba atacar, pero se contuvo. La vida de Celestia sería el precio de sus impulsos. En cambio, fulminó con la mirada a Thaxton. —¿*Todos* apoyan... *esto*?

—El Nucleus *siempre* apoya a su líder —dijo Griffin.

—Le pregunto a usted, Thaxton. ¿Apoya esto?

Thaxton bajó la mirada.

—¿Thaxton? —dijo Griffin—. Dígaselo a este hombre.

—Así debe ser —dijo Thaxton—. Nuestro líder sabe lo que es mejor.

Jake apretó con más fuerza el rifle que seguía pegado a su pecho. —¿Alguno de sus hijos está a punto de morir, Thaxton?

Thaxton negó con la cabeza.

—No me extraña —dijo Jake, intentando contener la rabia que bullía en su interior. Miró a Celestia. La expresión de su rostro le indicó que seguía ocupada intentando escapar. Tenía que mantenerlos hablando, solo el tiempo suficiente para que ella se

liberara, le hundiera la navaja en la pierna a ese monstruo y le diera un segundo para preparar el rifle.

—He olvidado su nombre —dijo Griffin.

—Frank.

—Frank. Aquí tengo una pregunta para usted. —Chasqueó la lengua y evaluó a Jake por un instante—. ¿Mató usted a mi hijo? ¿A Lemuel?

—No fui yo.

—¿Está seguro?

—Seguro.

—Entonces, ¿no fue usted quien lo dejó ardiendo junto al recodo de Netow? Lo digo porque coincide con su visita.

—Lo del camión ardiendo fue idea mía, sí, pero le aseguro que ya estaba muerto cuando le prendimos fuego. Su muerte no fue por mi culpa. Me atacó en casa de Frederick y…

—Entonces, ¿murió luchando contra usted?

—Frederick le golpeó en la nuca.

—Frederick… Acabo de ver su cadáver.

—Pisó una trampa mientras me traía hasta aquí.

—¿Una trampa diseñada para mutilar en lugar de matar?

Jake se encogió de hombros. —¿Un infarto?

—¿Lo mató para ocultar que usted ejecutó a mi hijo?

Jake negó con la cabeza. —Ese no es mi estilo.

—Y Sullivan, mi soldado, ahí afuera… ¿qué le ha pasado?

—Le atacó una rata. Luego cayó en una trampa.

—La gente parece no parar de morir a su alrededor, Frank.

Con suerte, pensó Jake, mirando fijamente a Griffin.

Griffin miró a Thaxton. —No le quite el rifle de encima a Celestia. Si se mueve, mátela. —Volvió a mirarla—. Preferiría que vivieras, bellota.

—Que te jodan. No vuelvas a usar ese nombre —dijo Celestia.

—Y, sin embargo, te has pasado la mayor parte de tu vida oyendo cómo te llamaban así. —Sonrió—. ¿Cómo vas a aceptar lo que él era en realidad?

—Tú no eres mejor. Eres peor.

—Vivirás, bellota, y me darás otro hijo. Hoy hemos perdido a demasiada gente de nuestro pueblo por culpa de tu padre, así que contribuirás a enmendar su devastación.

Jake miró a Celestia. ¿Le faltaría mucho para cortar aquella cuerda?

Griffin apuntó el rifle hacia Jake y dio un paso adelante.

Detrás de él, Thaxton levantó su propio rifle para restaurar la amenaza sobre la vida de Celestia.

Jake sintió que se le hundía el estómago; había llegado demasiado tarde. Esto solo podía terminar de una manera.

Sin dejar de apuntar a Jake en el pecho, Griffin dijo: —Ya lo ha oído. Ella puede vivir. Es mi regalo, con la condición de que no se resista a lo que viene ahora.

—¡Regalo! ¡Vivir como tu esclava! Oferta rechazada —dijo Celestia.

—Pero ¿qué clase de hombre es usted? —preguntó Jake.

Griffin se encogió de hombros. —Pragmático. No se preocupe, Frank. Ya se le pasará, y entonces vivirá como una reina. Tire el rifle.

Jake no se movió.

—No me tiente. Puedo aceptar la muerte de Celestia. Thaxton, a nuestro invitado le queda una última oportunidad, y solo una. Tire el rifle, Frank.

Jake entrecerró los ojos, se arrodilló, dejó el rifle en el suelo y se puso en pie.

Griffin le dio un empujón en el pecho con la boca del rifle. —Ahora, siga caminando hacia atrás…, eso es…

Jake mantuvo la mirada fija en Celestia mientras lo hacía. Por su ceño fruncido, dedujo que seguía forcejeando para escapar. Al menos tenía los tobillos libres. Si tan solo Thaxton no la estuviera apuntando con el rifle, podría levantarse y echar a correr ya. A través del bosque; ella conocería la ruta. Podría ser libre.

Chocó contra la caja de plástico. —¿El chico que tengo detrás, Hamlin? ¿Su madre, Althea? ¿Qué pensarían de lo que está a punto de hacerles a sus descendientes? *¿A sus hijos?*

—La verdad, Frank, es que no lo sé. Solo puedo esperar que lo acepten.

—¿Aceptar qué? ¿Una comunidad llena de despiadados asesinos de niños?

—¿Cómo podría saber usted lo que Althea imaginó?

—La mayoría no posee una naturaleza como la suya, Griffin.

—La mayoría de la que habla no es del Nucleus. Usted no es uno de los nuestros, Frank. Al menos, no en vida. En la muerte, lo que quede de usted servirá para alimentar nuestras tierras. —Griffin forzó a Jake a girar a la izquierda, hacia la jaula cubierta—. Althea visualizó una comunidad que pudiera preservarse a sí misma, sin importar el coste. Es mi deber preservarla y, para hacerlo, los costes, me temo, son elevados.

Jake oyó a las ratas corretear por la jaula que tenía detrás.

—Ahora dése la vuelta y póngase de rodillas —dijo Griffin.

Jake recordó la sensación de la rata contra su pecho, su cuello, su barbilla… —Preferiría no hacerlo.

—No era una petición.

—Preferiría que simplemente me matara.

—Es lo que estoy intentando hacer.

—Con su rifle, gilipollas.

—Dése la vuelta ahora mismo, de rodillas, o verá morir a Celestia antes de que lo mate a usted de todos modos.

Comenzó a girarse, pero se detuvo al recordar a la rata mordiendo profundamente el dedo del hombre. —No voy a participar en estos putos juegos…

—De. Rodillas.

Jake mostró las palmas de las manos y empezó a girarse. Sintió el rifle presionar contra su hombro.

—¡*De rodillas*!

—¡Vale! —Jake se arrodilló. A medida que se acercaba a las salvajes criaturas, los sonidos de sus contorsiones y chillidos se intensificaron—. ¿Qué clase de monstruo es usted?

—Usted quemó a mi hijo muerto delante de mí. —Arrancó la manta de un tirón para revelar innumerables roedores que se

retorcían debajo de él—. Ya me he hartado de verle la cara. Abra esa jaula y métala dentro.

—¡No *puedo*!

—Permítame que le ayude. —Griffin se inclinó sobre él y levantó la tapa de la jaula.

La masa peluda de cuerpos correteó y se agrupó en el centro.

Jake pensó en su hijo y pensó en Piper, dos personas a las que quería con locura, dos personas a las que nunca volvería a ver. Volvió la cabeza para mirar a la otra cautiva de Griffin. —¡Lo siento, Celestia!

Sintió la mano de Griffin en su nuca, forzando su cara hacia dentro de la jaula.

Las caras peludas que aún no se habían dejado ver aparecieron en ese instante. Sus hocicos se crisparon y sus afilados y desiguales dientes brillaron bajo la luz de la potente bombilla que colgaba del techo.

Apretó los dientes para prepararse para lo que se avecinaba, intentando desesperadamente mantener la mente puesta en su hijo y en Piper, pero las bestias ya se habían erguido sobre sus patas traseras y estaba perdiendo la concentración en aquello que de verdad le importaba.

Sabía que aquello tenía que ocurrir para que Celestia viviera, pero el miedo lo desesperaba, así que intentó sacar la cabeza de la jaula a la fuerza.

Griffin era un hombre fuerte. Su lucha fue en vano.

La primera rata saltó y el dolor comenzó.

20

FUERA, JUNTO a la iglesia humeante, los cinco soldados de Griffin intercambiaron miradas de inquietud mientras los mestizos se acurrucaban y lloraban.

A Ethlyn, una de las soldados de mayor confianza de Griffin y madre de dos hijos, le parecieron simplemente niños; niños asustados e inocentes. Sin embargo, ella amaba el Núcleo y sus costumbres con todo su ser, así que amonestó a sus cuatro compañeros por su desasosiego. —*¡Concéntrense*! —siseó—. Griffin volverá pronto y su palabra será la ley.

Los soldados asintieron.

No la cuestionarían. Una simple palabra suya a Griffin les costaría la vida. Lo sabían.

—Este *no es* el camino, Ethlyn, y tú lo sabes —dijo alguien, acercándose por detrás de ella.

Ethlyn se giró con el fusil. —Corrie, se te ha confinado en tu casa.

Corrie tenía la parte delantera de la ropa y las mejillas manchadas de sangre. Arrojó su cuchillo al suelo. —Ya no se le puede llamar casa. El marido al que he matado acaba de desangrarse en nuestra alfombra. Mi hijo llora sobre su cadáver. Y mi hija está a punta de fusil.

—*No es* tu hija, Corrie.

—Ha mamado de mi pecho, Ethlyn. Es tan hija mía como tus niñas lo son tuyas.

Ethlyn negó con la cabeza, pero oyó la verdad en sus palabras. Las palabras la llenaron de duda y miedo, pero el hombre que pronto regresaría del bosque la asustaba más. —Seguiremos el camino.

Corrie avanzó hacia ella.

—Tendré que disparar si te acercas más, Corrie.

—Pues dispara —dijo Corrie, dando otro paso—. Si de verdad es el camino, dispara. Mi marido está muerto, mi hijo se ha vuelto loco por estas costumbres y vais a ejecutar a un bebé, así que dispara. Prefiero estar fuera que dentro.

Ethlyn tragó saliva. Preparó el fusil. Estaba a un par de metros escasos. —Corrie, por favor. Te ayudaré, después, lo prometo. Marston es un buen chico. No me obligues a…

Edlon se adelantó y bajó el cañón del fusil de Ethlyn. —Basta, Ethlyn. Nosotros no somos así.

Ethlyn fulminó a Edlon con la mirada y tiró el fusil al suelo. Abrazó a Corrie, que se tambaleó y cayó sobre ella. —Lo siento, Corrie…

Un fuerte grito masculino resonó desde la vivienda.

Después de que Frank empezara a gritar, Celestia cortó las cuerdas y observó al amigo más cercano de su padre, Thaxton. Le había traído regalos de niña y la había hecho girar cogiéndola de los brazos cuando apenas era una cría. Deshacerse del cadáver de su padre era una cosa, pero ¿de verdad su miedo a Griffin lo llevaría a disparar a una chica a la que había adorado?

No tenía más remedio que ponerlo a prueba.

Se puso en pie y le mostró la navaja con la que se había soltado. *Por favor*, musitó sin emitir sonido.

Una lágrima le recorrió la cara.

Frank gritó más fuerte.

Ella se encogió, esperando oír el disparo de la pistola de Thaxton y sentir un dolor intenso mientras una bala le desgarraba las entrañas.

Eso no ocurrió.

En cambio, él asintió con la cabeza y se dio la vuelta.

Ella se giró y cargó contra la espalda de Griffin con la navaja en alto.

AGARRADO a la jaula en plena agonía, Jake intentaba desesperadamente apartar la cabeza, con una rata colgando del lóbulo de su oreja derecha y otra de su mejilla izquierda. Dejó de gritar para tomar aliento y oyó un alarido de dolor a sus espaldas. Tiró hacia atrás con todas sus fuerzas, cayó de culo y arrastró la jaula consigo, volcándola.

Jake agarró el cuerpo peludo y retorcido que tenía en la mejilla y se lo arrancó, desgarrándose la carne y empeorando el dolor. Tras lanzar a la bestia al otro lado de la habitación, se palpó y descubrió que la otra rata ya no estaba. Por desgracia, su lóbulo tampoco.

Ante él, una oleada peluda se precipitó desde la jaula volcada.

Jake retrocedió a cuatro patas, pasando junto al líder pelirrojo del Núcleo.

Griffin se retorcía, boca abajo, intentando desesperadamente alcanzar el cuchillo que tenía clavado en la parte alta de la espalda, pero estaba hundido en el centro y no podía llegar a él con la mano. La sangre que ya cubría en abundancia el suelo de la vivienda se había transferido a la cara del herido.

Jake no era el único que se había dado cuenta.

La densa oleada de ratas rompió sobre Griffin.

Jake entrecerró los ojos cuando la luz natural invadió la vivienda. Miró a su alrededor y vio a Thaxton y Celestia en la puerta.

—¡Frank, vamos! —gritó Celestia con fuerza para hacerse oír por encima de los gritos de Griffin—. *¡Ahora*!

Se volvió y vio que era demasiado tarde para seguir a Celestia y salir por la puerta. La mayoría de las ratas habían optado por quedarse y darse un festín con Griffin, pero muchas se habían separado para dirigirse hacia él. La oleada peluda no era tan grande como segundos antes, pero había suficientes alimañas como para ahogarlo.

Jake cerró los ojos.

Como el dolor no llegó, abrió los ojos y vio que la masa peluda había girado bruscamente a la derecha antes de alcanzarlo. No tenía sentido. Vio cómo las ratas se estiraban y se agarraban a la manta que colgaba cerca del suelo. Luego, en masa, treparon por la tela.

Claro. La chica muerta. Esa pobre chica muerta.

Antes de que las ratas lo cubrieran por completo, Jake apartó la mirada con asco y se puso en pie de un salto. Mientras corría hacia la salida, echó un último vistazo a la masa peluda y retorcida de cuerpos que cubría a Griffin en el suelo. Vio una rata grande que se alzaba sobre las patas traseras y lo observaba. Jake se detuvo en el umbral para hacerle una peineta.

La rata observó a Jake un instante más, olfateó el aire y luego se abrió paso en la cara de Griffin a través de la mejilla.

Jake cerró la puerta de la vivienda tras de sí, cayó de rodillas y vomitó.

AL PRINCIPIO, Jake se encontraba demasiado mareado para comunicarse como es debido. Sin embargo, una vez que la vivienda se convirtió en un infierno en llamas, cortesía de Thaxton y otros miembros del Núcleo, Jake agradeció recuperar la lucidez.

Celestia, que había estado sentada a su lado todo el tiempo sobre la hierba, le rodeaba la cintura con un brazo y apoyaba la cabeza en su hombro.

Se apretaba una camisa de algodón, que le había dado uno de los residentes de aquí, contra la oreja herida. Le escocía y sangraba

abundantemente, y la idea de tener el lóbulo en las entrañas de una de esas ratas le revolvió el estómago una vez más.

Al menos, dicha rata ahora estaba ardiendo viva.

Dejó que la mejilla herida, que también le dolía una barbaridad, sangrara libremente.

—Se acabó, Frank —dijo Celestia.

—Ese no es mi nombre.

—¿De verdad? —apartó la cabeza de su hombro.

Él giró la cabeza para mirarla. —Me llamo Jake, pero eso queda solo entre tú y yo.

Ella lo sopesó un momento y luego dijo: —Por supuesto. Encantada de conocerte, Jake.

Las comisuras de sus labios empezaron a curvarse, pero a su mejilla herida no le gustó, así que detuvo la sonrisa, haciendo una mueca de dolor.

—No hace falta que hables, Jake.

Al menos su dolor evitaría que ella le preguntara por la razón por la que le había mentido; por ahora, en cualquier caso. Él asintió.

—Tengo que ir a hablar con mi gente —dijo Celestia.

—Sí… —Volvió a hacer una mueca—. Diles que os vais de aquí.

Celestia sonrió. —Gracias por venir a por mí, Jake.

—No digas eso —replicó Jake, negando con la cabeza—. Solo me alegro de que estés a salvo.

Celestia le dio un beso en la frente y se levantó.

Cuando Celestia se marchó, Jake observó el fuego un rato y se alegró cuando el tejado de la vivienda por fin se desplomó. Griffin, las ratas y un altar hecho con el cadáver de algún pobre chico muerto hacía mucho tiempo habían desaparecido para siempre.

Pensó en esa chica. En esa chica *inocente*.

La hija de alguien.

Oyó la voz de Celestia y se giró para verla hablar con su gente más adelante.

¿Eran todos esos? No podían ser más de cuarenta. El Núcleo era más pequeño y más frágil de lo que habían querido hacer creer al mundo.

Después

GORDON ARROJÓ las últimas pertenencias de la señora Kane al umbral de su puerta, cerró y giró la llave en la cerradura nueva que acababa de instalar. *Buen viaje.*

Cuando su futura exmujer se presentara más tarde en el coche caro de su nuevo novio para recoger sus cosas, no obtendría respuesta del timbre ni podría entrar en la casa.

No le daría la satisfacción de regodearse. Casi podía imaginarse sus odiosos comentarios: *—Solo tienes que seguir con tu vida, Gordon. Encontrar la felicidad como he hecho yo..., alguien que de verdad te complemente.*

Más fácil decirlo que hacerlo, señora Kane, después de que me haya obligado a vender la casa, se haya quedado con la mitad de los escasos ahorros de mi vida y le haya hincado el diente a mi sueldo mientras se broncea en una isla del Caribe junto a su promotor inmobiliario.

—Pero es culpa mía —dijo Gordon, apurando un vaso de whisky —. Todo es culpa mía. —Aquello se veía venir desde hacía muchos años; prácticamente, desde que se casaron—. Pero tenías que mantener el statu quo, ¿verdad, Gordon? —se sirvió otro vaso—. Mantener la puta paz.

Se bebió otro vaso de un trago y recordó la cabeza de la mujer que había reventado con un rifle en la escalinata de su departamento. Dejó el vaso de un golpe sobre la mesa y fue a su

despacho. Se acercó a la pared que contenía la maraña de imágenes que había empezado a tejer esa mañana.

Tocó una foto de Lemuel; debajo estaba escrito «ASESINO DEL BANCO DE ALTON» y «FALLECIDO». Deslizó el dedo por un hilo hasta una foto del pastor Frederick Deering: «ASESINO DE LEMUEL. DESAPARECIDO». Luego, una foto de Merithew: «FALLECIDO». Una foto de Griffin: «¿NUEVO LÍDER?». Recorrió con el dedo a muchos otros miembros del Núcleo, incluidos los que estaban conectados con ellos. El camionero, Logan, por ejemplo, estaba allí. Al igual que Albert Hardy.

Miró las fotografías aéreas del Núcleo. Había hecho que Scott y su hermano gemelo, Brad, sobrevolaran la zona con un dron. Un riesgo, sí. Podrían haberlo visto. Pero ¿qué demonios?

—Es hora de tomarse las cosas en serio —dijo Gordon.

Paseó el dedo por las fotos hasta que se posó en el bello y joven rostro de Celestia. Luego, su dedo tembloroso trazó un trozo de hilo hacia abajo..., y más abajo..., hasta que se detuvo en la cara de Frank Yorke.

—Sí —sonrió Gordon—. A la mierda la paz.

Jake se quedó en casa de Celestia mientras se le curaba la cara. Ella estaba ocupada con su gente, pero aun así encontraba tiempo para hacerle compañía y alimentarlo bien.

—Comida fresca cazada en el bosque.

—Mientras no sea rata.

Ella no se rio.

—Lo siento, ha sido de mal gusto.

—No, esa tradición está muerta y enterrada. No le guardo ningún cariño a ese recuerdo. Es que estoy desolada por lo que esas bestias te hicieron.

—No te preocupes. De todas formas, siempre he sido feo.

Durante esos días, quedó claro, y rápidamente, que Celestia no tenía intención de abandonar el Núcleo. Nunca lo dijo como tal, pero

él lo notaba por la forma en que hablaba de su gente, con regularidad y cariño.

—Corrie contactará con Mossbark para conseguir recursos educativos con los que renovar la escuela.

Jake asintió y sonrió.

—La educación lo es todo.

—Sí. Y Thaxton y Ethlyn están construyendo nuevos molinos de viento para que podamos aumentar la energía. Edlon tuvo una idea genial para un centro comunitario con el que intentar sanar las fracturas que causó la crisis. Pasará un tiempo antes de que algunos de los míos vuelvan a dirigirse la palabra.

A diario, Celestia le traía estas noticias sobre los maravillosos cambios que se estaban produciendo en el Núcleo, hasta que se convirtió en el único tema de conversación, y Jake empezó a añorar sus frívolos intercambios sobre películas clásicas. Curiosamente, ella nunca le preguntó por qué había mentido sobre su nombre, así que, a cambio, él no la presionó sobre sus intenciones para el futuro.

Una tarde, mientras terminaba un estofado de conejo, Celestia entró, pálida y alterada.

Él se recostó en la silla.

—¿Qué ha pasado?

—Thaxton ha visto un dron sobrevolando la zona.

Jake asintió. No le sorprendió. Ya habían penetrado en el Núcleo. Logan y Albert ya habían visitado a Jake justo después de lo ocurrido y le habían contado el enfrentamiento en la comisaría entre el sheriff Kane y los dos soldados del Núcleo. El Núcleo había quedado vulnerable. El lugar tenía los días contados.

Les había advertido a Albert y a Logan de que no revelaran el número real de habitantes del Núcleo, porque eso sí que sería el último clavo en el ataúd. *«Todavía no»*, había suplicado Jake. *«Dejad que Celestia decida primero qué va a hacer. Aquí también hay niños. No queremos otro Waco entre manos».*

—Nos están vigilando, ¿verdad? —dijo Celestia.

—Sí. Y cada día se volverán más audaces. Creo que es hora de que te marches, Celestia.

—¿Adónde?

—Ven conmigo.

Celestia pareció estupefacta.

—¿Por qué?

—¡No es por nada de eso! ¡Seguro que ya lo sabes! Eres especial para mí, pero no en ese sentido.

—¿Como una hija?

—Especial, Celestia. No hace falta que le demos más vueltas.

Ella se quedó mirando la mesa, claramente pensativa. Finalmente, dijo:

—No puedo abandonar a mi gente.

—Celestia... —Jake se inclinó hacia delante—. Estabas desesperada por marcharte cuando te conocí.

—Aquello era diferente. Antes las cosas estaban muy mal.

—Todavía hay muchas cosas que están mal en este tinglado.

—Tú pensarías eso, pero es...

—No —dijo Jake—. Las hay. Vivís todos aquí, solos..., *vulnerables*. Es una secta, Celestia. Nada más.

—Has estado mintiéndome desde el principio. Te llamas Michael Yorke, no Jake.

Michael dejó el bol en el suelo.

—Tú nunca me preguntaste.

—No. Althea me mostró el artículo del periódico sobre ti. Un tal Griffin, al parecer, se lo dio para que lo leyera. Ella me enseñó el titular después de que se marchara.

Michael frunció el ceño. Se recostó en la silla y se secó la boca con el dorso de la mano.

—¿De qué trata?

—No seas tonto.

—No sé nada de ningún artículo.

—El asesinato de tu mujer, Emma, y tu hija, Sheila. Fue un asesinato-suicidio.

Celestia se sentó en la silla frente a él.

—Por favor, Michael, dime por qué viniste aquí.

—Mi hermano Frank me envió. Cree que el asesino de mi familia podría estar aquí.

—¿Y tú qué crees?

—No... sé lo que pensar.

—No esperaba que pensaras otra cosa. ¿Por qué ibas a hacerlo? Pero la gente de aquí es buena gente, y eso es lo que de verdad importa.

—No lo dudo. Pero este lugar sigue siendo vulnerable a los conflictos y a la tragedia. Eso no cambiará nunca si vivís al margen de la sociedad con vuestras propias costumbres, vuestras propias leyes.

—Quizá —dijo ella, sentándose—. Pero me han pedido que los lidere, y he aceptado.

Jake se levantó, se dio la vuelta y se puso a caminar de un lado a otro por la cocina. Al final, se encaró con ella. —Ojalá no lo hubieras hecho.

—Lo sé. Pero si no soy yo, ¿quién?

—Hay otros...

—Soy la descendiente directa de Althea.

—¿Griffin no era descendiente directo?

—No. Y mira cómo casi acaba todo. Tenemos una deuda contigo por lo que hiciste, pero tenemos que seguir adelante. Yo sé cómo deberían ser las cosas.

—Celestia, no soy quién para detenerte, pero esta decisión..., *tu* decisión..., me destrozará.

—Sabes que no tengo elección. No dejaré que este lugar se desmorone.

Jake negó con la cabeza. —Pero lo hará. Eres fuerte y maravillosa, pero se desmoronará. Estoy seguro. Incluso si te quedas. El Núcleo será derribado.

—Quizá no. Quizá tengo un arma secreta.

—¿Y cuál es?

Ella sonrió.

Tardó un momento en darse cuenta de lo que estaba insinuando. Gruñó. —Creo que el poder ya se te ha subido a la cabeza.

—Todos queremos que te quedes. Salvaste a sus hijos. Hay gente ahí fuera que moriría por ti.

—Eso, de por sí, suena como una carga que no quiero.

Celestia se levantó y se le acercó. —Pero es una que tienes.

Él frunció el ceño. Notaba que estaba perdiendo los estribos. —Mira. No sé quién te crees que soy, pero ese no soy yo.

Ella lo agarró del brazo. —Creo que *sí* eres tú.

Jake negó con la cabeza. —No me conoces. No conoces a mi verdadero yo.

—*Sé* que te importan los demás. Te importan más que tú mismo. Sé que *necesitas* ayudar. ¿Qué pasaría si simplemente dejaras de hacerlo?

—Ojalá lo supiera. Llevo intentándolo Dios sabe cuánto tiempo.

—Quédate, Jake. Quédate y ayúdanos.

—Aunque me quedara, no estaré a la altura de lo que se avecina.

Ella lo abrazó. —Hagas lo que hagas, siempre te querré por todo lo que hiciste por mí. Por nosotros.

—No puedo quedarme. —Jake le devolvió el abrazo—. Lo siento, Celestia.

—No lo sientas. Un hombre como tú no merece pasarse la vida entera sintiéndolo.

SALISBURY, INGLATERRA

EL INSPECTOR JEFE Michael Yorke tuvo la suerte de tener a Emma Gardner a su lado. La escena que tenía ante sí hizo que el mundo le diera vueltas y que le flaquearan las piernas. Su leal inspectora lo sostuvo y lo ayudó a llegar hasta el muro del jardín de la casa justo enfrente de la residencia de los Pettman.

La calle estaba ocupada por los bomberos y las ambulancias. Los sanitarios estaban apostados ante sus vehículos, listos para entrar en acción; aunque para qué, Yorke no tenía ni idea.

La explosión de gas había dejado la antigua residencia de Jake reducida a un cascarón ennegrecido y desmoronado.

Yorke respiró profunda y lentamente para combatir el ataque de pánico.

—Nadie va a salir de ahí —dijo Yorke.

Gardner no respondió. O no quería admitir que tenía razón o, simplemente, estaba demasiado afectada para hablar.

Yorke esperó en aquel muro del jardín mientras el tiempo pasaba con lentitud. Contrastaba por completo con los movimientos rápidos y de pánico de los que lo rodeaban: bomberos, sanitarios, otros agentes de policía y curiosos.

Ya había recuperado el equilibrio y el control de su respiración, pero todavía no se sentía con fuerzas para levantarse del muro y empezar a investigar.

—Jake... —dijo Yorke.

—Ni siquiera está en el país —dijo Gardner.

—Obviamente —contestó Yorke, tragando más aire—. No me refiero a eso. Tiene que *saber* lo que ha pasado.

—Nosotros mismos todavía no sabemos nada.

Yorke se puso en pie y vio el rostro tembloroso de Gardner y la tristeza en sus ojos, pero ella estaba manteniendo la compostura. *Imposiblemente. De alguna manera. Por él*. Y ahí estaba él, gritándole, pero no podía evitarlo. —Sabemos lo suficiente. ¡Alguien ha volado su... su casa!

—Ha sido una explosión de gas. Podría haber sido un accidente.

—Ha sido el Artículo SE.

—Es demasiado pronto para hacer esas suposiciones.

—Cuanto antes, Emma, es el mejor momento para afrontar la verdad.

—No cuando tu, perdón, nuestro juicio está tan nublado.

—Ha sido el Artículo SE. Se han hartado de esperarle. Han ido a por su familia.

Gardner se estremeció. Sabría que él tenía razón. Todo su día a día giraba en torno a investigar coincidencias que resultaban ser cualquier cosa menos eso.

—Esperemos lo mejor —dijo Gardner—. Solo un momento más. Esperemos que Sheila y Frank no estuvieran dentro.

Yorke se sentó junto a Gardner. Se dio cuenta de que ahora ella estaba llorando, así que le pasó un brazo por los hombros y la acercó. —De acuerdo, esperemos un momento más.

Te he fallado, Jake, pensó Yorke. *Prometí mantenerlos a salvo, y te he fallado.*

Se frotó los ojos, dándose cuenta de que él también estaba llorando.

Alguien salió de repente de la casa humeante con otra persona al hombro. Estaba gritando.

Yorke y Gardner se pusieron en pie de un salto.

Gardner dijo: —¿Acaba de decir...?

—Sí —respondió Yorke—. Creo que sí.

Los sanitarios corrieron por el sendero hacia la bombera, fuera de sí.

—Lo siento, Jake —dijo Yorke—. Lo siento *muchísimo*.

¿PREPARADO PARA MÁS?

Jake Pettman regresa en *Entre la Espada y la Pared*



Una comunidad violenta luchando contra la extinción. Una hija empoderada que resurge de las cenizas de un tirano. Un sheriff agotado que busca sentido a través del asesinato. Y Jake Pettman, atrapado en medio.

Tras el colapso del Núcleo, Jake jura quedarse y proteger a Celestia mientras ella reconstruye. Cuando los drones que sobrevuelan indican que el sheriff Gordon Kane y la gente de Mossbark están conspirando para levantarse contra la comunidad debilitada, Jake exige que Celestia fortalezca las defensas del Núcleo.

Pero Celestia es una nueva líder con una nueva visión y, en su lugar, decide abrir sus tierras al mundo exterior. Y a todo el fuego y la furia que arde en él.

Dejando a Jake con una decisión que tomar: dejar morir al Núcleo o morir intentando salvarlo.
Elija lo que elija, puede estar seguro de una cosa:
Toda decisión tiene consecuencias mortales.

¡Haz clic aquí para leer ahora!

Agradecimientos

En un principio, planeé la historia de Jake como una trilogía, y *Blue Falls* iba a ser el final. Sin embargo, tras enfrentarme al dramatismo de la última escena de Jake en la habitación del motel, la idea de *The Rotten Core* me golpeó como una losa y me di cuenta de que a esta historia todavía le quedaba mucho por contar.

Mientras escribía *Blue Falls*, no tardé en darme cuenta de que Jake se adentraba en una aventura cargada de acción y de que faltaba ese desarrollo más lento y progresivo presente en algunos de mis libros anteriores. Para asegurarme de que este nuevo enfoque funcionara, recurrí a mi grupo de apoyo, que, como siempre, me ayudó a plasmar mi visión en el papel.

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a mi mujer, Jo; a mis hijos, Hugo y Beatrice; a toda mi familia por su apoyo y a mis amigos íntimos.

Gracias a mi equipo de lectores, que revisaron los primeros borradores: Jo Fletcher, Jenny Cook, Katherine Middleton, Karen Ashman, Dee Groocock, Keith Fitzgerald, Claire Cornforth, Carly Markin, Paul Lautman y Holly Sutton. Gracias a mi fantástico editor estadounidense, Brian Peone. Gracias a todos mis lectores ARC y a esos blogueros fantásticos que siempre me apoyan: Shell, Susan, Caroline, Jason y Donna. Gracias a Cherie Foxley por la evocadora portada.

Un agradecimiento especial a Donna Wilbor, que creó un grupo exclusivo para organizar a mi creciente número de lectores avanzados.

Espero que todos me acompañéis en febrero, cuando un cansado y desesperado Jake Pettman busca refugio en Moss County, solo para descubrir el Núcleo: el corazón podrido de una antigua tierra.